

El beso de Daniela



Clarisa Ozores

El beso de Daniela

Clarisa Ozores, 2018

CAPÍTULO I

Las once y media de la mañana. Antes, en el instituto, esa hora significaba algo muy concreto. Con el relieve exacto de los momentos importantes —las ocho y media, las once, las once y media, las dos—, era el instante en el que teníamos que volver a clase tras el respiro de treinta minutos. Era sumergirse en los pasillos llenos de gente, con el dibujo de cabezas amontonadas a lo largo de las escaleras, entre mochilas y móviles clandestinos. Todavía recuerdo aquel imbécil, un profesorucho de historia, que me dijo que me iba a quitar el teléfono mientras hablaba con mi madre, que venía a buscarme para darme la noticia de la muerte de la abuela. Y así íbamos subiendo, algunos nerviosos por llegar a tiempo, otros arrastrando una interminable pereza, esquivándonos entre alumnas con el pelo teñido de rosa, azul, de rojo.

¿Cómo podía ser eso posible? Las generaciones —entendiendo generación como cada curso, o como cada dos cursos— se sucedían acaparando poco a poco más porciones de libertad, y mientras mi hermana jugaba todavía con sus muñecas cuando entró en la ESO, ahora había crías con el pelo pintado que se enrollaban en la parte trasera del edificio. Enrollarse, en fin. Supongo que harían las cosas por inercia, por una vaga noción de lo que debía gustarles. Apretarían los pechos, se meterían mano torpemente, se harían chupones, porque era sabido que las zonas erógenas no se estimulaban con un beso, sino succionando hasta romper los capilares. Qué ridículo resultaba todo eso, haciendo algo que no podía gustarles, de lo que aún no podían sacar placer alguno, porque no eran más que niños. Cuando yo empecé la ESO, mis compañeras también eran niñas. No sé si en la intimidad de sus hogares, lejos del ojo de la clase, seguían jugando con sus Barbies, con las más modernas Mysecenes, con las horrorosas Bratzs que mi hermana odiaba, pero conservaban esa dulce inocencia infantil en la que la mayoría ni siquiera se depilaban las piernas, o empezaban a hacerlo tímidamente al llegar el verano, porque alguna compañera ya había empezado. Claro que las había más espabiladas, pero en general no eran más que esas alumnas de primaria que sencillamente se habían pasado a un centro más grande, en un cambio de calle, de trayecto, que no por eso alteraba el tranquilo estado de sus cabezas llenas

de pelos naturales, morenos y castaños, soltados al terrible eco de aquel sitio donde, de una manera irremediable, habría que dejar todo aquello atrás.

A las once y media teníamos que volver del recreo. Lo hacíamos en completo desorden y atropello, rodeados por retazos de conversaciones que vibraban en cada grupo, a veces con un inexplicable intento de alzar la voz más que el extraño de al lado. Era un ruido inmenso, agudo y continuo, imagino que insoportable para todos aquellos que no participaban en él. Para los profesores que pasaban, para los conserjes y los secretarios. Claro que tenían esa cara tranquila quizás adquirida por la costumbre, como si esos segundos de vocerío desahogado no fuesen más que un murmullo ya conocido, cuya incomodidad se había vuelto tan habitual como llevar en una mano el libro de su asignatura. Y nosotros gritábamos más, nos reíamos más fuerte, apretábamos más a la novia que acabábamos de echarnos antes de darle un último morreo y dejarla en la puerta de su clase, o delante de su mesa si estábamos en la misma. Ruborizados de orgullo, reuniéndonos con nuestros respectivos amigos para exprimir aquellos momentos libres, en la tranquila distancia de esa novia que levantaba mucho la cabeza, también ruborizada, también orgullosa con su chupón en el cuello. Y entre nosotros, las sillas y las mesas. Verdes, eternamente verdes en todos y cada uno de los institutos.

Ahora las once y media significaban algo del todo distinto. Y era distinto cada año y cada cuatrimestre, dependiendo de la suerte de horarios que hubieran tocado. Me gustaban esos horarios elegantemente discretos, sin un timbre que los redondease, partiendo las horas y los días sin demasiado sentido, a su estricto capricho. Porque los horarios de la universidad no se guiaban por el normal reparto de una mañana ni tampoco por los números enteros. Pero me gustaba de todos modos, con ese descontrol sin sentido, incluso con la desesperación de alguna hora muerta entre clases que teníamos que salpimentar con un café en grupo. El placer de las escaleras tranquilas, una misma atmósfera sosegada que se trasladaba a la cafetería, donde saludabas a los mismos profesores que también pasaban allí unos minutos perdidos, o apuraban una última charla con café antes de subir a hacer su tutoría, que empezaba siempre, al menos, media hora más tarde de lo que marcaba la página web. Y hoy, el primer miércoles del segundo cuatrimestre, a finales de enero, a las exactas once y media, teníamos cuarenta y cinco minutos libres antes de que empezase la siguiente clase. Era un poco desalentador,

sobre todo porque el cuatrimestre pasado, también los miércoles, salía casi a esta hora. Era entonces cuando bajaba desde el alto de la universidad para llegar a mi casa, pasando por delante de mi antiguo instituto. Era en aquellos trayectos cuando me cruzaba con los alumnos más retardados, con aquellas niñas fumadoras y teñidas que habían captado mi atención de una manera un poco triste.

Cuarenta y cinco minutos libres. Daba rabia no tener las clases bien ensambladas, una tras otra, e irnos antes a casa. Pero había gente que prefería ese respiro, gente cuyo cerebro yo no entendía, como si la pesadez del aula y de tomar apuntes fuese tan insoportable que preferían quedarse allí más tiempo con tal de saborear un café y echar un par de bocanadas de conversación estúpida, de conversación sobre su asociación vikinga, sobre lo que decían para brindar, sobre que los vikingos eran una sociedad muy aseada para la época, y el estigma de una brutalidad feroz y falta de higiene había sido algo colocado por los pueblos afectados, nada más lejos de la realidad. Sí, gente como ésa... Claro que yo no era capaz de inventarme un ejemplo tan preciso, tan rico en detalles como se dibujaba en mi cabeza. Se trataba de uno de mis compañeros, Jaime, que se había opuesto a intentar unir las clases hablando con los profesores, alegando que ese rato libre le daba la vida. “Me da la vida”, había dicho, con su melena rizada recogida en una coleta, con su ropa negra, con sus botas militares. Y ahí estaba, blanco y con unos pocos pelos cubriéndole una porción de aquello que debía ser una barba, con las uñas largas, esperando a ver quién era el que se sentaba esta vez a su lado para empezar su eterna y única conversación sobre los vikingos, su monólogo que, empezase por donde empezase, terminaba irremediabilmente en aquello. Con sus ojos claros, naturalmente azules en contraste con su pelo negro, escrutaba las caras que iban llegando, pasando de una a otra de forma disimulada, de reojo mientras fingía leer el periódico. Porque, primero en salir de la clase, ligero en su desgarbada altura y sus camisetas holgadas, llegaba antes que nadie a la cafetería. Con su mochila también oscura, como todo lo que le tocaba, una mochila que cogía rápidamente con una mano y se dejaba caer sobre un solo hombro. ¿Por qué llevaba una mochila? La mayoría de nosotros cogíamos un portátil en la propia universidad, tomábamos los apuntes en él y luego los dejábamos en el aula. Pero Jaime no se separaba de su mochila, la dejaba junto a sus pies y la volvía a levantar cada vez que se movía. “Llevará

ahí el móvil, la cartera”, decía Daniela cuando a uno se le había ocurrido que tenía una droga vikinga oculta, y por eso nunca se separaba de ella. Pero entonces Jaime pagaba su café sacando las monedas del bolsillo, y contestaba un mensaje para volver a guardar el teléfono en el pantalón. De todos modos, con su inseparable compañera, llegaba el primero a la cafetería y se sentaba en una mesa grande, al fondo de todo, para que nos fuésemos colocando allí los demás. Pedía enseguida su café solo, negro como sus cabellos, y cogía cualquier periódico que hubiese a mano.

Los demás salíamos más despacio. Guardábamos una última vez el documento de los apuntes y lo metíamos en un pen o lo subíamos a drive. Cerrábamos todas las ventanas abiertas —el correo, algunos las redes sociales—, bajábamos la pantalla y dejábamos los portátiles enchufados. En ese gesto, el de bajar las pantallas negras de los ordenadores, esas pantallas todas idénticas y con la marca escrita en letra plateada, aprovechábamos un instante de pereza. Mirábamos alrededor, metíamos el móvil en el bolsillo, nos levantábamos lentamente con las piernas ligeramente entumecidas, porque llevábamos dos horas y media de Civil encima. Y podíamos decir que esa vagancia para movernos era fruto de la primera semana de clase, del agotamiento por los exámenes de enero, de la falta de costumbre por el parón de la Navidad. Pero lo cierto era que esa misma sensación de pesadez, de levantar todos nuestros cuerpos con una lentitud propia de un gran esfuerzo inexistente, no tenía nada que ver con eso. Ni siquiera con la rabia de aquellos minutos inservibles, que se repetirían cada miércoles hasta el final del curso, a las mismas once y media. Era algo inevitable, una falta de interés absoluta por desperdigarnos por los pasillos. La falta de ganas por aquel apático impulso en el que no podíamos irnos, que desembocaría en volver a levantarnos para subir de nuevo, para continuar las clases hasta las dos y cuarto. Si hubiera sido el final de la mañana, nos habríamos levantado rápidamente, nerviosos por volver a casa. Simples, en nuestro curso de tercero de Derecho, con veinte o veintiún años la mayoría, reaccionábamos exactamente igual que si estuviéramos en el colegio.

Luis se ponía de pie y yo hacía lo mismo. En fila, sorteábamos los cables de los ordenadores para poder salir. Caminando de lado, un poco incómodos, porque nos sentábamos en filas seguidas de sillas con una misma tabla de madera delante, todo incrustado y unido entre sí, como si hubiera un

claro interés en juntarnos, en hacer que nos quisiéramos, que todos los que cabíamos allí dentro nos amásemos. Y, en un segundo efecto de aquella disposición, aprendíamos también a calcular el espacio, el pedazo exacto de mesa que le tocaba a cada asiento, un fragmento que prácticamente se llenaba con el ordenador y el móvil. Lo tenían más difícil aquellos alumnos que tomaban apuntes a mano, por tener que extender los bolígrafos y la inmensa cantidad de folios que utilizaban, también una carpeta o un clasificador, esos chismes de argollas que yo no he utilizado en mi vida. ¿Por qué se usan clasificadores? Luego había que agujerear las hojas para meterlas ahí dentro. Y eran esos alumnos los que se levantaban todavía más despacio que el resto, porque al terminar la clase agitaban la mano con la que habían estado copiando. Era un movimiento gracioso, una mezcla de baile flamenco y serpenteo epiléptico, intentando soltar la muñeca, el brazo, igual también el hombro. La verdad es que no me daban ninguna pena, a pesar de sus caras compungidas de dolor y cansancio. Teniendo la posibilidad de los ordenadores, si no los usaban era por pura terquedad, por amor a flagelarse. A mí también me había costado copiar rápido al principio, pero me había acostumbrado, y ahora cogía a la perfección todos los apuntes, incluso los de los profesores que hablaban más rápido y volvían una y otra vez sobre sus palabras y explicaciones anteriores. Por eso yo me encargaba de hacerlo siempre en la clase de Brea, y Luis lo compensaba con Inma, que más que impartir una clase magistral recitaba, cual maestra, para que los alumnos copiasen lentamente. Pero luego exigía y suspendía como los demás.

De la extensión de las largas filas de asientos, de ese total de veinte alumnos que íbamos habitualmente a clases, nos replegábamos en nuestra cansada marcha hacia la puerta. E íbamos casi todos juntos, menos algunos grupos que se quedaban sentados en el aula, u otras personas que salían a fumar directamente a la escalera de incendios. Claro que casi nadie fumaba. Entre los ascensos y depresiones del consumo de tabaco, mi generación parecía ser aquella en la que los avisos habían calado más hondo antes de volver a banalizarse, y en toda nuestra clase sólo conocía dos personas que fumasen normalmente, una de las cuales apenas aparecía por la universidad. Y nosotros, esa mayoría, íbamos bajando las escaleras envueltos en palabras entrecortadas, algo que habían dicho las dos últimas chicas, una exclamación del siguiente escalón, una tontería que me había susurrado Luis. Nos cruzamos

con el decano, que engullía los escalones a una velocidad vertiginosa. En su cuerpo delgado, fibroso, tostado por un sol que llevaba meses oculto, se enfrentaba a esas escaleras con una fortaleza sorprendente, subiendo sin parar los cinco pisos que lo separaban de su despacho, algo que no he visto hacer a ningún otro profesor ni, ya puestos, a ningún otro alumno. Era encantador, en su jersey de cuello vuelto crudo y su saludo de media sonrisa. Un profesor excelente, uno de los mejores que había tenido en toda mi vida. “Buenos días”, dijo, y a sus palabras se sucedieron otros diez “Buenos días”, en una lluvia desacompañada como ésta caía sobre el paraguas. “Buf”, resopló Patricia tras unos segundos prudenciales, medio en serio y medio en broma para hacer reír a los demás. Desde la primera clase con él, o quizás desde que entramos en la carrera, cuando nos dio una charla de bienvenida en su posición de decano, había declarado que ese hombre le parecía tremendamente sexy. Que tenía algo, que no podía concentrarse en sus clases. Pudiera ser que tuviera algo interesante, igual su sonrisa torcida o esa forma atlética. De todos modos, yo no podía decir si era guapo, pero sí podía entender precisamente eso, lo que le pasaba a Patricia, que le pareciera atractivo. Porque, más allá de lo físico, no se podía negar que ese hombre formaba mundos con su lenguaje, que de algo terriblemente árido y aburrido como lo era su materia —el Derecho Administrativo— se volviese más claro y comprensible a un simple gesto de sus manos, a un rápido pliegue de los labios, de una palabra bien escogida, de los brazos que movía como una gran marioneta que dividiera con su cuerpo los poderes del ciudadano y del Estado, uno a cada lado. Y por momentos se volvía incluso interesante, gracias a esa mirada paternal con la que abarcaba una profesión que llevaba como una auténtica vocación, abrazando cada día aquello que le apasionaba, ese Derecho tan espantoso a ojos de los demás, tan bello cuando lo exprimía entre sus dedos, como si el pobre rayo de luz que se filtraba en la clase durante el invierno fuese precisamente el prisma que él había encajado sobre cada uno de nosotros para hacernos entender y quizás querer un poco aquello que él ya entendía y quería desde hacía muchos años. Por eso podía resoplar Patricia al verlo pasar, dejando salir ese deseo que le enrojecía las mejillas cuando contestaba a algo en su clase o cuando hacía una pregunta, cuando participaba tímidamente en un debate. Y los demás nos reíamos, pero ninguno de nosotros estábamos libres de aquella admiración que le profesábamos, aunque algunos arrastrasen su asignatura de segundo.

Y llegábamos a la entrada, cubierta de luz. Se filtraba por la puerta principal, por los contornos acristalados de la cafetería, por las entradas laterales. Rebotaba en las grandes paredes blancas, en los balcones del primer piso, en la capa ya entera y dura el segundo, que constituía el único techo. Reverberaba en las ventanas de la conserjería, y se mezclaba con la sonrisa de Cati, una mujer encantadora que nos daba los ordenadores. “Hola, niños”, dijo con su precioso semblante que iluminaba aquel rincón un tanto apático, entre el brillo de aquellas nubes blancas que hacían vibrar cada centímetro de la universidad. “Hola, Cati”, “Hola”, “Hola”... Patricia ya había empezado a comerse el bocadillo que traía de casa, y fue a sentarse directamente en la mesa de Jaime. Los demás nos arremolinamos en la barra de la cafetería para pedir. “Hola”, “Hola”, “Buenos días”, “Hola”... Cuatro profesores, sentados en una mesa. Y el chico nuevo, que era el nuevo aunque ya llevaba casi un año, empezaba a pasar cafés y refrescos. Los tatuajes de sus brazos se movían con una rapidez que mareaba un poco, y aquellos trisqueles, aquellas formas vegetales y acuáticas, danzaban de un lado a otro dotándose de vida propia. Parecía que una curva se estiraba por sí misma, que se mezclaba con otra, y que la parte de piel que tenía todavía virgen —las manos largas y delgadas— salía directamente de unas mangas mágicas. “Un euro”, “Uno veinte”, “Ochenta céntimos”. Era un nervioso cántico de cifras y un nervioso tamborilear de monedas contra la barra. Algunos entregaban la cantidad justa, ya conocida, otros agitaban un billete en el aire, y el chico nuevo hacía ágiles cálculos para compensar los billetes con las monedas de los otros alumnos, cogiendo y deslizando esos pedazos de dinero de unos a otros, con un silbido constante, metálico y duro. Manuel le había entregado cinco euros, y le colocaba delante la calderilla de los otros. La recogía, despacio, contando, y el camarero lo miraba directamente a los ojos para asegurarse de que había hecho bien la suma. Se miraban el uno al otro, arqueaban las cejas, asentían en un instante que se fugaba enseguida y pasaba a atender a otro. Era un baile frenético de un par de minutos, tan constante en nuestras vidas, tan constante a partir de entonces cada miércoles a las once y media, que ni siquiera percibíamos los detalles que lo formaban. El pelo del camarero, corto por los lados y largo por el medio, se enfrentaba a cada cliente como la orgullosa cresta de un gallo. Así señalaba a quien debía recibir las vueltas, al que debía coger su bebida y largarse, al que debía decirle lo que quería. Y separaba aquella voz de las demás, atendiendo únicamente a ésa, abstrayéndose del

discreto ruido que se formaba por todos los que estábamos esperando nuestro pedido. Alcanzaba enseguida esas palabras, cogía en el aire esa información, que quería un pincho de tortilla, no, mejor de jamón, y se le turbaba un momento la mirada porque en ese mismo segundo entraba su novia, una estudiante de segundo de turismo. Ella, bajita y muy delgada, se deslizaba entre los demás como una cucaracha que buscaba su sitio en un agujero de la pared. Y se sentaba sin más, con las piernas cruzadas que terminaban en tacones negros, con la cara muy maquillada. Nosotros nos retirábamos en orden, con las manos llenas.

Jaime hojeaba el periódico. Patricia, en silencio, seguía comiéndose su bocadillo, y a su lado se puso Daniela, después yo, después Luis, después el resto.

—Mirad, ahí llega el imbécil del Paco.

Francisco, profesor de Penal II, un auténtico estúpido. Mal profesor, frío y distante, tras dos semanas sus alumnos habíamos hecho el pacto de no ir a sus clases. Eso me había granjeado fines de semanas de tres días, porque los lunes tenía primero magistral con él, y después la práctica.

—Creo que los de este año tampoco le van a ir a clases. Ya tuvieron este martes con él y no tienen ganas de repetir —dijo, medio riéndose, Daniela. Con su piel teñida de canela, la risa salía de sus labios con la misma delicadeza que las palabras. A pesar de llevar casi toda su vida aquí, no había perdido los dejes de su acento colombiano. Era la chica con la que mejor me llevaba, y mi madre se había asustado al saber que tenía una amiga con esas características. Ya me veía malcasándome con una lagarta “destrozahogares”, que me chuparía todo lo que tuviera para dejarme tirado cuando encontrase un mejor partido. “Cuidado con ésa”, me había advertido en primero, con sus ojos pequeños ahogados en una profunda preocupación. Pero Daniela no tenía nada que ver con esas extranjeras fáciles y apretadas que tanto aterraban a mi madre. Era una mujer dulce y estudiosa, la única en sacar matrícula de honor en Internacional Público y Tributario I. Con un penoso estigma coronándole la cabellera de pelos oscuros y ondulados, menuda y de ojos grandes, se había ganado incluso el apelativo de mojigata. Quizás porque no se le conocían ni novios ni líos, en nuestros tres años de relación, quizás porque esa dulzura que a mí me encantaba la dotaba de una inocencia que no casaba ya con su edad.

—¿Os acordáis de lo del aborto?

Es verdad, lo del aborto. Había sido gracioso y muy comentado. Era uno de los primeros temas que debíamos tratar, según la guía docente, y el imbécil de Paco se lo había saltado descaradamente. Un alumno que ya no estaba en la carrera le había preguntado si no iba a entrar en el examen.

—¡Y se puso hecho una furia, diciendo que iba a entrar todo, lo diésemos o no en clase! ¡Que cómo se le ocurría preguntarle algo así! Luego bien que lo dio, en las prácticas.

—No sé en la vuestra —dijo Elvira — pero en la mía no paró de decir cosas que no venían a cuento. Decía “si la madre no quiere tener a la criatura”, “si decide traer al mundo a la criatura”... Era muy incómodo, no parar de repetir “criatura” una y otra vez. Me da igual lo que tú pienses, danos el tema y ya está.

—Sí, en la nuestra también lo hizo. Y se explayó sobre todas las ayudas que iba a tener la madre que quisiera tener a su criatura.

Todos nos reímos. Era un auténtico impresentable, ya cuando en la primera clase, no recuerdo el motivo, había soltado la perla de “Aquí todos somos católicos”. Entonces estábamos en segundo, y todavía éramos unos cuarenta alumnos, después de la desbandada de otros tantos tras el primer curso. Había un tipo que tenía una carpeta con una pegatina que llevaba escrito “Juventud por la apostasía”. Un inepto que había abandonado enseguida, pero ése no era el caso.

Nos sumimos en un instante de silencio, recordando aquellas escenas de hace un año.

—¿Y vosotros qué pensáis de la regulación del aborto? —preguntó Elvira, sin más, para llenar aquellos treinta minutos que todavía nos sobraban. Se llevó una servilleta a la boca para apartarse el sabor de su té, y alzó los ojos hacia Julián, que había sido el primero en contestar.

—Pues a mí no me parece bien. —Casi todos fruncimos el ceño al momento. Había una especie de seguridad en ese pequeño círculo nuestro, la seguridad de una juventud que se formaba en el Derecho, que pensaba dando por supuestos ciertos valores tan básicos como aquellos que habíamos estudiado en la Constitución. El debate que había arrojado Elvira a la mesa,

más que eso, significaba una ocasión para darnos la razón mutuamente, en un tema cuya moralidad todos dábamos por zanjado al menos en nuestra mesa. Y aquella salida de Julián, a pesar de que todos conociésemos su profunda devoción religiosa, nos había sorprendido en un momento de absoluta confianza y tranquilidad. Recordé entonces una conversación sobre este mismo tema, precisamente en la clase de constitucional de primero, donde el profesor había dicho que, aun siendo él mismo religioso, teníamos que ser ante todo generosos. Y esto desde el punto de vista del civismo y la humanidad más elemental, no ya esgrimiendo, claro, los argumentos jurídicos. De haber sacado estos a colación, la postura contraria ya no tenía nada que hacer.

Patricia dejó de masticar, e incluso Jaime, que solía ignorar la conversación general, dobló el periódico a un lado.

—No me parece bien que sea decisión de la mujer, sin más. ¿Qué pasa con nosotros? Yo, si es mi pareja la que está embarazada, me gustaría poder decidir también. —Todos respiramos más tranquilos, sobre todo Luis y yo. No queríamos tener que arremeter en contra de nuestro amigo, de esa tercera parte que conformaba nuestro íntimo grupo.

—¿Y cómo sería entonces?

—Pues un cincuenta por ciento, la mitad. Sería también mi hijo, ¿no? ¿No tengo derecho a decidir si quiero tener o no a mi hijo? Creo que los dos, tanto él como ella, deberían poder dar su opinión con la misma importancia.

La palabra “importancia” me chocó un poco. Yo habría escogido “trascendencia”, por ejemplo. Pero Julián era uno de esos chicos que se mataban a estudiar de una manera atolondrada, memorizando ingentes cantidades de información pero cometiendo errores ortográficos en los apuntes que copiaba. Era de esas personas que te preguntabas cómo habían aprobado lengua, cómo habían pasado la selectividad, si en la misma nos pedían hacer un comentario crítico y él ni siquiera tenía un vocabulario decente. Al menos había aprendido a verter en cada examen las palabras que los profesores decían durante las clases. Y mientras decía aquello miraba fijamente sus manos, su lata de refresco, pestañeando rápido como si esos gestos inquietos le diesen la razón. Su cuerpo aseveraba cierta rabia que se contenía en esa idea, y ya intuyendo quizá que iba a ser ridiculizada, no se atrevía a recoger ninguna de las expresiones de sus compañeros.

—Claro, cincuenta por ciento, y si no hay acuerdo, ¿qué? Si ella quiere abortar y tú no, ¿quién toma la decisión? ¿El ginecólogo?

Julián no había llegado tan lejos en su desarrollo del tema.

—Pues no sé, pero eso, que me parece injusto que sólo decida ella, porque también son mis cosas.

—Claro, entonces un cincuenta por ciento —intervino Jaime, para asombro de todos— y dejamos sin resolver qué pasa cuando no se llega a un acuerdo. Pero, ¿no ves que además del hecho tener un hijo, igual que tú, la mujer también pone en entredicho su cuerpo? O sea, si tú crees que tiene que haber igualdad entre el hombre y la mujer porque el feto es de los dos, ella tiene algo más en juego. Ya sólo por eso, no debería ser un cincuenta por ciento, sino un sesenta a cuarenta, vamos, algo que no tiene ningún sentido.

—Bueno, vale, es difícil, pero yo creo que nosotros también teníamos que tener algo de poder ahí.

—Si yo te entiendo —respondió Luis—, pero no hay manera de justificarlo. No puede gestar un niño que no quiere porque tú sí lo quieras. No tiene sentido. Tus derechos ahí no tienen nada que hacer frente a los de ella.

—¿No era uno de los motivos que se habían expuesto en el recurso cuando se aprobó la ley? —murmuró Patricia, que se recostaba hacia atrás en la silla después de haber terminado su bocadillo. Elvira, de rostro y cuerpo inflados, con pequeñas intermitencias en su sobrepeso a lo largo de la carrera, miraba con cierta envidia los contornos de Patricia. Miraba esos brazos delgados, ese fino cuello y el suave dibujo de sus clavículas. Incluso la cara, de por sí redondeada, tenía el sano perfil de una mujer en su peso. Las mejillas coloreadas por un maquillaje claro dejaban traslucir un tono rosa natural, puede que debido al calor que hacía en la cafetería. Y acababa de comerse un bocadillo. Lo que habría dado ella por hacer lo mismo, en vez de pedir un té que se iba enfriando en la mesa. Se fijaba también en sus cejas que, siendo un poco gruesas, tampoco le quedaban mal. Ella se las depilaba continuamente, en un intensísimo esfuerzo por encontrar la mejor forma de arreglarse, de estar más guapa. Y así invertía tiempo y tiempo en su arreglo diario, en su pelo, en su ropa, en el pintauñas, un tiempo que se desmoronaba en cuanto veía esos brazos y ese cuello. De qué valía todo lo que hacía, si incluso con esas cejas grandes Patricia sería siempre más guapa, en su aspecto

sano y fuerte. Pero no era esa chica en concreto, sino casi todas. Era la más gorda de la clase, lo había sido toda su vida. Algún día sería la más gorda del trabajo, o quizás las cosas se fuesen igualando con personas de más edad. Sus pequeños ojos se paraban en el té, en el periódico doblado, en la mano de Luis que no paraba de remover su café con la cucharilla, olvidándose de lo que hacía. En los sobres de azúcar abiertos, en unos granos de cristal que se habían precipitado por la mesa y los platos. Pero inevitablemente acababan en ella, en sus bonitas manos y en la servilleta arrugada donde llevaba envuelto el bocadillo. Imágenes que se le clavaban en el corazón y lo rompían un poco. Lo resquebrajaban para sacar de él una tristeza desconsolada que chocaba directamente con la sensación de que nunca podría cambiar eso, porque llevaba una vida entera intentándolo y fracasando por los mismos obstáculos. Obstáculos que nacían de ella misma y que no sabía controlar. Pero sentía otra vez las ganas de probarlo, una fuerza que extraía de aquella tristeza. Del bonito perfil de esa cara delgada, de esa barbilla libre sin papadas que la ocultasen. De esa servilleta que había traído un bocadillo sin sentirse culpable ni asquerosa.

—¿Y tú qué piensas? —contestó Elvira mirando directamente a Patricia, con una brusquedad que salía de sus pensamientos lejanos, igual queriendo preguntarle otra cosa, olvidando quizás el tema que estaba ahora mismo en la mesa.

Patricia miró a los lados un momento, pensando en si debía responder o no. Pero los demás estábamos callados, como si aquel liderazgo de presentadora que Elvira ejercía fuese algo tácitamente aceptado. La verdad es que a mí me daba exactamente igual dar o no mi opinión, sobre todo teniendo en cuenta que, aparte de la tonta ocurrencia de Julián, todos pensábamos lo mismo.

—A mí me parece bien. —El ligero rubor de antes, aquél que yo había achacado a la calefacción excesiva, se volvió más intenso y le subió a la frente, cubriéndole casi toda la cara. —Además, claro. Hay que tener en cuenta cosas como que el bebé no esté bien, o el riesgo de la madre, o las violaciones...

Esas palabras me defraudaron completamente. Salud, violación. Los motivos casposos por los que se consideraba “moral” el aborto. Llevar un

derecho de lo más elemental a unos límites rancios y muertos. Y sobre todo, que lo dijera una mujer joven y con formación.

—¿Qué importa el motivo? —explotó Daniela, con los ojos muy abiertos, sintiendo exactamente la misma irritación que yo, supongo que más íntima al tratarse de una mujer que veía su libertad tan estúpidamente cuestionada. —Ya sea porque hay riesgo o porque no se quiere sin más, ¿qué más da? Hay que permitirlo siempre, y no es asunto de nadie por qué no se quiere seguir con un embarazo. El simple hecho de que sea no deseado ya es suficiente.

Patricia se puso todavía más roja mientras decía un tímido “Ya, ya, claro...”. No podía entender por qué se sentía tan incómoda. Parecía que haberla interpelado a ella, que haberle preguntado de una manera tan directa, era una especie de estudio sobre si estaría dispuesta o no a abortar, en caso de encontrarse en esa situación. Como si por responder de una manera rotunda que estaba a favor —igual que acababa de hacer Daniela— fuese un reconocimiento público de su vida libertina, de sus múltiples y locas relaciones por las cuales necesitaba acudir a ese derecho que tanto defendía. Y azorada, esparciendo miradas por la mesa igual que antes Elvira se fijaba en el azúcar por no querer enfrentarse a sus bellos hombros, le daba vueltas a qué parte de sí misma había descubierto, si una parte decente y respetada que sólo entendía la necesidad del aborto en ciertos casos, si una parte rematadamente tonta y alejada de los valores que otra compañera acababa de defender sin enrojecer ni un poco. Pero interrumpiendo aquello el estúpido de Paco se levantaba y volvía a recordar el tema de sus clases y otras grandes escenas que nos había regalado aquellos primeros días. Entonces Patricia se atrevió a levantar los ojos para alcanzar esas caras que conocía desde hacía tres años, intentando escudriñar lo que pensaban de ella, si es que pensaban algo. Tenía la piel todavía encendida, y el sabor al pan de su bocadillo se había mudado para dejarle un regusto de acero en la boca.

—Mi coche gasta muy poco —iba diciendo Jaime a una pobre víctima que había cometido un resbalón. —Quería uno que gastase poco porque voy todos los fines de semana por los alrededores, con la asociación. El último tuvimos una boda. Las bodas vikingas...

Y nos miramos unos a otros, entre la hilaridad y la compasión. La

novia del camarero se contoneó hacia la salida, haciendo un sonido de seca vibración con sus menudos tacones. Todos la observamos un instante, llamados por el ruido. Todos menos su novio, que se dio la vuelta al momento para seguir con sus cosas, en una fastidiosa contracción de sus tatuajes negros.

—Quedan cinco minutos.

Dejé que ese dato cayera sobre la mesa con un tono neutro. Por momentos quería que esa porción de tiempo durase siempre, cómodamente sentados en la cafetería, trasteando con el móvil al mismo tiempo que hablábamos. Pero también tenía ganas de que la mañana pasase rápido, de volver a casa y cabecear un poco después de comer, porque esa noche había dormido fatal. Y entre una y otra sensación, con los párpados cansados y las manos listas para seguir la rapidísima voz de Brea, lancé esas palabras tranquilamente, sin decidirme entre la rabia y las ganas, como una hoja que se desprendía de la rama. “Oh”, murmuró alguien, y el alma encerrada en la cárcel de la conversación vikinga se levantó enseguida para forzar a los demás que nos moviésemos. Con la misma pereza con la que habíamos salido de la clase, arrastrando del mismo modo los segundos en los que guardábamos nuestras cosas y estirábamos un poco nuestras piernas, nos encaminamos hacia la salida. Hacia aquel festival de luz que rebotaba por todas partes, hacia la eterna sonrisa de Cati, hacia las escaleras educadamente calladas.

Casi una hora después, bajo la experta voz de Brea, seguía pensando en la reacción de Patricia. Mis manos, que se movían frenéticamente por el teclado siguiendo las incansables palabras del profesor, recogían cada uno de los datos del IVA sin perder ni un solo inciso. Sin embargo, era incapaz de atender a esas explicaciones que copiaba, de concentrarme en ello, como si esa cara inflamada de rojo se me hubiera clavado dentro y no pudiera parar de pensar a qué se debía. Y abriéndose paso entre mis ideas, apartando uno a uno cada pensamiento, me sugería imágenes de abortos secretos, de relaciones esporádicos, de infructuosos encuentros que le hubiesen granjeado un terrible susto obligándola a presentarse todas las opciones. En cualquier caso, me hablaba de amor, de intimidación. Y en un instante especialmente preciso, mientras mi mano derecha apuntaba una coma, mientras Luis me mandaba un mensaje que me llegaba en una ventana junto a los apuntes, sentí el verdadero motivo de aquella obsesión. Que su rubor, fuese cual fuese el motivo, obedecía a algo que en cierto sentido deseaba. Que ojalá yo no fuese todavía

virgen. Que ojalá hubiera descubierto ya el sexo, y que ante esa muchacha incómoda hubiese podido representarme, en un abrir y cerrar de ojos, por pura casualidad, la última escena de placer que guardase en la memoria.

CAPÍTULO II

“Hoy el maricón ha venido fuerte”. Ése era el mensaje de Luis, el que había irrumpido en mi pantalla cuando yo me afanaba por escribir la deducción del IVA.

Laura estaba poniéndose rímel en las pestañas.

—Pues sacar un seis en Internacional no está tan mal. —La boca se le abrió mientras echaba la última pincelada de esa pasta negra, como si no pudiera evitarlo. Tenía cara de boba, untándose aquello con el labio inferior precipitándose sobre la barbilla. Y mientras sus pestañas crecían, con pegotes que luego rebajaba con las manos, atropelladamente, pintando y quitando sin saber cómo controlar el manejo de aquel palillo lleno de púas. —A ver, no es una notaza, pero es difícil. Aunque de todos modos yo iría a la revisión. Total, no pierdes nada. —Empezó a limpiarse los dedos bajo el grifo, borrando la vergonzosa mancha negra que nacía directamente de su falta de habilidad. —Yo fui a todas sus revisiones, y en todas me subió algo. No corrige fijándose mucho, ¿sabes? De hecho en Comunitario me subió del nueve al nueve con setenta y cinco, y me llevé la matrícula. ¡Hay que pelear!

Cogió ahora un pintalabios rosa, que no se echó mucho mejor que el rímel. Retocando de nuevo con las manos, se quitaba algo que le sobraba en las comisuras de la boca. Era raro verla maquillada, y no me gustaba nada. Para mí su cara era ésa que le veía por las mañanas, desayunando con los pelos desordenados cayéndole por toda la cabeza, o esa otra donde se le dibujaban dos ojeras y una arruga entre ambas cejas, cuando estaba en época de exámenes y después se quedaba dormida en el sofá, con la boca abierta. Incluso la prefería como antes, cuando las espinillas de la adolescencia le tapaban la nariz y esos dos mofletes tan hinchados, y mamá le echaba tremendas broncas por apretárselas. Con la frente roja de erupciones, con un herpes en el labio superior, con el picotazo de un mosquito justo antes del cuello. Me gustaba más en cualquiera de esas formas suyas, sus formas hermosas por aquel dibujo limpio de sus rasgos, de mujer joven y de piel tersa, clara, con lunares en la espalda.

—¿Quién sacó la matrícula? —preguntó de repente, guardando sus cosas, mirando una última vez al espejo para ahuecarse un poco el pelo, o lo que

fuese que pretendía metiendo una mano en medio y agitándola.

—Daniela.

—Oh... Da-nie-la... —dijo, girando el cuello para mirarme de lado, con una sonrisa pícara, pronunciando cada sílaba como quien saborea un caramelo. Qué fea estaba, con los ojos tan negros y con la boca tan rosa. O quizás fuese, aun tratándose de mi hermana mayor, que me costaba verla como una mujer. Me llevaba tres años, y últimamente esa fracción de tiempo que siempre nos había separado parecía haber crecido. Porque estaba a punto de terminar sus estudios, porque pronto encontraría trabajo y se iría de casa. Porque me sentiría un poco solo aquí, con papá y mamá, cuando no estuviera. — ¡Vámonos! —gritó, agarrando la chaqueta que me había tirado antes en el regazo, gritando un “Adiós” a nuestros padres y abriendo la puerta de la entrada. Su pelo suelto en lisos mechones castaños me dio un momento en la cara, mientras le daba al botón del ascensor. Y el olor a frutas de su champú me trajo a la mente una escena de un verano antiguo, cuando nuestras cabezas chocaron en la piscina y aquel aroma había producido una rara sensación junto al frescor del cloro. Estaba guapa, entonces, con la cara mojada. Más guapa que ahora. Claro que, si me lo preguntasen, no sabría decir si Laura era o no hermosa. Tan cercana, con ese rostro tan eterno, siempre en casa desde el primer segundo de mi existencia. Tenía mis mismos ojos marrones, mi mismo cabello liso, mi piel un poco pálida, mi altura con unos cinco centímetros menos. ¿Era guapa? No lo sé. Era demasiado complicado pensar como un observador cualquiera, intentar definir la porción de belleza que merecía cada una de sus facciones, cuando para mí todo ese conjunto de su persona era y sería siempre, de una forma irremediable, el de mi hermana. Y por el mismo hecho de ser mi hermana se borraban todas las demás apreciaciones que se pudieran hacer de ella. Laura no era para mí mujer, no era hija, no era novia, no era una futura madre. Me resultaba de todo imposible representármela en cualquiera de esas situaciones y hacerme una idea sobre cómo desempañaba ese papel, porque por el mismo hecho de ser algo tan íntimo y tan exacto, se evaporaban en ella todas las acepciones que yo podía entender, por ejemplo, como las propias de una mujer. Algo que nacía de lo sensual y de lo intelectual. Como la manera de caminar de Daniela o las cadencias de sus ojos. Como la facilidad que sí poseía para pensar si esa chica era bonita.

Laura era para mí algo intocable. No era posible moverla para poder

descubrir los aspectos que desconocía —quizás por mi propia torpeza—. Y era capaz de describirla, incluso con una cantidad de detalles que imaginaba sólo superada por nuestra madre, detalles actuales y pasados, en una densa enciclopedia donde explicase hasta el deje que tenían sus erres cuando estaba acatarrada y con dolor de garganta, o el exacto graznido de su cuello cuando juntaba los brazos y empezaba a roncar. Pero nada de eso, ninguna de esas informaciones, me valdrían para decir si era guapa o no, o si mi repugnancia por su cara maquillada venía de una apreciación puramente subjetiva de lo que entendía como belleza o de otras sensaciones que me molestaban a veces el sueño. Como imaginar que esa noche la mirarían lascivamente, atraídos por su esponjosa boca de colores rosas, y que ella, en pleno alarde de su soltería y madurez, igual respondiese también a esos acercamientos que sólo buscaban unas formas femeninas cualquiera. Porque sus labios habrían pasado ya por varios hombres, y como mínimo por aquel exnovio que había protagonizado un par de años de su vida universitaria. Ese exnovio que, por supuesto, habría descubierto todas sus intimidades y las habría explorado con el vivo consentimiento e interés de mi hermana, convirtiéndose asimismo en eso que tanto odiaba pensar de ella, en una mujer, en una mujer como tal, abierta al mundo adulto y participando del mismo. Y lo odiaba por algo como de protección que había dentro de mí, o de rechazo absoluto a perder esa niña que yo recordaba, aquélla que había desaparecido como también había desaparecido el niño que yo era. En la etapa de los ocho, de los diez años, antes mismo del instituto, antes de que la adolescencia emborronase la tranquilidad de una vida que, maldita sea, era estupendamente sencilla. Ahora todo se volvía más difícil, y su cara pintada ya de por sí me parecía difícilísima. Porque ella ya era adulta, y yo todavía no me sentía así. Porque mientras ella había tenido al menos un novio —y ahora paraba el coche despacio y el cinturón pasaba por entre sus dos pechos marcándolos, una imagen que ahora mismo me dolió más de lo que antes me había dolido—, yo rozaba ya mis veintiún años queriendo haber vivido algo que era un absoluto misterio.

—Bueno, estate atento al móvil, no como la última vez. —El coche se había detenido frente a la Alameda, donde quedábamos antes de salir, para matar las primeras horas entre una multitud decadente que hacía botellón. Cuando salíamos ambos, íbamos en coche y nos turnábamos conduciendo. Esa noche le

tocaba a ella no beber nada, y cuando uno de los dos quisiera volver a casa, tenía que llamar al otro y quedar. Claro que quedar, por supuesto, era ir adonde Laura estuviese. Y si yo no salía un día y ella sí, le tocaba a mi padre ir a buscarla en coche y aventurarse por las calles de fiesta, si no tenía a nadie que la acompañase hasta él. En la situación inversa, yo tenía muchas más opciones de movilidad. Ojalá se tratase sólo de una cuestión de injusticia doméstica.

La mayoría de los que quedábamos ya habían llegado. Luis vino directamente hacia mí, con su vaso de tubo en una mano, balanceándose un poco en su andar desenfadado, porque venía riéndose por algo, porque la luz de la noche le daba directamente en su pelo negro y en sus ojos oscuros. En ese mareo que tocaba sus piernas, que enlazaba cada uno de sus miembros, aquel vaso parecía el contrapeso de su cuerpo, el elemento que precisamente lo mantenía en pie. Y el aliento de una farola se posó en aquel canto que los labios de Luis ya habrían apretado a saber cuántas veces, donde quedaba un regusto como una señora podía dejar ahí la sombra de un pintalabios. ¿De qué se reía? ¿Por qué caminaba así? Su alegría me pareció falsa por un momento, y ese momento se fue dilatando a medida que Luis dibujaba un gesto nuevo, la forma de saludarme, cómo miraba al corro de chicas que se habían sentado directamente en el suelo, el acento con el que me dijo “Hoy me siento mejor que nunca”. En una reacción automática, llevado por la corriente de algo que vivía y de lo cual mis sentimientos se desprendían sin poder evitarlo, le pregunté por qué. Por qué hoy, justamente esa noche en la que yo estaba tan triste, tan desgarrado por la despedida de mi hermana, por una extraña sensación de que esa noche Daniela intentaría acercarse a mí y yo no sabría corresponderla. O quizás sí, no lo sabía, no estaba seguro.

—Porque se ha acabado. ¿Te acuerdas de cuando espiaba todos sus perfiles, viendo los me gusta y los comentarios de todos los tíos? Se ha acabado, ya se ha acabado.

Luis hablaba de su antigua novia. La típica novia del instituto, la de cuarto de la ESO, que sorprendentemente le había durado hasta principios de este curso. Cinco años con ella, cinco años míos aguantándola de vez en cuando, con su cara de ratoncillo perdido, con la nariz muy puntiaguda y la pequeña frente despejada, llena de pulseras. Rubia, de ojos pálidos, parecía una princesa perdida de la que mi amigo se había prendado ridículamente, y había seguido

así incluso después de que lo dejara, porque estaba harta de verlo cada dos semanas, cuando ella volvía de Coruña, donde estaba estudiando para ser fisioterapeuta. El abogado y la fisio, como decían ellos. El chico guapo y la niña monísima.

—Nos hemos cruzado antes. Y nos hemos saludado sin más, civilizadamente, un “Hola” y cada uno por su lado. No hace falta más, ¿no? No me voy a parar a preguntarle cómo está la imbécil de su madre, o qué tal le va esa carrera de crujir huesos. Y me he sentido bien, me he quedado tranquilo. No me ha alterado nada de nada. De hecho, hasta me he puesto un poco eufórico. Un poco loco, sí, no sé, antes me estaba riendo por nada, pero no era capaz de dejar de reír. Y ésta es la primera que me tomo, así que...

Miré otra vez su vaso, y sentí lo impertinente que era aquello, hablarme de ella, que hubiera tenido que aparecer precisamente hoy. Me resultaba del todo injusto tener que aguantar otra conversación de Raquel, aunque fuese para enterrarla definitivamente —cosa que no me creía—, aunque fuese para criticar todas las desmayadas maneras que la componían. Odiaba esa figurilla de cristal, la odiaba incluso cuando tenía el deber moral de quererla un poco, sólo por hacer feliz a ese amigo que llevaba a mi lado desde la infancia.

Luis miró al fondo de la Alameda, como buscando un punto de apoyo. Algo que necesitaba y no encontraba, algo que yo no podía darle. Como creerme su falsa confianza o esa euforia de la que hablaba. Y quizás fuese cruel, estar tan serio a su lado para obligarlo a desmentir cada una de sus palabras. No por una agotadora búsqueda de la verdad, sino por la acuciante necesidad de que alguien, y sobre todo él, compartiera conmigo un segundo de absoluta desgracia emocional. Quería eso, quería unos instantes donde la pena de otro colmase un poco el vacío de la mía, para hundirme más en ella y luego salir de la mano de alguien, para creer que en los momentos más hermosos —y aquella fría noche de enero era hermosa— alguien más no era capaz de animarse. Se habían mezclado en mí una serie de pensamientos venenosos, el de mi hermana yéndose de casa, el de mi hermana viviendo su plenitud sexual, el de Daniela abrasándose mientras me miraba y la incapacidad de saber si yo me atrevería a desearla.

—La verdad es que estaba guapa.

La voz de Luis interrumpió mi desagradable discurso interior. Lo

interrumpió como arrojando una fresca corriente que lo sesgaba, algo que me susurraba, pasase lo que pasase, que mejor sería dejarme llevar. En ese mismo instante Daniela, que sabía de sobra que había llegado, me miró y levantó sus cejas morenas a modo de saludo. Una sonrisa suave, contenida, le cubrió aquellos labios también un poco oscuros, siguiendo la estela de su piel castaña. Era el momento de hablarle, de ir hacia ella y preguntarle, sin más, qué tal estaba. Pero no tenía ganas de hacerlo. Sin comprender por qué, quería mantenerme lejos de ella, como si me diera miedo pensar en besarla, en estrechar su cintura. Y era eso o rechazarla, porque no podía seguir aceptando sus insinuaciones otros cuatro meses más. Era una situación que me hacía sentir culpable, al igual que si quisiera explotar hasta la extenuación el deseo de esa niña dulce y buena sólo para crearme mejor. Para alimentarme de ello.

—Joder, sí, estaba guapa. Pero ella es guapa, qué le vamos a hacer. Nunca va a estar fea, ¿sabes? No es malo reconocerlo, es decir, puedo no sentir nada por ella pero reconocer que está guapa. ¿No?

Luis se había girado un poco, dando la espalda al resto, que hablaban a unos tres metros de nosotros. Eso despegó mis inquietudes de los ojos de Daniela, que comprendían nuestro momento de intimidad y se volvían, mustios, secos, un poco humillados, hacia los de sus amigas. Hacia los abotargados ojos de Elvira, que llevaba un cigarro en la mano y dejaba que se consumiese sin darle una sola calada. Porque en realidad no fumaba, y sólo tocaba el tabaco por las noches, cuando estábamos en grupo. Con su redondo cuerpo vestido de negro, con unos botines de tacones pequeños y cuadrados, se paseaba entre unos y otros alzando estúpidamente un cigarro que no le gustaba, que no sé por qué demonios cogía. Por si eso le quedaba estéticamente bien, supongo, por si eso la hacía encajar, como si los traumas adolescentes del desprecio siguiesen sangrándole el corazón, tapando todas sus heridas con aquellos asquerosos cigarros, con aquellas uñas pintadas de negro y purpurina, unas uñas postizas que se ponía para las noches de fiesta. Buscando desesperadamente una mirada de aprobación, un beso de un extraño que la hiciese sentir bien durante cinco segundos. Pero sin importar lo que motivase esas reacciones tan tontas, porque no la conocía demasiado y no éramos más que unos compañeros de universidad algo distantes, lo cierto era que me daba algo de asco en esos momentos. Una mezcla de asco y pena, por tener que oler el humo que su mano derecha echaba sobre todo nuestro grupo.

Por sentir que era patética, haciendo algo así, por no poder sentirme mal por juzgarla desde mi posición cómoda, tranquila, lejos de aquellas fisuras que ella intentaba enmendar aceptando un cigarro por la noche. Sí, era duro llamarla patética. Pero de verdad lo pensaba, y seguramente no fuese yo el único. Patética, porque ni siquiera sabía respetar que a ella no le gustase el tabaco.

—No, claro, No pasa nada —contesté a Luis, en cuyos ojos seguía vibrando la bonita cabellera dorada de Raquel.

—Mira, te voy a dar un consejo. —Los consejos de Luis eran consejos que se daba a sí mismo y que nunca seguía, bien por una imposibilidad personal de hacerlo o bien porque se le olvidaban nada más los pronunciaba. —Somos muy jóvenes. Es así, somos muy jóvenes, ni siquiera hemos terminado la carrera. Tenemos que divertirnos y nada más. No hay que evitar a las mujeres, pero sí hay que evitar liarse de la manera que lo hice yo, siendo aún un crío, liarse tanto y hacerse la vida tan difícil. ¿Sabes todo lo que sufrí por ella, echándola de menos, cuando se fue? ¿Por qué lo hizo, si tanto me quería? Ella era la que se iba, no yo. Y sin embargo, soy el idiota que estuvo aguantando más de dos años esa situación, para que luego sea ella la que me deje tirado. Cada vez que pienso en el dinero que metí en billetes de tren, en *blablacares*, en mil historias para verla más, incluso cuando estábamos en exámenes y ella se quedaba allí, porque se concentraba mejor que en su casa, con sus hermanas pequeñas. Fui un imbécil, ¿sabes? Un crío estúpido. Ahora ya lo sé, sí, es algo que no voy a repetir, no al menos hasta dentro de mucho tiempo.

No sabía qué contestarle. Las únicas respuestas que se me ocurrían nacían de un aborrecimiento puramente visceral hacia Raquel, y no sabía si eso dañaría a mi amigo por tener que soportar un insulto sobre alguien a quien todavía amaba, o si provocaría un arranque de alegría forzada que me molestaría aún más.

—Tú has sido más listo que yo. En el instituto te enrollabas de vez en cuando con Paula, ahora te lías con alguna, por ahí, sin compromiso ninguno. Y eso está bien, es lo mejor que puedes hacer. Haz lo que quieras con quien quieras, pero no te comprometas con nadie. Ése es mi consejo, que seas libre, que no te ates como yo. Bueno, como yo antes, porque ya no me pillan en otra

así. —Luis levantó su vaso y le dio un sorbo. Era raro que no me ofreciese, que no me dijese lo que llevaba, nada. Encerrado en sus ideas, diciéndolas en voz alta para creérselas mejor, bajó los hombros y su tono se volvió un poco más sombrío. —Seguramente venga por aquí. Iba con esa amiga suya, bueno, qué más da. Pero igual vienen, y si vienen, no sé, deberías ir a saludarla. Ya sé que eres mi amigo, no el suyo, pero no estaría bien que la ignorases sólo porque ya no estamos juntos. Es como lo de su amiga, siempre fue muy simpática conmigo, no merece que ni la mire por culpa de Raquel. Así que, no sé, si pasan por aquí habrá que ir a saludarlas. Ya sé que nunca te llevaste muy bien con Raquel, pero tuvisteis contacto, y estaría muy mal que ni siquiera le preguntases qué tal le va todo. No por nada, sino porque me dejarías quedar a mí mal, porque si no vas parecería que yo te he pedido que no le hables, que es por culpa mía. Si yo no estuviera aquí, acaso, ¿no irías a saludarla? Pues eso, hay que comportarse. Aunque me fastidie tener que oír esa voz de niña mimada.

Por suerte, las esperanzas de mi amigo no se cumplieron, y no volvimos a cruzarnos con Raquel.

Dos horas después me encontraba en la barra de una discoteca, esperando para pedir una bebida y que me cambiasen la tarjeta de entrada por una de salida. Sujetando fuerte aquel pedazo de plástico, siempre con miedo a que se me cayera, me ponía aún más nervioso cuando conseguía mi pase hacia la libertad, el billete necesario para que me dejaran salir de allí cuando yo quisiera. Siempre me lo metía en el bolsillo más pequeño de los vaqueros, aquél que mi padre decía que era para llevar monedas. Y mientras alguna chica se aseguraba su protección metiéndolo directamente en el sujetador, yo no podía evitar revisar, cada quince minutos al menos, la estabilidad de esa tarjeta. Respiraba cuando la sentía allí, a mi lado... Pero la angustia porque me atendieran paró de repente, al notar que Daniela se colocaba junto a mí, extendiendo también su tarjeta de entrada. Otra vez, la presión de no saber qué iba a hacer con ella. Seguro de que vendría a mí, de que me buscaría incansablemente esa noche y la siguiente y todas hasta tuviera una respuesta mía. Un beso, o la mejor manera de apartarla y decirle que no me interesaba. Su corazón, en una interminable sed de alivio, ya fuese bueno o malo, no paraba de engarzarse al mío. Y yo no sabía ni por dónde empezar, ni siquiera cómo enfocar esa situación.

—Cuánta gente, ¿no? Van a tardar en atendernos. —Su voz delicada, su acento tropical, que sabía a mango y olía como el azúcar, trastornó un último deseo de no tener que enfrentarme a ella. —¿Y si venimos en un rato?

Aquella era una forma maestra de crear intimidación. Sabiendo que yo sería incapaz de contestarle que no, sabiendo también que no me daría media vuelta para volver directamente con el grupo en vez de hablar con ella al menos un instante, había tejido en un solo gesto de sus manos lo que yo tanto temía. Seguro que se había imaginado la escena cincuenta veces mientras se acercaba a mi espalda, viviendo cincuenta de sus posibilidades y saliendo airoso en casi todas, en el sabio arte de la probabilidad, porque resultaba prácticamente imposible que yo me comportase como un patán dejándola sola o que ignorase su consejo de volver más tarde. Enredado en esa dulzura que extendía a mi alrededor, no pude hacer menos que admirarla. Admirarla por la sutileza de las mujeres, por la bellísima manera de llevarnos al punto exacto en el que querían tenernos. Y aunque Daniela fuese inteligente, supe que aquella misma ecuación de los usos sociales y las coincidencias podría haberla llevado a cabo cualquier otra menos lista que ella. Porque era algo que nacía de su propia esencia femenina, como si en el primer suspiro que lanzaban al mundo ya estuviesen dotadas de miles de delicadezas que nosotros no podríamos comprender en toda una vida. Más fuerte, más alto y vigoroso, me sentía irremediabilmente perdido frente a una palabra suya, frente a algo que nacía como una mera coincidencia que, por supuesto, era del todo obra suya. Y esto ocurría en mil situaciones de nuestra rutina juntos, de hechos durante las clases, durante las salidas y bajadas a la cafetería. En cien ocasiones había estado atado a ella, en cien ocasiones que había creado ella y sin que yo me hubiese podido hacer a un lado. Ahora, apartándonos por supuesto de la barra, me topé frente a frente con la raya negra donde nacía su pelo, donde las sutiles curvas se iban insinuando para rizarse a medida que descendían por su cuello. Con sus ojos intensos, con esa piel un poco morena que se camuflaba entre las oscuridades del local.

Por qué no deseaba aquello. Por qué no deseaba tener a mi lado a esa mujer que tenía tantas cualidades que me gustaban. Me parecía guapa, inteligente, divertida. Era agradable escucharla mientras hablaba, también cuando se enfadaba un poco y se le encendían las pupilas. Sí, todo eso era cierto, y podía estar recitando más y más detalles mucho más tiempo. Pero

estaba ahí, justo delante de mí, y por más que escarbaba en mi interior no sabía si quería o no besarla. No sabía si me gustaba, aunque estuviese seguro de que sí debía hacerlo. Cobarde, esperando la llamada de mi hermana para regresar a casa, queriendo escuchar una palabra de Luis rozándome la nuca para tener que volverme y no volver a mirarla en lo que quedaba de noche, guardando mis fantasmas para la siguiente vez que, inevitablemente, ocurriese esto, me sentía ridículo y pequeño. Pequeño como un niño, porque alejado de ese mundo de las relaciones adultas —y no quería que me mordieran todas las frustraciones que me habían acosado ya mientras Laura se pintaba—, ni siquiera sabía cuándo tenía ganas de rozar a una mujer.

La atmósfera, todo lo que nos rodeaba, nos juntaba más y más. Cada elemento que había a mi alrededor —la música alta, la gente bailando, desconocidos con desconocidas y compañeros de clase con otras compañeras—, parecía susurrarme que debía hacerlo. Que debía besarla, que debía empezar a quererla, liberar un punto de angustia que no era otro que el miedo, en realidad, por tener una novia de verdad. Porque Daniela no quería divertirse esa noche, sino que llevaba más de un año mirándome cuando creía que yo no me fijaba. Quería algo que yo también deseaba, algo estable, real, algo adulto, como Luis con Raquel, como mi hermana con su ex, como tantos otros que me rodeaban cada día. Quizás hacer el amor, pronto, con ella, descubrir por primera vez ese cuerpo y también el mío, que se adormilaba en una perpetua y angustiosa infancia. Hacer el amor con Daniela. Hacer el amor con mi novia, con ella. Tener, en ese momento de puro miedo y nerviosismo y excitación, esos dos ojos negros y las grandes aletas de sus pestañas. Me pareció buena idea, el apoyo de esa mirada, cuando el momento llegase. Y el bonito dibujo de su cuello, que condensaba en él días y días de deseo reprimido. Sí, de acuerdo, estaba bien. Estaría bien, lanzarme a ella y, como había pensado en la Alameda, dejarme llevar.

Miré una última vez a Daniela, en silencio, con todo lo demás a nuestras espaldas, haciendo un ruido que no llegaba a nosotros. La quería, sí, la había querido durante todo este tiempo, y sólo la había evitado una y otra vez por el miedo que me inspiraba asomarme a todo lo que me ofrecía. La quería, un poco al menos, y se lo dije con esa mirada muda, sencilla y franca, que se clavó en la suya para destruir el segundo que nos quedaba antes de unirnos. Y ella, que era tímida y dulce, alzó sus labios hacia los míos y hundió

sus manos en mi pelo, como si en lugar de un primer beso aquello fuese uno más de una vieja relación que disfrutaba un encuentro de pasión. Buscando mi lengua con la suya, dirigiendo cada acento de aquella explosión que llevaba tanto contenida en los contornos de su boca, como si hubiese imaginado miles y miles de veces lo que sería besarme y la manera en la que lo haría, me sentí inseguro por mi propia torpeza y duda frente a su gesto experto. Pero aquélla no fue la principal sensación ni la más desoladora. En ese mismo acercamiento, tuve la certeza de que todo lo que me unía a ella era un conjunto de ideas preciosas. Ideas adoradas que guardaba en el fondo de mi corazón, deseando que salieran y deseando vivirlas más que cualquier otra cosa en el mundo. El tener una novia, llevarla por la calle con mi brazo sobre sus delgados hombros, hacer el amor una y otra vez y no me intimidase el rubor de nadie, saber lo que era tomar a una mujer, que todas mis sensibilidades estallasen. Un conjunto de ideas preciosas, sí. Demasiado preciosas para casar con ese beso que, por más que lo desease, no era suficiente. Porque el felicísimo y enamorado aliento de Daniela chocó en mi paladar sin que yo pudiera exhalar ni un poco de esa íntima alegría. Porque era algo vacío, simple como si besase a cualquier otra. Algo que se antojaba a mis labios como un beso más, como una persona más que no encendía ni una sola de mis emociones. Y su fuerte latido, alocado y descontrolado, dio contra el mío haciéndole sentir culpable y egoísta. Por tener que separarla de mí, que cortar el segundo beso que ya se formaba en sus labios extasiados.

—No, mejor no...

Daniela se paró en seco, y en esos párpados que antes se cerraban para recibirme, se formó ahora un deje de incredulidad. Y yo tampoco terminaba de creermelo lo que acababa de sentir. Que besarla no me hiciera feliz, que ni siquiera experimentase un poquito de la alegría que sólo por tanto imaginármela ya casi me parecía real. Y debía ser real, porque casi la notaba en la punta de mis dedos, subiéndome por el abdomen, llenándome las piernas. Pero no estaba allí, no estaba en ella, en la que tenía todas las cualidades perfectas para gustarme.

Me pregunté si las palabras que acababa de pronunciar permitían que de todas maneras la besase una segunda vez. Quería hacerlo por la necesidad de demostrarme que lo que acababa de sentir —una absoluta indiferencia— era cierto, o una especie de confusión que —alguna explicación tendría— había

empañado algo que de verdad me hacía feliz. Pero no, no era posible. Había murmurado eso mientras separaba mi cara de la suya, lo había dicho con una voz tranquila, incómoda pero que no me había temblado en absoluto. Porque estaba seguro de que “mejor no”. Quise memorizar esa cara, esa expresión de sorpresa como si yo hubiese hecho una broma en la situación más inapropiada de todas. Y era el momento perfecto para fingir que en realidad no había dicho nada, o que sí, era una broma estúpida. El momento perfecto para inclinarme y tomar otro de sus besos, como un niño que estiraba la mano y cogía una piruleta en la consulta del médico. Era exactamente eso, alargar mis manos para saber, ojalá que de forma definitiva, si disfrutaba con eso o si era un absoluto imbécil. El momento perfecto, que desaparecería enseguida. Y atrapándolo, rozando ya el plástico de ese dulce, no fui capaz de hacerlo. Porque si lo repetía una segunda vez, también tendría que romper ese corazón una segunda vez. Tras el dolor de un primer rechazo, jugaba de nuevo para volver a dejarlo caer. Era horrible, era cruel. Pero yo podía ser horrible y cruel si tenía una duda real. Lo cierto es que, volviendo a mirar esos labios para morderlos, fui incapaz de sentir el más mínimo deseo de hacerlo. Y si ya la perspectiva de un simple beso me resultaba aburrida e insípida, incluso un poco desagradable —y me costaba confesarlo, porque de verdad había creído que algún día esa mujer me haría feliz y yo a ella—, qué sensación tan espantosa se habría apoderado de mí de haber continuado con aquello, de haber llegado a una intimidad que yo quería vivir como algo sagrado, algo que honrar por encima de todas las cosas, como si de una religión se tratase. Ni siquiera podía pensar en ella de ese modo, ahora que estaba del todo convencido de que no me gustaba. No quería abrazarla por la cintura, como me había representado en la Alameda, no tenía ni el más mínimo interés por saber cómo era tener aquella curva en mis manos. Podía seguir diciendo que era guapa. Que era hermosa, sí, con todos sus rasgos, esos que ahora estaban metamorfoseándose delante de mí, porque de una primera felicidad e incluso un gesto de seducción empezaba a ver cómo la fantasía más sencilla y lógica se destruía. A pesar de ello, de seguir pareciéndome realmente bonita, esa belleza no causaba en mí ninguna otra sensación. Era como ver una obra de arte, un rostro exquisito y bien pintado, unas proporciones perfectas. Algo de paz, de admiración y una sonrisa porque nuestros ojos fuesen regalados con unos trazos bien hechos. Pero eso no obligaba a nada más. Y así todas mis emociones habían ido tomando formas que ahora estaban huecas, como si la

cáscara de ese amor que me había imaginado tan fácil no tuviese nada dentro. Porque el beso era forma, y su eco había revotado por todo mi interior sin encontrar nada a lo que agarrarse.

Los ojos de Daniela se oscurecieron. Las pestañas negras bajaron un poco, y los taparon casi por completo. Mientras le decía eso —“No, mejor no”— sus manos habían ido bajando despacio por mis brazos, porque lo extraño de mis palabras la habían encontrado desprevenida, porque no podía esperarse lo que en verdad estaba diciéndole, y mientras sólo las letras entraban en ella sin comprender aun su significado —otra forma, de nuevo, que todavía no tenía contenido alguno—, no se había despegado de mí por completo. Mis propios brazos estaban también flexionados, tocando su cuerpo y separándose de él poco a poco, a medida que me iba preguntando cómo parar aquello sin hacerle demasiado daño. Y cuando el significado de mis palabras —que estaba diciéndole que parase, que no siguiera besándome—, penetró verdaderamente en su cabeza, el lento vagar de sus manos se convirtió en un impulso instantáneo, como si de repente mis miembros la quemasen.

—Mejor no... Eh...

No encontraba qué debía decir. Desde luego, nunca la verdad. Que no me gustaba, que no me interesaba siquiera.

Daniela miró primero al suelo, luego a los lados, y tuve la seguridad de que su mente no procesaba ni una sola de esas imágenes, que pasaban por su iris negro sin calar en su interior. En ese interior estaría ahora flotando algo de vergüenza y una tristeza enorme, quizás también la terrible respuesta a qué había pasado, si alguno de nuestros amigos nos había visto y nos lo preguntaba.

Estaba en silencio, igual sin comprender qué acababa de ocurrir. Por qué nos besábamos primero, y por qué la apartaba. Por qué ese chico que era su amigo, que siempre había estado solícito a las delicadezas de esa amistad demasiado complicada, sin poner límites ni insinuar obstáculo alguno, huía de un acercamiento en el que —al menos eso le parecía— había empezado participando. Alguien que no quería besarla no la habría cogido. No habría recorrido su lengua como lo había hecho, o dejar que recorriese la suya, en vez de alejarse y frenarlo al primer impulso. Era algo que venía después, tarde, como si quisiera eso pero un recuerdo lo hubiera estropeado todo.

Como una novia secreta, que nadie conocía pero que existía. Alguien a quien le debía fidelidad, a pesar de que ella me gustase enteramente. No, nada de eso era cierto, pero tampoco podía desmentírselo contándole que tocar su boca había sido suficiente como para saber que no me atraía lo más mínimo. Que eso podía haberlo sabido antes, sí, sin haber llegado tan lejos y sin haberla puesto en evidencia. Pero en mis estúpidas ansias por experimentar y crecer había aceptado todas sus señales de amor, elevando este mismo sentimiento para después humillarlo. Que, también arrastrado por esas ganas, me había convencido de que incluso la quería, justo cuando sabía que no podía seguir posponiendo ese encuentro. Entonces, agobiado por los reproches que a mí mismo me hacía y el deber moral de reponer lo poco que quedase de ese orgullo, se me ocurrió la excusa más tonta y sencilla que era posible.

—Somos compañeros de clases. Sería raro hacer esto y después seguir viéndonos todos los días como antes.

Claro que no sería raro convertirnos en novios si nos gustábamos, y ella también conocía esa respuesta. Pero fingir que aquello era imposible, que eso obedecía a un simple lío de esa noche como hacían los demás, era mi mejor opción. Y durante los siguientes segundos temí que ella me replicase todo eso, que me expusiera lo que en realidad era tan simple para derrotar así la pobre mentira que me había inventado.

Pero no lo hizo. Por suerte, no se atrevió a hipotecar de nuevo el amor que sentía a cambio de una respuesta. A ponerme en las manos su pequeño y precioso ego, para que lo rompiese como ya lo había hecho. Supongo que no estaba dispuesta a empeñar de nuevo todas esas emociones que para ella eran tan reales y tan preciadas. Que me amaba, que quería estar conmigo de verdad. Porque quizás cada una de mis miradas habían surgido por el simple deseo de tenerla una noche y nunca más, o desde luego no como ella se imaginaba. Como si jamás me hubiese planteado nada serio con ella. ¿Podía creerse algo así? ¿Eran esos miedos, esas inseguridades y esa necesidad de proteger lo poco que podía aún proteger, los que impedían que me replicase? No lo sé. Pero por suerte, Daniela suspiró —porque había más aire que voz— un simple “Claro”. Y sacó toda la presencia que le quedaba, todo su lustroso saber hacer reponiéndose a una certeza por la que más tarde lloraría —seguramente—, para sonreírme. Y si no hubiera estado al corriente de lo que acababa de pasar entre nosotros, si hubiera sido un tercero arrojado a escena sin antecedente

alguno, me habría creído esa sonrisa. Porque limpió sus ojos y los restos de tristeza que quedaban en su boca, llenando todo su semblante de una estabilidad tranquila, no divertida ni feliz, pero sí satisfecha. Qué capacidad poseía para sonreír, que en este momento lo hacía sin que yo, tras tres años a su lado, pudiera intuir siquiera que era un poco falso. No porque me tuviera que odiar, sino porque estaba seguro de que eran otras las emociones que ganaban dentro de ella. Parecía que había surtido un buen efecto, eso de ser compañeros y que resultaría raro. También podía haber dicho que éramos amigos, que no quería perder esa amistad de ninguna manera. Algo que tampoco era impedimento si de verdad queríamos algo más, pero más consistente que la otra excusa. En cualquier caso, no podría fingir que no había respondido a cada uno de sus coqueteos y que yo también había iniciado alguno. De todos modos, lo que había dicho me había granjeado la excelente solución de esa cara forzosamente alegre, algo que me parecía, en principio, garantía de que nuestras relaciones siguieran siendo tan buenas como antes. Claro que era una garantía muy poco segura, y yo lo sabía. Todo podía cambiar después de una noche y un día de reflexión, después de la seguridad de que yo no merecía nada de ella si no la correspondía o, aun mereciéndolo, no le apetecía dármelo. Y lo cierto era que se merecía ser egoísta, tras una escena tan penosa. Yo no se lo habría reprochado.

Daniela había respondido con un simple “Claro”, y con su sonrisa todavía tatuada en la cara, se había dado la vuelta para volver con el resto. Seguramente no tendría ningunas ganas de seguir allí, de bailar un rato y reírse y seguir hablando. Pero tenía que hacerlo, porque irse de una manera tan abrupta después de lo que acababa de pasar sólo habría agrandado la herida de su amor propio. Al menos podía disimular frente los demás, como si yo no le importase lo más mínimo —o no tanto—, porque después de un beso esporádico y único había seguido bailando. E igual le sentaba bien bailar, pero eso no era más que algo que yo quería creer para sentirme mejor.

Siguió bailando, con todas las demás. Solo, en mitad de la nada, entre otros grupos con mis amigos a un lado y la barra al otro, sin saber a cuál de ellos acercarme, intenté encontrar la mirada de Luis para hacerle una seña y salir de allí. Prefería hacer como que era yo el rechazado y el dolido, yéndome de esa manera, antes que volver a juntarme con los demás. La tristeza que había sentido al principio de la noche seguía estando allí. Las imágenes de mi

hermana maquillada, que sí habría besado a algún hombre y sí habría sido correspondida. Todo aquel ruido que invitaba a una alegría desenfrenada, la que Luis fingía levantando continuamente la cabeza hacia la entrada, por si aparecía Raquel. Luis, ahí estaba. Pero me giré antes hacia la barra, por la estúpida obligación de cambiar mi tarjeta de entrada. Y mientras la camarera se deslizaba de uno a otro sin parar y descifrando pedidos entre el estruendo del local, saqué el móvil.

Tres llamadas perdidas de mi hermana, y un mensaje suyo. “Llámame, hay que volver a casa. Se ha muerto la tía Ángeles”.

CAPÍTULO III

El mensaje de mi hermana podía parecer un poco bruto. Nada delicado, desde luego. Pero lo primero que sentí al leerlo fue un enorme fastidio por saber que mis padres me obligarían a ir a Extremadura, donde vivía esa parte de la familia. Y el cansancio del viaje, el aburrimento de estar allí, me golpeó como si lo estuviese sintiendo justo entonces, con la misma claridad con la que sentía el plástico del billete de la discoteca.

La tía Ángeles era la mujer del hermano de mi madre. Eran personas con las que apenas había tenido contacto a lo largo de mi vida, y sólo guardaba cierto afecto lejano por sus tres hijos, con los que había disfrutado algún verano de infancia. Sin embargo, no podía decir que quisiera realmente a ninguno de ellos. Sin poder encontrar algo de pena a lo que agarrarme, cierta nostalgia por las imágenes de aquella mujer espigada y seca que ya nunca volvería a ver, lo único que me invadía era un pesadísimo hastío mientras contaba los minutos que llevábamos en el coche. Laura, por su parte, se encargaba de la ira.

—No lo entiendo, no es normal. ¿Por qué tengo que ir a ver a esa gentuza?

Por supuesto, en nuestro íntimo círculo no veíamos ninguna necesidad de guardar las formas, una educación de lo más elemental para aquellos que no soportábamos aunque fuesen familia.

—Tengo el maldito examen en menos de un mes, y aquí estoy, yendo al entierro de una señora que me da igual y a dar el pésame a otros tantos.

Mi hermana acababa de terminar el Máster de Abogacía, y le quedaba poco para hacer un examen estatal que habilitaba para ejercer. No podía comprender que una muerte tan insignificante para ella se hubiera interpuesto en su tiempo robándole tres días enteros. Y lejos de sentirme culpable por compartir aquella impotencia frente a todas las horas que tiraríamos para despedirnos de alguien que no nos traía ningún buen recuerdo, me sumé a aquella rabia que atormentaría durante todo el viaje la calma de mis padres. Quizás también ellos se preguntasen por qué estábamos yendo, por qué tenían que seguir unas normas supuestamente correctas cuando cada palabra y cada gesto no sería más que una ficción. Pero me daban igual sus motivos —aun

siendo comprensibles—, y me daban igual todos los hechos que hubiesen calibrado para decidir venir aquí y arrastrarnos con ellos. Lo único que me importaba era lo molesto que me resultaba, lo mucho que odiaba estar ahora mismo en esa situación. “Esto es una gilipollez”, dije, aliándome con mi hermana, juntando nuestros brazos para que al menos durante todo ese trayecto quedase bien claro que no queríamos estar ahí. Y habiendo cumplido nuestro objetivo con unas pocas frases, todas las demás fueron dedicadas a pinchar la apacible estabilidad de nuestros padres, tensando cada vez más una cuerda llena de cordialidad que habían tendido hacia nosotros, a saber, sus gargantas calladas durante el comienzo de nuestro desahogo. Imaginaba que habían decidido permitirnos unos cuantos gritos en consideración a nuestra situación inferior, ésa en la que, nos gustase o no, habíamos tenido que plegarnos a su exigencia de viajar a casa de los tíos. De todos modos, sabiendo que se trataba de una concesión temporal —o más bien emocional, porque el tiempo que durase estaba íntimamente ligado a lo pesados que nos volviésemos—, seguíamos utilizando aquel crédito y agrandando el interés que después se arrojaría sobre nuestras cabezas. Ya lo podía escuchar casi ahora, mamá diciendo que si pensábamos que a ella le hacía gracia todo esto, que era la familia y estábamos obligados, y no sé cuántas historias más donde el sufrimiento de ella fuese incluso mayor que el de nosotros dos juntos. Y continuábamos explotando su buena voluntad, porque un arranque de egoísmo casi placentero —porque gritar en pleno estallido de sentimientos envenenados era de lo más placentero que podía existir— había terminado por poseernos del todo. Así repetíamos frases, decíamos lo mismo una y otra vez, a cada vuelta utilizábamos una palabra un poco más fuerte, un poco más hiriente, que había empezado como la “boba de Ángeles” y acababa como la “cerda esa”.

—Ya podía haberse muerto un mes después, la asquerosa de ella, que hasta para morirse tiene que molestar.

El odio de mi hermana no estaba especialmente inspirado por esa señora que nunca había sido nada para ella ni para mí. Era un odio, principalmente, al desbarajuste del calendario de estudios que se había formado, a los objetivos que pretendía alcanzar ese fin de semana, y que ahora tendrían que juntarse con los demás. Por otro lado, gran parte de su disgusto venía de tener que ver a los primos, tres hombres un poco más jóvenes que ella, el mayor tan solo

dos años, pero que le habían hecho tan complicados los pocos veranos que habíamos pasado allí —unos dos o tres cuando todavía éramos pequeños—, que el paso del tiempo no había borrado su profundo rencor. Y todo eran jugarretas tontas de niños, detalles como hacerla rabiarse cuando jugábamos a pasarnos el balón y a ella la ignoraban abiertamente, o le decían que lo hacía mal, o corrían como bestias para evitar que lo alcanzase. Pero aquellas escenas que le habían dolido en el alma cuando era una niña que no encontraba ninguna otra para jugar, teniendo que contentarse día tras día con esa desagradable compañía, seguían ahora vivas dentro de ella sin que el prisma de la madurez hubiese arrojado una luz distinta, algo de comprensión, algo que lo relativizaba al menos un poco. No, dentro de ella el recuerdo de que no le pasasen la pelota la seguía dañando tanto como entonces. Al revés de lo que había dicho antes, en lugar de rebajar esas afrentas, las había vuelto más grandes y terribles a medida que cumplía años y perdía de vista a ese trío. Su única imagen de los primos era aquella sensación de desconsuelo, de marginación que la obligaba al aburrimiento, a ver cómo la imbécil de la tía Ángeles hacía la comida y le decía que mejor se quedase con ella, allí dentro, haciendo las cosas, porque desde luego no contemplaba alzar un poco la voz para enseñarles modales a sus hijos. Sí, es cierto que había algo de odio hacia ella también. No podía entender que una madre no riñese a los hijos que trataban tan mal a su prima. Le parecía que le gustaba aquello, verla recluida, para que no molestase a sus niñitos, esos que desde luego no querían compartir su diversión. “Menuda perra”, susurró, pero no lo bastante bajo como para que mamá no la oyese y le llamase la atención. Fue un conato de iniciar la retahíla que nos esperaba, cuando se hubiese cansado de escuchar nuestras quejas. Pero sólo fue eso, un inicio, un fragmento que se desprendía de la gran bronca antes de tiempo, porque mamá no soportaba que, al menos en familia, dijésemos nada parecido a una palabrota.

El susurro de mi hermana me demostró que me había equivocado al creer que la tía le era bastante indiferente. Poniendo en ella mis propios sentimientos, había dicho una auténtica tontería. En realidad la odiaba, la odiaba tanto o más que a los primos, igual por no usar un poder que acabaría con todas sus desgracias, si bien esos tres eran demasiado estúpidos como para comprender lo que le hacían. Agraviada incluso siendo mayor que ellos, soportando una y otra vez esa violación de la escala de poderes en el mundo de los niños, donde

la lógica de la edad indicaba que ella debía ser la que gobernase el grupo.

No obstante, a quien menos quería ver era al tío. El hermano de mamá, el tío de sangre.

—No quiero volver a oírte decir algo así. —El final del ligero discurso por haber llamado perra a la tía Ángeles. Pero Laura no estaba dispuesta a calmarse, no iba a ceder ni un poquito de su compasión hasta que llegase la reprimenda final que nos haría callarnos, rumiando nuestro fastidio en silencio al menos por unos minutos.

—Ah, claro, perdón, no puedo insultar a una tipeja tan asquerosa como para andar arrastrando la cornamenta por toda la casa. ¿Sabes qué es lo mejor que podía hacer por todas las mujeres? Morirse, sí, y aun así la muy puerca lo hace cuando peor me viene.

—¿La cornamenta? —pregunté, sorprendido por ese dato. No tenía ni la más mínima noticia sobre esos supuestos cuernos que mi hermana acababa de colocar sobre la clara cabellera de mi tía.

Mamá resopló, como un poco cansada por tener que contar algo que sólo la separaba más de un hermano que ya de por sí tenía muy distante. Porque lo cierto era que nuestra madre era la que más sentimientos empeñaba en ese viaje. Con cada kilómetro incurría en una contradicción más, pues hubo un tiempo en el que declaró que de ningún modo volvería a verle la cara a su hermano. Los ecos de esas amenazas retumbaban ahora dentro del coche, la mantenían a ratos completamente abstraída de los demás y nos ofrecía una paciencia más grande que la acostumbrada.

Era obvio que mamá no estimaba ni un poquito a su hermano, que no podía esgrimir ni una sola razón lógica para defender su amor. Todo ello había empezado a la muerte del abuelo, poco después de aquellos veranos en su compañía. Al parecer, y según lo que a grandes rasgos me había contado mi hermana cuando quise enterarme de por qué mamá decía “el indeseable” para referirse a él, no se había preocupado ni una sola vez por ir a verlo cuando la enfermedad ya había empezado a consumirlo, y ni siquiera había preguntado qué tal estaba, sino que eran mamá y la tía Gloria las que lo llamaban para informarlo expresamente. Esa sensación de abandono cuando todos se habían volcado para apoyarse unos a otros había roto la parte más delicada del corazón de mi madre. Y ya desengañada de su hermano para el resto de su

vida, había guardado un poco de esperanza que no quería reconocer, pero que se destruyó definitivamente cuando le llegó el turno a la abuela, casi diez años después. Fue entonces cuando dejó de llamarlo, permitiendo que pasasen meses sin tener noticias de él excepto por los informes que su hermana mayor le daba escrupulosamente. Lo peor fue que el tío no pareció siquiera darse cuenta, ya que no intentó ponerse en contacto a pesar de poseer los medios más fáciles. Así pues, comprobando que se trataba de la pérdida de algo que en realidad nunca había tenido —“Tonta de mí”, decía, dolida en el centro de algo que consideraba lo máspreciado: la familia—, había declarado una guerra a esos sentimientos que todavía la ahogaban un poco, pues bien, el amor por un hermano que nunca había querido ni querría a nadie aparte de a sí mismo.

Todos conocíamos esa historia, todos éramos conscientes del daño que ese hombre había hecho y de la imposibilidad de arreglarlo. Porque, aún con la intención de perdonarlo, él seguía sin dar muestras de arrepentimiento o, al menos, estar enterado de lo que había pasado. Y bien, con esa magnífica información, ¿por qué estaba pasando esto justo ahora? ¿Por qué íbamos al entierro de la mujer de esa persona? ¿Por qué nos íbamos a quedar el fin de semana para animarlos, suponiendo que necesitaban ser animados y que precisamente fuésemos nosotros, los dejados de lado, a los que les correspondía esa tarea? Esto último era lo peor de todo, quedarnos allí tanto tiempo para animarlos. Desde luego, teniendo en cuenta nuestro desapego y sabiendo que los que quedaban allí eran tres hijos y un padre, yo consideraba que la ración de ánimo que estaba en condiciones de ofrecer no valía nada, y que era de sobra innecesaria. ¿No podían tirar unos por otros? ¿No eran suficientes personas para animarse entre sí?

—El golfo de tu tío lleva cuatro años poniéndole los cuernos. Bueno, llevaba. Ahora que ya no hay mujer, supongo que será la pareja oficial.

Mamá había dicho todo eso mirando al frente, al cristal delantero del coche que ya ofrecía un paisaje de lo más desértico.

Cuatro años engañando a Ángeles. Qué asqueroso. ¿Por qué no se habían separado? Según lo que había dicho mi hermana, ella debía saberlo de sobra. Y, ¿cómo estábamos enterados de todo eso, si no había ya ningún tipo de contacto, algo que el tío consideraría fruto de la desidia —si se paraba a

considerar algo—? La tía Gloria habría investigado por su cuenta, a saber, de alguna manera lo habría sabido. De todos modos, no me interesaba lo más mínimo el medio para saber algo que, en el fondo, me parecía de lo más plausible. De hecho, el epíteto con el que mi madre acababa de adornar la imagen de mi tío no me resultaba extraño, sino que más bien había sido siempre una especie de sobrenombre. Pero no por ello dejó de impresionarme, quizás porque no me lo esperaba, a pesar de toda su lógica. Porque estábamos desgranando las desgracias de una muerta, y de todos los sinsabores habituales que podían colmar su vida matrimonial, éste en concreto me parecía de lo más humillante. Y tuve, en aras de una bondad desinteresada, que dedicar un buen sentimiento a esa mujer casi desconocida, a pesar de la faena que me había hecho muriéndose ese fin de semana que tanto necesitaba para reflexionar sobre mis cosas. Una reflexión que sería difícil si mis primos seguían siendo tan ruidosos y brutos como entonces.

—Vaya, pobriña —se me escapó, con el liviano acento de una respiración que se iba sin producirme mucho más que una desagradable escena de mujer traicionada, como intuía que yo mismo me podía sentir si compartiera tres hijos con una mujer que luego me engañaba.

—¿Qué dices? —se escandalizó mi hermana, que había estudiado mi reacción mientras mamá me ponía al corriente. Hacía una pausa en su declaración de odio, entretenida en ese pasatiempo del camino. Seguramente ella lo habría sabido en una de sus charlas con mamá, aquéllas donde una u otra habrían sacado la imagen de mi tío para despellejarla de nuevo. Aunque a mamá le produjese más pena que satisfacción, quizás como un ejercicio para no olvidar todos sus agravios y no caer en el desesperado impulso de llamarlo, decirle que lo echaba de menos y rogarle que reconociese cuánto la quería, porque la familia era importantísima. —De pobre nada, es una imbécil, un aborto de mujer, una auténtica asquerosa. Ella lo sabía perfectamente y no hacía nada, aguantando los cuernos, cuidando de la casa y cocinando para ese... —y en sus labios se pintó alguna palabrota que acababa de reprimir por no contrariar más a mamá, ahora que habíamos hecho un alto en nuestras quejas y en su particular martirio.

—Bueno, da igual lo que fuese, ahora ya no está —añadió papá, y me pareció raro ese tono solemne que había empleado. —La pregunta es qué modelito se pondrá la amante para el funeral, si irá de luto o de boda.

Mamá se rio, pero era una risa muy suave, más insinuada que sonora. Estaba nerviosa por ver a su hermano, y no sabía muy bien cómo comportarse. Haría lo que le parecía más justo para sus emociones dañadas, lo más coherente con su silencio de tantos años, y sería arisca y fría. Pero yo estaba seguro de que no podría mantener esa coraza, y que al poco de haber llegado se desharía en toda clase de dulzores con un hermano que no sabría apreciarlos ni un poco. Menos mal que para mantener la compostura estaba mi hermana, y desde luego que no estaba dispuesta a dirigir ni una sola mirada amable a ninguno de esos fantasmas antiguos. En sus ojos podía ver que le daba igual todo lo que hubiesen cambiado, lo que hubiesen madurado, si es que lo habían hecho. Quería dejar claro que no tenía la más mínima intención de permitirles creer a ninguno de esos mamarrachos que eran algo para ella. Que tenían algún valor, siquiera por el mero hecho de tratarse de seres humanos. Y ese duro temperamento de Laura que a veces asustaba un poco, me pareció divertido ahora. Tenía ganas de verla en acción, aunque esa acción tenía por sí misma una triste historia. Por muy ridícula que resultase para todos los demás, era algo muy real en ella. Esa niña a la que habían hecho rabiar quería vengarse de la única manera que podía, y ésta era sin dignarse a mantener la más mínima cordialidad con sus primos. Menos aún con su tío, que si bien había cometido todos los pecados de su mujer muerta, también había llegado a participar en alguno de esos juegos, sonriendo a los malos modos de sus hijos, sin intentar frenarlos aun teniendo esa injusticia delante de sus mismas narices.

Yo, por mi parte, no tenía muy claro cómo iba a reaccionar. Me daba un poco de pena encontrarme con esas personas que habían sido muy importantes para mí en un suspiro de mi niñez, que había olvidado completamente después y que ahora eran absolutos desconocidos. No sabía nada de ellos, aparte de que los dos mayores eran mecánicos y el pequeño estaba haciendo una FP de informática. En cualquier caso, ningún detalle que me hablase de su manera de ser, de lo que podía encontrarme al llegar allí. Y me ponía un poco nervioso estrechar esas manos que no reconocería, en las que seguramente no pudiera ver nada más allá de algún lejano rasgo de cuando éramos niños, como el color de pelo o una nariz que no se había desarrollado más. Pero todas las buenas intenciones que había intentado reunir para enfrentarme a ésta que era también mi familia, haciendo a un lado, por un momento, el enfado que tanto me molestaba, se habían enfriado un poco por la noticia de los cuernos.

¿Cómo iba a mirar a mi tío y decirle que lo sentía mucho? ¿Cómo iba a tragarme su cara apena, queriendo creer que intentaría fingir un poco de tristeza, aunque la realidad fuese bien distinta? Por supuesto, no podía aceptar que sintiese esa muerte si llevaba tanto tiempo traicionándola. Que quisiera a esa mujer al menos un poco, que le interesase su supervivencia por algo más allá de la facilidad que le podía imprimir a la vida doméstica. Y últimamente ni siquiera eso, porque tenía entendido que el final del cáncer había sido de lo más crudo. Cuando mi tía Gloria llamó a mamá para decirle que la estaba cuidando de una manera ejemplar, algo a todas luces falso —sobre todo tras lo que acababa de saber— y que sólo decía para ablandar un poco la dureza de mi madre, ya de por sí bastante endeble, ésta había contestado que ya podía haber hecho una décima parte de algo parecido por sus padres. Con toda la razón, sin duda.

Pero más allá de pensar en cómo debía relacionarme con esas personas, y sobre todo si poseía la facilidad social suficiente como para mostrarme agradable con ellas cuando en verdad estaba totalmente perdido, había decidido hacer algo por mi hermana. Algo que le debía y que, bueno, era un esfuerzo bastante pobre, pero todo lo que de momento estaba en mi mano por hacerle la visita lo más cómoda posible. En un alarde de humanidad, me desharía de esa parte degenerada que quería ver la furia de Laura en todo su esplendor, el rencor por la muerta y los vivos que allí quedaban. Claro que no me desharía por completo, porque al fin y al cabo viviríamos allí durante casi tres días, y habría varias ocasiones para saborear ese exquisito mal genio que le llenaba los ojos y que a mí me parecía, en realidad, tan encantador. En cualquier caso, siempre que mi hermana se encerrase donde pudiera para estudiar un poco —o para no tener que cruzar la palabra con nadie que no fuésemos nosotros y la tía Gloria—, yo intentaría con todos mis medios evitar que la molestasen. Por ejemplo, pedir a mis primos que bajasen la voz, si se ponían a hablar muy alto, ir yo mismo a buscar algo si necesitaban alguna cosa que estuviera en la habitación donde se alojase Laura, si se daba el caso, intervenir si todavía eran tan críos como para intentar hacerla rabiar con cualquier comentario. Reconozco que se trataba de una concesión ridícula, casi inexistente. Pero, ¿qué más podía hacer? Y deseaba que se dieran todas esas circunstancias para salir en su defensa, para reparar un poco una deuda que yo recordaba perfectamente, que mantenía del todo intacta en la memoria y

que se remontaban a aquellos momentos ya tan viejos. No era una deuda por una comparación de hechos, aunque lo que precisamente sobraban eran hechos, tanto por mi parte como por la suya. Pero era mejor explicarlo todo por orden, aunque en mi cabeza vibrasen todas esas impresiones de un golpe, desordenadas en su aparición al unísono, produciéndome la desalentadora sensación de considerarme, irremediablemente, un auténtico caradura.

La cuestión era que mientras mis primos se burlaban de mi hermana, yo no había intentado defenderla en ningún momento, sumarme a sus protestas para que el juego no fuese tan divertido, irme con ella cuando no podía hacer nada más que darse la vuelta y dejarnos solos. Ni siquiera lo había intentado con el más pequeño de todos, ese bonito demonio que aprendía de sus hermanos más rápido de lo que cabía esperar. Nada más lejos de ello, pues incluso —y esto era lo que más me había costado reconocer— había participado en alguno de sus ataques. Recordaba con una nitidez exacta cómo en una ocasión la había llamado lenta, riéndome a carcajadas, porque la mala bestia de mi primo mayor le impedía coger cualquier pase, aunque el balón hubiese seguido el camino exacto hacia sus pies. Seguro que había hecho muchísimas más cosas, pero yo sólo guardaba el limpio recuerdo de aquella, como si las demás se hubiesen ido desdibujando por el capricho de la memoria, y sin saber por qué, mi cerebro sólo había guardado una de ellas con la cual fustigarme. Y como debía hacerlo, mereciendo enteramente mi castigo frente a una hermana que sólo me había demostrado cariño y protección a lo largo de toda su vida, me veía obligado, por la propia excitación de mis emociones, a zambullirme en esa escena. Y puesto que una escena sola no era suficiente, en esa misma zambullida metía mis dos manos en el centro de toda la horrible esencia que contenía, moviendo las cosas al antojo de volver más cruda mi maldad, más insoportable, haciendo que el estruendo de mi risa fuese mayor, que mi cara de niño imbécil tuviese unos rasgos más feroces, que la tierna decepción de mi hermana fuese todavía más dolorosa, pintando incluso un par de lágrimas que se le asomaban a los ojos. Ya no sabía si la había hecho llorar, si realmente me estaba riendo tan alto. Había perdido el control de mi imaginación y los acontecimientos reales. En cualquier caso, no tenía ningún motivo para rebajar mi porción de culpa —la culpa mayor, porque se trataba de mi hermana y no de una prima que venía de vez en cuando—, y una intuición íntima de los recuerdos olvidados pero cuyas sensaciones han

recorrido el cuerpo hasta calar en una especie de memoria sensitiva, desprovista de imágenes pero sin necesitarlas, ayudaba a que estuviera seguro de que no me había portado ni un poco bien con ella en todo ese tiempo. Pero yo, que era un niño imbécil y sin sensibilidad alguna cuando me juntaba con esos cafres, no podía creer que algún día me arrepentiría de ello, ni siquiera que me pararía a pensar sobre esos momentos. Y al frío aliento de septiembre, me subía en el coche para volver a casa, con la inmensa convicción de que había pasado un buen verano, con enormes ganas del siguiente. De tan estúpido que era no reparaba tampoco en el alivio de Laura por irse de allí, por empezar al fin el curso. Porque, haciendo daño sin darle vueltas a lo que realmente significaba, nuestra corta capacidad se olvidaba del objeto de sus burlas cuando éste desaparecía. Nunca me había dado cuenta de que mi hermana se iba a otra parte, de qué haría, de qué pensaría. Para mí era algo de lo que reírme con los primos, y luego, al darse media vuelta, ya no era nada. ¿Cómo iba yo a preguntarme cuánto daño le estaba haciendo, si era tan inepto? Dentro de mí sólo existía una masa gris en la que no se podía encontrar ni el más pequeño átomo de sensibilidad fraternal. Y no era que no quisiese a mi hermana, o que no la apreciase como compañera de juegos. Sencillamente, mis primos despleaban sobre mí una influencia que me fascinaba, algo que venía de su unión estrictamente masculina, de la brutalidad de sus vidas, por consentidos y salvajes. Eran una nación anárquica y llena de estímulos viscerales que me fascinaba, que me llamaba a voces, como si yo, un simple mortal, hubiese sido escogido entre miles para penetrar en eso que a mis ojos era el auténtico paraíso. Deseando empaparme de toda esa libertad, de esas maneras con las que reivindicaban el legítimo respeto que todos debían a su ferocidad, me sentía inmensamente afortunado por ser aceptado como uno de ellos, por compartir todos los detalles de su vida allá, aunque fuese por unos días, y me olvidaba de lo demás. En esos veranos sólo existía una obsesión, y era hacer lo mismo que ellos hiciesen, en una estricta obediencia al hermano mayor, líder del grupo. Un líder que sólo tenía el obvio privilegio de la edad —algo sagrado entre los niños—, pero que al ser hombre podía despreciar la de Laura.

Había sido un auténtico imbécil. Y algo que ahora odiaba pensar: un bruto. Habría entendido perfectamente que mi hermana no me hubiese perdonado aquello, que guardase para mí la misma mancha de rencor que

guardaba para ellos. Pero no sólo no existía ese resentimiento, sino que jamás me había mostrado enfado alguno. De hecho, cuando nos metíamos en el coche y volvíamos a casa, justo en cuanto las puertas se cerraban y el pueblo quedaba atrás, mi hermana experimentaba el agradable alivio de un tormento que se cerraba, volviendo a ser mi eterna compañera. Nos enredábamos en conversaciones que ocupaban el camino y juegos de manos. ¿Cómo era capaz de hacer algo así, de tragar todos los feos que le había hecho y dedicarme la dulzura de su amistad inquebrantable, si sabía perfectamente que el cambio que se experimentaba entonces sobre mí era sólo debido a que los primos ya no estaban, y que si estuviesen —esto era todavía más doloroso que lo que había reconocido antes— no le habría hecho el más mínimo caso aunque me lo hubiese suplicado? Y yo no lo veía, no reconocía la inmensa bondad con la que recompensaba mis fechorías. Ingrato, aceptaba lo que me daba sin cuestionarme ni una sola vez. Lo cogía todo y me llenaba con ello, con ese amor desinteresado que yo podía disfrutar por el simple hecho de ser su hermano. Supongo que se debía a eso, a que el privilegio de nuestra relación era causa suficiente para que perdonase todas mis faltas al mismo momento que las cumplía, sin querer verlas siquiera. Igual fuese también la paciencia que como hermana mayor le habían inculcado nuestros padres. Además, había una duda que retorcía un poco mi tranquilidad, justo ahora, a medida que nos acercábamos a una familia cuyo asco Laura estaba deseando exhibir. Y es que tenía la extraña sensación de que, por el mismo motivo de quererme, mis malos modos le habían resultado especialmente dolorosos, mucho más que los de los primos. Pero incapaz de enfadarse conmigo, ya fuese porque no lo deseaba o porque no podía hacerlo, había cogido todo ese dolor y se lo había achacado también a los primos, aumentando desmesuradamente el odio que les tenía. ¿Podía ser así? ¿Podía ser que mis actos no me hubiesen granjeado consecuencia alguna y hubiesen ayudado a generar más aversión? A pesar de que ellos merecían una buena parte de rencor, el que Laura declaraba siempre me había parecido un poco exagerado. Puede que porque no me hacía a la idea de su sufrimiento, o porque ya hacía mucho tiempo de todo eso. Y ahí estaba entonces mi pregunta, una que no me atrevido nunca a hacerle, porque reconocer que yo también la había maltratado era algo que podía soportar, más o menos, en la intimidad de mis remordimientos, pero que no podría decir en voz alta y menos a ella.

Fui consciente de todo esto al volver del último verano. Ya poseyendo enteramente el cariño de mi hermana —claro que sin merecerlo ni saber que no lo merecía—, tuve un comienzo de curso muy amargo. Un niño nuevo en la clase había decidido que yo era, con sus palabras exactas, un subnormal. Y día tras día me recibía ante los demás con esas palabras, se metía conmigo en los ratos libres y se reía a todo volumen cada vez que fallaba en algo durante las clases. En lugar de decírselo a mis padres, la vergüenza de que alguien me insultase hizo que me callase durante casi un mes. Laura estaba haciendo sexto de primaria, y en un recreo coincidió que pasaba con sus amigas cuando el niño en cuestión chillaba lo subnormal que yo era.

Aquél fue un momento glorioso. Sin que mi hermana se parase a pensar un segundo qué estaba haciendo, y casi antes de que yo me diera cuenta de que estaba allí, con los ojos pegados al suelo esperando a que las burlas pasasen, levantó una mano y le propinó una sonora bofetada a ese niño. El chaval palideció, y su sorpresa era tan grande que se quedó parado sin hacer absolutamente nada. Hubo unos instantes de auténtico silencio, y quizás superado por su sensibilidad infantil, o por un ágil cálculo en el cual llamar la atención de los adultos le podía suponer una buena reprimenda a mi hermana, abrió mucho la boca y empezó a llorar. Pero Laura cortó de raíz sus sollozos, pues si algo podía superar a la tristeza y rabia de ese niño, era el miedo. Así que lo agarró directamente por el pelo, tirando hacia arriba para hacer que su cara estuviese directamente enfrentada a la suya, para que sus ojos no se pudieran escaquear de los de ella. “Si vuelves a insultarle o si le haces algo, te mato”.

Cuánto me reí, cuánto nos reímos todos de ese cobarde que gimoteaba a la vez que se moría de miedo, sin ser capaz de dar un paso en ninguna dirección.

Ahí fue donde mi hermana, a mis ojos, se volvió una auténtica heroína, una persona increíble, fuerte, valiente, única. Nada de eso tenía que ver con que no la quisiera antes, y de hecho no estaba para nada relacionado con el afecto, sino con la admiración que a partir de entonces sentí por ella. Una admiración que duraba ahora, por muchísimos motivos. Estaba deseando contarles a todos que mi hermana le había partido la cara a ese imbécil, relatar una y otra vez aquella historia que cada día se volvía más preciada para mí, preparar todos sus detalles y conservarlos perfectamente cuidados en mi

cabeza para decírselo a los primos, cuando volviésemos junto a ellos. Estaba seguro de que ellos también alucinarían, de que querrían jugar con ella y que la convertirían en la líder de nuestro grupo —una idea del todo inocente y que no se habría hecho realidad de ningún modo—. Ocurrió que se empezó a formar dentro de mí una especie de reparo por lo que había ocurrido antes, sin entender por qué no le dejábamos coger la pelota, por qué nos reíamos de ella, cuando había sido mucho más fuerte que ninguna otra persona que yo conociera. Estaba dispuesto a apoyar su candidatura —por decirlo de algún modo nada parecido al que yo entonces habría utilizado— a reinar durante los juegos, a decidir incluso qué se haría cada día y cómo, igual que había hecho siempre el primo mayor, aunque estaba seguro de que por el mero hecho de contar la historia mi apoyo ya no sería necesario. Sin embargo, no tenía todavía remordimientos, tampoco se me había ocurrido que yo hubiera hecho algo mal. Esas reflexiones vendrían más adelante, no sé precisar exactamente cuándo, seguro que mucho tiempo después. Habría sido antes de habernos juntado ese verano, porque mis buenas intenciones habrían chocado con la llana negativa de mis primos, que no habrían renunciado a ese blanco de risas y críticas. Porque no creo que yo hubiera sido capaz de repetir el maltrato y, vaya, necesitaba creerlo para no odiarme hasta la extenuación.

El abuelo murió ese año. Todas esas impresiones de mi infancia junto a las opiniones nacidas de mi madurez habían quedado en un suspenso pacífico, hasta hoy. Hasta el momento exacto en el que llegamos al pueblo y bajamos hasta esa casita cuyas paredes colisionaron en mi cabeza reviviendo al menos unas cien experiencias pasadas de una sola vez. Las sentí en la palma de las manos, haciendo que me temblasen un poco, también cuando bajé del coche y pisé aquel terreno duro en el que corríamos sin parar, cuando noté un aliento de tierra seca que se me pegaba a la suela de los tenis, mientras mamá llamaba a la puerta con los labios inquietos. Podía sentir su nerviosismo, y en realidad el nerviosismo de todos nosotros que se unía y se juntaba como si sólo fuera uno, cada uno con sus propios motivos.

El tío abrió la puerta. Su cara, amarillenta como si el sol se hubiera tragado toda la alegre jovialidad que yo recordaba, me sorprendió casi tanto como sus exuberantes entradas y la calva de la coronilla. Esa triste realidad, la de los años y años que habíamos pasado sin mantener el más mínimo contacto —ni tan siquiera la fría cordialidad de las redes sociales—, me

impactó hasta sentir lástima por él, por todos esos rasgos que yo recordaba, ahora bajo la máscara de la flacidez. Y en su frente enjuta, más lisa y limpia que el resto de facciones, se marcaba una sólida llanura que se desarrollaba hasta enmarcar el hueco de los ojos, como si por luchar con esa piel ya envejecida, con ese saco antiguo en el que se veía envuelta, la calavera empezase un rebelde viaje a la superficie. Delgadísimo, siempre con la obsesión de que de un abdomen pronunciado no estropease la bella estatura de su cuerpo, remarcando cada día ante el espejo el significado de lo esbelto, me hizo sentir que tenía enfrente a mi abuelo. A una sombra de mi abuelo, a algo que era idéntico en la imagen pero distinto en el fondo, al igual que si sus mezquindades familiares pudieran notarse en las mismas facciones. Realmente podría pasar por ser el padre de mi madre, por ser casi el padre de la tía Gloria, cuyo coche ya estaba aparcado fuera y era la mayor de los hermanos.

Mamá ya había visto su cara varias veces, en fotos que le enseñaba la tía. Sin embargo, tenerlo justo delante debió impresionarla más de lo que se esperaba. Hizo un suave gesto hacia atrás, pero acto seguido, en lugar de ese momento tenso y silencioso donde yo me esperaba un lento masticar de reproches, se lanzó al cuello de su hermano repitiendo cuánto lo sentía. No estaba seguro de qué era lo que sentía, y algo me decía que, a pesar de utilizar la excusa del pésame, ella estaba esperando, con el corazón palpitante, que el viudo le contestase un “Yo también”. En ese abrazo mi madre estaba diciendo miles de cosas. Que lo quería, y que él —porque si no lo decía ella no lo haría su hermano— también la quería a ella; que ahora, ya sin su mujer, volvería a casa, volvería a estar cerca de todos; que había pensado en ella cada día, que la había echado de menos y que les había hablado de ella a sus sobrinos. Cosas que no eran ciertas, que ninguno de los demás esperábamos, pero que necesitaba ardientemente para calmar una angustia que la había ahogado durante todo el viaje, una angustia que nosotros sólo habíamos empeorado con nuestras constantes e intensas quejas.

El abrazo se deshizo, y los demás nos saludamos con cierta frialdad. Mi padre y mi hermana no guardaban ningún buen sentimiento hacia él, este último por los disgustos que su estúpida existencia le había supuesto a su mujer. En cuanto a mí, la piedad que me había inspirado ese rostro de anciano se borró nada más recordé que esa cara sólo era la de un calavera, tanto para echarse amantes como para cruzarse de brazos frente a la muerte de sus

padres. Aun así, tanto papá como yo hicimos el esfuerzo de aceptar su mano y decirle que sentíamos lo de Ángeles. Mi hermana, no obstante, se contentó con un simple “Hola” seguido de un “Lo siento”, penetrando en la casa sin acercarse ni un poco al tío, ya fuera porque su persona le inspiraba una profunda repulsión o bien porque no quería agradecer una hospitalidad que de ningún modo deseaba.

Dentro, la tía Gloria junto a tres criaturas grandes y fuertes, y una chica no menos grande ni fuerte que no conocía.

La tía vino rápidamente hacia nosotros, consciente de los extraños vapores que inspiraba aquel encuentro. Se trataba en realidad de un encuentro que ya nos habíamos imaginado varias veces pero sin conseguir acertar con ninguna hipótesis, bien por lo incontrolada de una reacción ante perfectos desconocidos con los que sin embargo guardábamos —bueno, yo guardaba— tiernas vivencias, bien por no tener ni la menor idea de cómo actuarían los demás. Y pensando, con todo su tacto, que un beso suyo sería un perfecto calmante para enfrentarnos a lo demás, hizo el papel de anfitriona presentándonos a nuestros primos, algo que a todas luces era bastante penoso. E intentó disimularlo, claro, como si fuese capricho suyo decir en voz alta los nombres —“Aquí están todos, el primo tal, el primo cual”— con el estricto orden en el que estaban sentados en el sofá. No sé si se debía a mi falta de habilidad para quedarme con las caras de la gente o para examinarlas y reconocerlas, pero no fui capaz de encontrar ningún parecido con los niños de antaño que yo recordaba. Por otro lado, sí guardaban ese aspecto bruto que también los coronaba entonces, esa fiereza en la mirada, esa boca caída hacia un lado, donde se podía intuir que habían sido tres pequeñas bestias y que la edad no había les había brindado delicadeza alguna. No podía decir, de momento, ninguna buena cualidad de ellos, pues lo único que se me venía a la mente era la palabra que mi padre utilizaba cuando veía personas de este corte: unos auténticos garrulos. Pero me alegré de que sus modales llegasen a hacer que se levantaran y nos dieran la mano y dos besos que mortificaron a Laura, a la vez que la tía Gloria recitaba nuestros nombres sólo para continuar su ficción de la familia bien allegada, pues siendo nosotros un primo y una prima no había lugar a confusiones.

Yo era, sin duda, un enamorado de las buenas artimañas sociales que perfumaban la crudeza de cada momento. Ese abanico de técnicas, de sutiles

movimientos, distorsionaban una realidad de modo que, a ojos de un tercero, ofrecería una escena completamente distinta. A los que estábamos allí por supuesto que no podían engañarnos, pero sí ofrecían un agradable bálsamo que calmaba nuestra tensión, algo de clara gratitud por el que estuviese haciendo todo ese esfuerzo, y que en esa misma gratitud se gestase por su propia razón la bondad de fingir que era posible creerse esa mentira. Yo era incapaz de hacer algo así. Carecía de lo que fuese que era necesario para jugar tan apaciblemente con las circunstancias, y mis pobres posibilidades se veían obligadas a la tranquilidad de no perder los nervios y de disfrutar de las ficciones que otros creaban. Pero era sensible a ellas, y por eso mismo podía contemplarlas y —evitando estudiarlas, porque era doloroso que de esa admiración no se puliese dentro de mí como un buen alumno— saborearlas. Así disfruté del espectáculo cuando mi tía se calló excluyendo de sus presentaciones a la chica que ninguno conocíamos, porque precisamente ella no estaba presentando a nadie —ahí estaba la cuestión, ahí se formaba la magia—, estaba lanzando nombres en un torrente de cariño familiar sin sentido alguno, por llenar el espacio y con la misma información que si se hubiese quedado en silencio, porque nadie necesitaba lo que estaba diciendo. Y entonces, como no estaba introduciendo a nadie ni aclarando nada —ahí desplegaba su preciosa arte— no le correspondía a ella presentarnos a esa mujer, decir su nombre y corear los nuestros. La chica, inmensa y con dos gruesas rayas sobre cada ojo, aletas negras que le llegaban casi hasta la sien, se quedó de pie junto al sofá, sin saber qué hacer, si debía ella misma acercarse o esperar a que alguien le diese el pistoletazo de salida. Y miraba primero a los hombres y después a las mujeres, porque si bien ella hacía lo que le decía su novio —resultó ser la novia de mi primo mayor—, no sabía si las maneras sociales eran más bien tarea de mujeres. Me enterneció su timidez, porque contrastaba completamente con sus anchas espaldas, con sus piernas grandes y gruesas. Y en esa misma timidez me pareció leer la suave docilidad de la tía Ángeles, y en la seriedad de mi primo, la brutalidad del tío. Todas esas impresiones, que en cualquier caso no eran más que la vaga intuición de unos cuerpos cuyas almas yo desconocía por completo, me generaron una desazón que volvía aún más desagradable el encuentro. Miré a mi hermana, por si ella también sentía aquello. Pero su cara, sepultada en una seriedad de piedra, no ofrecía ninguna expresión más. A la vez que yo la miraba a ella, Gloria lanzaba unos ojos ardientes a mi tío, porque el muy

idiota no espabilaba y no presentaba a la chica, disculpando la idéntica torpeza de sus sobrinos porque, bueno, eran niños.

Si tuviera que hacer un relato sobre ese curioso momento lo titularía con su nombre, que por la extensión de sus letras y su aliento sonoro se me grabó de tal forma que nunca podría olvidarlo, por mucho que su cara o sus miembros se pudieran esfumar después de un mes en mi memoria. Lo titularía exactamente así, sin más detalles ni explicaciones, sin más adorno: Zoraida. Y lo terminaría, tras contar una serie de aventuras que habría tenido que inventarme —porque aquél fue un fin de semana aburridísimo y cuya existencia jamás comprendí—, con una bonita frase infantil, al estilo de “Así fue como conocimos a Zoraida”.

La verdad es que lo mejor de ese fin de semana fue poder observar a esa chica. Me hacían gracia sus gestos, porque eran brutos como su cuerpo, pero en su cara se reflejaba un constante cuidado en todo lo que hacía, intentando imprimirles la mayor delicadeza posible. Creo que esto no se debía a una búsqueda de un ideal femenino del que se alejaba con su extravagante maquillaje, sino a un especial interés por hacer las cosas bien sin llamar demasiado la atención. Creo que por eso mismo se trataba de una mujer muy callada, y de hecho no sé si llegó a decir más de dos palabras en mi presencia. Algo más había oído cuando no era consciente de que yo estaba, incisos rápidos como sus continuos “¿Así?”, “Perdón”, “¿Está bien?”, bajo la atenta mirada de mi tía Gloria. Independientemente de que Zoraida me atrajese por una especie de lástima que dolía y de todos modos necesitaba explotar, algo indudable es que se convirtió en la protagonista de esas pequeñas vacaciones tan indeseadas. Cuando mi hermana se veía obligada a salir de su refugio, porque aunque hiciese alarde de un desprecio auténtico se exigía algunas normas mínimas de educación, se entretenía viendo a Zoraida. Cuando mi madre no encontraba palabras con su hermano, miraba de reojo lo que hacía Zoraida. Mi padre, irremediamente, ponía cara de tristeza mirando a Zoraida. Y yo, bueno, ya lo he dicho todo. Quienes desde luego no se molestaban en ella eran mis primos y el tío. En cualquier caso, la bonita historia de Zoraida y mi familia había empezado cuando conoció a mi primo por mediación de unos amigos comunes, y él había empezado a ir a la cafetería donde trabajaba de camarera. Luego perdió el trabajo por enfadarse con la hija del dueño —gracias a la cual también lo había conseguido—, después se

enfadó con su madre por haber perdido el trabajo y se metió en la casa de sus suegros durante una semana, que se habían convertido en cinco meses, de momento.

“Lumpen total”, había declarado mi madre al enterarse de la historia, una palabra que utilizaba casi tan a menudo como el “garrulo” de mi padre, que no faltó tampoco en esta ocasión.

CAPÍTULO IV

Sí, Zoraida captaba la mayoría de nuestras miradas, a pesar de que no hiciese apenas ruido ni participase en conversación alguna. De todos modos, tenía otros pensamientos en la cabeza de los que me ocupé durante todo el funeral y, más cómodamente, al llegar la noche.

Por suerte, había bastante sitio en la casa. Mis padres pudieron acomodarse en el sofá—cama del salón, la tía Gloria durmió en un colchón hinchable que mi tío había pedido a unos vecinos. Laura y yo nos metimos en unas viejas literas de cuando los dos primos mayores eran todavía pequeños. Estaban abandonadas en una habitación pequeña al final de la casa, donde había también un armario lleno de ropa antigua y un mueble zapatero. No sé por qué demonios Laura sabía la utilidad de ese trasto, pero en mi corta existencia —o quizás debido a mi falta de atención—, no había visto ninguno en mi vida. En cualquier caso llegó la noche, y como las alturas me intimidaban un poco —sobre todo para dormir al borde de ellas—, mi hermana durmió arriba y yo abajo.

No era capaz de dormir. Aunque la pena no invadiese ningún rincón de mi cuerpo, más allá de la compasión por las lágrimas que mi primo pequeño había soltado durante el entierro, no podía parar de hacerme preguntas del todo inconvenientes y que me agitaban cada vez más. No era que, en contra de mi sana voluntad, vinieran a mí haciéndome despegar los párpados, lanzándome la cruel imagen de la habitación oscura y la hora que avanzaba devorando cada minuto. Una hora con la que yo mismo me torturaba, echándomela a la cara una y otra vez, desbloqueando el móvil. En contra de toda lógica, creía que esos destellos me ayudarían a centrarme, que en cuanto me alarmase por lo tarde que era dejaría de darle vueltas a todo y haría eso de no pensar en nada más que mi respiración, hasta quedarme dormido con una gradualidad tan cómoda que ni siquiera lo notaría. Pero no, ver el móvil sólo me excitaba más y no llegaba a convencerme. Me recordaba que ahí estaba todo, los contactos de mis amigos, las personas a las que podía contarles que necesitaba una palabra de alivio, porque me sentía terriblemente mal conmigo mismo. Y el problema es que el hecho de sentirme mal se debía a algo que no podía cambiar, pero que, sin saber muy bien definir el porqué, me torturaba de

una manera incansable. Daban igual todas las razones para dormirme, parecía que ninguna me gustaba tanto como la idea de castigar mi sueño por si así pudiera expiar un poco de esa culpabilidad que no entendía del todo. Una culpabilidad que me arrojaba la cara de Daniela, cuando me miraba justo antes de besarme. El contacto cálido de sus labios, de su boca entera, las huellas frías que me puso sobre el cuello, quizás por el nerviosismo, quizás porque acababa de tocar un vaso o la percha donde había colgado su chaqueta y su bolso. Se podía considerar de mala educación dormir hasta tarde la mañana siguiente, por haberme agotado de madrugada, en una casa que debería estar sumida en la tristeza, una casa donde mis padres y la tía Gloria, al menos, se levantarían temprano, mientras yo me enzarzaba en una inapropiada pereza —ellos pensarían que era pereza— en una cama ajena. Pero no era suficiente, no, lo que había hecho era peor. Jugar con ella, mirarla con deseo sin haberme preguntado si la deseaba, fantasear con ella cuando en realidad fantaseaba con una sombra que luego no había encontrado en su beso. Ni tan siquiera en el dibujo de su escote, donde tan solo se atisbaba el comienzo de sus pechos —creo que por mi posición privilegiada, muy pegado a ella y más alto—, algo con lo que me topé mientras bajaba la mirada justo nada más pararla, porque no podía soportar clavar en ella mis ojos mientras decía que no.

Los dedos de Laura. A la derecha, desamparados en mitad de su descanso, una mano casi colgaba de la litera. Podía ver el contorno de tres dedos suyos. Tanto tiempo despierto que ya lo distinguía todo perfectamente, maldita sea. ¿No era peligroso tener una mano fuera? Las alturas son tan peligrosas, me asustan tanto. ¿Podía, en mitad de la noche, por el movimiento de una pesadilla —por ejemplo—, tirar el resto de su cuerpo por ese lado descubierto? Caerse, sin más, así, al vacío, por una estupidez tan grande como tener que dormir en una litera. Por tener que estar aquí, por la muerte de esa ridícula. Pero hoy su hijo menor lloró durante el funeral, y aunque fuese por esa imagen tan triste, merecía un poco de respeto. Porque al menos alguien la quería, sí, aunque no su marido. Los dedos de Laura parecieron afirmar eso, el raro divagar de mis pensamientos, y uno tembló un poco como cuando se ahuecaba el pelo antes de salir de fiesta. Había dicho “Da—nie—la”, y ahí había empezado todo. Mi angustia, porque sabía que esa noche vendría a por mí, que no podíamos seguir mirándonos sin que pasase nada, que tendría que

abandonar la comodidad de la excitación por tener cerca a una chica con la que había algo, algo muy sutil y agradable y misterioso, para enfrentarme a lo que de verdad era. Por eso había estado tan mal en la Alameda, intentando creer que la quería y me gustaba, intentando decirme que era con quien debía hacerlo. Como si fuera un adolescente, pensando en conseguir una novia y hacerle el amor. No, eso era demasiado desgarrador para pensarlo ahora, demasiado con todo lo que tenía ya encima. ¿Y si Laura se cayese? Debería despertarla ahora mismo, hacerle un sitio en mi cama, sacarla de ahí. ¿Era posible morirse por la caída desde una litera? Seguro que sí, era posible morirse por todo. Si no era muy fuerte el impacto, podía haber un movimiento extraño del cuello que sellase la desgracia, o algo en el suelo. ¿Por qué estábamos durmiendo en literas? ¿Por qué estábamos aquí? ¿Por qué había resultado tan decepcionante? No era exactamente mi culpa, no era algo que pudiera controlar. Sencillamente, no me gustaba. Pero sí me gustaba, bueno, tenía todo lo que podía gustarme. Era por mi culpa, porque era tan tonto que seguro que la chica perfecta no me hacía sentir nada. ¿Y si Laura se caía? No iba a morir, vale, necesitaba pensar que no iba a morir, pero podía romperse algo. Y eso sería más tiempo perdido, más interrupciones para preparar el examen de abogacía. Tenía que estudiar, y el único sitio donde podía hacerlo era en esta habitación perdida y abandonada, por eso tampoco podía seguir desvelado para dormir luego toda la mañana. Ésa era la única ocurrencia realmente válida que había tenido hasta el momento. Pero un nuevo destello del móvil, con la hora marcada en números blancos, me convenció de que ni tan siquiera eso sería capaz de hacer que me calmase. Que me calmase yo a mí mismo, lo cual era un poco raro y presuponía un control sobre mi mente que no poseía.

Laura volvió a moverse, y sus dedos dejaron de colgar. Siguiendo el susurro de su cuerpo sobre la cama, se había replegado toda ella contra la pared, lo cual era muchísimo más seguro. Bueno, un frente menos abierto en el desenfreno de mi cabeza.

Había algo que no descifraba, había algo que me dolía profundamente. Por qué no, si en realidad era perfecta. Si me gustaba verla, me gustaba oírla, me gustaba todo de ella. Me gustaba más que cualquier otra de las mujeres con las que sí había sentido que quería seguir besándolas, como esa Paula del instituto, como alguna de nombre ya olvidado que había conocido por las

noches. Ellas no eran nada para mí, y sin embargo era Daniela la que me había hecho sentir un profundo vacío. ¿Se debía a que había esperado demasiado? A que tenía una serie de ilusiones inmensas, de esperanzas que me hablaban de algo romántico, algo intenso y loco que me haría sentir que ahora sí, que ella sería mi novia, que viviría eso que había visto con tanta envidia en todos los que me rodeaban, que experimentaría los momentos de intimidad que deseaba tanto. No, no, eso no. Centrarme en eso sólo me haría daño. Pero era verdad, había querido aquello y lo había estropeado, quizás, por haberme colocado unas expectativas demasiado altas. El problema era cuando, en un instante de pura sinceridad, de franqueza que esgrimía aunque destruyese la preciosa calma con la que esa excusa empezaba a mecarme, reconocía que el problema no era haber carecido de ese bello impulso romántico. El problema era que no había sentido absolutamente nada. Nada, cero, ni una sola sensación más allá de unos labios que me recorrían con una pasión que no se encontraba en los míos. Más allá de un temblor inquieto, agradable —porque besar a alguien era agradable—, pero nada de lo que debía sentir en realidad. Y Laura lanzó un suspiro con un hilo de voz, un fragmento de su voz completamente relajada y tranquila, un poco gutural en las tinieblas del sueño, donde parecía pronunciar algo impronunciable de una sola sílaba. Un pedazo de aire que iba a morir contra ese techo oscuro, que se escapaba de ella mientras las mantas de cuadros verdes la protegían de cualquier preocupación. Era perfecto, dormir tan profundamente, cerrar los ojos para que, cuando se volvieran a abrir, se encontrasen con la mañana. No pensar en nada, dejarse llevar. Yo me había intentado dejar llevar. Había sido un auténtico fracaso.

Desbloqué otra vez el móvil, pero no lo apagué al momento, como había hecho antes. Ya asumiendo que sería imposible dormirme a una hora razonable, ni siquiera cercana a la actual, quise ver los contactos que tenía guardados. El último con el que había hablado era Luis, luego Laura pidiéndome que me llamase, a continuación un grupo de clases donde se preguntaban unos a otros dónde estaban, y justo debajo Daniela. Abrí su foto, y me enfrenté a sus ojos oscuros, tranquilos, bonitos en la paz de una fotografía que le habría hecho una amiga, un poco rasgados por la sonrisa. De esas sonrisas preparadas para el disparo, muy cuidadas y que no deformaban la cara, nada parecido a cuando alguien se reía de verdad. Pero era guapa, así, con los dientes muy blancos y un poco grandes, uno tras otro en una hilera bien

cuidada. Yo había necesitado bracquets para tener algo que no llegaba a ser tan bonito. Su piel tostada, como las vetas de la madera, como el café con leche que se pedía a veces en los descansos, parecía reprocharme toda ella a un tiempo que la había admirado demasiadas veces para que luego no me interesase ni un poco. Sí, era cierto. Esa piel que me recordaba a sabores cálidos, como los caramelos de café que le gustaban a mamá, como el tofe que me paralizaba un momento, en el primer contacto que tenía en mi lengua, nada más metérmelo en la boca. El tofe que me encantaba, que me comería sin parar uno tras otro. Así era esa piel que, según creía antes, me encantaría morder y desnudar. Pero que, exponiendo ahora todos mis sentimientos y extendiéndolos sobre la colcha, en rigurosa sinceridad de los mismos y para que yo, ya adaptado a la oscuridad, pudiese verlos sin ningún tipo de duda, no me imaginaba a mi lado como mi novia. No me la imaginaba porque no la quería de esa manera. Igual porque éramos muy amigos, porque ya era imposible que la viese de un modo distinto. No sé, sí, podía ser eso, pero desde luego no producía ningún efecto sobre mí. No podría masturbarme pensando en ella. Ahora podía intentarlo, con Laura del todo dormida ahí arriba, con toda la casa descansando, con los sueños tan pesados que nadie podría oír el murmullo de mis mantas.

Un cosquilleo empezó a recorrerme las piernas. El cosquilleo de la ocasión idónea, del momento adecuado. De las condiciones que se plegaban a mí a un mismo tiempo, que me obedecían y se arrodillaban mirando a otro lado, para que yo hiciese todo lo que quisiera. Llevé una mano al pantalón de pijama, pasando los dedos sólo por fuera, dejando que la propia excitación del momento, de mi súbita ocurrencia, terminaran por excitarme completamente, antes de empezar. Miré una última vez la cara de Daniela en esa foto inocente, su sonrisa limpia, sus sexys ojos negros, su pelo medio rizado y medio ondulado alborotándole los contornos del rostro. Esa piel de tofe que quería morder.

Lo hice. Me imaginé haciendo el amor de Daniela, poseyéndola como podía imaginar que la poseería, con sus piernas delgadas alrededor de las mías, con dos pechos que no conocía abriéndose para mí. Fantaseé con una noche junto a Daniela, con tenerla justo a mi lado en ese momento, solos, unidos, únicamente nosotros dos. Y al volver al abrir los ojos, al encontrarme frente a frente con la oscura habitación abandonada, con el mueble zapatero del que me había

reído, con la lista de todos los ocupantes de la casa flotándome en la mente. Me sentí muchísimo peor de lo que me sentía antes. Dios mío, tenía a Laura justo encima de mí. Acababa de hacer esto con mi hermana al lado, tan cerca, tan asquerosamente cerca. No había tenido ni el más mínimo respeto. Era horrible, caer en lo que había caído como si nada, permitiéndome todos los inconvenientes con la sencilla excusa de que estaban dormidos. Y sí, Laura dormía, no se había enterado de nada, pero yo sí me había enterado. Y ese pensamiento, el de mi hermana tan cerca y yo —me daba vergüenza incluso utilizar esa palabra ahora— masturbándome, era algo que me atormentaba. Como si fuese un depravado, un cerdo auténtico que no distinguía ni momentos ni situaciones. Si Laura supiera... Me habría pegado como a aquel niño que me insultaba en el recreo. Me habría partido la cara, por asqueroso, y yo no podría decir nada a mi favor. Desbloqueé el móvil, como por inercia, y la foto de Daniela me hirió en lo más íntimo de mis ojos, en el centro de las pupilas. No tenía ojos sexys, tenía los ojos dulces de siempre, felices y llenos de calma ante la fotografía que ya la retrataba. Esa sonrisa preciosa, donde no había nada insinuante ni obsceno. ¿Cómo podía haber hecho eso, y haber empezado por ver aquella cara? Sin que ella pudiera sospecharlo —y menos mal que no podía hacerlo—, había visto su cara con un prisma tan vicioso que le había colocado detalles que ahora no veía por ninguna parte y que me espantaban. La había reducido a una prostituta que, por una foto inocente, se humillaba a mis deseos y accedía a escenas de pasión que no habían existido nunca. Había cogido lo que ella era, esa cara y esa imagen que gran parte de mis conocidos podían ver —toda la clase, por favor, incluso el vikingo—, y lo había utilizado para un placer frío y seco que se volvía todavía más desconsolador al reencontrarme con la soledad de esta ridícula cama de literas. La había utilizado, a la chica que me había besado en una discoteca y que yo había despreciado sin pensármelo. Y a pesar de la libertad que yo tenía para fantasear con cualquiera, sentía que lo que acababa de hacer no sólo era de lo más desagradable, sino también un auténtico acto de hipocresía y crueldad, por fundirme precisamente con aquella que me amaba y de la que me había burlado hacía tan poco tiempo. En algo que se podía llamar un desesperado intento por quererla, había emborronado aún más toda nuestra relación. Tergiversando aquello que antes, por doloroso que fuese, se exhibía con una claridad que, al menos, no podía confundirme.

En medio de esas sensaciones, de la incomodidad de querer salir de mí mismo y no poder hacerlo, de repente surgió una duda. Que esa Daniela imaginaria me había llevado al éxtasis, por la mera existencia de su cuerpo. Por su cara, por sus piernas, su vientre desnudo. Que aquella Daniela real no me había hecho amarla por un beso, pero cuya foto —y era también real en esa foto— me había seducido hasta hacer algo tan censurable como lo que acababa de hacer. ¿Qué significaba eso? No sabía explicarme lo que había vivido la otra noche, pero sí estaba seguro de que me gustaba y de que me excitaba, que quería hacerla mía, ser suyo, tenerla en mi primer momento de intimidad y, al abrir los ojos, ver esa cara a la que ya estaba tan acostumbrado.

En algún momento me quedé dormido. No sabría decir cuándo, tampoco los pensamientos que había tenido después de ese último. Aunque seguramente fuesen semejantes, mi convicción de arrepentirme por lo que había pasado y recuperarla de la manera que resultase menos penosa. Esto es, intentando arreglar un nuevo encuentro donde aquello surgiera —esta vez, claro, empezándolo yo—, sin tener que pasar por el bochorno de hablarle de todo lo que había ocurrido, con las excusas que se me fuesen ocurriendo poco a poco. Sin saber cuándo me dormí, cuándo los hilos de mis cavilaciones dejaron de seguir un camino recto y empezaron a mezclarse y a desdibujarse unos con otros, a la mañana siguiente me obligué a levantarme más pronto de lo que me gustaría. En un sonido que al azar me había despertado, reuní todas mis fuerzas para sacudirme el enorme sueño que sentía. Y mientras desayunaba contemplando a Zoraida experimenté una sensación de absoluta y plácida reconciliación con ese yo que había repudiado no hacía no mucho y tantas veces.

Zoraida se movía como un gran ratoncillo por la cocina. Ya perfectamente aseada y vestida, su jersey de rayas violetas iba de un sitio a otro causándome una sensación de mareo. A su lado estaba la tía Gloria, que después de darme un beso y servirme el desayuno —ella misma había echado los cereales pidiéndome que le indicase cuándo parar—, siguió con la lección de esa mañana. Estaban haciendo la comida, preparando patatas y verduras para hacer una crema de zanahoria. Con voz maestra, mi tía iba recitando cada paso y vigilaba con suma atención lo que Zoraida iba ejecutando, corrigiéndola sin parar y quitándole los utensilios para demostrarle una vez más la forma perfecta de hacerlo. La chica pedía perdón con su fina voz y se encorvaba un

poco más, como si acercarse todo lo posible a la encimera pudiera mejorar sus torpezas. Algo así como los novatos que se acercaban demasiado al volante, por si pegarse contra la luna fuese a favorecer su atención de la carretera. Los niños que empezaban a andar en bici y miraban hacia la rueda delantera, la gente que estudiaba pegándose de una manera exagerada a las hojas y a los libros. Miles de ejemplos vulgares que se concentraban ahora en la dolorida espalda de Zoraida, que yo observaba en completo silencio sin saber si aquello me proporcionaba una diversión bastante caótica o una pena de la que no me separaba para sentirla todavía más.

—Pero esto es una guarrada —dijo Gloria de repente, haciendo que la aprendiz se detuviera en seco, apartando enseguida las manos de la comida por si sus malas maneras la estuvieran intoxicando. —Tienes que hacerte una coleta, si no te pueden caer pelos.

Con una rapidez que me sorprendió tanto como para dejar la cuchara pendida en el aire, con la leche goteando y un cereal a punto de escaparse, Zoraida sacó una goma de su muñeca y aprisionó en ella toda su larga cabellera morena. Lo hizo apartándose un poco del mesado, con una agilidad de sus largos brazos que no pude evitar comparar con los de mi hermana, que siempre tenían que repetir aquel peinado al menos una vez, porque nunca lo conseguía dejar bien centrado —lo hacía y me preguntaba “¿Está bien, está en el medio?”—. Entonces, un suspiro un tanto ronco, al igual que una queja encubierta en un soplo de aire, vino a irrumpir en mi apacible disfrute mañanero, aquél que acababa de llegar al éxtasis. Mientras Zoraida volvía a meterse de lleno en la tarea, antes de que yo pudiese respirar una sola vez, mi madre se unía a esa mansa contemplación. Parecía que mirar a esa mujer —y ya dije que habría sido su nombre el único digno de titular aquel fin de semana — era el único antídoto para soportar la falta de sentido de nuestra presencia allí durante tantos días. Un pasatiempo que nos transportaba paz —porque tenía un matiz que inspiraba una compasión tranquila—, que nos permitía un abanico de sensaciones que llenaban el vacío de aquella casa donde no sabía muy bien qué se sentía en realidad. Así, no podíamos evitar tenerle lástima y que a la vez nos revolviese por dentro. Una pizca de asco y un punto —no era posible negarlo— de total diversión. Mi tía, a la que ya conocíamos de sobra y cuyo comportamiento no podía ya sorprendernos, encabezaba sin embargo todo ese espectáculo sin que le fuese reconocida ni una sola mirada. Injusto,

tal vez, o una buena ventaja que nacía del cariño que nos convencía de que no la mirásemos demasiado mientras hacía aquello.

—No te preocupes, yo llevo toda la vida haciendo estas cosas, y tú estás aprendiendo —le decía con cariño ante sus disculpas, colocándole una mano en el hombro como una maestra cálida y cercana. —Pero ahora te toca hacerlo a ti.

La tranquilidad de la tía Gloria habría sido distinta en el caso de que se fuera el domingo, como haríamos nosotros. Pero como tenía pensado quedarse al menos una semana, tiempo que se podía prorrogar cuantas veces quisiese, contaba con suficientes días como para dejarlo todo bien atado a su marcha. Quería irse de allí con el espíritu tranquilo, algo que se conseguía abandonando la casa con la certeza de que todo iría bien, de que todo estaba encauzado. Con el soldado que era Zoraida, esa niña pacienzosa y que escuchaba sus palabras con el respeto de los dogmas, estaba segura de su éxito. Y ya cogiéndole cariño a la desconocida que no había querido presentarnos ella, daba gracias por haberse encontrado con esa gran ayuda, con ese necesario eslabón para su principal objetivo: coger las riendas del hogar e irse con la cabeza bien alta, por haber ayudado a su familia y haber resuelto los problemas a los que su hermano y sobrinos se habrían visto abocados. Evitar el desastre, el desmoronamiento de ese lugar, que ya no existiría gracias a las importantes lecciones que daba a Zoraida. Además, vivía con ellos. Bueno, en una situación así era posible que hubiera decidido irse a vivir allí, pero ya lo hacía, y eso lo volvía aún más cómodo. Imagino que el afecto de la tía hacia ella había contado, a pesar de todas las ventajas que le había granjeado y que la volvían ya centro de los cariños de Gloria, con un importante añadido. Y es que, con ella allí, podía entregarse a su tarea sin tener que caer en cuestiones más incómodas. Si se encontrase sola, preocupada por lo que pasaría con esa gente en cuanto se fuese, tendría que informarse de quién llevaría la casa. Una opción, claro, era que la amante se instalase ahí y ocupase el sitio de la difunta, de la cornuda, algo que superaba con creces todas las crueldades que ya habían cometido. Porque aunque tuviésemos la firme intención de ignorar aquel tema y actuar como si nada de eso existiera, lógicamente, había sido algo que la tía había tenido muy presente desde que supo la noticia. Pues su primer pensamiento ante aquella muerte fue la preocupación que ahora zanjaba junto a su aplicada alumna. De no haber

estado ella, de haber tenido que sacar la cuestión con su hermano y haber sabido que la novia se encargaría de todo, no sabía cómo habría reaccionado. Se habría quedado unos días, bueno, para llevarlo todo mientras la otra no viniese, el tiempo que el viudo decidiera antes de traérsela. Pero desde luego, no habría cruzado un saludo con ésta, no habría permanecido ni un instante bajo el mismo techo que la nueva. No, había un montón de cosas que se lo impedían, algo tan obvio como la decencia, algo que la repugnaba en tanto se imaginaba ese nuevo cuerpo ocupando la cama en la que esa mujer descansaba cada noche. Donde el cáncer la había ido consumiendo mientras su marido se consolaba por ahí, claro que consolar era una manera estúpida de decirlo. Estaba el respeto a Ángeles, esa mujer con la que no había compartido muchos momentos, pero que ante todo era de la familia. Por haberse casado con su hermano, por ser la madre de sus sobrinos, era familia y como tal la defendería ante cualquier daño, y un daño, por supuesto, era esa usurpación. Quizás también hubiera un poco de camaradería de esposas —a pesar de que la tía ya había enviudado—, de lealtad femenina de mujeres con alianza frente a intromisiones, frente a las lagartas, a las otras. Pero yo, sin ser mujer ni estar casado, también podría incluirme en ese odio a la amante por haberla insultado de semejante manera —en mi visión, claro, sin importar que estuviera casada o con hijos de por medio—, y tampoco me habría sentido cómodo en presencia de aquella otra cuyo rostro no conocíamos, pero del que esperábamos enterarnos pronto, tras los meses que mi tío decidiese. Habían sido sólo dos, y todos sus sentimientos, todas sus angustias al respecto, se las había contado mi tía a mamá en una de sus largas llamadas telefónicas al caer la tarde.

En cualquier caso, no había tenido que plantarle cara a sus miedos, y la bonita Zoraida estaba empeñando toda su piel y salud en aprender lo que la tía sabía. Mi madre me retiró la taza y la cuchara en cuanto acabé, porque sabía que de hacerlo yo Gloria me lo quitaría de las manos. Aceptando sus costumbres inquebrantables y menos a estas alturas de su vida, mamá hacía pequeñas cosas no por ayudar a su hermano, independientemente de que se hubiese emocionado con el reencuentro y estuviese un poquitín agradecida por esa muerte que había calmado sus penas, sino por quitarle trabajos a mi tía. Pero no estaba dispuesta, con tres hombretones y su padre en la casa, a ocupar esa tarea de profesora hacia Zoraida, lo que le parecía, yendo al centro mismo de

sus pensamientos, algo inmoral y vergonzoso. Podía recoger los desayunos que mis primos dejaban ahí para que su hermana no lo hiciese, pero no era capaz de llegar tan lejos sólo por satisfacerla o relevarla de vez en cuando de la agotadora tarea que dilapidaba todo su tiempo. Sin hacer comentarios por no querer chocar con la pétrea mentalidad de Gloria, observaba con una indignación que colisionaba con la irisada gratitud de Zoraida, que había comenzado la eterna devoción hacia la tía. Pero terminaba cayendo en lo mismo que caíamos todos. Abandonando el hervor de su sangre por una actitud más cómica, esbozando una sutilísima sonrisa que envolvía a Zoraida como si se tratase de poco menos que un payaso, una dura sátira que se rebajaba por la pena que a su vez inspiraba. Era ese conjunto de emociones el que, en su totalidad, nos tranquilizaba y nos obligaba a verla una y otra vez, sumándose de repente mi padre, que sin encontrar nada que decirle a mi tío se había escabullido al rincón más divertido de la casa.

—Ve al salón con todos —me dijo mi madre, sin apartar los ojos de la preparación de la comida, aunque la comida como tal era lo de menos. Y en el salón, reunidos, estaban los primos y Laura, ya que mi tío había salido fuera por no encontrar nada que decirle a mi padre. Mamá también le había pedido a Laura que bajase, y en contra de todas las promesas que se había hecho a sí misma, porque nunca lograba ser tan mala como se lo proponía, allí estaba. Sentada junto al primo pequeño, seguida del mediano y con el mayor en una butaca. Yo me apoderé de la otra, que quedaba libre al haberse ido el tío. A Laura le había parecido demasiado maleducado levantarse y meterse allí, cuando ya se había acomodado en el sofá. Pero la mirada que me dirigió en cuanto me hundí en la butaca forrada de cuero marrón me dejó sus pensamientos más que claros. En ella me llamaba sinvergüenza por no haberseme ocurrido ofrecérsela a ella, es decir, pedirle que me dejase su sitio con la excusa igual de hablar con los primos, sencillamente por hacerle un favor que deseaba con todo su corazón. Lo entendí demasiado tarde, y a ella también le pareció demasiado tarde para cambiar las cosas, pues miró hacia la puerta de la cocina por disfrutar de los pequeños retazos de Zoraida que desde allí podían verse.

Mis primos hablaban de series. Laura dijo alguna palabra, mientras que yo participé todo lo que pude. Tengo que reconocer que disfruté enormemente de esa tonta conversación. Libre de ataques a mi hermana, con un objeto de lo

más fácil y simple, me volví a encontrar con esos primos que había olvidado, que había dejado de conocer hacía tanto. Y bien, hablar de series no era tener de nuevo relación, no era saber nada de su vida ni de cómo eran, pero asumiendo que aquel ambicioso objeto era imposible, se trataba de una bonita solución. Ya no estaba la aspereza de habernos encontrado de niños y no habernos visto de nuevo. La rara sensación de no tener ni una sola imagen de nuestras caras adultas, de no tener ningún recuerdo más allá de esos pocos veranos. Sí, se trataba de algo muy pobre, tan mezquino como la tonta labor de Zoraida alrededor de la cocina, pero para mí supuso algo que imagino semejante a lo que mamá sintió cuando volvió a ver a su hermano, en una analogía que daba por supuesto un gran porcentaje menos de amor, obstáculos y dolor. Me atrevería a decir que también Laura disfrutó un poco, como si en las rápidas frases que había lanzado callase un poco a esa niña que gritaba pidiendo venganza y un aborrecimiento eterno. En ese nuevo escenario con muchos más años, la marginación quedaba desterrada, y aunque no podía pretender ser a sus ojos algo más que una Zoraida —quizás se preguntasen qué hacía ahora mismo con nosotros—, esa tranquila conversación permitía que la vieja herida empezase a cicatrizar. No podría jamás cambiarlos, ni a ellos ni a otros muchos, ni tampoco podría cambiar las tristezas que habían teñido aquel tiempo. Pero estar allí sentada, nombrar una serie y que los primos dijeran que les gustaba mucho, hizo que sus duras pupilas se ablandasen y que toda su cara relajase esos dulces rasgos que habían llegado más tirantes que nunca.

No sabía cuánto dolor había en esos hermanos que acababan de perder a su madre. No sabía hasta qué punto relativizaban esa pérdida o no permitían que las emociones mudasen ese rostro duro y serio. Lo que sí sabía es que, en ese mismo momento, yo no sentía ni un poquito de pena, sino todo lo contrario. Olvidando el deber de no quererlos por todo lo que le habían hecho a Laura —donde también reflejaba parte del odio que sentía hacia ese niño que yo era entonces—, la inquieta duda por si conocían la aventura del padre y cómo se la tomaban, la fría estabilidad de los dos hermanos mayores que incluso soltaron alguna risa durante la conversación, me regocijé en esa magnífica realidad de estar con mis primos tras tanto tiempo, de hablar con ellos como si nada hubiera ocurrido, de arrellanarme en su butaca con toda la confianza y descubrir los gestos que formaban esas personas adultas. Y fue tan agradable ese momento que en realidad había llenado casi dos horas de la mañana, que

me olvidé de aquello que era parte de mi día a día. Porque mi verdadera vida estaba muy lejos, y las cosas que me habían mantenido despierto durante buena parte de la noche me parecían sumidas en una rutina que no podía ver desde aquí, desde esta butaca. Todo eso que era tan real, que suponían mis angustias y felicidades y disgustos, de repente me pareció, en su conjunto, algo que no requería ahora de atención alguna. Porque por no ver las caras de mis amigos, la fachada de la universidad o por no tener cerca mi cama esperándome, esa sencilla charla con mis primos me parecía mucho más importante. No atractiva, no interesante, sino de verdad importante. Los relieves que tenían mis problemas —ya fuesen grandes o pequeños, aunque para mí eran inmensos—, se borraron para fundirse en algo que me parecía ya muy distorsionado. El simple hecho de que esto se estuviera desarrollando en estos segundos, delante de mí, uniendo a personas tan separadas y que —alguna— habían jurado odiarse siempre, hacía que ahora mismo fuese lo único verdadero, lo único a hacia lo que dirigir mi entera atención. Si entonces me hubieran dicho que Daniela desaparecería para siempre, me habría encogido de hombros, porque ya no me parecía tan terrible. Lo aceptaba en un simple parpadeo, con la misma facilidad con la que decía que *Rick y Morty* estaba bien, pero que la mejor serie de animación era *Bojack Horseman*. Más que la eventual evaporación de Daniela me había preocupado más que no conocieran una de mis series favoritas. Laura se rio un poco, porque se había acordado de cualquier detalle del genial Bojack, y esa risa diluyó definitivamente la cara de nuestra vida real, que estaba esperando para recibirnos ese mismo domingo.

Nos recibió con las nítidas preocupaciones con las que la habíamos dejado. A Laura, con la presión de su examen y los días perdidos en los que pensaba prepararse la responsabilidad penal del menor. A mamá, con la pregunta de si debería volver a tener un contacto regular con su hermano, intento encontrar las virtudes de ese pálido reencuentro y aumentándolas para poder utilizarlas como excusa. A todos nosotros obligándonos a recapacitar sobre qué acababa de pasar, porque mientras íbamos cruzando territorios castellanos sentíamos una sensación extraña. La de un verano que termina y nos hace abrir los ojos, como si antes hubiesen estado cerrados durante dos largos meses. La de una interrupción completa en nuestra vida que nos la había llenado de detalles radicalmente distintos a los que componían nuestro día a día, detalles que

habíamos hundido ya en una especie de cariño y que, quizás, no volveríamos a ver nunca. Las manos de Zoraida como las alas de un pajarillo asustado, aleteando al igual que lo hacía las locas rayas negras de sus ojos, haciendo un café después de comer. La mirada fija de mi primo mayor, que miraba las cosas como si, por el mero influjo de sus pupilas, pudiera hacer que explotasen o se movieran para él. Los temblorosos dedos de mi primo pequeño, que tenía un pulso horrible y se le notaba incluso en el sencillo gesto de llevarse una mano a la cabeza. Miles de cosas que habíamos aspirado y que se habían metido en nuestras cabezas como si fueran a alojarse allí durante años, como si se tratara de nuestra nueva vida. ¿Qué era eso que nos hacía despertar, que nos ocultaba el pueblo del tío y lo dejaba caer en un agónico olvido que no queríamos concederle? Yo al menos no quería hacerlo, porque había recuperado algo que, a falta de un adjetivo mejor y por no caer en una exageración que de verdad había sentido, era realmente bonito. No tenía ganas de hablar de algo emocionante, porque sabiendo que moría al mismo tiempo que volvía a nacer, implicaba en sí mismo un dolor futuro, o la cruel indiferencia de quien va soltando partes de su corazón sin que se dé cuenta.

Era obvio que no iba a tener una relación estrecha con mis primos. Que la felicidad de haber compartido conversaciones en grupo eran joyas aisladas que, maldita sea, se debían a la muerte de su madre. Una muerte que ahora celebraba un poco, porque me había dado esos recuerdos que se superponían a los de la infancia, nuevas escenas a las que mi mente se dirigiría cada vez que algo me hablase de los primos, escenas sin remordimientos ni arrepentimiento alguno, absolutamente limpias y bellas. Y ya sin poder pensar en todos los matices que rodeaban esa bonita —y un poco triste— sensación de dejarlo atrás, de centrarnos en la realidad que ya nos engullía, me preguntaba ahora qué cantidad de reproches me merecía por haberme alegrado de que ese fallecimiento nos hubiera dado la posibilidad de ir hasta allí. Incluso harto del viaje, con la espalda un poco dolorida por esa cama blanda, con una larga lista de horas en las que me había aburrido, con el espantoso cuadro de mi masturbación y Laura justo encima de mí cargado sobre los hombros, me alegraba lo que acabábamos de vivir. Era agradable, todo eso, y me costaba cada vez más trabajo decir que era emocionante. La cantidad de reservas que tenía al ir hacia allí, lo que me fastidiaba aquello, estaba absolutamente superado por lo que me llevaba. Bendita muerte la de esa mujer delgada y

seca, que expiró con mil infidelidades encima y una Zoraida que aprendía a ocupar su puesto. Las ridiculeces de aquello también eran algo que ahora se iba quedando atrás, y cómo me estaba doliendo pensar que acabaría olvidando las fuertes espaldas de esa chica poblando la cocina. Incluso Laura se había reído con todo eso. O mamá nerviosa, porque mi hermana se quedaba quieta en la mesa cuando se levantaba, esperando a que Zoraida o la tía le sirvieran el desayuno, igual que hacían conmigo. Mamá se ponía nerviosa, sí, porque no quería incomodar a Gloria, no quería nada que sonase a queja o a enfrentamiento. Sabía que de no hacer nada la tía acabaría preguntándole a Laura si le pasaba algo, por qué no tenía ganas de desayunar. Como de esa respuesta sólo podía salir un choque de ideas, era mamá la que iba corriendo a servirle, y yo me sonreía mirando de reojo a esas cuatro mujeres, a esa Zoraida que valía por cinco y que callaba más que ninguna. Sí, también esa divertida anécdota se la debía a la muerte de Ángeles. Su extenuación frente al cáncer, que llevaba cinco años dentro de ella y que había terminado por vencerla. ¿Cómo podía hacer para agradecerle lo que me había dado sin sentirme una mala persona? Tendría que aliviar los remordimientos —que, por falta completa de afecto, no existían más que en una declaración formal— con el abrigo de esos recuerdos.

La ascensión hacia nuestra casa no sólo traía un desagradable hormigueo de los cuerpos que tienen que desentumecerse. Traía también algo que ensombrecía todo lo demás, lo maravilloso que dejábamos ahí, por si adorarlo un poco más suponía un vano intento de no mirar esa rutina que se nos acercaba. Así, la alegría de ese reencuentro empezaba a irse para sumirme en otras cosas no tan hermosas que había vivido durante ese fin de semana. Por ejemplo, la tensión durante el funeral. La familia de Ángeles, a la que yo habría visto alguna vez pero que no podía reconocer de ningún modo, se había presentado con la sobriedad de una tristeza que contenían, quizás por haber llorado ya demasiado. Sus cuatro hermanos, algún primo, todos los sobrinos. Cuando terminó y fuimos a saludarnos, la inmensa frialdad con la que nos acogieron fue excesiva incluso suponiendo que no fueran capaces de apenas hablar por el dolor. Y de esas caras, de esa distancia, no podía deducirse otra cosa que una intención firme de romper con todos nosotros, quizás algo que ya habían hecho y de lo que nos enterábamos ahora, la familia del tío, la familia del infiel. Sentí vergüenza, por formar parte del grupo de ese hombre que

engañaba a su hermana muerta, a su tía muerta, por ser uno de los que asistían allí para apoyar a un hombre que nunca había querido ni respetado a una mujer que ellos amaban y no comprendían haber perdido. Un ser odioso que había ocupado la mayor parte del tiempo de vida de esa mujer que no encontraba ni un poco de dignidad siquiera en su propia casa. Por supuesto que no querían saber nada de nosotros, como si estuviésemos a favor del tío, a favor de llorar una muerte que el más implicado de nuestra familia no lloraba, en un espectáculo bochornoso, fingiendo pena cuando no teníamos derecho ni a hablar de respeto. Entendí aquella postura, y me hizo estar seguro de algo más. Si ellos lo sabían perfectamente, ¿cómo no iban a saberlo mis primos? En el momento lo perdóné todo y no quise pensar en ello, porque esa fugaz amistad era más importante que todas las reservas morales que pudiera tener —aparte de que no creo que fuese asunto mío, puesto que estaba y tenía que seguir estando en esa casa—, porque una charla con ellos en su sofá era para mi espíritu más importante que veinte madres cornudas. Pero ahora, sin que ya tuviera sentido la generosidad de un impulso puramente egoísta, colocando sobre todo lo que entonces me animaba a dejarlo correr un cristal ya traslúcido que obedecía sólo a los recuerdos, a lo que pasaba y no podía volver, no fui capaz de evitar una profunda sensación de desasosiego. En ese hogar se engañaba a su madre, y ellos no hacían nada. Seguían tratándose con su padre con la cordialidad cualquiera de unos hijos un tanto ásperos —yo lo había visto—, seguían allí y se tomaban esa pérdida como una desgraciada situación que significaba a su vez una cuenta atrás para la presentación oficial de la amante. Si ahora ya aceptaban esa aventura, ¿qué harían entonces? ¿Serían capaces de darle dos besos a esa mujer, incluso de convivir con ella? ¿Mi primo mayor aceptaría que su novia se aliase con aquella otra para llevar esa casa? Eran cosas que me repugnaban, sobre todo porque no había nada que me indicase que esas situaciones no se fueran a terminar dando. Y vi en esos ojos duros la misma mirada que antes marginaba a mi hermana, unos cascarones vacíos sin sentimientos que dedicar ni a su propia madre. Porque si en este mismo momento, queriendo como quería y admiraba a papá, supiese que estaba engañando a mi madre, yo no sería capaz de dirigirle la palabra. Me daría tanto asco, me parecería tan inaceptable. Porque no me importaba quién fuese esa otra, pero ésta, la que ahora estaba a su lado en el coche, era la madre de sus hijos, era la mujer con la que había pasado media vida. ¿No merecía más consideración que cualquier otra persona? ¿No era, por su misma

posición de familia y pareja, absolutamente sagrada? Y si fuese mamá la que hacía eso, tampoco podría comprenderlo. Claro que por mi madre, en ciertos aspectos, podía hacer una serie de concesiones que no haría por papá. No por quererla más, sino porque el simple y decisivo hecho de ser mi madre, por todo lo que conllevaba ser una madre desde el mismo momento en el que había empezado a formarme dentro de ella.

Podía imaginarnos a Laura y a mí rompiendo con papá, si éste engañase a mamá. Pero se me resistía la imagen contraria, y no era capaz de justificarlo. Sencillamente no me lo imaginaba, no me veía tachando a mi madre con la mano firme que habría empleado en la situación inversa, sino que le preguntaría, con la zozobra de una pena que sesgaba la estabilidad de mi vida, por qué lo había hecho. Y escucharía sus razones, aunque no ocupasen más de una palabra, con una forzada calma que no podría emplear con papá. ¿Por qué sentía eso? ¿Por qué no podía volverlos iguales a mis ojos, si habían hecho algo tan censurable en ambos casos? No lo sabía, y en esa duda ciega supe que Laura sentiría lo mismo que yo.

Mi postura era del todo inmoral. Y mi inmoralidad, mi falta de valores, no me hacían sin embargo sentirme más comprensivo con mis primos, más compasivo por ser yo mismo terriblemente defectuoso frente a dilemas semejantes. No, seguía odiando lo que hacían. Las conversaciones con ellos, fantásticas y amadas, empezaban a nublarse un poco, porque de verdad no podía entender aquello. Sin ser un asunto que me incumbiese, algo dentro de mí se revolvía con esa forma con la que vivían a saber desde hacía cuánto tiempo. Y sentía pena por esa mujer que no tenía ni siquiera unos hijos que la defendiesen. Y esto era independiente de si ella era capaz de defenderse a sí misma. Porque yo lo haría con mi madre, aunque ella sola era de sobra capaz de hacerlo.

Sintiendo que todas esas reservas distanciaban cosas que antes había vivido con pasión, tuve que agarrarme a algo que tranquilizase esa ruptura que ya se estaba fraguando, algo que devolviera un poco de belleza a ese reencuentro. Y vi a Zoraida, poniendo el mantel y los platos y los vasos, con sus manitas de uñas rojas, que eran ridículamente pequeñas en comparación con el resto de sus miembros.

CAPÍTULO V

Hacía frío, pero se estaba bien en la terraza. Era uno de esos días de invierno en los que no había trazas de lluvia, y un sol despejado reverberaba sobre las mesas y sillas metálicas. Debajo de nosotros la biblioteca, y aquí la larga explanada blanca de la cafetería. Desde esta altura teníamos una visión privilegiada de la universidad, de su vientre de cristal que atravesaban los rayos de luz, de los parques verdes que la formaban, los cerezos que todavía no habían sacado sus flores rosas, el edificio en construcción donde se darían titulaciones que tenían que ver con el agua. Su misma entrada sostenida por varias columnas simulaba amplias olas. Más arriba, las pistas de tenis, la pista de atletismo, los campos de fútbol y rugby. Las gradas, siempre abiertas, y los pisos que cercaban ese límite de la estricta ciudad, antes de que empezasen las casitas de campo, los chalets y la maleza. Me gustaba ver todo eso, las zonas al aire libre para hacer deporte, donde nosotros jugamos una liga universitaria —totalmente desprovista de regulación y creada por los propios alumnos— durante el primer año. Nos enfrentamos con los de ADE, Turismo, Trabajo Social, Ingeniería Informática, Medioambientales... Y perdimos contra casi todos ellos. Nuestro equipo, que arrastraba pobres eslabones como Luis y como yo, se quedaba cojo frente a otros que, sin ser por sí mismos buenos, nos derrotaban sin demasiadas complicaciones. Cada equipo tenía un nombre, y nosotros éramos los “Dura Lex”. Previsible, sí, cutre, como nuestra presencia yendo a jugar con bañadores de flores hawaianas.

Me lo había pasado realmente bien en esa liga que no se había repetido y cuyo ganador ni siquiera recordaba. Muchos de los que habían jugado ya no estaban aquí, y no había vuelto a hablar casi con ninguno, salvo algún saludo distraído por la noche, mientras nos abríamos paso por las abarrotadas calles de los vinos. Pero esa imagen de los cientos de cabezas poblando la noche de fiesta fue interrumpida por una figura que, perfectamente vestida de deporte, subía hacia la pista de atletismo. Elvira, con unas mallas negras y una chaqueta de chándal también negro, se encaminaba con paso firme hacia esa cuesta, con las piernas seguras, con los cabellos recogidos y la nuca tapada por las puntas de su pelo. Dirigí hacia ella la atención de Luis y Julián, porque dudaba un poco de mi capacidad para reconocer a la gente, aunque la hubiese visto esa misma mañana. Y mientras me distraía un segundo por una bocanada de humo que me

llegaba de la mesa de al lado, Luis bajó un poco sus gafas de sol para verla mejor.

—Sí, es ella —dijo volviendo a taparse los ojos. Era un movimiento de absoluta seguridad, de total convencimiento respecto a lo bien que le sentaban las gafas, y respecto a la perfecta justificación de su uso en un día tan soleado, aunque respondiese al crudo invierno de febrero. Si de repente el sol se tapase del todo, se sentiría igual de tranquilo colocándoselas sobre la cabeza, dejándolas allí todo el tiempo que hiciese falta, incluso ante la llegada de la noche. Yo, sin embargo, no tenía esa capacidad para abstraerme de las relaciones lógicas, como ésa que unía las gafas de sol con el verano, algo que me llenaba de dudas para utilizarlas en invierno. Si tuviera las facilidades de mi hermana, también las habría traído guardando la funda en el bolso. Pero la idea de tener que utilizarlas la tarde entera me asustaba. ¿Qué pasaría si todo esto se nublaba? Parecería un idiota, un chulo que no sabía distinguir ni el tiempo ni el momento. Y frente a mí tenía a Luis, que no pensaba en eso ni por un instante, que no podía sentir ni el más mínimo cosquilleo de la duda, sacándolas de un cajón con la misma facilidad con la que su mente podía murmurarle “Hace sol”. Todo eso chocaba un poco con el tímido Luis que yo había conocido en la infancia, con el niño que todavía se escondía un poco en su interior. Pero, tras tanto tiempo a su lado, tras haber crecido juntos y haber observado cada uno de los cambios que en él se operaban, no me sorprendía en absoluto que ahora se lanzase a hacer cosas —aunque éste fuera sólo un estúpido ejemplo— que a mí me costaban mucho más. Porque yo no era tan tímido como él, ni experimentaba la congoja que a veces le proporcionaban determinadas situaciones. Más libre, más tranquilo, ahora me veía a la sombra de su seguridad, como si nuestros papeles —de todos modos bien reconciliados— se hubieran invertido en ciertos aspectos. Con la misma naturalidad con la que entrecerraba un poco los ojos para poder ver, aceptaba que Luis se tapase los suyos.

A lo largo de la adolescencia había aprendido a crearse una coraza de fingida firmeza, algo que se obligaba a sentir y mostrar y que, tras tantas repeticiones, había terminado formando parte de él. Por eso ahora sus mañas sociales eran más desenvueltas y eficaces que las mías, por eso tenía aquella facilidad para reírse y camuflarse en unos entornos y en otros, incluso poniéndose un bañador para jugar al fútbol con desconocidos, cosa que jamás

fue capaz de hacer cuando éramos niños —dejando a un lado lo del bañador—. No obstante, y a pesar de ese carácter que había exhibido frente a nuestras amistades de la universidad y del bachillerato, yo era de las poquísimas personas que lo conocían de verdad. Que sabía cuáles eran sus temores bajo toda esa capa de tranquila fluidez, que podía penetrar en el centro mismo de su personalidad sin que me engañasen ni encandilasen sus tretas artificialmente aprendidas. Era mi conocimiento de él algo muy especial, algo casi único en el que se aunaban los dos Luis, el real y el ficticio que terminaba siendo también real, como una máscara que se pegaba a él y terminaba por desfigurar su rostro incluso para sí mismo. Pues estaba seguro que ese yo verdadero había sido arrinconado a sus casi exclusivos momentos de intimidad, de confesiones individuales, y que sólo afloraba en presencia de otros cuando se relajaba mucho —conmigo, cuando estábamos solos, a veces— o cuando algo estresante le hacía perder el control.

Todo eso, todas las mentiras y realidades que en él se superponían y se fundían, sin embargo, no me parecían en absoluto reprochables. Me parecía bien y digno de admiración que hubiera superado sus dificultades de infancia con semejante habilidad. Y ese Luis de varias capas, de mil pequeños pisos que se unían como en un hojaldre, me caía tan bien como ese otro que se había convertido en mi mejor amigo durante el colegio. En nuestro desarrollo, en nuestros nuevos y constantes descubrimientos, ambos nos habíamos compenetrado tan bien como para que cada uno de esos cambios fuesen asumidos por mí con otros que seguramente no percibía sobre mi propia personalidad, de una manera tan sencilla, tan bien llevaba gracias a esa amistad que iba perdurando en el tiempo, que en ningún momento me hizo separarme de él. Además, las novedades que iba incorporando a su forma de ser tenían otro cariz positivo, y era que de todos los amigos que iban llegando y yéndose, sólo yo lo conocía en su totalidad, sólo yo lo conocía a la perfección, con todo lo que él era, con todo aquello de lo que se formaba y cómo se había ido formando. Eso me dotaba de un título especial, no ya el de mejor amigo, sino con una cualidad mucho más intensa, ya familiar, ya completamente interna. Eso hacía que nosotros dos, nuestra unión, fuese única, y siguiera siendo así por muchas otras personas que se nos unieran. Así Julián, que era un buen amigo de la facultad y compartía tardes de terrazas y noches de fiesta. Él, que conocía miles de detalles nuestros, algunos tan llanos como

la manera en la que sujetábamos una cerveza y la marca que siempre pedíamos, nunca podría entrar en nuestro círculo por mucho que se esforzase. Pues, aunque quisiéramos incluirlo, no podríamos explicar todo aquello que habíamos vivido, que era necesario vivir, que no se podía aprender de ningún otro modo. Y así aquel Luis de veintiún años era para mí tanto o más valioso como el de tres, con todas las cosas que los distanciaban al uno del otro. Así yo, imaginaba, con todas mis mutaciones que a mí me resultaban imposibles de distinguir, significaba para él exactamente lo mismo. Si algo podía reprochar de aquello, era sólo una cosa que, por suerte, había dejado de molestarme. Y es que el principal bloque de cambios que se habían fraguado en Luis obedecían a un momento concreto, pues bien, cuando se enamoró de Raquel. ¿Cómo iba, con su timidez, a conseguir a esa chica guapa y lista que tenía una larga hilera de amigos? De repente, cosas que le habría costado meses asimilar eran digeridas en una semana, porque llegó un punto en el que esa chica tonta y presumida le resultó indispensable para vivir. Podía reprochar algo de eso, que su personalidad actual viniera sin duda marcada por la existencia de esa mujer que ya no era nada en su vida. Pero precisamente por este motivo ya ni siquiera merecía la pena pensarlo.

—Sí, es ella —había dicho mientras Elvira subía por el campus esquivando la lona del edificio nuevo, pasando por delante de la gente que corría en máquinas tras la cristalera del gimnasio.

—La que está buena es Patricia —soltó Julián, dejando que sus ojos ascendieran un poco, que en vez de contemplar el cielo azul y radiante contemplasen el recuerdo de su pantalón ajustado aquella mañana, de su fina cintura coloreada por un jersey rojo.

Luis sonrió de lado, y yo conocía a la perfección el significado de esa sonrisa. Que la chica estaba bien, pero era un poco del montón. Que se callaba por no llevarle la contraria, por no romper sus ilusiones sobre una mujer que no se iba a fijar en él, pero con la que podía fantasear todo lo que quisiera. Esto me trajo a la mente a Daniela, que llevaba toda la semana muy distante conmigo, sin mantener más conversación que un simple “Lo siento” al enterarse de lo mi tía.

—¡Ah! ¡Ah! —gritó Luis, dándose cuenta de algo, en dos exhalaciones rápidas y cuyo tono acompañaba el brusco gesto de su espalda, que se

encorvaba sobre la mesa a la vez que por toda su cara se extendía una amplia sonrisa. —¡Casi me olvido! —En todo él se pintó el resplandeciente frote de manos de quien tenía una bomba a punto de estallar, algo tan succulento y magnífico que bien merecía tres segundos de absoluto disfrute, saboreándolo justo antes de lanzarlo. —Es sobre el Brea.

Brea, nuestro profesor de Tributario. Era un buen profesor, aunque muchas personas pensaban lo contrario porque, simplemente, no eran capaces de seguir el ritmo de sus apuntes, y en cuyas largas explicaciones veía más un fastidio que una exposición maestra. Lo cierto es que era una persona inteligente, que tenía mil conocimientos sobre una materia que le encantaba y que intentaba transmitirnos con un lenguaje algo enrevesado, pero hermoso como si contase una historia más que una cuestión jurídica. Era de esos profesores que destacaban sobre los mediocres y sobre una clase intermedia, como lo era el decano, pero sin tantos esfuerzos por hacernos entender. El decano se apasionaba ofreciéndonos todos los elementos que a su alcance estuvieran para que pudiésemos comprender su asignatura. Brea, sin embargo, decía lo que tenía que decir y después se iba, a menos que hubiera preguntas. Iba directo al centro de sus clases, a contarnos lo que debíamos saber del IVA con un rico vocabulario y unas esmeradas construcciones cuya comprensión, a nuestro nivel, daba por presupuesta. Serio, con su pelo negro y sus ojos azules y saltones, un poco borde con aquellos alumnos molestos que se ganaban al momento su antipatía, encabezaba una de las clases que más me gustaban. No porque la materia fuese de mis favoritas, sino por cómo la impartía.

Esta mañana habíamos tenido nuestra última clase con él. Tras su asignatura de segundo, sólo había intervenido mínimamente en Tributario II, antes de pasar el legado a su compañera de departamento. La imbécil de Inma, que tenía complejo de maestra infantil y hablaba siempre con las mismas palabras, con las mismas frases cortas, esperando a que copiasen y explayándose luego sobre ejemplos de otros ejemplos y de más ejemplos. Porque mala profesora, lenta y pesada, era capaz de responder a una pregunta y no haber terminado después de media hora, de modo que la duda inicial quedase diluida en su voz aguda y temblorosa, perdiendo el hilo una y otra vez, de modo que todos nos quedásemos aún más mareados y confundidos de lo que habíamos comenzado. Pero a la gente le caía bien, decían que era buena profesora, a pesar de que fuese algo engorroso que acabase las clases veinte e

incluso treinta minutos más tarde, cuando era la última de la mañana. Me ponía enfermo, sólo pensar que tenía que soportarla todo lo que quedaba de cuatrimestre. Sólo el contorno de sus pelos naranjas, de sus botines de leopardo, de su papada blanca enmarcada por los cuellos blancos de sus camisas, me hacían sentir un profundo asco.

—¿Qué es?, ¿qué es? —preguntó Julián, deseando bañarse en una mofa de un profesor que no le gustaba, también por lo complejas que le resultaban sus clases, y por cómo había suspendido Tributario I. De eso sin embargo no le echaba nada de culpa de Inma, que también había intervenido en esa asignatura.

—Bueno, todos sabemos que es maricón —empezó, para disfrutar sólo un instante más esa dolorosa espera que nos ofrecía. —El último novio que se le conoce era aquél que le venía a buscar. —Sí, eso ya lo sabíamos. Un hombre muy alto, corpulento, lo esperaba al terminar sus clases y se iba con él. —Pues al parecer el tío lo dejó al empezar este curso, en septiembre o en octubre, y el Brea quedó tan mal que se cogió una baja hasta las vacaciones de Navidad. No tenía clases en el primer cuatrimestre, pero al parecer sí que daba en el máster, en primero, y mandaron a una profesora de Vigo.

—Buah, qué rompecorazones —dije, a la vez que mis ojos veían la lejana y pequeña figura de Elvira, que estiraba antes de empezar a correr. Julián, por su parte, se desternillaba de risa. Decía frases entrecortadas por las inflexiones de sus carcajadas, como “Quién lo vería”, “Llorando por ahí”, “Puto maricón”. Esa risa, tan bruta que otros desconocidos se giraron hacia nosotros por un segundo, sorprendió incluso a Luis, que no esperaba tan buena acogida de una anécdota que únicamente le parecía curiosa. Algo graciosa, sí, divertida por tratarse de un cotilleo, más entretenida por ser de un profesor. Pero Julián se reía entre la diversión y la frustración que ese hombre le inspiraba. Una risa en cuyo mismo estruendo se percibían gotas de ira.

Tuve una sensación extraña. La del hombre enamorado que, de repente —o quizás sin ser de repente, pero con idéntico resultado de dolor—, pierde a la persona que tanto significa para él. Eso que me inspiraba compasión por el daño inmenso, por los días llorando, intentando encontrar el motivo de esa catástrofe, dejando a un lado el trabajo para centrarse en vivir de lleno un dolor que se preguntaría cómo superar. Una auténtica aversión por verme en

una situación así, con psicólogos de por medio, con un médico que asegurase una depresión para otorgarle la baja, si es que realmente había sido así. Compasión, aversión, en cualquier caso, alejarme de una vivencia semejante. Eso era lo lógico, sí, lo que cualquiera pensaría al oír una historia así. Pero no fue lo que yo sentí, al menos en un primer impulso que luego intenté rebajar con todas aquellas razones. Nada más terminar Luis, se clavó dentro de mí una intensa envidia. Qué vergüenza, decir que me dio envidia algo semejante, una historia desgraciada. Pero era así, me había dado envidia, y no podía mentirme diciendo lo contrario, cuando todos esos dientes se hundieron en mi piel virgen para presentarme algo tan obvio, algo como que todo el mundo a mi alrededor tenía relaciones, parejas que iban y venían, encuentros esporádicos. Que todos los adultos vivían el sexo y tenían mil recuerdos de ello guardados, que yo era alguien extraño que me había quedado en una etapa prematura de la vida, del desarrollo personal.

Odiaba sentir eso. Odiaba verme excluido de algo que deseaba, odiaba preferir llorar a mares por alguien como ese profesor lo habría hecho antes que seguir con mi existencia insípida, donde los más tórridos momentos con mujeres no pasaban de los besos, y que de estos mismos había hecho una detallada clasificación. Eran toda mi intimidad, eran todo lo que tenía, y distinguía entre ellos cien formas distintas, cien sensaciones y movimientos que para mí los cambiaba totalmente. Que luego depositaba en mi memoria, bien guardados en su casilla correspondiente, concediendo un exhaustivo examen a algo que para cualquier otro sería sin más un beso, un morreo, un lío. Incluso el beso de Daniela, nada más deshacerme de ella y mientras caminaba hacia mi hermana, había sido perfectamente diseccionado y clasificado. Porque no era algo en lo que me quedase pensando mirando al vacío de la noche, una vez a salvo en mi cama inocente —bueno, al principio sí, y por ello todos los detalles que de esa imagen se me venían a la cabeza—, sino que ya surgía en mí de una manera natural, automática, por tanta importancia que le había concedido a ese gesto. La importancia sagrada que le daría un adolescente, un niño que imaginaba en eso el cenit de lo carnal, la sensualidad que una mujer podía ofrecer.

Aquello me torturaba. Tanto, tan dentro y tocando justo lo que ahora mismo más podía dolerme, que tenía que apartarlo a la fuerza, esforzarme por dejarlo a un lado y centrarme en aquella cerveza, en mis amigos que me

acompañaban bajo el sol, bajo los brillos de aquel pasillo de cristal que resaltaba en medio de nuestra panorámica, en la risa de Julián, que coleteaba entre nosotros sin querer acabarse, en la piadosa sonrisa de Luis, que como yo había dado en esa figurilla lejana que acababa de estirar y empezaba a correr.

Tenía que hablar conmigo mismo, decirme que acababa de experimentar algo descabellado, una estupidez, porque era imposible envidiar ese dolor. Y todas las razones de antes, todo lo que era lógico, serio, maduro. Y de mis labios, entre las fatigas de alejar aquello y las ideas que se engarzaban a mi mayor esperanza por solucionarlo, se escaparon unas palabras que no pude medir a tiempo, que dije con toda la sinceridad.

—¿Este sábado sale Daniela?

En esa frase yo no arrojaba mi corazón sobre la mesa, entre nosotros, porque éste mismo no estaba en realidad cercado por aquella incógnita. Pero como parecía que sí, y como yo mismo lo dudaba e incluso me empeñaba en pensar que así era —o al menos sí en incluir ahí un sentido estético y de romanticismo que debía surgir con un poco de tiempo, con cantidades cada vez mayores de acercamiento—, me arrepentí nada más lo hube dicho. Me arrepentí por la imagen vulnerable que daba, y por abrir así una serie de sentimientos que guardaba dentro —sentimientos que yo imaginaba—. Julián, como lo había hecho mi hermana en el baño, puso una mirada de lado que escarbaba en todas mis emociones, ésas que en verdad no se estremecían lo más mínimo sin yo saberlo. Y se trataba de emociones, porque yo lo había preguntado de esa manera, pero nunca había hecho un comentario tan crudo como él lo acababa de hacer sobre Patricia. La falta de esa aspereza, mi eterna compañía con esa colombiana de ojos oscuros, le hicieron pensar lo que en efecto yo pretendía, es decir, una relación como tal. Él, que presentaba sin remilgos sus deseos de tocar y babosear a otra, veía en mí unas intenciones completamente distintas. Lo eran, sin duda, pero con lo que ni él ni yo contábamos era que en su mera atracción por Patricia había muchísimos más sentimientos que en mi plan de conquista y perdón.

Luis también me miró, y yo supe exactamente de qué mirada se trataba, aunque ahora estuviese cubierta por las gafas. Era una en la que me preguntaba esas cosas que no entendía, pues sus informaciones eran de lo más parcas. Que había besado a Daniela, que mi hermana había llamado para contarme la

muerte de la tía, y todo había quedado ahí. A sus ojos, nada de eso tenía por qué parecer algo inconcluso. Él mismo había visto —por lo continuos y obvios que eran— mis coqueteos con Daniela, pero eso no significaba que yo estuviese enamorado de ella, que quisiera algo serio. Por eso la llamada de Laura, en su opinión, puesto que no me había preguntado más, sencillamente aceleraba el final de algo que debía morir esa misma noche, besarme con ella al calor de un local de madrugada. Sí, era simple, realista, y el frente de qué contarle a Luis cuando me dijera, con su sonrisa algo cansada de lunes por la mañana, “Qué tal con Daniela”, quedaba del todo cerrado. No me imaginaba hablando con Luis de mis inseguridades, de mis dudas y la angustia de por qué no me había gustado y si podía volver a intentarlo. No me imaginaba siquiera hablando de ello con mi hermana, lo que tendría mucho más sentido, porque siendo una mujer podía aconsejarme mucho mejor. Todo eso, todas las preguntas que me habían devorado la noche del funeral, me pertenecían sólo a mí. Y no sabía si las había respondido bien, si tenía algún sentido todo lo que había razonado y pensado. Pero que fuese mío me daba una seguridad tranquila, algo que dejaba mis sentimientos en una guarida que nadie podía usurpar, por mucho que existiera y vibrase y se iluminase. Una seguridad sombría por las dudas, pero que prefería antes que las reparadoras conversaciones que no sabría ni cómo empezar ni cómo seguir, y que ni siquiera quería intentar.

La mirada de Luis me preguntaba por qué me preocupaba por eso. Si me gustaba como para que fuese mi lío estable de noches de fiesta —alguno de nuestros compañeros acudía noche tras noche a los brazos de la misma—, al menos por un tiempo; si aquello me había hecho querer más de ella y tenía intención de llegar más lejos, coartado entonces por las noticias de Laura; si quería, al fin y al cabo, que fuese mi novia. Y esas preguntas se le escaparon sin que quisiera que eso pasase, por la mera contracción de su rostro, por las cejas encontradas en una arruga central. Creo que no quería destapar aquello porque le importaban bien poco las dos primeras opciones, pero le molestaba la última de todas. Tras todo lo que me había dicho de tener novia, tras todo lo que él había pasado. ¿Quería eso, de aquella manera, con esa chica, a esta magnífica altura de nuestras vidas? Al momento ocultó su turbación, ocultó las preguntas que no me haría de ningún modo y que yo, por suerte, tampoco quería responder. Así, en nuestra pacífica convivencia, sólo tuve que pelearme

con la mirada aviesa de Julián, que estaba dispuesto a meterse conmigo creyendo que padecía delirios de amor. Pero ésta también se apagó enseguida, porque su mismo funcionamiento por impulsos le recordó el corazón roto de Brea, y volvió a reírse y a soltar palabras inconexas.

—Ni idea —dijo Luis, dando el último trago a su bebida, subiendo un poco más la cremallera del abrigo, porque había empezado a soplar una brisa muy suave pero helada. Un par de chicas dejaron su mesa y cruzaron la explanada hacia las escaleras. Tapadas por sus bufandas y sus gorros rosas, dejaban un suave aliento de humo a su paso. —Pero nosotros hacemos así, ¿no? A la una.

Esa última frase dispersaba por completo una atención ya muy pobre sobre mí. Estoy seguro de que Luis no lo hizo queriendo, de que no se paró a pensar en cómo ocultar sus dudas —si es que les había prestado la suficiente atención como para pensar en ocultarlas—, de que no decidió dejar a un lado mis misterios con Daniela, esa chica que de repente ya no se sentaba a mi lado en la cafetería, que participaba de mil conversaciones pero ya no me dirigía la palabra expresamente ni me incluía de modo alguno, más allá de ser yo una simple parte de la generalidad de una mesa, de un aula, de un grupo formado al azar de nuestra clase. Luis dijo aquello con la sencillez de quien confiaba en una situación de lo más apacible, sin secretos ni tensiones. Quizás pensando que mi pregunta había sido una mera casualidad, algo que se me ocurría sin más, igual porque me había puesto a pensar en el sábado porque la anécdota de Brea no me había parecido tan buena. Pero eso también era demasiado complejo, porque también sé que, salvo esa reacción primera, no volvió a pensar en el sentido de mis palabras.

Yo había aglutinado todas mis inquietudes en ese sábado. En una noche eufórica, fácil por su ambiente y que, esperaba, arreglase lo que antes había estropeado. Perfecta para que me perdonase, para que me diese una segunda oportunidad que era algo triste por la necesidad que tenía de ella. Una necesidad que en realidad le pedía que me dejase probarla de nuevo para intentar que esta vez me gustase, para encontrar en ella todos los placeres que me había dado una Daniela compuesta por mi mente y solícita a mis deseos. Algo que confiaba que saliese bien —tanto su perdón como disfrutar de sus labios—, porque debía salir bien, necesitaba que saliese bien. Y pensé en ello, animándome con la seguridad que ya me había encargado de tejer en la

casa del tío, intentando rehuir las escenas de Daniela ignorándome por primera vez desde que la conocía, y mi impotencia agachándose frente a ese desprecio por no tener la fortaleza de llevarla a un rincón y decirle todo lo que sentía. No que no me había gustado, sino que me había entrado el pánico, que era como un niño pequeño con una mujer de verdad entre las manos. Mi incapacidad para aprovechar ese momento que había deseado tanto, todas mis torpezas, mi profundo y sincero arrepentimiento. Que me gustaba desde... Bueno, tendría que echar cuentas para ello, pensando en la primera vez que ella me había mirado y yo había respondido. Y sin ser consciente de que, si me gustase, no tendría que pensar en qué año y mes había empezado eso, imaginaba muchísimas maneras de disculparme sabiendo que no me atrevería a hacerlo. Mi valentía sólo llegaba a crear una situación semejante, y confiar en que el amor de Daniela venciese la resistencia de su orgullo herido, quizás utilizando su intuición para intuir esas palabras que no me atrevía a decirle. Era algo cobarde, pero muchísimo más sencillo. Y si no funcionaba, si evitaba cada encuentro conmigo o directamente me abandonaba al crearlo, si se apartaba cuando descendiese hacia su rostro o me apartase a mí, tendría que hacer eso que me horrorizaba. Hablarle, contárselo todo, vaciar una serie de emociones que no sentía, pero que necesitaba estudiar bajo la luz de un segundo encuentro.

Con esos pensamientos, los que me hablaban de mi victoria y un desenlace de lo más satisfactorio —un desenlace que no era más que un inicio de nuevas y deliciosas angustias—, me encontré a Laura sentada en el sofá del salón, con un montón de papeles a ambos lados mientras removía un yogur de vainilla. Hojas de test de examen y otras hojas con sus respuestas apuntadas y corregidas, con cálculos sobre las preguntas bien contestadas y las falladas y las dejadas en blanco. Varios pisos de leyes en dos bloques, las de Deontología y las de Penal. Cogí al azar una de las hojas de examen, mientras le preguntaba qué tal lo llevaba. Sus pelos sueltos y despeinados en una alocada catarata castaña enmarcaban la punta de su menuda nariz un poco enrojecida, porque en algún momento se había enfriado y ahora estaba congestionada.

—La parte común bien, pero hay cosas de Penal que me llevan más tiempo. El Procesal, porque lo otro es bastante fácil. Bueno, después de darlo en la carrera y otra vez en el máster, lo llevo muy bien, pero Procesal siempre

me ha aburrido. Los recursos, sobre todo, son un auténtico rollo.

“Una serie de abogados del Colegio de Abogados de Madrid quieren constituir una agrupación de abogados jóvenes. ¿Qué órgano tiene que ratificar esta asociación?”.

—Bueno, dicen que el año pasado fue más difícil que los anteriores, y se quejaron. La universidad mandó un comunicado también por eso, porque no es una oposición, es un examen después de un máster. Este año igual no se ponen tan exiguos, tú tranquila.

—Lo hicieron más difícil porque el número de aprobados era muy alto. Es posible que por esas mismas quejas lo hagan más difícil todavía, vete tú a saber. Lo que no entiendo es que después de la carrera y el máster tenga que hacer este estúpido examen. He tenido un primer curso de clases y exámenes con un mes de prácticas, y un segundo curso de cuatro meses de prácticas. ¿No es suficiente? ¿Aun encima tengo que hacer un examen? Y espera, que el número de aprobados es demasiado alto. ¿Se supone que nos merecemos suspender, después de todo lo que ya nos han obligado a hacer? Porque no es sólo año y medio ahí metido, y trabajar gratis haciendo las prácticas. También es el dinero, lo que ha costado el máster, y gracias a que es de los más baratos. Mira, son unos sinvergüenzas.

“Paula, abogada en ejercicio, pretende iniciar una acción en nombre de su cliente contra otro abogado por sus actuaciones profesionales durante un procedimiento civil. ¿Puede Paula presentar dicha acción?”

—Ya, es verdad. Pero lo que más me cabrea es lo de las prácticas. Te dan experiencia, claro, pero estás trabajando igual. Estás metiendo ocho horas en un despacho a cambio de experiencia.

—Es la esclavitud de ahora, y está muy bien vista. A la gente le encanta hablar de prácticas, hacer prácticas y ofrecer prácticas. ¿Sabes cuántas demandas de divorcio he hecho este año? ¿Cuántas reclamaciones de gastos de hipoteca? ¿Cuántas reclamaciones de cláusulas suelo? ¿Sabes cuántos escritos de acusación y defensa he escrito? Y correos para los clientes, y buscar jurisprudencia para otras demandas, y llamar a compañías de seguros. Y todo eso lo he hecho gratis. Porque ya he aprendido a hacer la demanda de divorcio o contestación con las dos primeras, de sobra. Pero en total habré escrito unas veinte.

“Marcos y Xavi quieren crear un despacho de abogados colectivo y quieren decidir qué forma societaria adoptarán. Indique la respuesta correcta.”

—¡Ah, y monitorios! —siguió, mientras removía sin parar el yogur, ya ajena a eso. —Un monitorio es una tontería enorme. Pero como hay dos empresarios, uno que coloca cristales en comercios y otro que hace cocinas y chapuzas, tienen un montón de monitorios. Y les he hecho todos los que tenían pendientes. ¿Qué saco yo haciendo tantísimos monitorios? Con dos horas de trabajo al día durante un par de semanas habría sacado la misma experiencia que tengo ahora. Y ellos han sido majísimos, eran encantadores conmigo. Pero la situación sigue siendo la misma.

Al fin se llevó una cucharada a la boca, y puso una cara de decepción.

—¿Qué pasa?

—Que le he echado trozos de chocolate, pero esta vainilla es tan fuerte que no se notan.

Su nariz sonrosada se arrugó en un segundo bocado, mientras daba vueltas a un nuevo pedazo de chocolate para intentar encontrar su sabor completamente enmascarado.

—La próxima vez tengo que probar con chocolate negro. Éste es muy suave.

Su enfado, su irritación por algo que consideraba inmensamente injusto, pareció detenerse por completo ante ese razonamiento, que ahora mismo condensaba todo lo que le interesaba. Con los folios grapados rodeándola, la perspectiva del examen parecía mucho más lejana que esos sabores que ahora invadían su lengua. Y lo frustrante que había sido madrugar e invertir mañanas y tardes en un trabajo donde no le pagaban nada pero se esforzaba como si fueran a hacerlo. En la duda de un posible contrato cuando hubiera terminado de estudiar, se veía obligada a dar lo mejor de sí en algo que sólo beneficiaba a otros. Quizás habría podido tomar la decisión de hacer aquello con tal de tener algo de experiencia que luego poner en su currículum, con tal de intentar hacer algún contacto que le pudiera resultar útil en un futuro. Pero ahora no se trataba de una decisión propia, sino que ya desde una perspectiva oficial, desde la perspectiva de la educación misma, debía regalar todo ese trabajo para poder contar con su título de máster. Prácticas que

nuestra propia educación respaldaba y hacía necesarias durante cinco meses enteros, día tras día, en un horario laboral de ocho horas. Algo que me enfurecía tanto como a ella aunque todavía no hubiera pasado por eso, algo que odiaba y me indignaba muchísimo, pero que ahora mismo volvía a dejar de lado pensando en cómo se sentirían aquellos trocitos de chocolate en el yogur, en si se podía remover la vainilla dejándola tan cremosa como cuando se hacía sin nada que estorbase, sin aquellos pedazos duros importunando el dibujo circular que trazaba la cuchara.

CAPÍTULO VI

Mamá nos hizo una foto antes de salir. Bueno, hizo muchísimas. Separados y juntos, sólo de la cara, hasta la cintura, de cuerpo entero, de lado y en un sitio y en otro, porque la luz naranja del salón estaba afeando las fotos. Y ahora al fin salíamos, a la una menos cuarto, con la exquisita tranquilidad de Laura y mi impaciencia porque no iba a llegar a la Alameda a la hora acordada. Pero al menos no teníamos que preocuparnos por aparcar. Era una tontería sacar hoy el coche, una noche tan llena de gente. Nos avisaríamos como siempre y volveríamos andando a casa.

Hacía el frío típico de Carnaval. De las noches que cortaban con su brisa seca, que hacían tiritar a esos que se negaban a llevar un abrigo, que ponía los labios morados. Claro que los de Laura no se veían, porque estaban pintados de negro. Al igual que su jersey gordo y sus dos capas de camisetas por debajo, o como los dos pares de medias que le envolvían las piernas además de los calcetines que llevaba bajo los botines. Sus botines de siempre, los que llevaba para salir a bailar, porque si no le dolían los pies y se cansaba enseguida.

Toda la oscuridad del atuendo de Laura se compensaba con un tutú que le caía desde la cadera hasta la mitad del muslo, tan plateado como sus dos alas, de un gris lleno de brillantes. De hecho las alas tenían tanta purpurina que se le había empezado a pegar a la espalda, e incluso aparecían puntitos de plata en las mangas o en los hombros. Y coronando su cabeza, robando un poco de espacio a esa frente lisa y despejada, cruzaba una diadema oscura que sostenía dos antenas y dos medias bolas de rejilla, algo que había fabricado de la manera más sencilla con un par de coladores. Mamá le había dicho, como si todavía fuese una niña pequeña, que era la mosca más bonita que había visto en su vida. Y ella, respondiendo a esa felicidad de actuar igualmente como si fuese esa niña, había sonreído como si su disfraz fuese de lo más original y complejo. Sin embargo, mamá no entendía el mío ni sabía de qué iba. Así que diciéndome sencillamente que estaba muy bien, me había fotografiado con esa mosca que la enloquecía. Y yo, con mi chaleco adornado con una cadena dorada de reloj, con mi pelo expresamente rapado por los lados —porque aquí el Carnaval había que vivirlo con todas sus consecuencias—, con mi

boina de cuchillas en el borde —unas tiras de plástico—, me coloqué junto a esa fácil belleza de mi hermana mayor, que había sonreído a la cámara mientras entre dientes soltaba un zumbido mezcla de miles de eses y zetas. Mi excelente disfraz, mi excelente caracterización de gánster inglés, estaba siendo despreciada por una solución tan simple como la de mi hermana, puesto que mi cara, con ese pelo y con esa gorra recortándome la mirada, no podía competir con sus labios negros de insecto ni sus párpados brillantes.

—Esta vez entérate del móvil —dijo Laura, como decía siempre. Pero sus palabras se perdieron un poco al cruzarnos con un grupo de personas que llevaban esos espantosos trajes de animales que vendían en los chinos, cuyas colas estaban a la altura de las rodillas. Unos disfraces (por llamarlos así) horribles, que estaban empañando las eufóricas calles de la ciudad durante los últimos años. —Qué asco —bostezó mi hermana, cuando ya era la una y todavía no habíamos llegado a la Alameda. Pero una vez allí, y saludando de lejos a mis amigos, que estaban un poco apartados de la entrada, tuve que esperar otros diez minutos a que apareciese una de las amigas de Laura. Otra mosca con las mismas alas y los mismos labios negros.

Me fui hacia mis compañeros, y antes de que pudiese saludar al menos con un gesto general a todos, Luis cortó mis pasos plantándose justo delante de mí.

—¡Hoy nos vamos a emborrachar por orden de los Peaky Blinders!

Qué raro estaba, con el pelo rapado igual que el mío. Y buscando con la mirada a Julián, que era el tercero de los hermanos Shelby —aunque no hubiésemos distribuido papeles—, me lo encontré aguantando una conversación que, casi puedo asegurar, iba sobre vikingos. Porque Jaime se había acercado a saludar y había engullido a nuestro amigo sin que éste se diera cuenta, en un momento de debilidad mientras miraba a los lados un poco despistado, dándose directamente con los ojos claros de Jaime. A su lado había una chica bajita y callada, me parece que su novia. Y los dos iban vestidos de algo así como guerreros medievales, con capas marrones, no sé, quizás de un videojuego o una serie que no conocía.

—Sí, le ha tocado a él —me dijo Luis riéndose, siguiendo el trayecto de mi mirada.

Fui a ver a los demás. Elvira, vestida de troglodita, sentada en el

suelo, dejaba que un cigarrillo se fuese apagando en sus dedos. Entre otras dos chicas de clase y una más que no conocía, estaba Daniela. Llevaba sus rizos negros recogidos en un moño rodeado de flores, y se había pintado un entrecejo. Pero el resto de ese maquillaje que le tapaba por completo la cara y apenas dejaba adivinar sus rasgos no respondían a una Frida Khalo cualquiera. Era la Frida muerta del más allá que salía en Coco. Sus dos ojos incrustados en un gran círculo blanco rodeado de un halo negro y pinceladas rosas y amarillas, un dibujo de flores en el centro de su frente, la forma de la calavera delimitada por una espesa pintura negra. Sus labios, muy rojos, que respetaban aquella forma de esa boca sólo suya, un poco corta pero gruesa, como dos pétalos carnosos esperando a abrirse. Esa boca que yo ya conocía, pero que recuperaría dentro de poco, aunque su larga ceja y sus formas de preciosa difunta no invitasen en absoluto a conquistarla. Tan bonita como era siempre, su aspecto ahora resultaba más misterioso que atractivo. Y su nariz, afilada y delgada, realmente parecía ahora no encontrarse por el hueco negro que en ella había dibujado. Qué extraña estaba, bebiendo esa fiesta para sumergirse en una película que le había encantado, que me había sugerido ir a ver juntos hace tan poco —¿por qué no dejó de seguirme ahí, cuando le puse una excusa para verla y luego me vi obligado a acompañar a Laura?—, viviendo todo ese ambiente de metamorfosis a pesar de que significara volverse realmente fea. Porque sí, estaba fea, y no me imaginaba besando esa fingida calavera de su rostro redondo y lleno de mejillas. Pero lo haría, porque en esa fealdad con la que se había adornado estaba la esencia misma de Daniela, de su cara feliz que no seducía y sólo disfrutaba, como si alzase una copa en un brindis para sí misma y para nadie más. Me encantaba su disfraz, me encantaba su acento un poco colombiano en esa mujer mexicana, su nariz diluida en los huesos que se había esmerado dibujando. La imaginaba con esa cara de concentración que ponía mientras estudiaba en la biblioteca, pasándose pinturas por la cara y un fino lápiz para hacerse todos los dibujos que llevaba, tan comprometida con su fin estético y leal como las sinceras lágrimas que Laura había vertido en el cine cuando la película terminaba. Y por ello estaba guapa en su fealdad, en esa cara real que yo sólo podía intuir bajo toda la ficción con la que se había cubierto, con esas manos también hechas de huesos que ahora se llevaba un segundo al pelo, con esos ojos sepultados en los que yo había colocado toda la sensualidad imaginable una noche muy lejos de aquí. Los ojos que se movían para mirarme mientras

saludaba, en un momento de descontrol, en un momento en el que, con la guardia baja de su diversión, se había olvidado de que debía odiarme. De que se había jurado repeler mi presencia y no contestar a ninguna de mis palabras, en una fiel promesa a su corazón roto y a ese orgullo que había hundido. Porque según me regaló esos dos iris negros para que los míos pudieran saborearlos un instante, los apartó enseguida y se fue a hablar con otra persona. Pero creo que no me miró fijamente por mirarme a mí, sino por una simple curiosidad de qué llevaba puesto, de si estaba encarnando bien a ese Peaky Blinder del que le había hablado ya antes de nuestro desastre. Como si en ese preciso momento en el que aparecí entre todos ellos se hubiese olvidado de lo demás. Como si creyera que aun podía amarme y que me merecía ese amor, como si pensase que nada de eso había sucedido y que todavía era su amigo. Por eso posó en mí sus ojos y recorrió mis ropas y la cadena del reloj, por eso se fijó en si brillaban bajo mi gorra las cuchillas. Entonces una sonrisa dotó de una luz especial esas facciones muertas, ese cráneo que se esponjaba en la aparición de sus dos mofletes redondeados. Me sonrió al igual que lo habría hecho de no haber pasado nada, de seguir coqueteando en el silencio de una amistad que no tenía nada sincero. Y yo sonreí también, pensando por un momento que me había perdonado. Que la magia del Carnaval no sólo transformaba las calles, la apacible vida de mi hermosa ciudad, sino también el espantoso ánimo que mis estúpidos actos habían colocado sobre ese cuerpo que quería volver a tener.

Pero sólo fue un error, una equivocación. Como haberme besado aquella noche, seguramente, y el narcótico de aquella magnífica fiesta la había confundido sólo dos segundos. Su sonrisa, según se dio cuenta de que le había deformado la cara, como si quisiera mantener la integridad de su nueva apariencia ósea, desapareció al instante. Y muy seria y acalorada por haberme sonreído, por haberme dado algo que yo no merecía y que en verdad no quería darme, había acudido al primer amigo con el que se había cruzado. “Ahí la tienes”, me susurró Luis, sin ser consciente de todo lo que acababa de pasar, sin saber que los dos cambios seguidos de Daniela me habían llenado de esperanzas para asegurarme, a continuación, que iba a ser una aventura muy complicada y llena de obstáculos. En sus palabras, que sólo me remarcaban algo que yo había descubierto como el objetivo de mi noche, que me daban una palmada en la espalda para que recordase que, pasase lo que pasase,

siempre podría contar con su complicidad de amigo, no había tampoco pregunta alguna. No intentaba averiguar cuáles eran mis intenciones. Sólo me tendían el apoyo de su mano, el guiño gracioso de un secreto que no compartíamos, respetando lo que fuese que yo quisiera, seguramente sin pararse siquiera a imaginar qué podría ser. Y su mirada castaña me resultó un poco triste, porque no sabía nada de todas las amarguras que me había dicho una y otra vez, de toda la estupidez que me había hecho rechazarla pensando que no podría soportar un segundo beso suyo, cuando era lo que más deseaba ahora.

Daniela se dio la vuelta, abandonándome en medio de unas personas que para mí, turbado aun por su fugitiva sonrisa, se desdibujaban y no me importaban demasiado. El sencillo “Ahí la tienes” de Luis y el inmediato “¿Quién? ¿Quién tiene?” de Julián, atolondrado y a la vez enfadado y agradecido por haberse librado justo ahora del vikingo, resultaron dos golpes que tuve que sostener por la promesa de un desenlace mejor. Porque ahora, aunque pudiéramos apartarnos un poco y hablar detenidamente, no estaba preparado para hacerlo. Tenía que ser más tarde, entre música y mucho ruido, para que la ocasión se formase tan sencillamente como la última vez. Para inclinarme sobre ella con una naturalidad de una atracción que los dos conocíamos, superponiendo mi buena intención a todo el dolor que le había causado, diciéndome —necesitaba decirlo— que cedería a ese perdón silencioso y aceptaría lo que quisiera darle. Ese razonamiento que aunaba lugar con situación y con sentimientos que conocía, me pareció suficientemente bueno como para calmarme y poder encontrar algo de buen humor al que agarrarme mientras la noche no llegase a ese punto concreto. Por eso me reí una y otra vez mientras íbamos a la Plaza Mayor, donde había una orquesta muy cutre tocando canciones cuyas voces desafinadas no hacían ninguna justicia a las originales. Y me reí más cuando, en una de las entradas de la plaza, nos cruzamos con un tenderete de madera con ruedas donde unas señoras iban disfrazadas de pulperas. Con los mandiles y con tijeras en la mano, no enseñaron sus ollas metálicas llenas de gusanos de golosina.

—¿Queréis pulpo? —y empezaron a repartir entre nuestras manos y las de todos los que pasaban, mientras se lamentaban —es de Mauritania, pero qué se le va a hacer.

Nos internamos por las calles llenas de charangas. Y siguiendo la

música, que a ratos tocaban canciones de Carnaval y a ratos versionaban reggaetón, esquivamos Alicias y sombrereros, chicas calvas que iban de Once y otras que la imitaban con una peluca rubia, unos señores y su clásico traje de mariachis, cientos de cabezas de colores cuyos disfraces ni siquiera me daba tiempo a ver. Y tras llevarme un golpe con el paraguas de una Mary Poppins, Julián, Luis y yo nos hicimos una foto con otros cuatro Peaky Blinders. “¡Vamos a la carpa!”, dijo Julián, mientras cortábamos el flujo de seguidores de una nueva charanga.

Avanzábamos muy despacio, perdiendo a personas de nuestro grupo, anexionando otros conocidos y reencontrándonos luego, de modo que sólo éramos cinco los que permanecíamos de una manera estable juntos. Por desgracia, Daniela no estaba entre ellos, y en cuanto torcimos una calle la perdí de vista. Mirando hacia atrás, sólo vi una esquina repleta de disfraces en los que ninguno de ellos llevaba un moño con flores. Su bonita cara de muerta se había perdido entre la gente, no podría decir exactamente cuándo. Sólo sé que, angustiado por el paso del tiempo —eran las tres y media de la mañana—, queriendo encontrar de alguna manera el momento perfecto y queriendo hacerlo ya cuanto antes, había querido asegurarme de que nos seguía para toparme directamente con su ausencia.

—¿Y Daniela? —pregunté a Elvira, que venía justo detrás y antes la había visto a su lado.

—Se puso a hablar con una chica y dijo que se iba un rato con ella.

Entonces no se había perdido, no se había quedado atrás, y yo no podía parar nuestra marcha para volver y rescatarla de las fauces de esas charangas. Se había ido porque quería, se había ido para estar con otra gente. ¿Tan insoportable le resultaba estar cerca de mí? ¿O era que ya me había vuelto tan indiferente para ella que le daba exactamente igual ir de un grupo a otro? Sí, había visto su seriedad en la Alameda, cómo me advertía que no tendría nada fácil recuperarla. Pero de ahí a que se fuese sin más, a que se perdiera por otras calles abarrotadas con la posibilidad de no volver a verme en toda la noche, era algo que no me esperaba. ¿Por qué hacía eso? Y esa pregunta, que tenía varias respuestas y todas ellas escapándose a mi capacidad de deducción, no ayudaba a tranquilizar esa zozobra que iba creciendo, aquella que me había arrojado la hora todavía temprana de las tres y media como si ya

fuese el final de la noche. Porque había que encontrar el momento, había que reunir fuerzas y hacerlo. Y todo ello sin que Laura llamase de repente terminando nuestra salida, sin que se muriese nadie o se encontrase mal y tuviera que volver a casa, en fin, todas las posibilidades que cabían para arrancarme de aquel ambiente que yo creía tan positivo para mi fin.

Ella no esperaba en absoluto arreglar las cosas. Se iba, sin más, no me miraba ni una última vez ni me avisaba de dónde iba a estar. Era bastante mezquino, sí, era algo de lo más mezquino. Y me convencí de ello para intentar que no me doliera, para echarle la culpa de que, tras ese Carnaval, siguiéramos sin hablarnos, sin tener ya ninguna conversación, sin dirigirnos nada explícito el uno al otro.

Avanzando lentamente hacia la Plaza del Corregidor, donde siempre ponían una carpa con un DJ, vi a esa Paula que había protagonizado muchos de mis pensamientos adolescentes. Iba de animadora, vamos, de cualquier cosa que le permitiera enseñar piernas y brazos y escote. Me vio y estuvo a punto de saludarme, pero yo me giré de repente hacia Luis, como si se me hubiera ocurrido algo muy urgente que debía decirle justo en ese momento.

No sé por qué no quería saludar a Paula, por qué quería seguir viviendo como si no existiera, como si no la hubiera vuelto a ver desde ese desgastado año de primero de bachillerato, donde se convirtió en una novia intermitente, en nada, en realidad. Pero lo cierto fue que, nada más verla, una chispa me hizo apartar los ojos como si me quemase. Y sin encontrar motivos que me obligasen a hacer eso, viejos rencores o un recuerdo vergonzoso que quisiera olvidar, no pude saber por qué había actuado así.

—¿Ésa que acaba de pasar era Paula? —preguntó Luis, que la conocía perfectamente, por esos tiempos en los que Raquel le preguntaba si era mi novia y si podíamos quedar los cuatro juntos. Igual la muy imbécil quería representar alguna escena de amistad y amor que había visto en alguna de sus comedias románticas.

—Sí —contesté, un poco avergonzado por no haberla saludado, por haberme pegado a él con cara forzosamente despistada.

—Le queda bien ese traje de animadora putilla.

Sí, le quedaba bien. Desde luego, estaba mucho más provocativa y

sexy que Daniela y su Frida de Coco. Pero yo sólo podía pensar en esta última, y quería encontrarla como fuese, quería perdonarle este último desprecio y poner en marcha, de una vez por todas, el plan que había asegurado resolver esta noche. Porque, ¿qué mejor noche que ésta?

Estuvimos una hora en la carpa, y media hora más esperando a que Luis trajera unas cervezas del local más cercano. Julián llevaba ya un rato inspeccionando las mujeres que nos rodeaban, pero sin conseguir que ninguna le mirase. Y mientras las chicas bailaban sin parar, subiendo y bajando y siguiendo el ritmo exacto de todas esas canciones que ya conocían, nosotros intentábamos seguirles el ritmo sin demasiado éxito. Porque desastrosos en nuestra coordinación tanto para el fútbol como para bailar, nos movíamos torpemente y nos permitíamos hacer el ridículo entre esas personas que gritaban las letras entre vasos y pelucas y cien hombres en tacones. Vi a mi hermana y tantos conocidos que perdí la cuenta. Por un segundo, entre el baile y los saludos y las risas por los disfraces más ingeniosos que pasaban, conseguí olvidar que Daniela me había dejado aquí. Y la olvidé quizás en el mismo momento en el que la vi aparecer con el móvil en la mano, porque le había preguntado a alguna de las chicas dónde estábamos, después de despedirse de ese grupo que me la había arrebatado durante tanto tiempo, una cantidad de minutos que ya había dejado de calcular, con el móvil irremediabilmente perdido en mi pantalón que pretendía ser de principios del siglo pasado. Pero ahí estaba, viniendo inequívocamente hacia nosotros.

—Pensé que no llegaba —dijo, a cualquiera menos a mí. Podía contestar algo, algo un poco estúpido pero que me daría la oportunidad de hacerle notar mi presencia, hacerle notar que estaba allí y que yo no la ignoraba, que quería arreglarlo y que quería que una palabra suya fuese exclusivamente dirigida a mí. Podía decir “La próxima vez no te vayas”, o “Es mejor que no vuelvas a irte”, o ya más comprometido, como “No nos vuelvas a abandonar”. Era una buena idea, pero sin siquiera reunir el aliento para decirlo, empezó una nueva canción y se puso a bailar y a cantar con los demás.

Luis se fue para hablar con un conocido que estaba con otros dos hombres y una chica. Siguiendo sus pasos en silencio, inspeccionando a esas personas y pensando si me sonaban de algo —finalmente no, no me sonaban de nada—, me abstraí de todo lo que hacían los demás. Vi cómo presentaba a Luis a los otros, cómo se apoyaba contra la pared dispuesto a quedarse allí un

rato. Entonces me volví a esos demás, a todas ellas bailando con Julián, que aceptaba ya su infructuosa noche y se arrojaba a una diversión sencilla sin agobiarse ya mirando alrededor. Yo, por mi parte, veía demasiado difícil apartar a Daniela del grupo para encontrarme a solas con ella. En fin, a solas, sin nuestros amigos alrededor. Lo mejor sería atrapar la oportunidad cuando se fuese, pero después de su ausencia de tanto tiempo no parecía ya que tuviese intención de irse a ver a nadie más. Así que sólo me quedaba irrumpir directamente en lo que hacía para sacarla de allí, para atraerla a una intimidad favorable, por muy brusco que fuese e incluso arriesgándome a que me pidiese que la dejase en paz delante de todos. Pero eso, que todos estuvieran allí, era algo que también me daba ventaja. No la imaginaba hablándome mal y apartándome con aquellos ojos junto a nosotros. Y era lo mejor, era mi única opción, sin saber qué íbamos a hacer más tarde ni si tendría otra oportunidad parecida.

Miré una última vez a Luis, no sé por qué. Quizás porque necesitaba su mirada para darme un empujón. Pero de espaldas a mí ahora mismo, hablando con esa chica disfrazada de ciervo de aquel grupo que yo no conocía, no pude captar nada de él que me animase a actuar. En cualquier caso, debía hacerlo. Así que, armándome de valor y utilizando todos los razonamientos que me prometían una victoria, apartando lo que había pasado la última vez e incluso convenciéndome de que no había sido real —porque ahora necesitaba tanto aplomo que tenía que recurrir a eso para encontrarlo y convencerme de que Daniela no me diría que la dejase en paz—, me acerqué a ella y le hablé directamente al oído. “¿Puedes venir un momento?”. No se me ocurrió nada mejor. No se me ocurrió algo para invitarla a bailar sólo conmigo y que la ocasión se formase sola —claro que no era muy romántico pedirle intimidad para una canción del tonto de Bad Bunny—, algo que excluyese la intención de tener una conversación. Pero le pedía que viniese conmigo. ¿Qué podía esperar sino que quisiera hablarle de eso que había ocurrido? Y en los ojos de Daniela, que miraron a nuestros amigos intentando encontrar una excusa y un obstáculo que le impidiese irse, se pintó la rabia porque yo me acercase tanto a ella, porque me atreviese a susurrarle, porque me creyera con poder suficiente como para pedir su compañía. Esperé demasiado para tomar una determinación, y tuve miedo a que, sin montar ninguna escena, me respondiese con un simple “No”. Esa respuesta, susurrada igual que mis palabras y

pronunciada con una cara tranquila, no habría alterado ni lo más mínimo la bonita fiesta que allí se vivía, y nadie tendría que enterarse de la tensión que se acababa de instalar ya definitivamente entre nosotros. Pero algo pudo más que esa solución tan fácil, algo que quizás Daniela creía haber podido matar o, al menos, haber podido resistir en cualquier situación.

Asintió en silencio, y ante la penetrante atención de las otras, nos separamos un poco. No demasiado, porque apenas había espacio en aquella plaza llena de gente, pero lo suficiente como para que algunos brazos nos tapasen a ratos. Así que, mientras Daniela me seguía esperando seguramente a que la sacase de allí, de ese hervidero de purpurina y colores fosforitos, me paré de repente entre toda la gente, pegándome un momento a ella para que pasaran casi diez astronautas que seguían una bandera de los Estados Unidos. ¿Diría algo? ¿Empezaría a bailar cogiéndola, forzando un montón de cosas que no estaban sucediendo? ¿Me lanzaría sin más a su cara con el maquillaje ya un poco estropeado para terminar de emborronarle esos labios todavía rojos? La voz de ese estúpido cantante coartaba mis impulsos. No podía besarla de repente, no podía bailar eso como si fuese algo hermoso. Y el silencio ya estaba alargándose demasiado, y Daniela, que había cedido lo suficiente ya aceptando venir conmigo, no se movía ni decía nada. No estaba dispuesta a otorgarme ni un poco de alivio frente a toda esa situación que debía resolver yo solo. A pesar de que era una situación terrible, algo que no sabía por dónde atacar. Y en mi incapacidad, en mi falta de ideas, me quedé mirándola sin hacer nada más. Entre todo el ruido, entre toda la gente. La miré a sus ojos muertos que se movían sin parar, esos que, al dar con los míos, se quedaron también estáticos en mi pupila. Me perdonó en ese gesto, aunque no lo mereciese. Y me miraba esperando que hiciera lo que ella había hecho la última vez, deseando que me inclinase sobre ella, que recuperase ese ego que había destruido, que alimentase esa farsa que yo mismo me había llegado a creer, sobre que era un niño asustado con una mujer de verdad y que había huido por mi propio miedo. Me parece que justo en ese momento ambos nos lo creímos, y justo antes del beso que ya empezaba a formarse, a sentirse, a saborearse por el recuerdo de aquel otro, como un eco que había quedado suspendido en el aire hasta ahora, fuimos enteramente felices por poder ya rozar algo que tanto deseábamos y que nos unía, por tener la perfecta explicación de una situación análoga que se había malogrado en un instante

mucho más propicio que éste que ahora vivíamos. Y mis ojos, que tenían los de Daniela ya grabados sobre los suyos, se desviaron sólo medio segundo sin que pudiera preguntarme por qué. Ese medio segundo en el que una imagen se coló dentro de mí casi sin verla, porque mi rápida mirada me había ofrecido sólo una perspectiva tan difuminada como pretendía dejar ese pintalabios que tenía a mi lado. La imagen de Luis besándose con esa desconocida disfrazada de ciervo. Luis con las dos manos en su cadera y sus brazos enredados mientras se lanzaban el uno al otro.

Pero era algo que había visto muy rápido. Antes de entender qué era eso, ya tenía delante la cara de Daniela. Entonces tuve que volver a desviarme, tuve que volver a buscar la figura de Luis, eso que había visto como un beso primitivo en el que adoptaban una ridícula postura torcida, como si fuesen cayendo, como si se comieran de una manera que los desestabilizase. Y lo encontré de nuevo, sí, besándose sin duda con la ciervo, besándose sin parar.

No aparté ya los ojos de ellos.

Ahora podría decir al menos las cien veces que me pregunté, de una manera frenética y obsesiva, por qué. Por qué estaba haciendo eso con esa chica, por qué le gustaba esa paliducha enana que se vestía de animal, por qué se ponía a morrearse en una postura tan ridícula, en un lugar tan ridículo, contra las fachadas de las viejas casas de la plaza. Me pregunté de nuevo y otras cien veces qué le pasaba, por qué era tan imbécil como para enrollarse ahora con ésa que acababa de conocer, con una nueva Raquel, alguien a quien ya odiaba tanto como había odiado a Raquel durante todos los años de su relación. Y me representé después cien razones distintas por las que debiera meterme ahí en medio y separarlos y llevarme a Luis, porque podía pasar alguien —quien fuera— que no debía ver eso, porque conocía a esa chica y era una persona horrible que debía evitar a toda costa, porque esa pared estaba llena de telarañas y tendría ya no sé cuántos bichos correteando por sus brazos. Y en ese frenesí de preguntas sin respuesta que hacía a alguien que no podía verme, no sé ni en algún momento me cuestioné por qué no podía parar de mirarlos. Podría escribir eso, imagen tras imagen. Pero me resulta del todo imposible volver a ese momento y separar y rescatar todos los pensamientos que tuve a un tiempo. No sabría encontrar una palabra exacta, no sería posible asegurar que una idea surgió en mi cabeza tal cual la presento. Porque fueron

miles de sensaciones y miles de cosas las que en ese momento se pasaron por mi cabeza como un torbellino que me agotaba, que me llenaba con una única y profunda sensación que obedecía a todas esas preguntas sin respuesta. Y necesitaba tanto que me las respondieran, necesitaba tanto que alguien resolviera aquello, las dudas y lo que me estaba pasando, que me empezó a faltar el aliento. Como si no fuera capaz de hablar, como si ya no pudiera despegarme de esa escena y hacer cualquier otra cosa libre de todas las cargas que había dejado sobre mí. La carga de lo que preguntaba al aire sin que me contestase, a la blanca lona que nos cubría, a esas despreocupadas cabezas que bailaban y gritaban alrededor sin darse cuenta. Sentí que el estómago se me vaciaba y cerraba a un tiempo, en un pinchazo entre el dolor y la náusea.

Dejé de mirarlos, porque si bien desde el principio esa visión me resultaba inaguantable, el tiempo que había derrochado en ella dejando que me torturase había llegado a un límite que ya superaba mis fuerzas. Y volviéndome, girando mi cabeza sólo un poco, me topé con la cara de Daniela, que tras seguir seguramente la estela de mis ojos, se había vuelto a clavar en la mía. De una manera bastante torpe, que me aturdí, recordé lo que acababa de pasar. Que estábamos mirándonos y a punto de besarnos, que habíamos hecho las paces tácitamente para llegar a hacer algo mucho más importante. Pero todo eso, que parecía tan real y que me absorbía tanto hacía unos segundos, se me había olvidado por completo ahora. La recordaba por obligarme a dejar de mirar a Luis, la recordaba como algo secundario, algo que estaba ahí pero desaparecía por otras cosas que, sin haber podido preverlo, reclamaban mi entera atención. Y ahora lo veía de nuevo, ese impulso que había tenido ya de rozar su boca roja, de darle lo que tenía para ella y que deseaba regalarle. Que, aun a pesar de su pintura, de su disfraz que no la embellecía ni un poco, había pensado en amarla con cada una de mis emociones. Pero ahora, recordando todo, ya no me parecía real. Se presentaba a mí bajo un cristal distinto, un prisma que desdibujaba aquello y me lo ofrecía como una burla, como una sátira de un amor de verdad que no existía entre nosotros. Había perdido el momento exacto por ver a Luis una vez más, y sólo esa visión había borrado mis intenciones. Y mi deber con ella, con esa Daniela dulce y encantadora, era preguntarme qué hacer esta vez para excusarme, para que no sintiera más daño. Sin embargo, ese deber no resonaba en ningún rincón de mi cuerpo. Mientras recordaba vagamente que iba a

besarla, sólo podía repetirme una y otra vez que Luis estaba allí, que estaba besando a esa chica. No podía pensar en nada más, no veía nada más. En el éxtasis de un dolor ciego, de una tortura que yo mismo volvía más sangrienta y clavaba más en mi interior, miré de reojo hacia el sitio que ya estaba marcado en toda mi piel, y vi un nuevo beso que estallaba, loco y apasionado, justo en ese momento.

De nuevo, la cara de Daniela. Puedo recordar una ligera congestión en la parte superior de mi nariz, en los párpados, que me presionaba el rostro y me ahogaba. Porque los ojos se me habían encharcado un poco, sin darme cuenta, quizás ahora o quizás ya antes, desde el principio. ¿Qué eran esos dos ojos llorosos, que se bañaban en lágrimas pero las retenían sólo para volver más lejano y desfigurado ese momento feliz que acababa de tener y que ya no entendía? ¿Qué era todo eso que se estremecía y vibraba y se estiraba hasta deshacerse, qué era lo que me asfixiaba y aun no podía llamar dolor, porque no sabía siquiera que era dolor lo que estaba experimentando ahora mismo?

No sabía lo que me pasaba. No sabía controlar esos sentimientos que explotaban una y otra vez dentro de mí. No sabía por qué me afectaba tanto ver a Luis haciendo eso, por qué borraba todo lo demás.

Ya he dicho que Daniela era una mujer inteligente. Seguro que mucho más inteligente que yo, a todos los niveles, incluyendo también el emocional. Y entendiendo lo que ocurría antes que yo, habló ella mientras yo seguía en un profundo silencio que, no obstante, no paraba de gritar.

—Lo siento —dijo, con su voz tan delicada, con sus palabras coloreadas por ese acento que ya sentía tan familiar.

¿Qué sentía? Creo que lo entendí sólo de una manera muy vaga. Como en un pequeño espacio que sí lo comprendía todo, una pequeña luz en una parte remota de mi cerebro de la cual el resto estaba desconectado. Por eso acepté esa disculpa como algo que era hermoso, que debía apoyarme, que dejaba a un lado eso que acababa de pasar para olvidarlo por siempre, sin ningún rencor ni nada que reprocharme. Pero era una sensación que estaba muy por debajo de todas las demás. Y no pude apreciar, en ese momento, lo bello que fue aquel “Lo siento” de Daniela. No pude apreciar que de todas las intimidades que había querido vivir con ella, ésa era y sería siempre la más real y valiosa.

CAPÍTULO VII

Esa noche de Carnaval fue, en definitiva, espantosa. Aun con el cuerpo maltrecho por todo lo que estaba experimentando sin comprenderlo, por una descarga de sensaciones que con nombres muy concretos yo desconocía o jamás había pensado sobre mí, sobre esa persona, sobre una vida entera que llevábamos juntos, Daniela se quedó callada a mi lado respetando un tormento que había descifrado sin dificultad alguna. Aun condicionada por un amor que había estado a punto de cumplirse, a punto de colmar eso lo que había querido durante tanto tiempo, tuvo la habilidad suficiente como para dejarlo caer en servicio de una compasión que vivía con total sinceridad. Dejaba a un lado su pasión, todo lo que sentía y todo lo que podía curar sus heridas, por las claras reacciones que yo había mostrado a una imagen que ella también había visto. Algo que caía en sus ojos sin mover ni una sola emoción, pero que destrozaba las mías.

No sé hasta qué punto darse cuenta de algo así, presenciarlo tan de cerca —siendo, aunque no lo supiera, la única que conocía de momento ese secreto, excluyéndome también a mí—, podía aliviar ese amor que me ofrecía y borrarlo definitivamente. No sé si aquello le daba la oportunidad de sentirse desgraciada y dolida, o si por cambiar lo que hasta entonces opinaba de mí le permitía superarlo sin más. No lo sé, y no se lo he preguntado todavía. Quizás porque, eliminando la atracción que jugábamos a tener, eliminando los flirteos continuos, no quedaba entre nosotros una amistad tan fuerte como para llegar a ese grado de franqueza. Quizás porque yo nunca sería lo bastante fuerte como para exponer ese momento tan intenso a una nueva conversación. Coger aquello y ofrecerlo como un simple recuerdo para saber qué sintió ella entonces, o qué sintió justo después.

Daniela me dijo que lo sentía. Sentía mi tristeza, mi dolor, sentía ver que estaba pasando por eso y que, al parecer, era algo que no podía arreglar. Que no podía complacer mis sentimientos, quizás como ella no podía complacer ya los suyos. Y frente a nuestros dos corazones rotos, el mío roto sucesivamente desde hacía ya mucho tiempo —empezaba a saberlo, empezaba a darme cuenta de qué era eso—, Luis seguía besando a esa mujer cuya cara pintada de ciervo recordaré siempre. Ajeno al intenso el dolor que había ocasionado, se divertía

como Julián lo hacía bailando con las chicas, cada uno en su burbuja totalmente separada de la mía, a la que curiosamente, por una casualidad estúpida surgida de un primer beso que ella misma había decidido darme entonces, sólo podía asomarse Daniela y vivirla a mi lado con tanta sorpresa como yo. Pero su sorpresa se relajaba por la bondad que le inspiraban mis ojos enrojeciéndose y mi expresión destartalada. La mía ni siquiera podía salir y dejarme ver que era precisamente sorpresa una de las cosas que se agolpaban en mi garganta, porque otras tantas eran demasiado fuertes como para dejarme oír las demás. Mis oídos, sí, agotados por ese reggaetón lejano que en realidad era un bruto estruendo por toda la carpa, ése que había intentado aprovechar una y otra vez para empezar a bailar cerca de Daniela. Fue su voz ahora lo que volvió a sonar, con mucha más nitidez que lo demás. Y sentí, mientras hablaba, su mano colocada en mi brazo, cogiéndolo con infinita delicadeza, como queriendo asegurarse de que me agarraba pero con miedo a que me desmoronase por un contacto demasiado fuerte. Una mano que ya no me tocaba como me había podido tocar otras veces. Donde había un desinteresado intento por ayudarme en una crudeza que ya era una masa continua e informe. Donde ya no quedaba nada de amor, de roce extasiado por una atracción que no paraba, nada del afecto que antes quería darme sin límite. Cuántos límites había ahora, con mi mirada encharcada, con esa nítida mano de metal que me apretaba el estómago.

—¿Quieres que nos vayamos? —me dijo, con ese maquillaje de calavera que la volvía tan humana, con esas flores cuyo fuerte color rosa se me metía en la cabeza como un zumbido.

Entonces recordé esa gorra que llevaba por la cabeza, todo el pelo que me había rapado esa misma mañana. Mi estúpido chaleco, mi abrigo por encima, los pantalones y los zapatos. Qué ridículo me sentía, con todo eso sobre el cuerpo. Qué tonto, así disfrazado, con esas piezas que me habían hecho sentir tan feliz y satisfecho al ponérmelas, con todas esas veces que habíamos repetido “¡Por orden de los Peaky Blinders!” a lo largo de la noche, cuando mi único problema era algo que ya no me importaba. Sí, mi disfraz, que había escogido con Luis, que los dos habíamos dicho a un tiempo cuando pensábamos qué ponernos este año. ¿Cómo había podido sonreír tanto al vestirme hoy, y sentirme tan roto ahora? ¿Cómo podía haber dado tanta importancia a que mi chaleco estuviese bien planchado, si ahora me sentía

estúpido por sólo llevarlo? Y toda esa gente disfrazada, viviendo felices la noche, me parecieron un montón de burlas de mí mismo. Posibles yo que no habían sufrido nada, otros yo de otros años en otras noches de Carnaval, ese yo que no había caído en algo tan vulgar como enamorarse de su mejor amigo de toda la vida.

—¿Quieres? —volvió a decir Daniela, zarandeando ahora un poco mi brazo, porque su angustia por hacerme sentir un poco mejor alejándome de ese lugar estaba empezando a impacientarla.

No sabía si quería irme o quedarme allí. El lugar, la verdad, no era algo tan trascendental como ella pensaba. Deseando hacer algo que rebajase esa cara de dolor, creía que arrancarme de allí era lo mejor que podía ofrecerme. Pero, ¿adónde iríamos? Todo estaba lleno de gente. Todo estaba lleno de confetis y máscaras, todas las calles se reían a carcajadas sin que yo pudiera participar de su fiesta. Me sentía un extraño allí plantado, como un extranjero al que visten de una forma que no comprende y, arrojado en medio de un ruido del que no puede participar de ninguna manera, por no saber ni qué hacer ni qué decir ni cómo moverse, entre miles y cientos de personas ya experimentadas en esa locura animal, no puede hacer otra cosa que sentirse inmensamente triste.

La pregunta de Daniela seguía flotando entre nosotros dos, y con los ojos ya un poco más limpios, porque esa tristeza nerviosa se calmó ligeramente para alojarse de manera definitiva y a modo de eterna sensación dentro de mí, la miré en silencio sin saber qué contestarle. No teníamos un lugar mejor que ése, daba igual que aquellos besos de Luis estuvieran más cerca o más lejos. Y tampoco quería un sitio tranquilo con ella. No quería un rincón tranquilo para que me diese un abrazo donde, llena de amables intenciones, me hiciese sentir con mayor nitidez aún lo triste que acababa de volverse mi situación. No quería su abrazo, no quería su mano en mi cuerpo, porque no estaba listo para darme cuenta, de una vez por todas y ya con todos sus nombres, de algo a lo que sólo me estaba acercando un poco y lentamente, de lo que en verdad estaba sintiendo. No estaba listo para hablar, ni con ella ni con nadie. No estaba listo para decirlo en voz alta, quizás ni siquiera para decírmelo a mí mismo. Porque a lo largo de esa noche, a lo largo de las horas que se sucedieron a ese momento, tuve un montón de contradicciones que necesitaba para tomar aire de cuando en cuando. Me dije que había sido otra muestra de

mi frustración personal, aquélla ya tan conocida; que era sólo una envidia sorda, porque ya teniendo Luis sus experiencias pasadas volvía a buscar otras nuevas; que era la manía de un carácter repentinamente demasiado sensible, y había explotado por cualquier cosa; que habiéndolo visto sufrir por Raquel, me daba pena ver que no pretendía seguir con su total abandono del sexo femenino. En fin, excusas y mentiras que me calmaban durante un minuto, y que luego se chocaban con la realidad, con lo ilógicas que eran. Pero habiéndomelas susurrado, habiéndomelas creído nada más pensarlas aunque sólo fuese por un pequeño intervalo de tiempo, mi cerebro rápidamente se ponía a trabajar en la siguiente. Porque necesitaba eso, necesitaba esa tranquilidad. Además quería evitar a toda costa la fuerte impresión que suponían mis nuevos descubrimientos, ésa que de haberla encarado entonces me habría vuelto loco. Y fue durante esa noche y durante otras tantas en las que le llevaba la contraria a mis verdaderos sentimientos, donde decía otras cosas y las llenaba de detalles a fin de que se volvieran imbatibles para mí mismo, por supuesto ya para cualquier otro que se pudiera acercar a mi secreto. Creo que si utilicé tanto esas excusas, no era esta vez por cobardía. Que quizás, a diferencia de lo que había pensado siempre, no era yo tan cobarde como decía, sino que me empeñaba en actuar en contra de lo que yo era, de lo que yo quería, como ese empeño por amar a Daniela cuando todas mis emociones estaban ya ocupadas sin saberlo. ¿Cómo iba a salir bien algo con ella, si no había en mí ni un hueco libre que dedicar a su cariño? Era un auténtico despropósito. Y todas esas veces que me inventé explicaciones absurdas para relajar mis nervios, lo hacía porque de verdad lo necesitaba. Porque haber reconocido con perfecta claridad lo que de verdad estaba pasando sólo me habría destrozado. Destrozar mi salud, mi estabilidad, ese pobre equilibrio que ahora me permitía mantenerme de pie, incluso poder fingir una sonrisa, como la alegría que me había colocado sobre el rostro en el camino de vuelta con mi hermana.

Necesitaba esas mentiras. Las necesitaba para que mi corazón no siguiera ahogándose y retumbando en mis sienes, un latido tras otro, una y otra vez, rompiendo con las promesas que me había hecho para una noche que ya sentía como una de las más felices. La noche en la que iba a empezar seriamente con Daniela, en la que esa chica bonita, lista y encantadora iba a convertirse en mi novia. Había pensado ya en llegar a clases con mi brazo sobre sus hombros, en

besarla por la calle, en sus cabellos desordenados después de acostarnos una y mil veces. ¿Qué había pasado con todo eso? ¿Qué había sido del cosquilleo que me producía pensar en ella, como el cosquilleo de un niño pequeño que va a coger de la mano a otra niña? Se había ido a cambio de una tormenta, se había ido dejándola allí, a mi lado, sujetándome y preguntándome si quería irme. ¿Quería irme? No podía contestar nada.

No sé cuántas ocasiones más volví a mirar hacia Luis para dejar que una pena que no entendía aún me invadiera de nuevo. No sé cuántas ocasiones pensé en motivos para intervenir entre ellos e incluso mandar a Daniela para que lo hiciese. ¿No veía que sufría? ¿No paraba de intentar ayudarme? Ésa era la ayuda que necesitaba. Y en ese momento, allí mismo, empecé a odiarla un poco. Porque lo sabía todo de mí y yo no estaba preparado para saberlo. Porque me conocía ya mejor de lo que yo lo hacía, y sus rojos labios podían moverse con total tranquilidad para decir, sólo manchados de un poco de compasión, “Está enamorado de Luis”. ¿No era absolutamente imperdonable que ella estuviera en condiciones de decir algo tan terrible para mí, y que yo no pudiera siquiera pensarlo? Que yo tuviera que echarle la culpa a mi sensibilidad, a mi envidia, y que ella ya lo hubiese asumido sin que nada incomodase su sueño durante los días siguientes, más allá de quizás la ligera vergüenza por haberme querido. Qué inoportuna era su presencia a mi lado, aunque hubiese sido yo el que la colocaba allí. Qué inoportuno era que me preguntase si quería irme a otro sitio, cuando ir con ella no era solución alguna. No necesitaba a alguien que me dijera que lo sentía. No necesitaba a alguien que compartiese un poco de mi pena porque verdaderamente era triste ver a una persona sufriendo por algo tan inalcanzable. Lo que necesitaba era un amigo que no supiera nada de mí, y que me tratase como si nada hubiera ocurrido. Que me convenciese de que lo último reseñable de aquella noche era haber encontrado a otros cuatro Peaky Blinders. Porque íbamos genial, con nuestros disfraces. Porque estábamos alucinantes. Ese Julián que bailaba con las demás, que había acabado perdiendo su gorra. Pero, ¿me ayudaría eso en algo? No sabía si quería aquello. Volver con el grupo, decirle a Julián que fuésemos a coger unas cervezas, escuchar su conversación alegre y ebria de los fluidos del Carnaval. Tenía mil preguntas, y lo que más me costaba era decidir qué debía hacer justo ahora. Adónde ir, con quién. Saqué el móvil, pero mi hermana no había llamado ni me había mandado ningún mensaje.

—Vamos con los demás —contesté a Daniela, intentando utilizar la voz más neutral posible, intentando fingir que no había pasado nada por lo que cambiar nuestros planes, por lo que huir del revuelo de la carpa y de nuestros amigos y buscar otro sitio en el que estar.

Yo ahora sólo pensaba en Luis, en cómo me dolía haberlo visto. No me daba cuenta de que intentar engañar a Daniela —y por absurdo que parezca, en ese momento estaba tan confuso que incluso creí posible hacerlo— era no sólo borrar las últimas impresiones que de mí había tenido, sino también fingir que no había sucedido nada entre nosotros. A pesar de que la había apartado de los demás, a pesar de que nos habíamos quedado mirándonos tiernamente en silencio cuando otra cosa nos interrumpió ya para siempre. Pero sólo podía pensar en mí, en lo que acababa de ocurrir. Ni siquiera me daba cuenta de que mi ficción no se sostenía de ninguna forma. Y me puse a reír mirando para un disfraz que ya no recuerdo, como si de verdad tuviera ganas de hacerlo, y aquel pedazo de tiempo que habíamos ocupado en casi comenzar algo entre nosotros se borraba en mi memoria como si nunca hubiese tenido lugar.

Daniela miró un momento al suelo con expresión triste. Viéndome ocultar lo que había dentro de mí, le parecía de verdad triste la solución que escogía. Pero tenía que respetarme, sobre todo ahora cuando ya no conocíamos la naturaleza de nuestra relación, donde una incógnita que para mí se volvió un poco incómoda nos empezaba a distanciar un poco. Claro que estos acontecimientos podían habernos unido más de lo que podíamos imaginar, muchísimo más. Sin embargo, yo no estaba preparado para eso. Por ello volvimos al grupo, nos unimos a los demás y, de una forma seguramente tan dolorosa como la que Daniela había experimentado la noche de nuestro desastre, intenté cumplir lo mejor posible con un papel que me desgarraba. No tenía, por supuesto, ganas de bailar. No podía responder a la felicidad de los demás sino con algo que era mentira. Aunque lo peor de todo eso no era tener que fingir, no era esforzarme. Era sentir que, a mi espalda, unos metros detrás, Luis seguía dándole a esa cervatillo lo que yo quería desde hacía tanto. Y me daba tanta vergüenza reconocerlo que no lo hice sino hasta semanas después, cuando mi hermana y mis padres se levantaron a las seis y media de la mañana y yo me quedé en la cama escuchando cómo se movían de un lado a otro.

No sabría decir cuánto tiempo más pasamos allí, bajo la carpa, bailando y sintiendo la incómoda mirada de Daniela, que venía hasta mí y me preguntaba,

en silencio, cómo me sentía. Esos dos ojos que ahora me molestaban, porque lo último que quería era seguir pensando en esa herida, por muy abierta que estuviera. Tampoco podría decir cuánto tiempo nos llevó después salir de allí, coger unas cervezas y conseguir, con la gloriosa suerte que acababa de apartar a unos cuantos SuperMario, una mesa en la que sentarnos con vista a la multitud que seguía saltando al ritmo del DJ. Me ofrecí a ir dentro a por las cervezas con Julián. Pasar unos cuantos minutos avanzando muy despacio entre empujones y voces, sin poder mantener ninguna conversación ni tener encima posibles miradas que deshicieran la máscara que me había diseñado, era lo que más podía reconfortarme ahora. Y una vez fuera, ya con las manos cargadas y dispuestos en nuestra mesa, miré distraídamente hacia lo que tenía enfrente, de modo que una insana obsesión me colocó justo en el centro de todo la figura de Luis. Cogiendo a la desconocida por la cintura, hablando con esos otros y aquel amigo que se la había presentado, sonreía y se divertía sin preocuparse de dónde estaba yo, dónde estábamos todos nosotros. Era algo desleal, no ya por lo que yo pudiera estar o no sintiendo, se trataba de algo desleal porque había venido con nosotros, porque llevábamos el mismo disfraz, y por no apartarse de ese otro grupo que le había ofrecido a esa guarra medio borracha decidía desentenderse de qué estábamos haciendo. Justo entonces, bajo mi fija mirada que ya no podía apartarse, que igual esperaba un nuevo beso para recuperar el terrible impulso de alejarse, vi cómo Luis sacaba el móvil y escribía algo que vibró al momento en mi bolsillo. “¿Dónde estáis?”, preguntaba. Y yo lo vi sin entrar en su conversación, sin darle la satisfacción de verme al momento en línea, dispuesto siempre a sus caprichos, pendiente de cada una de sus palabras aunque hubiese desaparecido. Guardé el móvil sin contestarle, y él esperó mi respuesta pacientemente, rodeado de esas personas que yo veía por primera vez en mi vida. Cómodo, ganándose su lugar ahí por la abierta bienvenida de la única mujer que estaba con ellos, participando de la conversación a gritos sin soltar aquel amuleto que le permitía su permanencia en el grupo, esa cosa bajita y de colores marrones cuya boca sabría a cientos de alcoholes mezclados.

En la siguiente hora vi cómo consultaba su móvil una vez más. Pero mi silencio no le dolía demasiado, porque podía haber escrito a otra persona también. Era obvio que estaba a gusto, allí, con esa compañía. Y era obvio que yo no lo estaba, porque Julián me dio entonces una palmada en la espalda

diciéndome “¿Estás en las nubes o qué?”.

A las siete y cuarto me llegó un mensaje de Laura, que quería volver a casa. Nosotros, cansados y con los ojos brillantes de esa locura que no paraba, de todos los colores que habían desfilado ante nuestras miradas y personas de todas las edades transformados bajo el influjo de una noche distinta, nos recogimos a la vez. Elvira llamó a su padre para que viniera a buscarla a la Alameda, e iría dejando a las demás en sus casas. Julián se fue por su lado, y yo tomé otra ruta. Esquivando atravesar la carpa, dando un rodeo para llegar a mi hermana, fui con las chicas un rato y después continué andando solo. Y si me resulta difícil decir qué pensamientos había tenido al ver esa escena de Luis, también me cuesta identificar qué fue todo lo que me dije en ese breve camino. Recuerdo perfectamente la fiesta que se desmontaba ya en una de las escaleras que subían a la catedral, donde desarmaban el escenario y los altavoces. Otras cuantas personas que volvían, una pirata con la falda blanca completamente estropeada y manchada, llevada casi a rastras por otro pirata. Una niña de unos quince años que lloraba en uno de los portales de piedra, apoyando la espalda contra la puerta negra, intentando ser consolada por otros dos. E iban de algo así como exploradoras sexys, como scoutboys pero en mujer, no sé. De todo ese río de los pensamientos que me iban atravesando a medida que esas imágenes se colaban en mis ojos, sólo puedo rescatar impresiones generales. No porque haya olvidado nada de esa noche —no podría hacerlo aunque quisiera—, sino porque cuando las impresiones son tantas, tan intensas y suenan todas a un tiempo, unas con mensajes sinceros y otras cargadas de mentiras, resulta imposible recuperarlas una a una. Por supuesto, eran sobre Luis. Sobre esa manera de morderme el alma cuando besó a aquella mujer. Sobre otras tantas explicaciones y una pequeña chispa que me decía la verdad. Y podría hablar de cada paso que di con mi hermana, que llevaba la diadema con los ojos y las antenas en la mano. Cada paso que nos llevó a casa, cómo me desnudé tirando con cierto asco infantil un disfraz que antes había disfrutado, todas las respiraciones que di antes de dormirme y las que me asaltaron al despertarme. Pero sería una continua redundancia, porque en mi cabeza, más allá de la tensión por disimular frente a Laura, sólo retumbaban una y otra vez las mismas palabras.

Aquello siguió igual durante días. Cuando dije que estaba enfermo sin que fuese cierto, al llegar la tarde del domingo o la noche del lunes de Carnaval.

Cuando subí a la buhardilla para guardar mi disfraz con los de años anteriores, que ya llenaban toda una pared repleta de cajas entre los de mi hermana y los míos. Siguió igual incluso cuando Luis me hablaba por el móvil y yo le respondía como siempre, abriendo a veces su foto para saber si era capaz de suscitarme algo más que esa cara que ya conocía tanto, o si todo había sido una equivocación rara, un momento de nerviosismo que, a saber el motivo, me había traído esas crudas sensaciones. Digo que siguió igual, porque nada se decidió dentro de mí. No podía saber si estaba enamorado de él aunque fuese cierto, y cuando me lo pregunto aun ahora, no sé muy bien qué contestar. Que no estaba preparado para aceptar una realidad que lo cambiaba todo tanto, pero tampoco sé si eso es verdad.

El miércoles, cuando volvían las clases después de ese pequeño respiro, llegué al aula demasiado pronto, unos veinte minutos antes de la hora. Me senté en el sitio de siempre, conecté el portátil y me puse a instalar el navegador, porque el que traían por defecto estaba desactualizado y no me dejaba utilizar Drive para tomar los apuntes. Con la barra de la descarga avanzando a toda velocidad, con ese líquido verde que la iba llenando y atraía mis ojos como si su perfecto trazo pudiera calmar todas mis preguntas, me sentí en parte aliviado por estar ya allí, solo, en completo silencio, con la oscuridad de la calle entrando directamente por las ventanas para encontrarse sólo conmigo. La tenía a la espalda, a un lado, coloreando el suelo inmediato con un tinte oscuro que luchaba contra la frialdad de los focos blancos, dotando las inmediaciones de esas largas mesas de un aliento de invierno, helado y estático. Una estampa quizás un poco misteriosa, un poco tétrica, la de esa ciudad adormecida con las farolas encendidas, lanzando destellos amarillos que podía ver desde aquí, iluminando los jardines del campus y las casas lejanas. Entre la bruma de una niebla densa y negra, el cielo parecía un lienzo salpicado de tonos todos azul marino, sin ningún punto que lo iluminase, sin que se pudiera encontrar siquiera ese manto perlado de la luna deshaciéndose en membranas traslúcidas a través de las nubes que cubrían el edificio. Y entre esa profunda garganta de la noche que pronto empezaría a desvanecerse, ofreciendo un día tibio y amenazante de lluvia, la intensísima luz del aula, de esos ventanales que ya imaginaba como enormes manchas brillantes rasgando los minutos que quedaban de descanso. Y entre esos focos, la tarima y el atril y los asientos, mi sola presencia con el ordenador delante,

que siempre silencioso lanzaba ahora un ligerísimo zumbido que venía de la boca del cargador, algo que percibía ahora por primera vez, porque jamás había estado solo y tan temprano. Tras tres años, veía por primera vez la universidad callada, donde únicamente estaban los conserjes, los secretarios, el chico nuevo con todos sus tatuajes, el personal de la limpieza. Pero más allá de una sensación vacía de soledad, me resultó un auténtico alivio. Porque habiendo pensado mil veces qué sentiría al volver a ver a Luis tras todos los obstáculos que había colocado para no encontrarme con él durante el resto del Carnaval, tenía ahora un rato tranquilo justo antes de eso que imaginaba como una estampida de... No lo sé. Quizás dudas, quizás sentimientos como los de esa noche, quizás una deseada, magnífica y anhelada indiferencia. En cualquier caso, algo, y estos eran los pocos minutos que me separaban de ese momento que no hacía más que acercarse a mí. Y era agradable esto, porque podía estudiar el lugar donde ocurriría una y mil veces antes de que nadie viniera. Podía probar todas las maneras de sentarme en esa silla para averiguar cuál era la mejor, cuando él cruzase la puerta. Tocar sin parar la mesa y las teclas del ordenador, para que la consistencia de éstas, su ubicación y su tacto fuesen ya sensaciones conocidas y que no me importunasen cuando empezase a sentir lo que fuese que sentiría. Hacerme con ese sitio, volverlo mío y que me diera una seguridad que nunca había creído necesitar, familiarizarme más y más con cada uno de sus detalles, a fin de que cuando eso empezase yo me sintiera del todo tranquilo, como si Luis hubiera aparecido en medio de mi casa, como si su persona fuese algo que interrumpía mi ya íntima relación con ese mobiliario, de modo que este mismo me apoyase a mí en todo y no me resultara extraño en ningún instante.

Moví el cable del ordenador más veces de las que recuerdo. Miré a los lados otras tantas, repasé y repasé la situación del encerado y de los percheros. Mi abrigo, allí colgado, mi móvil frente a mi brazo derecho, mudo y con la pantalla oscura. Me sumergí en todo lo que componía esa aula e hice todos los esfuerzos por hacerla mía, porque fuese mi punto de equilibrio, un entorno amigo. Si tenía sentido o no, si era algo que de verdad podía aprovechar y ayudarme fuese en la medida que fuera, no importaba. Me parecía crucial, entonces, conseguir esa comunión con el ambiente que, ya clareándose muy despacio, me acompañaría en ese encuentro del que no sabía qué esperar.

Había pasado los tres días anteriores intentando convencerme de que Luis era

tan solo mi amigo. De que no me producía nada más, y de que era una auténtica estupidez pensar que, a saber cuándo, había empezado a gustarme. No podía situar mi amistad bajo algo que la desfiguraba tanto, que no comprendía aun y que no quería ver. Deseaba que fuese lo de siempre, mi amigo Luis, mi mejor amigo, ése de toda la vida, ya desde el colegio. Alguien que me conocía tan bien como yo a él, y con el cual, por supuesto, no existía nada más. Y había conseguido hacer que me lo creyera. No obstante, recordándomelo otra vez mientras desayunaba, repitiéndomelo como podía murmurar una fórmula para no olvidar nada antes de salir de casa, me había ido poniendo nervioso durante el camino a la facultad. Era un hormigueo desagradable que iba creciendo, que me iba tomando a medida que me acercaba, y que terminó por conquistarme enteramente cuando vi la gran entrada de cristal. Por eso había subido las escaleras casi sin aliento, por eso había mirado histéricamente si había ya alguien en clase y me desplomé sobre el asiento pensando qué demonios haría si, al ver a mi amigo, me asaltaba una emoción tan fuerte como la que se había abierto el sábado por la noche. De ahí mi obsesión porque esos muebles fuesen míos, mis cientos de miradas a cuanto me rodeaba porque al menos pudiera contar, si no ya conmigo mismo ni mi autocontrol, sí con todo lo que me rodeaba y recogía. Esa mesa que sostenía mis cosas, ese contacto de las llaves tintineando en mi bolsillo izquierdo. Y estaba repitiéndome que ese lugar era mío, que me sostenía con la cara más amable, cuando mi corazón se paró un momento al oír unos pasos fuertes, igual demasiado, pasos de hombre que se tragaban el pasillo entero hasta la puerta.

—¡Hoy viniste pronto! Yo siempre soy el primero —dijo Jaime, sorprendido al verme, con sus botas militares martilleando en el suelo hasta ocultar por completo ese nuevo zumbido del ordenador que yo acababa de conocer. Miré la hora, y tan solo había pasado unos seis minutos allí. En esos seis minutos me había dicho tantas cosas que parecían haberse multiplicado. E invadió, con su holgada camiseta negra, con su mochila también negra, un sitio en la primera fila, dos por delante de mí, haciendo que esa aula que yo había vuelto un entorno tan íntimo se destruyera ante sus gestos, que la ocupaban con tanta desenvoltura como si nos perteneciera por igual a ambos. Y aquello de que él siempre era el primero me hirió más todavía, porque era como si me dijese, en mi estado nervioso e inquieto, que no podía pretender tomar ese sitio cuando él llevaba ya años haciéndolo, viniendo siempre antes que los demás y

absorbiendo todas sus formas cuando yo no podía ni imaginarlas tan desnudas.

Esa familiaridad que yo había creado fue cayendo cada vez más, con cada alumno que llegaba. Se sentaban allí y me quitaban un poco del espacio en el que había creído ver algo infinitamente maternal que sólo se pintaba para mí. Pero seguía poseyendo mi pedazo de mesa, mi portátil, el enchufe y mi asiento. Eso seguía siendo mío, seguía manteniéndome y calmándome con su mano de madera barnizada, suave como una caricia muy tersa. Nadie podía quitarme aquello, y cuando entró Luis toqué el canto del escritorio y casi me agarré a él, como si tras tanto prepararme para ese segundo y habiendo imaginado mil situaciones diferentes no estuviese preparado para la verdadera, la que sucedía justo ahora.

Por un instante, en una jugada irónica y macabra de la casualidad, vi a Luis y pensé que no era él para darme cuenta de que sí lo era. Todo ello en una concatenación que ocupaba sólo el impulso de apretar y mantener ese aire que acababa de respirar, bien condensado en mi cuello, en mi pecho que se inflaba. Era por su pelo, ese pelo rapado a lo Peaky Blinder que no le había dado tiempo a crecer y que lo volvía tan extraño a mis ojos, como yo podía estarlo para los demás. Esa visión de su nuevo corte me trajo a la mente una horrible explicación automática, claro, el Carnaval, el disfraz, nuestro disfraz, sus besos con la chica vestida de ciervo. Y el pinchazo de verlo se unió al pinchazo de algo que dolía más mientras me miraba para saludarme, una aguja que se clavaba en mí y me tragué como pude, en un inmenso esfuerzo de todos los mecanismos que me componían, para sonreír y arquear las cejas respondiendo a su lejano saludo. Acercándose, sentándose ya a mi lado, como siempre, conectando su ordenador junto al mío, me habló recordándome la excusa que había utilizado para no tener que verlo hasta ahora.

—¿Qué tal estás? ¿Nada de fiebre?

Le había dicho que tenía fiebre, que empezó el domingo y seguía el lunes e incluso el martes. Pero no me sentí mal, porque había necesitado ese tiempo para prepararme, y de haber tenido más vacaciones, también habría seguido con la farsa de mi enfermedad.

Su voz, que era tan conocida para mí, me sonó como me había sonado siempre. La voz de Luis, su acento de todos los días, la cadencia enérgica de cada palabra. No sentí nada especial en ella, ni esa explosión tan rara la había

cambiado a mis oídos. Qué tranquilidad, responder a su voz como podía responder antes, sin que me resultase distinta en nada de ella. Sin embargo, no podía decir que el resto era igual. A pesar de que no me podía sorprender ninguno de sus rasgos, mis sensaciones al tenerlo cerca ya no eran las mismas. Estaba nervioso por si nuestros brazos se rozaban, bien al teclear algo, bien al colocar de nuevo esos cables, porque el suyo se enredaba con el mío. La presión de medir cada gesto, por si mi rodilla daba con la suya, por si cualquier parte mía confluía accidentalmente con cualquier parte suya. Controlando también mis miradas, porque igual al responderle le dirigía una mirada demasiado larga o demasiado fija, o sin que él me prestase atención notaba el estorbo de dos ojos que iban escrutándolo sin sentido alguno. Era coartar todas las cosas que antes jamás había pensado, los movimientos simples y naturales del cuerpo, de cada uno de mis actos, que unido a ese pinchazo que todavía tenía dentro —no el de la chica, que lo había dejado caer a una remota región de mi rencor que recuperaría en los instantes más débiles, sino el de haberlo visto llegando al fin—, ejercían sobre mí una presión horrible. Una presión continua que no paraba, que me pesaba en los dedos y en los tobillos. Que ataba mis muñecas y mis hombros, mis propios párpados al dirigirse a un lugar cercano a él. Pero nada de eso se debía al amor. Al amor se podía deber quedarme mirándolo sin darme cuenta de que lo estaba haciendo y de que llevaba ya demasiado tiempo. Pero eso, apartarme de él con todos mis miembros y conducir cada uno de ellos con un cuidado exquisito, era fruto del miedo que tenía por sentir algo y que él pudiera descubrirlo. Que obsesionado con no sentir nada y decidiendo que todo se resolvería —que conocería la verdad— esa mañana, me torturaba ahora con encerrar lo que fuese que había —incluso la amistad de siempre— con tal de que él no notase nada distinto. Y distinto estaba siendo todo, y tenía que agradecer la poca capacidad de Luis para darse cuenta de ello.

Atado como lo estaba, era imposible pararme a pensar si ese hombre, por raro que pudiera ser, me gustaba o no. Mirarlo para consultar si esa forma de su cara y su nariz un poco dura me decían algo, si podía atraer mis ojos para deleitarse en él como quizás lo había hecho otras veces sin darme cuenta. Ni siquiera ese agarrotamiento que se me había formado en el estómago al verlo obedecía a nada más que la agitación que me causaba su encuentro. ¿Cómo podía solucionarlo? ¿Cómo podía averiguar qué era para mí, si ya no me

permitía nada?

Todas mis emociones, emborronadas y desordenadas, se volvieron más caóticas cuando apareció Daniela. Se sentó delante de nosotros, como lo hacía siempre, y nos saludó con la misma tranquilidad que los otros días. Sin embargo, sus ojos se fijaron en mí primero y en Luis después, y no sé si lo hizo de una manera decidida, por saciar una curiosidad que ya no podía dañarla, o si fue un gesto inconsciente para ver si los centímetros que nos separaban eran los mismos que en otras ocasiones. Bajo el negro arco de sus pestañas, que me enmarcaban junto a mi amigo para sus ojos expertos, me ruboricé tanto que apoyé mi cabeza sobre la mano, dándole un poco la espalda a Luis para que no pudiera darse cuenta. ¿Me ruborizaba porque conocía unos sentimientos que yo insistía en ignorar, que yo me empeñaba en estudiar para conseguir entenderlos cuando para ella habían sido tan claros? ¿Era porque había asistido a un episodio de sensibilidad descarada que ni siquiera yo comprendía cómo había sucedido? En cualquier caso, esa cara limpia y morena se me volvió un poco antipática, aunque no tuviera ya el aspecto de una calavera pintada. Olvidando que había fantaseado con toda esa tez, con morderla y recorrerla con mis labios, su posición, tan fuerte en tanto a mis intimidades, hizo que empezase a generarme una sólida aversión. Algo que no duraría siempre, que superaría y me permitiría la reconciliación con esas maneras delicadas y extremadamente graciosas que utilizaba ahora conmigo, que había tomado por la libertad de un hombre que ya no excitaba sus sentimientos, por alguien con quien de ningún modo cabía esa posibilidad y que, habiendo vivido algo tan claro justo delante de ella, se volvía una especie de protegido. Nos reconciamos, sí, poco a poco y sin decirnos nada, como siempre, accediendo a sus conversaciones de nuevo y sonriéndole con la franqueza de un espíritu algo dolido que pedía perdón por todos los errores que había arrojado sobre su negra cabellera. Y ella me acogió con una cálida alegría que me recordó al desinteresado amor de mi hermana, que tras maltratarla con mis primos me devolvía su cariño intacto, limpiándose las manchas por sí misma. Pero en ese momento, con esa media sonrisa que nos unía y nos juntaba, tuve la sensación de que no quería volver a verla, y que encontrármela cada día de clases sería un peso mayor que resolver todos mis problemas —por llamarlos de alguna manera con Luis—. Que empezaba a odiar esa boca que me había besado, esa boca que había rechazado.

CAPÍTULO VIII

El tres de marzo me desperté a las seis y media de la mañana, al oír que se levantaban Laura y mis padres. Era sábado, y madrugaban para ir a la Estrada, donde mi hermana tenía el examen. A pesar del sueño, escuché perfectamente todo lo que iban haciendo, cómo caminaban hacia la cocina para desayunar y después se duchaban rápidamente. Al sonido de la puerta de entrada cerrándose tuve la hormigueante sensación de la casa completamente vacía cuando fuera era aún tan de noche, saboreando unas horas que nunca antes había vivido con esta nitidez, con esta absoluta calma de la casa en silencio y completamente vacía para recoger mi cansancio y velarlo. Era como un perfume espeso que se filtraba por debajo de mi puerta y me daba directamente en los ojos cerrados, en el cuerpo cobijado bajo el nórdico, en mis rodillas. No sentía la presencia de Laura al otro lado de la pared, con los pelos revueltos cruzándole la frente y la boca, dando esas calladas vueltas que yo no oía, pero que sabía que ocurrían.

Solo, con el sueño sesgado por esos murmullos que habían llenado la casa durante unos tres cuartos de hora, murmullos nerviosos que a veces se elevaban un poco, las voces inquietas que consultaban una y mil veces la hora y preparaban los mapas del móvil, que revisaban el número de bolígrafos que había, el carné de identidad, de nuevo los bolis y de nuevo el carné. Histéricos, con ojeras sobre las mejillas y mil comprobaciones a los hombros, se fueron dejando el enorme hueco de esa mañana importante que se abandonaba y se trasladaba ahora a otro escenario, ese coche al que yo no me subía, excluido de aquel viaje todavía nocturno, de esa excursión a un sitio donde nunca habíamos ido, de los repasos de Laura de las preguntas más difíciles, de la nota que tenía que sacar para aprobar sumándole cierto margen, porque el máster contaba un treinta por ciento y el examen un setenta. Pésima con los números, sacaría una y otra vez el móvil para contar cuánto era el treinta por ciento de su nota media, qué necesitaba sacar para que, unido, llegara al aprobado, meterse de nuevo en el expediente por si se había confundido con la media que de verdad había sacado. Y ello, que yo podía imaginar y casi oída, que casi contemplaba como si estuviera allí mismo sentado, se sucedía lejos de mí, apartado de cada palabra que decían, sintiendo que el sueño se me escapaba porque aquel día que despuntaba

demasiado pronto me traía a la cabeza todos los recuerdos que iba coleccionando. Todas las sensaciones que había vivido estos últimos días, estas últimas semanas, desde aquel reencuentro con Luis después de Carnaval.

Se adueñó de mí una tensión inmensa. Ese miércoles, contrayendo cada uno de mis gestos y controlando incluso la cantidad de intensidad que podía condensarse en cada mirada, había conseguido replegarme de tal manera que en mi diminuto espacio personal no entrara siquiera una gota de aire respirado por Luis. Cuanto lo que yo era y hacía introducido en una rigidez tan exacta, tan perfecta, que no existió el más mínimo contacto, ni un solo movimiento involuntario que fuese a tocar otro idéntico de mi amigo, nada que nos juntase ni una sola vez. Algo que nada tenía que ver con mi agitación interior, que, obsesionado por estudiarme, por observar lo que ocurría, se debatía con mi otra obsesión por frenar hasta el más leve arqueado de mis cejas. Esto, mi nerviosismo y mi control y la lista de enormes palpitaciones que se superponían a esos sentimientos que me había prometido conocer, dejando para más adelante resolverlos en caso de que fueran aquellos que tanto me asustaban, hizo imposible mi único objetivo de aquel día y los siguientes. Durante las clases, en el intervalo de la cafetería, mientras Luis llenaba páginas siguiendo la burda y machacona voz de Inma, en todos los espacios que se iban sucediendo sentía yo la misma tirantez en las manos, la misma jaqueca al preguntarme una y otra vez qué me producía verlo, qué había dentro de mí, qué significaban sus rasgos. Cientos de preguntas repetidas y amontonadas y tapándose unas otras, tantas y en tales montañas que me apretaban el pecho sin dejarme ver lo que en él se encendía, sin que pudiera apartarlas ni pensar siquiera que lo mejor era precisamente eso, hacerlas a un lado. Pero, ¿cómo iba a discurrir tanto, de una manera tan razonable y a la vez de una sensibilidad tan inteligente, si yo sólo temblaba intentando aparentar una normalidad que no existía, buscando qué había dentro de mí cuando ni siquiera podía verlo ni tenía la capacidad ni calma como para hacerlo? Y Luis estaba tan tranquilo, actuando como siempre, hablando con total naturalidad.

Otra de las preguntas que se acumulaban en mi mente era por qué me resultaba tan difícil saberlo. Guiado sólo por un extraño ataque de la noche más fantasiosa, era incapaz de averiguar el método más sencillo para despejar cada una de mis dudas. Por supuesto, yo no quería saberlo, y una parte oscura que me ocupaba casi por entero ocultaba la lógica más elemental, la sumergía

en un miedo cuya esencia yo sólo había raspado un poco, esa corteza fina y dura que lanzaba pequeños jirones de pánico de los que nacía la tensión, el frenético ritmo de ese interior que trabajaba martilleando tantas sensaciones y tanta zozobra que mis deseos de saber se quedaban suspendidos bajo su influjo creado también por mí. Luchando contra mí mismo, dejando que la parte más cobarde ganase por otorgarle la mayoría del espacio que me formaba, me parecía imposible conocer la respuesta, qué debía hacer para saberlo definitivamente, qué pasos tenía que dar y cómo conducir cada uno de ellos. Así, pensé en que había creído amar a Daniela, o al menos que me gustaba, que me atraía lo suficiente como para hacerla mi novia. Respondiendo a un impulso de lo estético tan sencillo como un paisaje bonito ante el que habría pensado, quizás, que estaría bien vivir con él enmarcado en mi ventana. De esa forma había dibujado magníficas bellezas que nunca habían sido ciertas, que nunca habían atravesado mis ojos para alojarse siquiera en un pequeño departamento de mis sentimientos sinceros. Con esta dinámica, casi había sentido que la quería, y me decía si resultaba tan sencillo querer sin que fuera cierto, si había tantas maneras de querer como para confundir las más elementales de las impresiones con el amor y el deseo. ¿Había amado de verdad a Daniela? Diría que no, pero incapaz de resolver mis actuales preocupaciones, casi podía decir que igual sí, que era posible, en una forma de querer donde la amistad y el contacto extendido ya durante tres años, junto a un ambiente que parecía forzarnos a estar juntos, ponía la cantidad necesaria de amor que en realidad faltaba, creando así todo lo necesario para una relación seria, para una relación adulta. No dudaba, en absoluto, de que hubiera sido capaz de besar a Daniela y hacerle el amor, de compartir con ella mi primer descubrimiento de algo que por su mismo, dilatado y fatigoso misterio me había impulsado a intentarlo. No dudaba de poder disfrutar su cuerpo y sus formas. Lo que sí dudaba, y lo que había secado ya el placer de ese primer beso, era que aquello que ansiaba vivir con todas las explosiones que yo imaginaba fuese posible en su compañía. Podía decir entonces que no la había amado tanto, que no era un amor tan consistente como para darme esa primera vez tan hermosa como la pretendía. Pero eso no significaba que no hubiera nada, que no me hubiera gustado de verdad.

¿En qué me basaba para creer eso? En que si ahora se suponía que sentía algo y no podía ni siquiera encontrarlo ni tocarlo, cómo no lo había sentido ya

antes, cuando había respondido a todas las maneras que Daniela me dedicaba. Antes sí existía algo, sí lo tenía. Ese cosquilleo, ese nerviosismo por encontrármela, ese dulce aroma que desprendía su piel tostada, cuando me acercaba demasiado a ella y bajaba un poco las pestañas porque mi mirada la ponía nerviosa. Había todo eso, sí, y ya seguro de ello, rebajaba las impresiones que Luis me había causado la noche del sábado pensando que había sentido antes cosas parecidas, sólo que en su lado positivo, en el lado de los dos elementos que se unen poco a poco, y que no crean una distancia entre ellos. Justifiqué así que Daniela había aparecido en un momento complicado, en un momento erróneo que no me permitía vivir esa atracción como debía hacerlo. Pues esa historia requería un yo más experimentado, un yo que ya hubiera amado enteramente y que pudiera recoger esa clase de amor que ella me inspiraba para no exigirle ni un poco más de lo que podía darme, que ya de por sí era suficiente. Pero eso no significaba que Luis sí pudiera suponer para mí aquel primer amor que buscaba, el primer amor adulto. Más bien, estaba lejos de serlo. Cómo iba a serlo, si no podía compartir esa experiencia con Daniela, donde había experimentado un montón de manifestaciones del deseo, mientras que con Luis ni siquiera podía señalar una sola, más allá de un desgarró indescrípible de razones ocultas que no se sustentaba con nada más. No había más, exacto, no podía coger nada y elevarlo para decir que sí, que ahí estaba, mi primer amor, la persona con la que quería empezar a vivir aquello que me frustraba y me ahogaba. Sólo estaba ese episodio incómodo que poco a poco iba enterrando por no poder entenderlo, por no ser capaz de analizarlo, y después enormes cantidades de tensión y desasosiego que yo mismo creaba. Lo creaba por aquella circunstancia. Era el círculo vicioso de buscar algo que no existía en una eterna carrera sin sentido por un hecho que tendría algún objeto que no era lo suficientemente listo como para encontrar.

Me convencí de ello. Comparando mis vivencias, removiendo todo mi ser sin que nada claro pudiese aflorar. Era una desordenada composición de inquietud desprovista de motivo alguno, algo que creía fruto de la imaginación, que luego decidí, por tratarse de la hipótesis mejor fabricada por mi cerebro, fruto de forzarme a querer a Daniela de una manera que no podía, de adelantar nuestro encuentro cuando yo no estaba listo para ello. Mil explicaciones tortuosas y falsas que se encadenaban con otras tantas y cerraban algo que me

iba oprimiendo, pero también tranquilizando para mi más inmediato futuro. De ese modo la agitación que me había acompañado durante esa semana sirvió para conseguir lo que yo solo no había logrado, antes, en mi casa, fingiendo que estaba enfermo. La agitación y las explicaciones que ella misma me traía con un trayecto alocado, febril, que se presentaban exigiendo que me las creyese, cayendo yo encantado en esa mentira que me ofrecían. Fui capaz de engañarme y creer que no sentía nada por Luis. Y he de decir que aquello me alegró y me calmó, que hizo desaparecer la mayoría de los tormentos que habían empezado a devorarme. Porque era terrible la idea de amarlo, y tener que enfrentarme a ello. Superar en silencio algo que me volvía doloroso mi mejor amigo, porque, ¿qué otra opción me quedaba. No podría decirle a Luis algo así, tan descabellado, que acababa con la relación que hasta entonces habíamos llevado bien para no volver a mirarnos o para transformarla en algo que... No, no me imaginaba eso. Me daba asco, Luis, mi amigo, mi compañero de siempre. Y él, ¿qué pensaría él? Yo sí que le daría asco entonces, igual que él a mí si me viniera contando algo parecido. El alivio de haberme convencido así, de saber que ni me gustaba ni me atraía ni ejercía nada semejante sobre mis impresiones, fue la sensación más hermosa que tuve durante esos días. Me permitía seguir disfrutando de él como siempre lo había hecho, que nada entre nosotros se enrareciese, que nuestro bonito acuerdo de amistad siguiera tan limpio como hasta entonces. Era perfecto, era lo que necesitaba, era lo único que quería. Proteger mi relación con Luis, que nada pudiese tocarla ni alterarla, que todo lo que teníamos no se pudiera destruir ni por mí mismo, que fuese más fuerte que yo. Que todas mis crisis, mis dudas y mis estúpidos momentos de debilidad. Eso era precisamente lo único que quería cuidar. No quería cuidar de mis sentimientos, quería cuidar de nosotros, de nuestra pacífica unión, de él como mi amigo ajeno a cosas que lo apartarían para siempre y mancharían todas nuestras experiencias. Y en ese alivio, en esa insana y brillante tranquilidad que creé para mí, lo reconocí todo. En la misma frase en la que decía que nuestra amistad era más fuerte que yo, en fin, que todo lo que de verdad sentía, hablaba de mi amor reprimiéndolo en aras de algo más importante, que en verdad se volvía importante sólo por mi miedo. Pero no me di cuenta. Feliz y calmado, únicamente guardaba atención para ese nuevo estado de mi alma, tan bello frente a las emociones que había tenido que soportar hacía tan poco. De ese modo me lo confesé todo sin siquiera enterarme, como un auténtico idiota. Pero esa felicidad momentánea fue justo

lo que después me expuso la verdad a una luz ya imposible de ignorar, porque liberándome de todas las ataduras y las incansables preguntas que sumergían mis emociones, éstas salieron y se adueñaron de mí por completo.

Ocurrió la semana siguiente, en una cafetería cerca de casa. Nos habíamos metido allí para refugiarnos de la lluvia. Y en algún punto de la conversación que ya no puedo recordar, hablando a saber de qué, el móvil me vibró en el bolsillo. Era una notificación de Facebook. Mi primo mayor, el que había vuelto a conocer por la muerte de su madre, me había mandado una solicitud de amistad, y lo acepté al momento. Una alegría nerviosa me trasladó a esa existencia suya, a esa vida que llevaban tres primos que había querido y que había perdido. Los recuperaba de una manera un tanto fría, pero acordándose de mí, teniendo ya una imagen de la persona en la que me había convertido, el mayor de todos me ofrecía ese simple contacto, casi el único al que podíamos aspirar ahora mismo. Me acordé de las conversaciones en su salón, de esa curiosidad con la que me había presentado de nuevo en el pueblo, tras tanto tiempo. Y de todas las razones para separarlos de mí que se volvían inútiles, como esa reflexión respecto a la infidelidad de su padre, volviendo a casa. No obstante, tras lo agradable que para mí había sido reencontrarlos, eso que volvía a aparecer en nuestras vidas había caído en un olvido gris, en un lugar donde todo lo que no pasa por nuestros ojos día tras día se convierte en algo mustio y que no nos roba ni un solo pensamiento. Así la bella sensación de tener de nuevo tres primos había desaparecido para mí con la misma facilidad con la que atravesábamos comunidades hacia la nuestra, y todo lo hermoso que había sacado de ese viaje —de esa muerte— se había hundido a medida que empezaba a pensar en la rutina que ya me engullía, que me devolvía a la vida real ajena a ese pequeño paréntesis que no sabía cuándo se repetiría. Impasible en la distancia, como si hubiera cerrado un cajón que por un segundo había sido lo más destacable de mi vida, deshaciéndome de todos esos kilómetros y las horas recién compartidas. No se me había ocurrido buscarlos en las redes, añadirlos, tener esa poca relación que en cualquier caso sería un bálsamo para nuestra compañía extirpada por problemas adultos que no comprendíamos. Pero mi primo mayor, bruto e ignorante, había tenido el detalle de acordarse de mí, de susurrarme aquello con un golpe de pantalla.

Al pensar en ese momento sólo puedo darme cuenta de lo contento que estaba por ver su cara, esos rasgos duros donde se podía encontrar algo de su padre,

antes de que envejeciera como lo había hecho. Su cara seria ante la cámara, de una seriedad que pretendía resultar interesante, atractiva. Era el gesto análogo a una mujer que sonreía frente al objetivo. Él, sin pensar que sonreír era una opción, fruncía un poco el ceño y desafiaba a quienes mirasen esa imagen. Pero aquello no era lo más importante, ni muchísimo menos. Sólo me fijé en la cara de mi primo después de repasar unas diez veces la de Zoraida, que estaba a su lado, ofreciendo una sonrisa tímida de su boca pequeña en una cara demasiado grande. La fotografía sólo tomaba su rostro y el principio del cuello, un poco tapado por la blanda holgura que nacía bajo su barbilla, aquel mentoncillo incrustado en su piel muy pálida. Sin pensármelo demasiado, abstrayéndome por completo de Luis y la cafetería y de lo que fuera que estuviésemos hablando, empecé a ver las otras fotografías que tenían. Zoraida subida a la moto de mi primo, con el campo árido que rodeaba su casa. Sus anchos hombros recortados por el sol de verano, la melena negra con mechas moradas precipitándose por esa espalda que había visto moverse por la cocina, a las atentas instrucciones de la tía Gloria, sumisa y un poco encogida. Zoraida y mi primo en una terraza con otras dos personas, Zoraida en un viaje a la playa, Zoraida encima de una roca con las manos entrelazadas en la espalda y las piernas muy juntas, adornada con la espuma que acababa de romper y se deslizaba hasta la arena. Cómo iba a esperar encontrarme de una manera tan repentina con la cara de esa chica que tantas risas me había arrancado, aquélla que nos hipnotizaba y nos reunía alrededor de sus tareas, volver a ver sus manos inseguras en un cuerpo que doblaba el de la sargento que la dirigía. Y las largas rayas que enmarcaban siempre sus ojos, esos velos negros y gruesos que se extendían formando una punta muy remota, parecieron desplegarse sólo para mi entero deleite. Busqué su perfil, pero en él no era Zoraida. Era Zory, y allí tenía fotos con mi primo y muchísimas instantáneas de sí misma. Zory —Dios mío, llamarla así ya era demasiado— en el baño, después de maquillarse; en el espejo de una entrada —quizás la que había sido su casa—, con un bolsito verde que daba contra la cintura de su pantalón oscuro; en el cine, en un local de fiesta, sobre la almohada y en otros muchos espejos y en el baño de nuevo.

—¿Qué pasa? —me dijo Luis, que llevaba ya unos segundos en silencio observando mi secreto placer. Imagino que se me había dibujado, sin darme cuenta, una sonrisa que estaba a punto de caer en la carcajada. Notando casi la

dura silla en la que desayunaba con los desfiles de Zoraida como único pasatiempo, se había destruido ya la cafetería, las dos cervezas que brillaban en nuestra mesa, mi propio amigo y lo que me estaba diciendo.

—¡Zoraida en Facebook!

A mi vuelta, sin un poco de tristeza por esa muerte, le había contado a Luis todos los detalles de Zoraida. Le había dicho cómo era, lo que hacía, cómo hablaba y cómo se movía. Había profundizado todo lo posible en ese robusto soldado que ahora debía llevar la casa, el continuo murmullo de sus disculpas a cada cosa que hacía. Luis había disfrutado casi tanto como yo al contarle, y una noticia semejante, que aquella chica que para él se había convertido en una especie de leyenda estuviera ahora luciéndose en la pantalla de mi móvil, accionó todos sus miembros como si le hubiera pinchado. Puso su silla contra la mía con tanto ímpetu que hicieron algo de ruido al chocarse, e inclinó su cabeza junto a la mía, para ver bien.

—¡Zory!

Sólo con esa información, incluso antes de haber reparado en ella, empezó a reírse. Era una risa bastante vulgar, alocada y descontrolada que soltaba en una profunda bocanada de aire sobre el teléfono. Una risa espantosa, feísima y bruta que, para mí, era ya algo tan familiar que no pude percibirlo. Y mientras que llevaba una semana evitando cualquier contacto, ya tranquilo en la seguridad de mi indiferencia, no fui consciente de que estábamos pegados. No me di cuenta de que, donde antes evitaba que nuestras respiraciones aspirasen los mismos vapores, ahora me daba el aliento de su risa en las manos, y disparado en todas las direcciones por ese temblor en el que se desternillaba, salpicaba también mi cara. Si me hubieran explicado una escena como ésa, me habría parecido un poco asqueroso. Pero allí, en ese preciso momento, que el aire salido de su boca fuese a parar en mi rostro, acariciando mi barbilla y el principio del cuello, fue algo que me desconcertó. No sabía que estaba haciendo eso, pero me quedé inmóvil por un segundo para poder saborear ese suspiro teñido de risa, esa exhalación que producía su garganta, que coloreaba su lengua y sus dientes. Sin darme cuenta, gocé ese impredecible tesoro entrecerrando un poco los ojos, y en mi tranquilidad no había nada novedoso, nada que a un tercero le dijese que no éramos amantes desde hacía años, que era la primera vez que nos colocábamos tan pegados y yo me permitía un

disfrute como ése. Lo habría hecho tantas veces ya, en tantas ocasiones distintas, sin saber lo que significaba ni lo que era, que no turbó ni por un momento mis sentimientos. Era normal que estuviera allí, que se acercase un poco más porque tenía poca batería y había bajado el brillo, que la punta de su pelo se diese con la punta del mío. Abriendo las fotos, pasándolas de una en una, sentí su mano que se apoyaba en el respaldo de mi silla, casi tocándome la espalda. Nos encontramos con otra fotografía del baño, pero yo no la vi. Haciendo aquel movimiento ya tan interiorizado, dejando de mirar el móvil, mis ojos se habían desplazado ligeramente a esa dolorosa y torcida panorámica de Luis contra mi lado derecho. Su mirada castaña, la frente que se iba moldeando a los continuos gestos de sus cejas, ascendiendo y descendiendo. Su sonrisa que se abría y se cerraba sin parar bajo las impresiones de la pantalla, enmarcada por esos dos labios muy finos que casi no existían, que se escapaban, que tendrían que besar con toda su boca en apasionados mordiscos para compensar esa hermosa falta de relieve. Y me hizo gracia pensarlo, ver que los labios se escapaban como casi se escapaba su nombre, tan breve y tan rápido, recorrido en un solo golpe de voz, en una única modulación del rostro que acababa formando una sonrisa para terminarlo. Me gustaba su nombre, me gustaban sus labios y su cara entera. Me gustaba su cuerpo arqueado junto al mío, me gustaba esa forma dura y cuadrada de su cabeza, el pelo marrón que ya se iba igualando tras nuestras peripecias de Carnaval. Pero no supe que pensaba en todo esto hasta que alargó su mano para pasar la fotografía, una que sólo vi en el último instante, porque me había quedado completamente quieto bañándome en todas esas figuras que lo formaban y que yo amaba. Con un ágil rozar de su dedo, se rio por la siguiente escena de Zoraida. Pero para mí ella estaba muy lejos, y tampoco pude verla. Presente con sus ojos inertes en mi más franca admiración de ese amigo que ahora tenía tan cerca, de nuevo me perdí en esa línea recta que se encontraba con el cuello, con el nacimiento de ese cuello un poco bronceado y un poco pálido.

Sentí un latido que me taponó los oídos. Como un golpe fuerte que se extendía por todo mi cuerpo, que nacía del pecho y llenaba cada rincón, almohadillado por su largo camino y por la necesaria discreción de mantenerse sólo dentro de mí. Que no se oyese fuera, que se tratase únicamente de la advertencia de esos miembros míos que abrían todos sus poros para aspirar un poco más lo

que Luis me ofrecía, sus respiraciones tan cercanas, sus ojos pestañeando y su boca riéndose. Un latido que me hizo volver a la realidad de esa cafetería ruidosa y la lluvia que golpeaba contra su puerta, las voces femeninas y masculinas que se mezclaban en una tormentosa atmósfera que se protegía allí dentro, los pasos de ese camarero moreno y alto que sonreía encantadoramente a cada chica, llamándolas guapas bajo las deliciosas miradas de éstas. Pero no podía sentir vergüenza por haberme distraído en el único objeto de contemplar a Luis. Ni siquiera por haber dejado de participar en sus risas por las escenas de Zoraida, o porque hubiera notado que lo estaba mirando de reojo. Lo único que sentía era la inmensa atracción de aquellos labios que había comparado con su propio nombre, el magnetismo que ejercían sobre mí y cómo deseaba probarlos. Quería seguir olvidando esa cafetería, todas esas personas, el móvil y las fotografías que emergían en su pantalla. Quería borrarlo todo y seguir allí, en el placer de su cara tan cerca de la mía, que olía como había olido siempre, como yo tan bien sabía, porque era la persona que mejor podía conocerlo. Ese privilegiado que había estado siempre ahí, con él a mi derecha y yo a su izquierda, compartiendo día tras día casi una vida entera. Me daba igual la cerveza que se iba calentando en la mesa, cuyas burbujas se disparaban cada vez más despacio. Me daba igual esa puerta que se abría otra vez y que alguien dejaba su paraguas chorreando en la entrada, me daba igual todo lo que pasase más allá de nuestros dos asientos, de nuestras dos existencias pegadas y juntas, de mis sinceras ganas por incorporarme un poco más y atrapar lo único que aún no conocía de él y que tanto deseaba. Y viví esa escena —la de mi beso a un amor que de verdad sería el primero— unas cincuenta veces distintas en tan solo un minuto. En unas me levantaba y cogía su cara con ambas manos, en otras le obligaba a girarse para encontrármelo sin que él pudiera esperarlo. Y sin pensar en desenlaces, sin que una sola nube oscureciese ese dulzor en el que se hundían mis pensamientos, según lo besaba una vez pasaba a la siguiente, a otro beso nuevo y distinto y más cálido todavía, así en tantas ocasiones, una vez y otra y otras muchas, rozando esos delgados labios. Ya sentía, dentro de mí, el calor que me impulsaba a hacerlo. Algo que no podía concretar, pero que estaba en el ambiente, en eso que me había permitido imaginarlo en mil ocasiones en un sitio idéntico a éste que mi mente había copiado sólo para expandir mis disfrutes. Allí estaba todo, esa gente y esas palabras que morían todas unidas sin que alcanzase a entenderlas. Allí estaba su silla, mi silla, su silueta calcándose contra la mía. El calor, que

era un calor emocional y sin embargo había empezado a subirse a mis mejillas, coloreándolas y encendiéndolas, tocó también mi garganta dándome la señal definitiva. El momento de hacerlo, de lanzarme.

Una voz, fina y muy remota, muy profunda en las capas de delicado placer que había ido creando en los últimos segundos, estalló justo cuando todos mis sentimientos asomaban ya. Una voz de miedo, de trágica realidad que me enseñaba, con las manos muy abiertas para que fuese más impactante su mensaje, que de verdad estaba pensando en besar a Luis. En medio de un sitio que conocíamos ahora por vez primera, en medio de desconocidos que se movían con la naturalidad de unas relaciones ya establecidas, viejos amigos y novios y familia. Era una locura, intentar algo tan íntimo y que me descubría de semejante manera en un lugar así. Algo que no sólo me descubría a mí, sino que descubriría también a Luis, que cambiaría todo tanto y de la manera que fuese. Necesitaba un momento distinto, un escenario completamente diferente, que no incluyese a nadie más y que nos permitiera una intimidad perfecta. Para hacer todo lo que quisiéramos hacer, para decirnos todo lo que necesitábamos decirnos. Porque, ¿qué debía decirle? Por supuesto, cortado ya mi peligroso intento de comenzar aquello, estas reflexiones vinieron después, sentado en el sofá de casa fingiendo absoluta calma mientras Laura repasaba sus leyes. Con la imagen de la lisa pared un poco naranja, todas esas cosas que no me había atrevido a saber antes se elevaban ahora claras ante mí. Ya no podía negarlo, ya no podía convencerme de nada que no fuese la verdad. Había querido besarlo, había querido tenerlo sólo para mí, mientras se inclinaba para ver las poses de Zoraida. Había sentido mil emociones y había sentido mil besos que no podía dar aún, pero los había soñado y los había amado por sólo la posible ejecución sobre sus labios. ¿Cómo iba a decirme que no sentía nada, si lo sentía todo? Desde hacía tanto que ya no podía recordarlo, quizás desde siempre, ya desde niños, ya con nuestras mochilas de los superhéroes que ahora seguían gustándonos. ¿Cómo había sido capaz de engañarme de esa manera? El corazón —y por muy cursi que fuese apelar directamente a él— me escocía en una inquietud constante, como si quisiera saltar y a la vez tuviera que retener sus pasiones para un instante más apropiado, un instante donde sentiría que era el momento, que podría y querría hacerlo, donde cumpliría eso en lo que ahora ya pensaba sin que se me cortase el aliento, libre en una franqueza que, de todos modos, seguía asustándome.

Era imposible no tener miedo. En mi interior había infinitos y maravillosos sentimientos que podía ofrecerle sólo a él. Pero, ¿cómo saber si él querría aceptarlos? Si él estaba dispuesto a descubrir todo eso que guardaba, todo eso que tenía preparado sólo para él. ¿Y si no sentía por mí nada parecido? ¿Y si le daba asco, pensar en algo así? ¿Y si lo perdía para siempre, por no corresponderme? Esas preguntas, que anunciaban su llegada siempre con un halo chirriante que me daba dolor de cabeza, me acompañaron durante los días que esperé. ¿Y si perdía a Luis? Eso era lo peor de todo, no ya mi deseo imposible, mi amor roto e incapaz de despegar, sino perderlo de todas las formas, no volver a tenerlo ni siquiera como lo tenía entonces. A veces, movido por esas dudas, me prometía que no haría nada, que lo escondería. Pero era tan grande, tan intenso, zumbaba con tanta fuerza dentro de mí, que superaba todos los intentos por callarlo, por esconderlo para siempre hasta que se curase —si podía curarse—, rompiendo incluso ese miedo que yo creía la sensación más enorme que podía invadirme, porque desde que sabía de ese amor oculto había seguido llamándome cobarde por haber intentado callarlo. Tan grande, sí, tan intenso. Era imposible esconder algo así, a pesar de los riesgos que entrañaba. Y por un instinto de supervivencia, de poder vivir a pesar de mis locas emociones, enumeré las razones por las que Luis también debía amarme, por las que él, bien siendo consciente o todavía no, sentía lo mismo que yo.

Tengo que hacer un esfuerzo por contener todos los motivos que me repetí durante días, cuando la batalla que se alzaba dentro de mí era derrotada por mi necesidad de tomarlo cuanto antes. Porque, sabiendo lo que después ocurrió, lo que cualquiera menos yo, en calidad de especial implicado, se habría imaginado, resulta algo vergonzoso. Así como en su momento me había convencido de mi falta de interés, ahora me convencía de que ese amigo también me quería. ¿Por qué mis sentimientos dominaban completamente mi razón, por qué no era capaz de pensar y discurrir de una forma objetiva, viendo y comparando hechos y ciñéndome a la estricta realidad? ¿Por qué era tan débil, por qué pensaba primero en proteger mi felicidad —a pesar de las consecuencias que luego tuviera intentarla— en vez de proteger esa inteligencia que, en el fondo, tendría que conocer la verdad?

Me dije que Luis me amaba porque la causa principal de ese amor era todo lo que habíamos compartido. Todo lo que habíamos vivido juntos, las miles de

experiencias y el desarrollo de nuestra vida entera. Ahí estaba el sentido de esa necesidad de estar siempre juntos, una necesidad tan real que, bajo la mano de la maduración, había transformado su sentido. Quizás no su sentido, más bien su forma. Su manera de existir. Me dije que nos amábamos —me parecía realmente hermoso utilizar el plural, como si ya fuésemos una antigua pareja— porque sabíamos todo el uno del otro, sin necesidad de haber pronunciado demasiadas intimidades en voz alta. Las conocíamos con sólo una mirada, con conversaciones sencillas, con gestos rápidos. Porque resistíamos el paso del tiempo mientras otra gente iba y venía, como una misma roca que ya identificaban todos los ojos que nos conocían. Y me dije que me amaba porque esa relación tan estrecha lo era demasiado como para que no hubiera un interés secreto —secreto incluso para nosotros mismos— que siguiera uniéndonos.

Mis heridas eran muy superficiales, casi inexistentes. El odio que había dedicado a Raquel y a esa chica de ciervo se relajaba ahora por una nueva perspectiva. Tenían cosas de él que yo todavía no disfrutaba, sí, sobre todo Raquel, que tenía las primeras experiencias de lo que yo quería dedicarle a él, porque me parecía el único que se las merecía. El único capaz de volverlas tan dignas como yo deseaba. Esas mujeres, que se presentaban ante mí con una sonrisa descarada, no podían hacerme demasiado daño. Sentía envidia, sí, algo de rabia, pero no por su privilegio sino por el tiempo que habíamos perdido mientras Luis las codiciaba en mi lugar. Consideraba, en cualquier caso, que ellas habían tenido algo muy mediocre —qué decir ya de la segunda—, un recuerdo de la casualidad y de la presión que nos llevaba a juntarnos. Igual que yo había besado a otras, creía que lo que Luis había vivido no era más que algo puramente físico, puramente estético, que no contaba con ese amor que yo ahora descubría tan limpio y tan exacto. Porque yo hablaba de amor y me proponía obtener el suyo. Eso era más importante que todo lo que hasta entonces habíamos vivido, sí, estaba convencido de ello. Así, aquello que mordía mis celos no era demasiado importante, y lo reducía a la aliviada mirada que ahora podía utilizar por la fresca libertad de conocer eso que tantas veces me había confundido. Con todas esas razones, con un orgullo intacto e inmenso, despreciaba a Raquel como Luis podría haber despreciado mi incipiente relación con Daniela. Y con las razones anteriores, terminaba de perfilar un bellissimo estado de tranquilidad y oportunidades que ahora me

parece tremendamente ridículo.

¿Cómo no pensaba en perderlo? ¿Cómo no pensaba que Luis no podía amarme, que yo no podía ni siquiera gustarle un poco? No lo sé, no puedo explicarlo, pero de verdad me parecía que era imposible no contar con su amor tan claro como el mío. Del todo engañado por mis deseos, creí ver señales de ternura donde no habían existido, en los días que se sucedían y en recuerdos de años pasados. Confiado en mi suerte, acepté esa preciosa realidad sin preguntar nada más. Por raro que sea, por absolutamente estúpido que parezca, me hundí en esa mentira sin poder creer ni por un solo momento que estaba equivocado. Una vez conocí mi amor, todo lo demás pareció plegarse a sus deseos. Y como si la lucha de entenderlo fuese la única que había de batir antes de lograr mi felicidad, la creí ya flotando en mis manos, entre mis dedos, lista para que la agarrase y no la volviera a soltar.

CAPÍTULO IX

El tres de marzo me desperté muy temprano, a la vez que el resto de mi familia. Sin embargo, repasando todo lo que había ocurrido y todo lo que quería que ocurriese ese día, me quedé en la cama hasta muy tarde. Despierto, sin que el sueño consiguiera vencerme ni una sola vez, iba atendiendo cada una de las sensaciones que me invadían a medida que las horas se consumían poco a poco, muy despacio, lanzando sus rojos números desde el reloj de la mesilla de noche. Allí donde estaba mi móvil, mi cartera, mis llaves tiradas. Descolocada cada llave hacia un lado, la argolla plateada que las sostenía y el escudo de la universidad casi tocando el límite de la mesa, centelleaban bajo los ojos granates del despertador. Un destello que cruzaba la habitación completamente oscura, haciendo que esa silueta brillante palpitase con el siniestro matiz de aquel tono tan rojo, el único punto de luz que había en la estancia. Y mientras mi vista se iba acostumbrando a esas formas y empezaba a comprenderlas, aquellas llaves de fuego acababan con todos mis avances y volvían a hacerme cerrar los ojos. Entre los pensamientos y aquellas interrupciones puramente sensuales, que no interferían de ningún modo en el calor y el frío que se intercalaba en mis manos, el techo se iluminó completamente por la luz de mi teléfono. En una vibración que siempre me había parecido exagerada, proyectaba los colores mezclados e irreconocibles de una foto de Laura, que me llamaba después de haber hecho su examen.

—¿Qué tal? —le dije, aclarando la voz justo después, porque esas palabras tan claras en mi cabeza habían sonado como salidas de un moribundo.

—¿Aún estabas durmiendo?

—No, no, dime.

La imagen de mi hermana medio sonriendo y frunciendo el ceño por mi pereza se dibujó perfectamente en esa contestación. En mi cerrada penumbra, pude ver los rasgos de su cara accionándose a cada reacción, y aquel conocimiento tan exacto de ella, de lo que hacía cuando no podía verla por sólo oír una de sus frases, me pareció lo más agradable que me había pasado en mucho tiempo. Como si, agobiado por todos los nervios que se fundían dentro de mí, tener aquel pilar indestructible fuese el mayor de los alivios. Dudando entre miles de cuestiones y gestos que no sabía cómo emprender, haciéndome tantas

preguntas cuya respuesta creía conocer pero que no paraba de repetirme, tener aquello me pareció magnífico. A pesar de todas las cosas que no sabía, que no podía conocer, tenía eso, la seguridad de poder representarme con todos sus detalles la cara de mi hermana, la modulación de una sílaba que quizás el teléfono no había reproducido con exacta fidelidad. La forma en la que se estaría abrochando el abrigo con una mano mientras me hablaba, o llevándose una mano para apartarse un pelo que le tocaba los párpados, cómo miraba a un lado y a otro por si venía algún coche. Porque, pasase lo que pasase, eso era algo seguro. Era algo que podía sujetar, era algo que independientemente de los resultados de ese día, nadie podría quitarme. Podrían romperme el corazón, podrían calmármelo y hacer que ardiese, pero tras haberlo tocado y zarandeado como fuera, yo seguiría teniendo aquello. Seguiría cogiendo el teléfono y sabiendo cómo iba a hablarme y cuanto acompañaba sus palabras. Era imposible que se metieran en mi mente, en mis recuerdos, y me arrancasen algo así. Era una seguridad, una estabilidad, era un punto firme en el que apoyarme ya fuese por no soportar un dolor o una alegría demasiado fuerte. Y aunque ahora fuese otra cuestión la que más me importaba, alrededor de la que giraba mi mundo entero, supe que más allá de su resultado seguiría poseyendo miles de cosas que me acompañarían o me aliviarían. Así, a esa voz lejana de mi hermana, la evocación de su rostro y todos sus elementos me tranquilizaron. Ella, ajena a lo que tanto me angustiaba, me hablaba como siempre lo había hecho, y sin saberlo, alejaba y relativizaba esas las tormentas que a ratos felices y a ratos terribles no paraban de acariciarme. Ante su voz se volvían más pequeñas, casi diminutas. Ante su voz, las conseguí olvidar casi un momento entero, y pude dejarlas durante la conversación en un segundo plano que, aun oprimiendo mi respiración, se veía obligado a esperar.

Me contó lo horrible que había sido el camino, con una lluvia fuertísima. Y luego, allí, todos se pusieron delante de una entrada que no era la correcta, así que tuvieron que seguir un camino hacia otro pabellón, durante el cual les cayó una importante granizada. Así que empapada, con los pantalones adheridos a la piel y los golpes de las piedras, fría e incómoda, había entrado el examen.

—Imagina hacer el examen así, que no podía ni cruzar las piernas de lo congelada y mojada que estaba. Pero el examen fue todavía peor. A ver, yo creo que bien, he contestado cuarenta y siete preguntas y voy bastante segura en todas, bueno, que apruebo sin problemas. Pero, ¿sabes qué entró? Lexnet.

—¿Lexnet?

—Sí, siete preguntas todas seguidas de Lexnet. ¿Cómo esperan que sepamos algo así? Pues venga, todo eso, y luego preguntas de costas rarísimas. Yo iba tan tranquila, porque empecé y las dos primeras carillas me las sabía perfectamente, eran repetidas de otros años, pero luego me encontré con eso y... Bueno, me empecé a poner nerviosa, a pasar páginas y no me sabía nada. Si no llega a ser porque penal sí que lo pusieron más asequible, no sé qué habría pasado. Y estamos todos alucinados, lo comentamos todos al salir. Yo ya sé que lo hacen para que no haya tantos aprobados, porque ya el año pasado lo habían puesto peor porque aprobaba demasiada gente, pero vamos, ¿de qué van? O sea, vamos a hacer preguntas que está claro que no se pueden saber para que así ya no lo saquen. Mira, nos quedamos todos con una cara de tontos leyendo el examen. Porque de repente no sé, como mínimo en esas siete preguntas ya no había manera de sacarlas, era directamente algo que no podías saber, así que nada, ya contabas con menos nota de cara. Y yo ya te digo que estoy tranquila porque sé que apruebo, pero vamos, de coña.

Laura diseñaba su discurso con mis pequeñas aportaciones, mi indignación por lo que le habían preguntado, mis interjecciones de sorpresa. Contestándolas con sus “Claro”, “Ya ves”, “Sí”, iban aflorando en mi cabeza más y más imágenes de ella, como si la tuviera justo ahí pero tapada por la misma oscuridad que camuflaba los muebles.

—Pero mira, al menos ya está, ya lo has terminado y listo, que le den.

—Ya, vamos, eso sí. Pero lo mal que lo he pasado, y que voy mucho más justa por culpa de eso. Si no llego a llevar penal bien preparado, con esa parte de deontología no podía aprobar, pero para nada.

Y ya que estaban allí iban a visitar al hermano de mi padre, que vivía en un pueblo muy cerca. Dormían con él y volverían al día siguiente.

—Voy a pillar un gripazo, en cuanto llegue me pongo la ropa que traje para mañana, porque estoy empapada. De hecho ahora voy descalza en el coche, porque los calcetines están chorreando, y eso que llevaba los botines negros. Mamá está preocupada, con el invierno que llevo de garganta, seguro que cojo otra. Pero ahora puedo cogerlo, empiezan mis vacaciones.

Las vacaciones de mi hermana duraron más de lo que se esperaba, y más que

vacaciones fue su época desempleada. No obstante, en aquel momento no imaginábamos que aquellas vacaciones se alargarían tanto y que terminarían por ser algo odioso, así que las celebramos como el final de sus estudios. Y después de un poco más de conversación, de alguna frase suelta en la que me preguntaba qué iba a hacer y comentábamos un dato que se nos había olvidado, o que encajaba perfectamente en ese punto de la llamada que rozaba el final, nos despedimos y colgamos.

A ese desvanecimiento de la voz de mi hermana se sucedió el desvanecimiento de su cara y su cuerpo. Aquel fantasma que había sentado a los pies de mi cama, oculto por las sombras, se iba tan rápido como había separado el móvil, matándolo al colocarlo de nuevo sobre la mesa, alejándolo de mí para volver a dejarlo allá, en ese coche que de nuevo transportaba tantas palabras que yo ya no oía. El alivio de obligarme a escucharla dejando a un lado mis preocupaciones se fue con la misma rapidez, y aunque podía imaginar de nuevo cómo estaría sentada, ya no era lo mismo. Ya no era tan fuerte como para forzar mi tranquilidad. Por esa razón todo lo que quería frenar un segundo más volvió a mí con la misma intensidad de antes, y donde quería agarrarme a ese apoyo que nadie podía quitarme ya encontraba sólo la continua y sorda duda de qué pasaría ese tres de marzo.

Durante el día se repitieron distintos estados que alteraban mi calma y mi concentración. Los más breves, que me golpeaban igual que una piedra que al momento caía al suelo, me hablaban de rechazo y mi inmediata e irreversible soledad. Otros eran completamente contrarios, y me decían que debía aprovechar esas horas como las últimas antes de un feliz estallido que me esperaba para esa noche. En mi convicción de un amor ajeno que yo mismo había creado y colocado sobre mi amigo, me preguntaba, con toda la suerte de mi lado, si sería mejor decir algo o hacer algo, si sería mejor fuera o en mi casa. Y aunque ya me había preguntado esto último muchas veces —ya le había dicho a Luis que viniera esta noche a mi casa—, volví a pensar en cada escenario y la manera en la que podía favorecer mis intenciones. De estas reflexiones siempre salía el mismo resultado, pues besarlo en mi casa era mucho mejor que hacerlo en cualquier otro lugar. Podía utilizar muchos argumentos, como la intimidad y la privacidad, la ocasión para hablar tranquilamente de cuanto fuese necesario, y otros tantos. Pero, a pesar de que acudiese a ellos a menudo, escoger mi casa se debía a un motivo distinto. En

realidad, estaba casi seguro de que esa noche, tras tener a Luis y asegurarme su cariño, haríamos el amor. Estaba al menos seguro de que lo deseaba, y de que si llegaba a besarlo, avanzaría hasta llegar a ese punto. No sabía muy bien de qué manera, no tenía ni idea de cómo llegar allí y cómo empezar luego, pero sí de que quería hacerlo. Por eso, independientemente de la forma en la que comenzase todo, necesitaba que fuese allí, porque sólo allí y con la perfecta soledad de esa noche podía cumplirlo. Sí, me veía tomando a Luis por entero, abandonando esa vida que me parecía ya insosteniblemente infantil, esa inocente inexperiencia que tanto me molestaba, que me alejaba de los recuerdos que los que me rodeaban ya tenían. Temblaba frente a esa idea, con algo de miedo por descubrirlo y una enorme agitación que sólo esperaba que llegase el momento, que Luis entrase y tenerlo, guiarlo hacia mí o que él me guiase. Porque la caprichosa coincidencia que nos había juntado hacía tantísimos años, sembrando nuestra vida y nuestros descubrimientos el uno junto al otro, hacía que ahora también descubriésemos aquello a la vez. Por haber tenido sólo a Raquel, lo consideraba tan virgen como yo. Haber estado con ella significaba para mí ser igual de inexperto, tanto en un plano físico como en otro emocional. Consideraba que no había amado a Raquel, o que ese amor que había querido tener no era un sentimiento tan sincero como el que nos profesábamos nosotros, tan maduro y cierto, sino un romance de la adolescencia ansiosa por vivir. Necesariamente, y a pesar de mi ignorancia creía firmemente en ello, debía haber una diferencia inmensa entre el sexo con amor y el sexo sin más, o con un sencillo cariño de juventud, bueno, en cualquier caso sin amor. En cuanto a lo físico, por supuesto, ninguno de nosotros había estado antes con un hombre, y eso nos equiparaba. Sus relaciones no eran ninguna ventaja. Más bien eran incluso lo contrario, algo que le restaba belleza a lo que él viviría frente a lo mío. Era un pensamiento recurrente, que había perfeccionado a medida que miraba cada uno de los relojes de la casa esperando que el tiempo pasase más rápido de lo que lo hacía.

La cuestión era que antes había envidiado un poco esa exnovia de mi amigo, porque ya tenía algo que yo también ansiaba. Y muchas veces el pasado de Luis —igual que cuando era su presente— venía a mí y me mordía, para decirme que todos, incluso aquél con el que había compartido tanto, guardaban eso que yo no poseía. Sin embargo, ahora no sólo no lo envidiaba, me

alegraba de no tenerlo. Porque esa misma noche me presentaría ante él sin recuerdos que nos estorbasen, sin experiencias pasadas que pudieran molestar mis sensaciones, completamente limpio para que ese amor que ya nos habríamos confesado me embargase enteramente, hundirme en él con el disfrute de vivirlo y, además, que fuese único. Mi entrega completa me parecía mucho más hermosa que la que podía esperar de él. Y si bien podía dolerme por una cuestión de celos que había intentado desterrar, venía a mí como un privilegio maravilloso. Como algo sólo mío, un premio que obtenía tras tantos agobios que me habían hecho crearme infeliz, que habían forzado en mí ideas tan falsas como la que Luis había hecho realidad. Ahora, considerando aquello algo verdaderamente falso, me sentía afortunado. En vez de pasar por una mentira, por un engaño al que empujaba la prisa adolescente, un instinto extraño y que no comprendía entonces me había alejado de ello. No había podido intentar amar a Daniela, y aunque me parecía lógico haber fantaseado con ella y haber considerado que era la persona perfecta para mí, enamorarme de Luis había sido mucho más natural. Y era natural porque era cierto, porque lo sentía sin hacerme más preguntas, pudiendo dudar de todo menos de ello. Pero mi fortuna no se trataba sólo de distinguir lo que era cierto y lo que no, e iba mucho más allá. Hablaba de arrepentimiento, porque si yo hubiera vivido mi primera intimidad con Daniela, me habría arrepentido al darme cuenta de que amaba a Luis. No se trataba sencillamente de esa primera vez, de la trascendencia que se le podía dar a ese hecho, sino de algo mucho más íntimo, de algo hermoso que nacía directamente de las emociones que había descubierto. Era algo tan sencillo como que no quería saber lo que era tener un orgasmo, si lo había tenido con otra persona. No quería saber lo que era ese placer, si el mismo pensamiento del placer me evocaba otra cara y otro cuerpo. Porque yo quería un orgasmo con Luis, no un orgasmo por sí mismo, que era precisamente lo que buscaba antes, en lo que pensaba cuando me acercaba a Daniela, cuando me tropezaba metiéndole mano a Paula. La etiqueta que colocaba ahora a todo lo que quería experimentar —“con Luis”— dotaba a esas cosas de una belleza que no tenían por sí solas, porque por mucho que después me doliese aceptarlo, incluso cuando intentaba negarlo por la profunda vergüenza de mi rechazo, estaba absolutamente enamorado de él. De sensaciones que, por muy placenteras que fuesen, yo creía frías en su simple ejecución, creaba ahora mundos gigantes y perfectos, preciosos en ese marco en el que estallaban donde estábamos ambos, donde estaba yo con él. Y

en eso mismo pensaba, sonriente y olvidando el miedo, cuando Luis llegó a mi casa, ya de noche.

Estaba guapo, como siempre, con un jersey gris y su chaqueta negra de cuero. Y también como siempre, me saludó y me habló sin que nada fuese distinto, completamente ajeno a lo que yo guardaba. En la tranquilidad de sus palabras, de todos sus gestos mientras cenábamos viendo el primer capítulo de *Babylon Berlin*, yo vi algo encantador, no porque él me pareciera en sí mismo y en todos sus detalles encantador, sino porque su tranquilidad venía de esa amistad que iba a cambiar muy pronto.

Estaba seguro de lo que quería hacer y de la felicidad que estaba ya tan próxima. Pero en cualquier caso, los nervios casi no me permitieron comer ni mucho menos centrarme en la serie. Algo de Alemania, de nazismo, un chaval pálido de protagonista. En esa televisión donde se desarrollaba una serie yo sólo podía ver nuestro tenue reflejo y adulterarlo imaginando escenas que pensaba vivir muy pronto. La escena de un beso, por ejemplo, pensando en dónde se colocarían nuestras manos cuando ocurriese si eran capaces de moverse, cuando el capítulo acabó y empezaba la cuenta atrás para reproducir el siguiente.

Salí de la serie, para evitar que empezase y tener que esperar otro capítulo entero, para atajar el nerviosismo que encontraba un aliado en ese tiempo que seguía frenando mis impulsos, decidiendo que ya era el momento. Y en mi cabeza sonaron miles de obstáculos, como ese sabor a pizza que tendría mi boca, los cuales aparté en el mismo acto de presionar la tecla exacta.

En la pantalla, el menú de los episodios listos para repasarlos y una instantánea de la serie. A mis ojos, nuestros dos cuerpos tan separados como al principio, que tenía que empezar a mover, a cambiar para ofrecerme todas las imágenes que había ido diseñando allí, a fin de que esa superficie lisa y eléctrica no fuese cómplice de mis deseos, sino un auténtico testigo.

—Promete, me ha gustado —dijo Luis, que pareció satisfecho con que no le hubiese dado al capítulo siguiente.

—A mí también.

Nos quedamos en silencio, y mientras yo me preguntaba si debía

encabezar mis deseos con una especie de discurso, mi amigo resopló incómodo y me clavó sus ojos con una determinación que, por un instante, confundí como un ademán de mis propias intenciones.

—Cuando venía hacia aquí me encontré con Raquel. Casi nos chocamos, yo doblaba la Audiencia y ella subía.

No. Ella no, otra vez ella. Me había amargado no sé cuántos años con Luis, y ahora, cuando más lo necesitaba para mí, cuando más necesitaba fuerzas y seguridad, me la recordaba. Me la ponía delante, entre nosotros, apartándonos, dándome con su melena rubia en la cara para recordarme que Luis había sido suyo.

—Claro, nos quedamos cortados. Dijimos hola y seguimos andando, sin más, cada uno por su camino. Es la primera vez que nos dirigimos la palabra desde que cortamos, y es para decirnos eso y salir corriendo. Podíamos habernos preguntado qué tal nos iba, ¿no? Pero yo me puse nervioso, no me lo esperaba, y ella creo que también.

A cada palabra de Luis parecía que nos separábamos más.

—Pero bueno, me da igual verla, para mí ya no es nadie. ¿Sabes lo que más me molesta? Que cuando estábamos juntos no venía nada por aquí, y ahora parece que vuelve todo el tiempo. Es capaz de tener a otro, y por ése sí que se mueve.

Nos íbamos separando, por esa imbécil tan poca cosa que Luis no paraba de nombrar. Raquel, Raquel, Raquel, parecía un odioso ronroneo que se iba extendiendo por el salón, por el piso entero.

Pero no lo iba a permitir. No había pasado tantas noches y tantos días pensando en esto para rendirme otra vez. No había pensado en cómo sería hacerle el amor a Luis para que mis promesas se fuesen por el simple hecho de que se hubiese encontrado a esa estúpida.

—Qué más da. Si está con alguien, si no, qué importa. —Me acerqué un poco, bajo la castaña mirada de Luis. Esos labios finos, casi ausentes, medio abiertos como si se hubieran quedado a mitad de una frase, se ataban a los míos sin saberlo. —Olvídate de ella.

Mi beso no llegó nunca a producirse. Luis me apartó cuando estuve a punto de tocarlo, de una manera tan brusca que fue capaz, en ese mismo

movimiento, de encontrar fuerzas suficientes para levantarse y dar un paso hacia atrás. Aquellos dos ojos en los que había colocado sentimientos que nunca me habían dedicado, se abrieron desorbitadamente, como si fuese necesario abarcar toda la cantidad de imagen posible para comprender lo que había pasado, lo que había estado a punto de pasar. Y desde sus ojos se extendía por el resto del cuerpo una repulsión completa, que le arqueaba las cejas con el gesto exagerado, que le hacía separar los hombros del tronco y doblar los dedos, al igual que si estuviesen sosteniendo una barra, en un puño que no se cerraba del todo. Esa figura espantosa que desbordaba asco e incredulidad, se me quedó grabada. La puedo recordar perfectamente, puedo describir cada uno de los millones de elementos que la formaba. La huella de sus tenis blancos, muy recta la izquierda y la derecha abriéndose hacia un lado. Las piernas con una flexión muy suave, casi imperceptible, que se hacía notar no en las rodillas sino en su cintura, que estaba un poco más abajo que de costumbre. Pero de todo aquello —ojos, hombros, pies, piernas— lo que más me impactó fue el dibujo de sus manos. Ya he dicho que tenía los dedos curvados, en un impulso de crispación nerviosa que no terminaba de apretarlos. Era eso lo más terrible, no su cara que reflejaba su entero rechazo, sino esa muestra de violencia que no se cerraba del todo, como si su mismo apetito fuese demasiado fuerte para recordar la manera concreta en la que se recogían los dedos para soltar un puñetazo, un buen golpe. De un primer arrebató en el que quería apartarme y de un segundo que congelaba su silueta porque el anterior le había removido todos los nervios. Era algo horrible, la idea de pegarme, de utilizar la fuerza contra mí, y sentir tanta sorpresa —una sorpresa desagradable— que superaba incluso ese desahogo o esa forma de lanzarme lejos de él. No podía imaginar nada peor que esas dos manos así petrificadas, que se revolvían contra mí, las manos de Luis preparadas para un ataque que me tenían como su objetivo. ¿Podía alguien soportar algo tan terrible? Por suerte, en el momento no fui consciente de que esa escena iba penetrando en mi cerebro para no abandonarlo jamás. Con mil emociones estallando dentro de mí, unas hablándome de dolor y otras que no comprendían qué había salido mal, no me daba cuenta de que esas dos manos me odiaban y habrían sido capaces de hacerme daño. Fue un pensamiento que vino mucho después, cuando repasaba aquel incidente por el mero y extraño placer de martirizarme.

Luis se quedó así, quieto y en esa postura. No sabría decir cuánto tiempo transcurrió, y la verdad es que habría querido que fuese más. Porque no era capaz de entender que me había apartado y que todo lo que me había dicho durante tantos días era mentira. No podía asumir la última escena de mi vida y a la vez todos los sentimientos que se sucederían a ésta, tan lógicos, tan sencillos. Era imposible que, en mi última respiración —cuando había cogido aire antes de besarlo y cuando éste se había escapado de mí haciendo que yo me desinflase—, pudiera comprender que me había rechazado, que no había querido mi beso, que no podría dárselo jamás. Y durante todo el tiempo que Luis se quedó ahí yo estuve preguntándome qué sucedía, por qué había saltado del sofá, por qué empezaba a sentir algo que me ahogaba, por qué la pantalla, inmóvil y llena de colores, centelleaba en mis ojos con ese brillo tan molesto. Me indignó su luz, sus escenas de series y su menú impoluto, su perfecta tranquilidad frente a algo que, maldita sea, no quería ver. Quizás también molestó los ojos de Luis, que pestañearon una vez mientras nada de él cambiaba. Sus dedos seguían desgarrándome sin saberlo, haciéndome un daño al que volvería una y otra vez. Un puño de ira, de rebelión frente a mis intenciones. Un puño que quería golpearme. ¿Cómo podía tener ante mí algo semejante y no sentir que me destrozaba? Pero esa sensación, la de que me rompía y desmoronaba allí mismo, era tan fuerte que no la descifraba todavía. Era un zumbido intenso y agotador que se posaba sobre mis oídos ensordeciéndolos con un grito tan alocado que a la vez se deshacía en el mismo silencio del salón. Y no sabía si me dolía o si me resultaba indiferente. No lo sabía porque no lo entendía, porque no encontraba el motivo de que Luis estuviera justo ahí, justo así. ¿Qué era eso? Su lejanía, cuando acababa de tenerlo tan cerca. Cuando debíamos besarnos y hacer el amor sobre mi cama, con todos los clichés románticos que había aprendido y cuya ejecución quizás fuese espontánea o un poco fingida, un poco forzada por la vergüenza de ese cariño que salía, que se demostraba y desnudaba por primera vez. ¿Qué hacía allí? ¿Qué hacía allí y no conmigo, qué eran esos ojos que se abrían como dos flores desgarradas al arrancarlas? Y algo en sus dientes, en su lengua paralizada contra el paladar, me hizo entender que no había pasado nada más allá de esa pequeñísima posibilidad que me había confesado alguna vez, que volaba a veces a mis pensamientos para que yo, enamorado y confiado, la apartase sin darle más importancia. Que Luis no me amaba, y que mi amor le había parecido algo horrible. Que todos los esfuerzos por creer en algo

inexistente, por crear aquel momento e imaginar una y mil veces cómo sería, sólo me dejaban en un lugar bastante vergonzoso. Puede que fuese vergüenza lo primero que sentí, antes que dolor. Porque ser el centro de una mirada tan rara como ésa que tenía ahora Luis, inspiraba vergüenza por encima de cualquier otra sensación.

Supongo que no pasaron más de dos segundos, puede que menos. Supongo que cualquier otra persona que estaba ahora en el edificio, en la calle, en la ciudad entera, no notó siquiera esa fracción de tiempo. Era una rápida expresión de un actor en una película, el hecho de coger algo y empezar a levantarlo, dar una vuelta en la cama, abrir la puerta de casa. No era nada, nadie lo había percibido. Pero para mí fueron los dos segundos que determinaban lo que entonces era toda mi vida, lo que más me había absorbido y lo que tanto deseaba. Eran muchísimas horas pensando en ello, angustias y reflexiones que morían allí, que se habían unido en un mismo latido para desaparecer con él. Se iban, sin más, y yo no podía atraparlas, no podía cogerlas y dejarlas ahí, quietas y limpias, tan perfectas como cuando habían aparecido, dándome esperanzas y afianzando una seguridad que ya no tenía sentido.

Lo había intentado besar, y él se había apartado. Lo había hecho tan rápido que no me había dado cuenta de que ya no estaba ahí, cuando mis ojos casi cerrados se volvieron a abrir porque no encontraban su piel.

Dos segundos, y Luis los habría sentido tan claros como yo, con todo su perfil cayendo alrededor de nosotros, por esa pantalla y las cajas de pizza manchadas de grasa, las servilletas arrugadas, los vasos con nuestras señales. Los habría utilizado para comprender qué había pasado y a qué se obedecía ese acto reflejo que lo había dejado plantado en medio del salón. Y cuando terminaron, cuando hubieron pasado después de rozar todas esas cosas que nos decíamos y viajaban frenéticamente por nuestras cabezas, quizás creyó que debía decir algo. Que debía decirlo para aclararlo, buscando que por favor hubiera sido un malentendido. O puede que fuese porque las piernas se le cansaban en esa postura, o los hombros o sus feísimas manos. En cualquier caso, fue él el que decidió terminar con la exquisita quietud que nos gobernaba, porque yo habría empleado a saber cuántos minutos en esas dos posturas tan incómodas y, me parece, ridículas. Yo medio echado hacia un lado, él tan tenso y descolocado. Y relajó sus hombros, sus rodillas, y los

dedos se separaron tanto como lo habían hecho sus párpados, soltando aquella barra de antes para coger una gran pelota de goma, algo que sostenía con toda la rigidez de sus brazos, de sus codos hincados en el aire.

—¿Qué...?

Su voz, un poco aguda, vibró al igual que si se preguntase por qué la televisión seguía encendida, con lo molesta que resultaba su luz. Y pensé que era lo más normal, y estuve a punto de coger el mando para apagarla. No quería que dijese más, no quería que hablase de nada más. Tenía ganas de apagarla, de empezar a hablar de cualquier otra cosa. Al fin y al cabo, ¿no teníamos tanto que decirnos antes que redundar sobre algo que ya habíamos entendido ambos? Yo había comprendido su reacción, él mi acercamiento. Ya estaba, ya era suficiente, yo estaba preparado para torturarme una vez se fuese, o en ese mismo momento si prefería quedarse ahí, levantado y en silencio. No tenía que decir nada en alto, no tenía que preguntarme, no tenía que obligarme a hablar. A sacar algo que había creído tan hermoso y ahora me avergonzaba y me dolía. A decir que me había enamorado de él, y que había tenido la absurda idea de que él me correspondía. No, no podía decir eso, no podía siquiera insinuarlo. Todo aquello era ya bastante, no había que hacer esta herida más grande a base de hablarlo. Apagaría la televisión, recogería toda esa basura, nos despediríamos como siempre. Sería tan fácil, fingir que no había pasado nada, o aceptar nuestras diferencias manteniendo la cordialidad, aunque pudiese ser algo desagradable al principio. Pero no decirlo, no hacerme hablar, eso era lo último. Obligarme a reconocer algo que no tenía fuerzas para pronunciar ahora, porque se estaba rompiendo dentro de mí, porque me estaba rompiendo con ello. Se estaba deshaciendo en tantos pedazos que ya no era posible recomponerlo, ya ni siquiera sabía lo que era, lo había olvidado. Y en esa mentira tuve la impresión de que era capaz de recomponerlo en un instante, si Luis se lo pensaba y volvía a mi lado para seguir con toda esa cantidad de fantasías que había pensado tan reales. Quizás fuese eso, que estaba dudando, que estaba preguntándose si eso podía ocurrir y si lo deseaba. Mis mejillas ardieron un segundo, porque igual que antes había creído ser amado, ahora era tan estúpido como para creer que no tenía que ser el final. Y junté mis fuerzas para creerme aquello, porque volver a pensar en hablar me resultaba demasiado difícil. El “¿Qué...?” de Luis me sonó ahora de manera distinta, le di otra entonación y otra nota. Igual me quería, igual se lo estaba

planteando de verdad, igual pensaba que no era tan descabellado, eso de dormir conmigo y dejar de ser mi amigo para convertirse en mi novio.

—¿Qué cojones estás haciendo?

Ni siquiera yo mismo había conseguido convencerme con esa farsa que acababa de inventar. Y la suave, levísima capa de mi última mentira, se desvaneció casi sin que lo notara. El torbellino inicial seguía allí, dentro de mí y listo para destrozarme. Se destapó con una sencillez casi bonita, en esa frase tan ordinaria que salía de aquellos labios tan poco comunes, simple, acompañada por esa voz que no gritaba, que casi susurraba, porque me parece que la incredulidad le había aplastado la garganta hasta casi no permitirle hablar.

Y yo, ¿qué iba a responder a eso? ¿Había que responder? No pediría perdón, no tenía sentido disculparme por algo que sentía de verdad, que creía, en mi imbécil fantasía, que podía ocurrir. Sin embargo, la dignidad de mis emociones se alteró un instante cuando dije, sin darme cuenta, “Lo siento”. ¿Qué sentía? ¿Haberlo intentado, haberme lanzado? Sentía sus consecuencias, pero no el haberlo hecho. ¿Debería haberme quedado vegetando ese amor sin darle salida, sin comprender qué me encontraría con él, qué me esperaba tras liberarlo de su encierro? Creo que en el momento no me dije nada de esto, de que no podía arrepentirme, y en realidad me arrepentí con cada uno de los gestos que había utilizado durante la noche, desde mis insistentes miradas hasta ese beso fallido. Me arrepentí, porque me daba vergüenza haber sido rechazado y a la vez sentía que perdía algo mucho mayor que lo que deseaba. Sin palabras concretas, sin una forma específica, dentro de mí ya empezaban a dibujarse las consecuencias, Luis borrándose de mi vida y evitándome a partir de entonces. Y aunque todavía no era consciente con total claridad, aunque todavía no lo entendía sino que más bien lo presentía —no porque no fuese algo obvio, sino porque no era capaz de comprender tantas cosas tan intensas a un tiempo—, una sensación única, como una náusea interior, empezaba a hacérmelo saber. Que Luis se alejaba de mí, que se alejaba del todo. Que mi amigo, mi amigo de toda la vida y el más íntimo y el único que quería, dejaba de serlo. Que no quería verme más, que yo le daba asco porque había adulterado nuestra amistad con un amor que lo insultaba. Lo insultaba porque ponía su relación con Raquel bajo un prisma horrible, el de un amorío estúpido siempre bajo mi mirada envidiosa. Que ponía sus gustos, sus

verdaderas inclinaciones, como algo que yo no aceptaba y cambiaba a mi capricho. Que lo modificaban para que fuese lo que yo quería, lo que yo necesitaba entonces. Y lo ofendía enormemente, porque ahora nuestros recuerdos, a saber desde cuándo, dejaban de ser agradables momentos entre amigos, porque uno de los dos amaba y eso lo cambiaba todo. Y sin pensarlo, sin frenarme por los obstáculos que obviamente impedían mi felicidad, había tergiversado toda la realidad para adaptarla a mis antojos. ¿Qué era eso sino un egoísmo voraz, una forma de manejar a ese Luis que vivía sólo en mi mente para que se adaptase a mis deseos y colocarlo luego sobre el real, sobre ése que no podía quererme y me miraba sin entender que hubiera llegado hasta ahí? ¿Estaba aquello justificado por el amor, por haberme enamorado completamente de él y no saber pararlo? ¿Estaba justificado porque quería vivir con él todo lo que no podría vivir con nadie más? No lo cambiaba porque yo lo decidiese, porque no lo respetase y hubiera confeccionado un amigo que sí era como yo quería. No, no era eso, era algo que no sabía controlar y que se había colocado por encima de toda razón, de toda lógica. Pero, ¿cómo hacerle entender esto y conseguir su perdón, si no quería ni verme ni hablarme, si huía de mí a ojos de los demás y guardaba silencio porque incluso a él le resultaba difícil comprender lo que había ocurrido? Porque Luis dejó de mirarme, dejó de sentarse a mi lado en las clases, dejó de mandarme mensajes y me bloqueó para que yo no pudiera hacerlo.

Después de mi débil disculpa aquella noche, una disculpa que no entendía pero había pronunciado sin más, como si me disculpase conmigo mismo por haberme puesto en una situación tan incómoda, Luis se fue sin decir nada. No encontraba las palabras, no encontraba algo oportuno para un momento tan raro, algo que decir cuando todo estaba dicho. Y cuando desapareció, tras coger la chaqueta y cerrar la puerta, no fui capaz todavía de entender qué estaba pasando. Seguía ese zumbido sordo, ese grito sin aire, esa náusea, toda esa intuición que parecía adormilarse antes del estruendo final, ése que me lo mostrase todo con su verdadera cara, sin ocultar nada de su crudeza. Estando solo, con aquellas cosas que habían presenciado nuestra escena, con el sonido de la puerta al cerrarse retumbando aun en la sala, tuve un primer pensamiento que me invadió por completo, que dejó todos los demás en suspenso. Que de pequeño me daba mucho miedo quedarme solo en casa, y tener la televisión encendida me ayudaba. Pero ahora su luz me parecía

molesta, sus colores naranjas y negros, sus letras tan grandes y tan blancas. Y en un gesto tan ágil como ése que había arrancado a Luis de mi lado, atrapé el mando y la apagué. Se estaba mejor así, a oscuras, con la pequeña lamparita tintineando a un lado, con la casa en absoluto silencio.

CAPÍTULO X

Había cantantes que, en una canción lenta y sentimental, cerraban un puño mientras que con la otra mano sujetaban el micro. Lo hacía Villamil, el de Morat, cuando cantaba *Mil tormentas*. El año pasado los había ido a ver con Laura a Pontevedra, que habían ido gratis por las fiestas de La Peregrina. Y él caminaba hacia el público y cerraba el puño, con mucho sentimiento y muy sexy, como en la foto que Laura tuvo de fondo de pantalla en el ordenador. Sí, había ese puño emotivo, que a pesar de su forma dura no dejaba de ser bonito, al menos por lo que representaba. Pero no era ése el puño —o casi puño— de Luis. Era violento, rudo, salvaje. Era feo, extraño en esas manos pacíficas, tranquilas, que nunca habían tenido que removerse contra nadie. ¿Era yo el primero? Por más que lo intentase, no recordaba ni una sola situación en la que Luis hubiese tenido que amenazar o prepararse así. Y quizás hubieran existido, pero ahora no se me ocurría ninguna, ni una sola. Ni siquiera de pequeños, en nuestras broncas del recreo. Qué poca memoria, qué vacía, si de todas las escenas juntos no podía rescatar ninguna que mostrase a Luis realmente enfadado y listo para pelearse con alguien. Porque tenía que haber alguna, yo no podía ser el único. Claro que eso daba igual, bueno, no daba igual, pero no era tan importante. La cuestión era si él hubiese sido capaz de hacerlo. ¿Se habrían terminado de cerrar sus manos, si yo me hubiese levantado y me hubiese intentado acercar de nuevo a él? Seguramente sí, o seguramente no. Me habría apartado, pero golpearme... ¿Se podía golpear a un amigo tan íntimo de esa manera? Un poco de legítima defensa, quizás. La defensa aplicada a algo no correspondido, bueno, igual tenía sentido. ¿Me habría pegado? Allí, en mi propia casa, después de cenar juntos, después de tantos años juntos que había perdido la cuenta. Era una pregunta que no sabía responder, y que sin embargo no paraba de formularme una y otra vez, intentando que a la siguiente se esclareciese mi duda por un detalle que antes no se me había ocurrido, por un nuevo razonamiento con el que no había dado aún. Pero esa misma pregunta iba naciendo y muriendo sin resolverse. Me sentía cansado, cuando en veinte ocasiones seguidas había repasado las manos de Luis sin encontrar aquello que —si existía— terminaba con el enigma. Y aunque pudiera parecer una tontería, para mí esa cuestión era muchísimo más importante que el resto. De una manera enferma repetía las palabras idénticas

como si su dolor me ofreciese algo nuevo y curativo, algo que necesitaba justo en ese momento y justo de esa forma, algo que no podía dejar para más adelante, que debía ser pensado y solucionado ahora, en esta misma situación que se trasladaba a otras muchas, a casi todas, a mi oscuridad mientras lloraba aquella noche que esperaba estar acompañado, a la mañana, a otras noches y mañanas. Me lo preguntaba cuando Laura volvió y me contó todo lo que me había dicho por teléfono una vez más, con otros tantos datos como la distribución del sitio o que algunas chicas habían ido maquilladas y con tacones de aguja. De su discurso apenas pude extraer eso, lo de los tacones, lo de que el sitio era muy amplio y se sentaron en unas butacas sin mesa, por lo que tuvieron que apoyar el examen sobre una tabla que dejaron encima de cada asiento. Me quedó un ligero eco de su risa, cuando ya relajada por haber terminado y haberlo asumido, me repetía lo empapados que habían llegado. Pero eso eran tres detalles tontos en comparación con todo lo que me habló, porque esa cantidad de palabras que me tenían como su único objeto, un objeto que querían y que deseaban que las escuchase, chocaban con mi eterna pregunta. ¿Me habría pegado Luis? ¿Sería capaz de tanto? ¿Tan terrible había sido mi ataque como para golpearme, después de todo lo que habíamos compartido? Esa duda no me abandonaba. Seguía ahí, perfecta, suspendida en el medio de mi mente para que los demás pensamientos se evaporasen al acercarse. Única, brillante, preciosa, con miles de colores rojos y tostados, socavaba mi atención entera y la replegaba en sí misma. Lo quería todo de mí, me absorbía y me hacía suyo. Era ahora mi nueva amante, mi inseparable compañera, esa novia que no había imaginado y ahora sólo me hacía vivir para ella. Y tan nociva era su existencia, tanto eclipsaba el resto de la vida, que durante al menos veinticuatro horas no fui capaz de pensar en nada más. No me decía nada respecto a mi soledad, respecto a haber perdido no sólo mi amor sino también mi amigo, respecto a los días y meses de sufrimiento que me esperaban, hasta que pudiese superarlo. Sólo podía pensar en eso, en la eventualidad de aquel golpe, de aquel puñetazo. Y cuando lloré al haberse ido Luis, y cuando lloré al día siguiente mientras seguía en la cama, o cuando me metí en la ducha en mitad de la tarde porque no lograba contenerme, lloraba sólo por ello. Porque le había visto dispuesto a pegarme, porque necesitaba de algún modo saber si lo habría hecho.

Tras ese primer día mi idea, aún protagonista en mi interior, se volvió

más democrática. Así fue dejando que otros pensamientos, lentamente y con mucha calma, fuesen ocupando segundos de mi existencia. Fue entonces cuando me asomé por primera vez al dolor que me esperaba, que se desarrollaría a lo largo de un tiempo donde esperaba yo encontrar su mayor crudeza y su paulatino alivio. Ahora era todavía muy frío, algo quieto que parecía esperar su turno, allá cuando me dejase de obsesionar la imagen de aquellos puños. Por eso pude verlo de una manera más objetiva, calibrar su posible duración y el nivel de tristeza exacto en el que podía hundirme. Aventuré que duraría más o menos hasta el final del verano, cuando los vapores de aquel descanso hubiesen cicatrizado la herida a fuerza de cambiar el ambiente y la disposición de los días. También pensé que en cuestión de una semana llegaría al éxtasis del dolor, que sería bastante duro porque, de alguna manera, tendría que acostumbrarme a la idea de no poder cumplir con aquello que seguía ardiendo dentro de mí. ¿Por qué una semana? Porque tendría que aceptar que tener a Luis lejos durante las clases era un hecho, y no un fenómeno aislado como el que acababa de vivir —que acabaría de vivir entonces, tras haberla pasado—. Porque también habría que saber que no íbamos a quedar ninguna tarde más, ni vernos con normalidad cuando saliésemos por la noche. Seguramente me quedaría en casa ese jueves y ese sábado, por no saber afrontar la situación, por no tener ganas de divertirme ni menos aún de intentarlo sin él. Y todo eso sería el componente perfecto para que mi dolor, ahora adormecido por la novedad y mis extrañas fijaciones, surgiera con su peso completo tras ese tiempo. Me refería, claro, al dolor de haberlo perdido y tragarme todo ese amor sin que encontrase más recipiente que una frustración imposible de arreglar. Porque el dolor de su rechazo, del hecho como tal y la vergüenza que se unía a él, ya lo sentía plenamente. Mi continua pregunta no era más que la manera en la que se me aparecía, torturándome por su incansable reiteración y mordiéndome cada vez con más fuerza. Era en realidad tan fuerte, que ni siquiera mis estúpidas cuentas matemáticas sobre el otro daño me habían podido entretener al menos unos instantes. Mientras lo pensaba, mientras lanzaba al aire esa semana en la que debía encontrarme con el nuevo orden y aprenderlo, toda mi cara se contraía porque me faltaba el aire, porque me retorció por dentro y no sabía pararlo.

Me eché en cara los motivos que me habían ayudado a convencerme de que Luis me amaba. Los fui destrozando uno a uno, con la misma facilidad con

la que los habría destrozado de haber querido ver la realidad y no mi capricho. Cuando ya no me quedaron más mentiras que atacar, me eché en cara mi propio mi amor. La estupidez de su existencia, lo inapropiado que resultaba. Cómo complicaba mi vida, cómo complicaba la de Luis en cierto sentido, cómo rompía algo verdaderamente bonito por el simple hecho de aparecer. No entendía que tuviera que estar ahí, que hubiera arrastrado de esta manera mi rutina y mi relación, no entendía que yo no pudiera disponer de él y apartarlo cuando quisiera. No comprendía nada de él, pero a pesar de ello seguía sintiéndolo y llenándome. Continuaba ahí, impoluto tras esa tormenta, y me parecía aún más claro que antes. Como si al haber perdido ya toda perspectiva de tener a Luis fuese más obvio mi deseo, más profundo. Lo echaba de menos con más ganas de las que antes sentía por tenerlo, lo necesitaba a él y sus mensajes y su voz más de lo que lo había querido. En el perfil negativo de ese amor, se clavaba en mi piel con mayor fuerza y no podía distraerlo ni por un segundo. De hecho, no era capaz de olvidarlo por mucho que procurase pensar en otras cosas, o por mucho que esas cosas vinieran a mí por sí mismas, como cuando volvió mi familia.

Por supuesto, Luis dejó de sentarse a mi lado en clases y en la cafetería. No nos saludábamos, no nos mirábamos, no había ningún gesto entre nosotros. Era un desprecio mudo, público y tan claro como el de Daniela en su momento, donde a ojos de todos y sobre todo los míos, se demostraba que no existía absolutamente nada, ni un poco de amistad, mucho menos de amor. Sí, era la misma actitud que ella había adoptado. Pero cuando Daniela me había importado muy poco y sólo removía una pena por compasión, ahora era muy distinto. Y en cuanto a Daniela, creo que intuyó lo que había pasado al ver nuestra repentina separación, nuestra falta de comunicación, cómo nos rehuíamos por la incomodidad de encontrarnos, y no ya la incomodidad, sino también la aversión más sincera. No había pensado en ella, ni siquiera me había acordado de su papel privilegiado en mis intimidades, hasta que el tercer o cuarto día de clases me miró fijamente cuando Luis fue a ocupar su nuevo lugar en el aula. Era una mirada tan dulce como la que me había ofrecido esa noche de Carnaval, al darse cuenta de mis sentimientos incluso antes que yo. Una mirada que, de la manera más desnuda, me decía cuánto lo sentía porque, como seguramente había imaginado ya entonces, era imposible que me correspondiesen. Si aquel lunes por la mañana, cuando había llegado

tan temprano, ya había empezado a resultarme antipática, esa sensación no hizo más que crecer ahora. No vi en ella una posible amiga que me conocía mejor que todas las demás. Vi una maldita entrometida que escarbaba en mis secretos y en la vergüenza de mi rechazo sin pensárselo. Sin tener un poco de pudor, un poco de tacto al menos. Me arrojaba su sabiduría como si fuese algo admirable, y como si yo debiera tomarla en consideración por ello. Era una sensación rara en la que me parecía que me forzaba a tenerla por confidente, a aceptar su tibio cariño y, si quería, llorar en su hombro. Como si yo necesitase llorar con alguien, como si tuviese ganas o quisiera una persona a la que contarle todo, si bastante complejo me resultaba ya contármelo a mí mismo, vivir con ello y aceptarlo. Sus negros ojos de pena me parecían insultantes, irritantes e impertinentes. En una afectación ridícula, en un patetismo absurdo de creerse mi salvadora sin serlo. Se ofrecía como mi pañuelo, algo en lo que enjugar mis lágrimas y mi despecho para que así se convirtiese en mi más cercana amiga, mi querida Daniela, la que mejor me conocía.

Me inspiró un odio automático, que recogía mis últimas impresiones de ella para terminar de desplegarse. Ahora, pensando en todo lo que aborrecí a Daniela, me parece imposible no experimentar de nuevo ese pinchazo de inmensa vergüenza que se volvía más latente por la mirada de alguien que la conocía, esa indignación por ver mis emociones así descubiertas, sin poder esconderlas y dejando que aflorasen sin quererlo. Y si bien unos y otros tuvieron que comentar nuestra radical separación, nuestra manifiesta enemistad, era precisamente ella quien más me molestaba, por no tener que murmurar con nadie, sino por adivinarlo de una forma tan sencilla. Quizás ella tendría que haber evitado mirarme así, porque yo no tenía que estar listo para aceptar su papel de confesora. Quizás debía haber fingido no saber nada, evitar mis ojos para que no fuese aún más difícil mi situación.

Puede que en mi interior le exigiese unas reservas que nadie habría observado, no lo sé, en cualquier caso no puedo exculparla del todo, no puedo decir que no hubo nada inapropiado e indeseado en su elocuente silencio. Pero de todos modos, mi odio fue exagerado. Sin medir la cantidad de reproche que se merecía, vertí sobre ella gran parte de la frustración que sentía conmigo mismo, y la hice objeto de una rabia desmedida. Todo era por ese amor, por ese horrible sentimiento que había hecho desaparecer tantas cosas. Mi mejor amigo, que había estado siempre a mi lado, se iba ahora por culpa de aquello,

de algo que estaba dentro de mí pero personificaba y colocaba a mi izquierda, como un alter ego que me seguía y devastaba a su antojo cuanto me importaba. Cogido de mi mano, irradiaba una luz que hacía que yo desapareciese, y esa persona que era y que había sido querida y valorada, desaparecía para que sólo pudiera verse ese acompañante. Luis ya no me veía a mí, veía ese amor que desechaba, y por eso se sentaba en otra parte y hablaba con otra gente. Lo mismo ocurría con Daniela, que ya no estaba frente a ése que conocía desde hacía casi tres años, sino frente a un hombre enamorado de su amigo. Esa maldita parte de mí, que aunque colocase fuera estaba muy dentro, distorsionaba la realidad de otros y la mía propia, porque cuando apretaba mi mano para intentar que me la soltase, lo sentía todavía más fuerte. La distorsionaba de modo que ya no podía mirar a Luis y ver al Luis de siempre, sino al motivo de mi amor, a alguien que a pesar de su repugnancia quería besar, quería abrazar, quería tener para mí solo. Tampoco podía ver en Daniela la chica que era antes, y observaba esa inmiscuida que me enfurecía. De esa forma lo que yo era para algunos cambiaba igual que ellos para mí, y lo que había tenido se perdía. Ya no estaba mi amigo, ya no estaba esa amiga que sin haber podido amarla había querido y admirado.

Poco a poco, distorsión alcanzó a muchos más que Luis y Daniela. A los compañeros de clase, que habrían tenido que darse cuenta de nuestra separación voluntaria. A la sonrisa de Cati al darme y recogerme el ordenador, que me pareció distinta, al tono con el que el chico nuevo me cantaba el precio y a las gotas de tinta de sus brazos cuando cogía mis monedas. A casi todas las personas con las que me cruzaba, como si pudieran ver ese otro yo que caminaba a mi lado y se preguntasen, dando justo en el centro de mi dignidad y orgullo, cómo había podido ser tan tonto. Pues lo que más me asustaba de que los demás se dieran cuenta no era la existencia de mi amor o la inexistencia del de Luis, sino que yo hubiera creído que podía corresponderme. ¿Qué había utilizado para caer en un error semejante? ¿Cuántas cosas me había imaginado? La presión de haber sido tan estúpido, tan crédulo, tan infantil, me afectaba más de lo que habría pensado. Y mientras en la intimidad me consagraba enteramente al dolor, en tanto me presentaba en la universidad sólo me repetía aquella vergüenza, haber pensado que Luis me querría, haber creído en algo tan imposible y patético. El ardor por un rechazo tan lógico me quemaba, y junto a ello, sin un poco de piedad, empezaba a quemar las

fantasías de las que me había convencido, sobre ésta de que aquella noche haríamos el amor. Era la más cruel de todas, la que tocaba más mi sensibilidad y me destrozaba. Entre personas que ya habrían pasado por relaciones y encuentros, yo era aquél que había cifrado su primera vez en algo que no ocurriría nunca, el que había querido honrar un sexo que todavía no conocía con las grandes palabras del amor. Si antes mi virginidad era un peso muerto, ahora se volvía más difícil de llevar. Todo lo que había pensado de ella y lo que me había prometido para perderla me parecía tan absurdo, acentuaba tanto mi imbecilidad, que me angustiaba todavía más que antes, que me parecía más odiosa, más enorme y luminosa.

Quería deshacerme de ella cuanto antes. No sabía cómo, no sabía de qué manera, y aun así lo coloqué a la cabeza de mis prioridades. Pensaba que contar con alguna experiencia, con un momento de intimidad que superase todos los vividos, dejaría el incidente con Luis en un lugar más modesto de mis recuerdos, como si mis sentimientos se pudieran medir en función de los actos físicos que los acompañaban, y ese intento de besarlo se volviese una nimiedad por una pasión nueva y seguramente esporádica. Creía que conocer otro cuerpo volvería mis delirios sobre los labios de Luis una chiquillada con muy poca importancia.

Acepté ese absurdo por la desesperación para encontrar algo que aliviase mi dolor, esas muelas que me nacían en el cuerpo y me agrietaban y rompían, ese maldito y odioso amor del que no podía separarme por más que lo aborreciese. Me convencí, con la misma candidez que me había llevado a mi última equivocación, de que entregarme a otro rebajaría esa tristeza tan grande, aquélla que me invadía cuando pensaba que no podía tener a Luis. Necesitaba una salida antes de que llegase aquel final de verano que, esperaba, acabase con eso. Era demasiado tiempo sufriendo, y el sufrimiento resultaba más insoportable de lo que había esperado aquel primer día, cuando esas emociones eran tan jóvenes y desconocidas que no las había juzgado bien. Pero éste no era el único motivo de mis prisas y mi determinación. Quería dejar de ser virgen porque, de seguir manteniendo mi integridad, seguiría dándole importancia. Seguiría teniendo ese muro que me hacía misteriosas las relaciones adultas, las relaciones completas. Era imposible desdeñar el hecho de tener una pareja si yo no conocía aun lo que ofrecía, si para mí era algo extraño. Necesitaba acostarme con alguien y dejar de

fantasear con quien no me quería, tomar eso que yo había tildado de sagrado como un acto cualquiera y despreciarlo a la vez que lo tomaba. Que para mí ya no significase nada especial, que fuese algo conocido y que ya no captaba mi atención como antes. Y, sobre todo, quería hacerlo sin amor. Que no hubiera ningún sentimiento, ni siquiera una gran atracción. Tener sexo con la misma vanidad con la que había besado a alguna mujer durante las noches de fiesta, sin quererlas ni apreciarlas. por el mero placer de encontrar otros labios, de notar otro aliento que se unía al mío. Había creído tanto en mi amor, que deseaba justo lo contrario. Tener a alguien como tendría a cualquiera, darme un placer físico con la misma implicación que cortaba una onza de chocolate. Nada de amor, nada de sentimiento.

En el plazo de la siguiente semana, después de esa primera en la que me tenía que acostumbrar a la nueva situación, tomé esta decisión por aquellos desastres de mi orgullo, por aquella enfermiza cólera con la que insultaba mis emociones y buscaba la forma de quitármelas. Hacía diez días desde que Luis me había rechazado, diez días donde mi dolor no había llegado a estancarse, sino que parecía ir creciendo en contra de mis predicciones. Sin saber qué hacer con él, dejando que mis días se fuesen escurriendo entre la tristeza y la rabia, entre las preguntas tontas y las angustias, decidí que quería, al menos, cambiar aquello. Así evitaría que me volviese a pasar lo mismo, aunque era incapaz de imaginarme enamorándome de otra persona, ya por las inmensas curvas de mi amor, ya abrasado por la vergüenza que me impediría querer a nadie más por no experimentar otro abandono. No obstante quería hacerlo para que mi amor por Luis ya no fuese tan intenso, tan puro.

Algo que me había robado muchísimos pensamientos felices era la idea de entregarle mi primera pasión, un privilegio sólo mío del que él no podía disfrutar. Pues bien, entregándole a otro mi amor dejaría de contar con esa bonita ventaja, y en el imposible caso de recuperar a Luis y escuchar sus palabras de afecto, yo ya no tendría eso que ofrecerle. De esa manera me pareció que protegería mi interés, en una explicación que no era sino una redundancia de lo ya dicho. ¿Tenía algún sentido? Para mí lo tuvo, un sentido más cristalino que todas las realidades que ahora me reprochaba. Fruto del daño, quería que mi cuerpo experimentase todos sus placeres sin gozar de ese amor que yo había visto como el suplemento perfecto, tan perfecto que cambiaba el hecho en sí haciendo de él algo muy distinto y único.

Mi amor se llevó a Luis, a Daniela y también mis fantasías sobre esa primera vez, para darme a cambio algo muy diferente y que no coincidía con nada de lo que yo había imaginado. Se llevó tantas cosas, al menos durante un tiempo que era irrecuperable, que cada vez que pienso en ello me vuelvo a preguntar por qué tuve la mala suerte de sentirlo. Tan inoportuno, tan indeseable. Un amor desgraciado e impertinente, que por algún macabro plan me había tocado sentir a mí. Un amor que ahora me empujaba a querer a cualquiera por unos minutos, al primero que se ofreciese, sin importar de quién se tratase. Me sentía con fuerzas para arrojarme a alguien, y lo único que me preguntaba, lo único que me frenaba, era no saber quién. ¿Quién podía entregarse a mí de la manera fría e insensible que deseaba? ¿Quién me querría de esa forma, si no sabía dónde encontrarlo, si en mi entorno no se me ocurría ni una sola persona? Veía compañeros de clase a los que no quería darles la oportunidad de apartarme, porque ya era suficiente con la lejanía de Luis. Veía gente con pareja, gente que no podía servirme porque yo nunca les gustaría. ¿Dónde había alguien que encajase en mis necesidades? Alguien que no pudiera quererme sino de una manera tan material como ésa, que no pudiera de ningún modo sentir ni desear amor, que detestase la idea del amor tanto como yo. Que la separase completamente del sexo, del llano encuentro que yo buscaba.

Se me ocurrió en la mitad de esa segunda semana. Su cara, antes que su nombre, se me dibujó como por casualidad, en un momento en el que ni siquiera estaba pensando en ello. Centrado en algo que ya no recuerdo, por un detalle del que tampoco me puedo acordar, sus facciones vinieron a mi mente sin darme cuenta. Y en el mismo momento en el que aparecieron, mis planes se cerraron sin que yo tuviera su control, como si esa persona que volaba porque sí a mi cabeza se hubiera engarzado a mi idea del hombre perfecto para no borrarse ya.

Tuve miedo. Encontrar a alguien me obligaba a acercarme a él, yo, que era un absoluto inexperto y un reciente fracasado en ese tema. Pero tenía que hacerlo. La rebeldía, la lucha eterna que le había prometido a mis sentimientos, me empujaban a tomar decisiones tan rudas como ésa, me obligaban a realizar actos y acercamientos tan raros, inesperados y alocados como ése. No sé si fue por la rabia, por el dolor, por ambas emociones juntas. Pero tras dudar muchísimo durante toda la noche, asumiendo mi miedo y

engulléndolo entero para que no me pudieran temblar las piernas, cogí el ascensor y subí al cuarto piso. Decidido, mientras los sonidos del ascensor me recordaban las fibrosas piernas del decano, me repetí que podía hacer eso y que debía hacerlo. Que lo merecía, que saldría bien, que era tan frío y falto de amor como me había prometido. Miré al espejo, y mis labios estaban un poco más blancos de lo habitual. Estaba muerto de miedo, y aun así seguía avanzando. No sabía cómo lo haría, no sabía qué era exactamente lo que me empujaba a algo como eso. Perdí el sentido inicial de mis proyectos, el motivo que me había repetido en tantas ocasiones tan distintas, las razones en las que me había enredado para diseñar esa majadería a la que ahora me arrojaba sin aliento, desprotegido y empeñando todo lo que poseía, mi estabilidad, mi situación, cuanto yo era. Con los labios blancos, con demasiadas impresiones hablándome de recuerdos y futuros desastres, con las piernas —a pesar de mis esfuerzos—, describiendo intermitentes sensaciones de pánico. Con la imagen de los puños de Luis, que no llegaban a cerrarse.

CAPÍTULO XI

Llamé a la puerta del despacho y fue el propio sonido de mis nudillos el que me despertó. Había llegado allí como por inercia, dándole vueltas a demasiadas cosas, removiendo un odio que empezaba a asentarse en mi interior como si se tratara de un viejo adorno de mi personalidad. Con odio había subido en el ascensor y había cruzado el pasillo silencioso, incluso así había alzado mi mano hasta que algo tan plástico como el tacto de la madera me hizo darme cuenta de que era real. Que no se trataba de una de las pesadillas de anoche, donde estas ideas extravagantes se mezclaban con imágenes grotescas y sin sentido. Que no era una de mis alucinaciones, cerrando los ojos y creando situaciones que de ningún modo viviría. No, eso era cierto. Había llegado hasta allí, y ahora ya había hecho algo para lo que no había vuelta atrás. Claro que siempre podía dar la vuelta e irme corriendo, echarme a las escaleras para que no pudiera verme aunque saliera a asegurarse de si verdaderamente habían llamado a su puerta. Ahora, al segundo toque que retumbaba y vibraba desde mi mano para extenderse por aquel largo piso, todavía estaba a tiempo. Y por si no fuese suficiente, un timbre que conocía perfectamente –“Adelante”– respondió a mi gesto para aseverarme que estaba allí, que era cierto, que el ruido no podía despertarme.

Sudaba un poco y a la vez tenía los dedos fríos. Era una sensación desagradable, y toda mi razón me gritaba que lo más prudente era irme de allí. Hacerlo ya, a toda velocidad, arriesgarme a que se me rompiera una pierna por la carrera escaleras abajo. Eso era lo que ocupaba mis pensamientos ahora, lo que le daba a mis rodillas y a mi vientre un cosquilleo de mil caricias impresas con la punta de las uñas. Sin embargo, no hice caso, y obedeciendo a aquella voz que tantas veces había declamado desde el atril, moví el pomo y entré. ¿Por qué lo hice? ¿Por qué fui tan atolondrado, por qué me dejé guiar por un instinto tan extraño y que tan poco coincidía con mi forma de ser? Me había apoderado un sentimiento animal, una voracidad que me impulsaba a acabar con todo lo que en su día había juzgado hermoso y correcto para hacer algo que no podía accionar ni uno solo de mis sentimientos. Quería romper con las exageraciones que me fueran posibles, quería devorar y ser devorado haciendo gala de la vulgaridad más elemental. Sí, vulgar, aquello era vulgar. Presentarme ante mi profesor, aquél que sabía le

habían roto el corazón. Presentarme a un ser humano —imaginaba— tan devastado como yo, para preguntarle si quería protagonizar a mi lado algo puramente físico, algo instintivo donde no hubiera ni un solo signo de cariño. Es verdad que lo primero que se me vino a la cabeza al pensar en él, en su idoneidad para mi proyecto, era su última y desgraciada historia de amor. Me figuraba que se sentiría tan hastiado como yo, igual de predispuesto a quererme a cambio de nada, a cambio de una especie de revancha que a nadie le importaba pero, de algún modo, saciaría nuestra sed de renunciar a esa belleza en la que habíamos creído. Era simple, ordinario, y a la vez no dejaba de tener un matiz romántico que seguía fastidiándome. Como si sacrificase mi amor por haber sido rechazado, como si me inmolasen por alguien que ya no me hablaba. No estoy seguro si había algo de eso, si se podía ver de esa manera. Quizás sí, no sé, no poseía ese grado de sensibilidad, esa capacidad de observación que podía analizar mi comportamiento hasta dicho punto. En cualquier caso, admitía algo tristemente poético y me enfadaba. Quería absoluta bajeza, algo así como si pagase a cambio de un encuentro donde de ningún modo podía haber amor. Y llegué a pensar que era así, porque si ese hombre se interesaba por mí no sería más que por mi juventud, por mi tierna inexperiencia, por entregarle una virginidad que no conocía y no creía que le llegara a confesar. La destrucción de mi primera vez y las fantasías que con ella había imaginado eran algo que me pertenecían sólo a mí, un acto tan soez que no quería compartir con nadie más. Y ahí, en ese pago, estaba la segunda faceta que me pareció perfecta. Me atrajo su edad, me atrajo que me llevase —calculo— algo más de veinte años. Nunca me habría gustado un hombre de su edad, un hombre como él, y menos aún me habría gustado para que fuese el primero de mis intimidades. Sus dos ojos saltones habrían visto tantas cosas que chocaban directamente con los míos, que recordaban y clasificaban besos de mujeres ya olvidadas. ¿Qué podía ser yo sino un juego para él? ¿Qué podía ser sino una distracción pasajera, un brindis por probar un poco de esa juventud que algún día pasado podía haber solicitado de manera legítima? Una golosina, un caramelo picante. Eso sería yo entre sus labios, nada más que un niño tonto y perdido del que sacaba todas sus bellezas una a una, sin que le temblasen las manos, porque había deshojado suficientes pieles como para que la mía le intimidase. Un placer que no llamaría prohibido, pero sí indecente, que se permitiría por la misma razón que yo perseguía a alguien que no me atraía más que por su accesibilidad. Por el simple despecho.

Como un muchacho violado por un hombre mayor, mis ojos se clavarían en los suyos cuando finalmente nosuviésemos, cuando rompiésemos lo que, para qué negarlo, seguía haciéndonos daño. Pero este muchacho era el que tomaba la decisión, el que iba hacia él, el que lo recababa para sí y lo utilizaba a la vez, en un revés de las normas lógicas, del hombre que abusa del joven, que saca ventaja de su inexperiencia para poder tenerlo. No, no era el débil aquí, no era el utilizado. Él me usaría, sí, pero también yo a él. ¿Había algo más sucio, feo y falto de emociones? ¿Había algo más llano para demostrar que todo aquello, que todas esas ideas de niño sensible, se habían muerto? Me daba igual el cargo de conciencia que podía quedarle, me daba igual lo que pensase y los remordimientos que pudiera sufrir, si es que llegaba a sufrirlos. Yo quería eso, y estaba ahí para ello. Recibía esa voz diciéndome “Adelante” como se me abriese las puertas de la vulgaridad más obvia, más clara y extendida sobre la palma de mis manos. Era un recibimiento tan frío como lo que quería obtener. Y, sin saber lo que sacaría de aquella visita que no había planificado demasiado, que venía a mí por el tortuoso movimiento de mis piernas, entré en el despacho sin hacer caso a mis miedos y a esa razón que seguía gritando dentro, con el portentoso latido de todas esas ideas que me cambiaban y guiaban.

Sentado frente al ordenador, con su traje negro. Con sus pelos también negros, caídos hacia los lados por una raya al medio. Una especie de flequillo de cuatro mechones que se precipitaban al comienzo de la frente, nacidos de un raro remolino que le coronaba la cabeza. Y esos ojos que se salían de su sitio, enormes y muy claros, casi transparentes. Su cuerpo, muy alto y delgado, contenido en la silla. Escondido tras la mesa, con las manos grandes y fuertes entrelazadas en un lugar que no podía ver. Esa mole marrón del escritorio lo tapaba como si intentase frenar mis intenciones, como si me diese una última oportunidad para darme la vuelta y correr.

“Buenos días”, le dije, y su cara, al contestarme, no mostró ningún signo de conocerme. Puede que le sonasen mis facciones, igual un poco, de ese examen oral que habíamos tenido o por las clases donde había seguido fielmente su voz. Puede que tuviera un lejano recuerdo mío, esa cara sentada en la tercera fila, día tras día para anotar y admirar sus discursos de Tributario. Pero en cualquier caso, si había algo de mí en su cerebro, era tan distante y diminuto que no se traducía en esa cara activa y expresiva que se

movía sin parar en las clases, que se sonreía a una frase que le parecía hermosa —porque para él su materia era hermosa—, que se volvía rígida cuando alguien le molestaba y dejaba la barbilla un poco colgante. Su barbilla puntiaguda de cara alargada, como la cabeza de una flecha que contrastaba con esas grandes redondeces de los ojos. No me conocía, desde luego, pero esos dos globos me repasaron en una sola mirada, absorbiendo cada detalle de mi cara y engulléndolo como parecían engullir cuanto contemplaba. Me parecieron bonitos, porque realmente lo eran. Nunca me había fijado en ellos con el detenimiento de ahora, con la libertad de un segundo de silencio en el que mi mente empezaba a funcionar de una manera frenética e histérica, pero que dejaba un hueco para el simple placer sensual de aquella imagen. Casi viéndome reflejado en ellos, una estrella de luz iluminaba la esfera acuosa y parecía resbalar hasta las negras pestañas. Era una luz tan fuerte, volvía aquellos cristales tan vidriosos, que casi daban miedo. Como si pudieran estallar por un brillo demasiado vivo, parecían ofrecerme su última mirada antes de deshacerse. Y en esa última mirada sólo pudieron ver mi rostro estático, que en lugar de moverse nervioso a ambos lados, se quedó absolutamente quieto por la duda de qué decir, cómo encarar aquello, cómo acercarme a ese hombre que me seducía por la mera presencia de sus ojos, de su traje negro, de su pelo también negro. Me seducía no por sí mismo, sino por lo excitante de esa situación, por tener delante al que, suponía, me descubriría todo lo que no podía conocer todavía. No me gustaba, y cuanto más lo miraba más sentía deseos de tenerlo. Aquella idea, aquel plan, resultaba muy frío en la esencia, pero al empezar a sentirlo, al notar que me movía por él y para él, me enseñaba un lado cálido que me atraía aún más. Era ese despacho, ese lugar, ese timbre grave y gutural con el que me decía “Discúlpeme”, porque el móvil sonaba. Qué hacía ahí, qué iba a buscar, y por qué era tan excitante pensarlo.

Quizás fuese porque se trataba de una aventura en la que no empeñaba nada, algo muy distinto a lo que me había ocurrido con Luis. Cuando imaginaba cómo besarlo, hipotecaba en su respuesta todo mi amor y mi estabilidad. Ahora no ofrecía más que mi cuerpo, que mis sensaciones más llanas, y desear algo tan gélido me parecía atractivo. Atractivo por lo rudo que resultaba, por la brutalidad que suponía. Por mi poder, allí de pie, usando todos los resortes de mis fuerzas y mi carisma para algo que quería de una

manera tan simple, tan —de nuevo, era lo que mejor lo definía— vulgar. Y aquel día no pretendía nada demasiado intenso, no pretendía, por supuesto, hacer el amor en aquel despacho. Pretendía mostrarme y prender una llama que pudiese terminar en mis únicas intenciones, saber si estaba dispuesto, si pensaría en mí con una mirada golosa, aunque ahora me turbaba un poco preguntarme cómo reaccionarían esos ojos que en perfecta calma ya me hipnotizaban.

Se levantó para coger su teléfono, que sonaba en el bolsillo del abrigo colgado en el perchero de la entrada. Casi tocándome, pasó a mi lado para alcanzarlo sin que yo me moviese. Era una actitud maleducada, sí, pero yo veía en ella algo agresivo. Una actitud agresiva, una visita completamente agresiva. Un objetivo agresivo.

Sacó el móvil y colgó la llamada o quitó el sonido. Con mucha delicadeza, dejó caer el teléfono en el bolsillo y lo apretó un poco con la punta de los dedos, como si ese gesto fuese suficiente como para cerrar algo que no tenía ni cremallera ni botones, como si acercar las dos partes que delimitaban ese hueco fuese lo más acertado para salvaguardar su móvil de posibles caídas. Pude verlo porque, en lugar de sentarme o quedarme mirando al frente, me giré para que, cuando se diese la vuelta, nos quedásemos frente a frente. Una vez allí, sin querer cambiar mis propósitos, no me quedaba más remedio que utilizar mi carácter por entero, que poner todo lo que poseía allí mismo, en ese despacho cuadrado, y enseñárselo con una desnudez completa. Y esa desnudez lo sorprendió, cuando se dio la vuelta y me encontró mirándolo de ese modo, tan directamente y ahí mismo. Si su rostro no se había inmutado cuando crucé la entrada, ahora se paraba y me dedicaba un estudio tan poco disimulado como mi comportamiento. Para verme bien, traduciendo en su boca lo que pensaba, torció un poco la expresión mientras se preguntaba qué demonios quería y por qué tenía que aguantar a chalados que se presentaban de una forma así de indecorosa. Sin constreñir las reservas que yo le inspiraba, ni ese asco a una duda que no sabía si quería resolver —quién me creía que era y por qué tenía esa chulería—, cruzó los brazos deteniéndose en el mismo punto en el que yo le había atrapado. Parecía que quedándose allí en lugar de refugiándose en su sitio privilegiado aceptaba una tácita propuesta de combate y medía su presencia con la mía. Imaginaba que yo había ido hasta allí para pelear, y que si lo miraba de una manera tan obvia, sin molestarme

por apartarme cuando tenía que caminar a mi lado, era porque estaba dispuesto a ponerme a gritar y montar un escándalo. Seguramente la reclamación de una nota —los de su asignatura de segundo, por ejemplo— o algo semejante. Así, sin dejarse intimidar, se plantaba a mi lado y arrugaba las mangas de su americana negra, adoptando una postura más desafiante que la mía para intentar achantarme.

Y yo quería pelear, sí, si se podía llamar a eso pelear. Quería pelearme con sus reservas, pero no las que me mostraba ahora. Sus alocados ojos gigantes me parecieron entonces más hipnóticos por la seriedad de su expresión, por la forma en la que medían qué pasaría y cómo reaccionaría.

Abrí la boca para decir algo, pero él se adelantó. Puede que a mi intención de hablar pensase que iba a comenzar el huracán, y quiso darme un segundo más que me lo pensase, a saber, el tiempo que tardaba en pronunciar una fórmula de cortesía con la misma voz grave que antes, pero más firme y seca. Su mentón levantado, más alto que el mío, hacía que esa flecha me apuntase directamente a la cara, y pensé que quizás podría haber tenido mejores resultados utilizando una dosis más de dulzura. Pero no quería dulzura, no quería ser el muchacho del que abusaban, aunque terminaría siéndolo de cualquier modo, a ojos de cualquier tercero.

—Dígame, ¿qué quiere?

Saboreó cada palabra como si saborease su posición sobre la mía, su carencia de miedo ante un alumno pesado y creído. Me dio la impresión por su actitud no sólo de que era ese hombre serio que ya conocía, sino que seguramente ya habría vivido alguna escena desagradable en ese mismo lugar.

¿Qué quería? ¿Cómo contestarle a eso? Quería que nos uniésemos para que el pasado dejase de doler tanto. Quería que me hiciese el amor para que el sexo se mostrase a mí con la cara más vacía posible. Quería un momento de placer, de brutalidad mutua, de abandono absoluto de unas emociones que había considerado sagradas. ¿Podía decirle todo eso? ¿Cuál era la mejor manera de contarle que estaba ahí para él, para su disfrute, y que lo quería para el mío propio? ¿Cuáles eran las palabras exactas para hacerle entender que me habían dañado hasta un nivel que no creía que existiese, y que me dolía y escocía tantísimo que necesitaba algo como esto? Que lo quería para callar mi despecho, para colmar una serie de necesidades que ya veía imposibles, en

las que no pretendía volver a pensar ni lograr. ¿Había palabras suficientes para decir eso? ¿Podía encontrarlas y pronunciarlas allí mismo, frente a ese hombre y en una situación así? No se me ocurrían, no tenía ni la menor idea de cómo debía contestar a ese ácido “¿qué quiere?”.

Miré al suelo primero, y después volví a sus ojos. Me ataban con tal intensidad que me hacían sentir ridículo, incapaz de encontrar algo dentro de mí que pudiera ser seductor, que pudiera ser atractivo y, en silencio, le hiciese ver lo que deseaba. No sabía si tenía esa capacidad de gustar con mis gestos, casi con mi presencia sola, si podía resultar tan exquisitamente sexy como otra gente utilizando sólo algún movimiento de su cara. ¿Qué había hecho para atraer a Daniela? ¿Qué había hecho para intentar atraer a Luis, aunque no hubiese dado resultado? ¿Qué había hecho para besar a alguna desconocida durante la noche? Sí, ahí tenía que estar la clave, en esto último, porque con los demás había utilizado años de compañía y miles de conversaciones. ¿Qué era lo que me conectaba con una desconocida en una discoteca, sin que mediase ninguna palabra entre nosotros? La verdad es que no estaba seguro, y no podía encontrar nada en mí que hubiese favorecido esos absurdos triunfos. Me daba la impresión de que eran ellas las que empleaban sus expresiones y sus movimientos, y de que yo las miraba sin ofrecer nada más que mi atención. ¿De quién eran esas conquistas, quién las había creado? Estaba completamente perdido, completamente confuso y pequeño. No podía contestarle, y la pregunta se suspendió en el aire justo enfrente de mí, produciéndome una especie de fiebre. Fue esa misma fiebre la que me convenció de que no existía nada que pudiera decir, de que jamás se me ocurriría y, de hacerlo, sería algo estúpido. Una fiebre que no sólo me coloreó el rostro y me hizo sentir un calor que me ahogaba, abrasado de vergüenza y dudas y una inquietud que sólo encontraba alivio en mis nervios. Que volvió el silencio de la habitación algo estridente, que se me metía en los oídos y chocaba con el sonido de mis pensamientos como cientos de platillos accionándose, golpeándose una y otra vez hasta dar lugar a un ruido informe que no decía nada concreto, sino que me mareaba y agotaba.

Los dedos, que tenía fríos al entrar, me quemaban ahora. Todo mi cuerpo ardía, y clavados en las sienas se repetían cada uno de mis latidos, como si en lugar de ser mi corazón el que bombeaba se tratara del cerebro mismo, que vertía una gota de más de calor en cada toque, pinchando mi frente

y mi mandíbula algo tensa, algo dura en su trazado redondo que tan poco casaba con ese perfil afilado.

Lo observaba con una franqueza que pretendía enseñar pero que ahora se me escapaba. Había querido, por supuesto, ser del todo sincero en mis ademanes, pero ahora era sincero sin controlarlo, como un niño perdido que, incapaz de tomar la situación con la misma entereza por el mero hecho de un enfrentamiento más violento de lo que esperaba —a pesar de que fuese culpa suya—, mostraba su realidad ya sin que fuese una decisión propia.

Miré sus ojos y sus labios, y de nuevo sus ojos y de nuevo sus labios. Sus ojos otra vez, que se entrecerraron un poco y se ladearon con resto de la cabeza. Porque ellos no se movían por la acción de esta última, sino que ella respondía a esas bolas azules que la arrastraban. Quizás ese movimiento significaba que comenzaba a entender, que ya veía que yo no era una amenaza como se había figurado, sino otra muy distinta. Era divertido crearme una amenaza, pero en el momento no me lo pareció ni me di cuenta de que podía ser así, o de que realmente había cambiado la actitud de Brea, cuyos brazos habían dejado de cruzarse al terminar de hablar y seguir el trazado de mi mirada. No me di cuenta de nada de eso, no me di cuenta de casi ninguna de las cosas que aquí estoy escribiendo. Porque yo sólo sentía una fiebre sorda y vibrante, unos coletazos de fuego que me batían en los párpados, que me confundían y jugaban con mil combinaciones distintas de esa escena cuya estampa real sólo aparecía a mis ojos como algo distorsionado por mis incesantes estallidos internos.

Di un paso, o algo menos que un paso. Un ligero, ligerísimo avance que me colocaba sólo un poco más cerca de él, como si así fuese más sencillo encontrar algo que decirle. Pero cuanto más lo pensaba, más difícil me parecía hallar algo adecuado que decir. Me parece que murmuré un “Quiero...”. No estoy seguro de si llegué a pronunciarlo o si sólo se revolvió en mi interior, en mi paladar, si mi lengua se movió para articularlo pero sin que mis labios se despegasen. No sé si llegué a oírlo, y estoy prácticamente seguro de que él no lo hizo. En cualquier caso, me quedé casi pegado a él, y estiré mi cuello un poco para ponerme a la altura del suyo. Con todos los minutos que había dedicado a pensar en otros besos —el de Daniela, el de Luis—, éste surgió sin que pudiera planearlo, sin que pudiera dedicarle ni un poco de mi tiempo. Apareció ante mí porque sí, por mi incapacidad para hablar. Pero no fue

exactamente un beso. Más bien nuestros labios se rozaron sin forma alguna, sin sonido ni gesto. Se tocaron como podían tocarse las manos de dos desconocidos en la cola de un cine, de un supermercado, de un semáforo. Sentí el contorno de su boca suave y blanda, con algo que resbalaba y los hidrataba. No cerré los ojos, y noté el impacto de su mirada también abierta y muy atenta, examinando mis movimientos como si estuviera juzgando la ejecución de un bailarín. Lo rocé sin besarlo, porque no sabía si quería besarlo. Sólo tenía ganas de aquello, de ese tacto frío y clínico, que me resultó erótico precisamente por su rudo objeto, por esos dos alientos que se juntaron sin más justificación que la de tocarse, tocarse por el mero hecho de hacerlo, por el simple capricho de saber cómo sería aquella caricia sin tener que adornarla con un beso.

Fue erótico, sí. Pero tan pronto como dejé de sentir sus labios, no sé si porque Brea se alejó o por si paré yo mismo, o puede que los dos a la vez, esa sensación se desvaneció por el portentoso sonido de su carcajada. Perplejo ante él, no pude dejar de oír cómo se reía con mi cuerpo a unos milímetros del suyo.

—Lo que me faltaba —dijo, después de haberse reído, con expresión risueña. Se dirigió a su escritorio, a ése que antes lo tapaba, y se sentó junto al ordenador. Unos pocos segundos después, yo seguía quieto en el mismo lugar en el que me había dejado, y no sabía qué pensar, cómo reaccionar. —Dime tu nombre.

Su sonrisa era extraña. No se trataba de una sonrisa feliz ni graciosa, sino más bien algo forzada, con una cara interna que no me enseñaba y parecía más molesta que alegre. Le di mi nombre, y después de teclear algo su frente se oscureció un poco, por un contratiempo.

—Sólo te he podido dar clases el año pasado, y no tienes mi asignatura suspensa. ¿Qué pasa, tienes problemas con la de tercero? Si es así tienes más despachos que visitar. —Se rio de nuevo ante esta última ocurrencia. Era una risa que no pretendía divertirme, que no reflejaba su alegría, sino más bien las ganas de dejarme en ridículo, de frenar todo lo que fuese que habría pensado para llegar hasta él de ese modo y acabar con aquella situación. Acabar con ella de la manera más ácida, exprimiendo mi pobre orgullo para alimentar un poco el suyo, utilizando lo que consideraba una niñería de medio adulto a fin

de distraerse. Movi6 su vista al techo blanco y limpio, con los restos de la 6ltima sonrisa colore6ndole el contorno de la boca. Empez6 a hablar todav6a con esa imagen en la retina, como si yo fuese algo demasiado mezquino para mirarme. —Y, dime, no s6... 6Has visto esto en una pel6cula, o algo? 6Crees que funciona as6?

A cada palabra que dec6a me insultaba un poco m6s. Pero no me enfadaba, no me avergonzaba. Sin pararme a pensar si era natural que pensase as6, y si deb6a sentirme ofendido o no, lo 6nico que hac6a era intimidarme. Me intimidaba por su tono desenvuelto y seguro, por el lirismo de esa risa y la facilidad con la que hab6a consultado mi ficha en su ordenador, la misma facilidad que habr6a empleado de haber sido un contexto completamente distinto, de no haber tenido a6n en sus labios el recuerdo de los m6os. No sab6a si deb6a contestar ya o si s6lo me faltaba esperar un digno discurso por ese comportamiento m6o que cre6a sacado de una pel6cula cutre de universitarios o de adolescentes. Y yo, con la cabeza inclinada hacia abajo para esconder un poco mis mejillas encendidas, me sent6a rid6culo por lo que hab6a hecho, por lo inapropiado que era fijarme precisamente en un profesor, y m6s todav6a de la manera en la que lo hab6a hecho. 6C6mo no iba a pensar de m6 cualquier tonter6a, como 6sa de tener problemas con sus asignaturas? 6C6mo pod6a reprocharle que me tomase por un imb6cil aprovechado, por un prostituto en la dif6cil conquista de la carrera? Qu6 idiota deb6a de parecerle, ruborizado despu6s de la osad6a de tocar su boca, despu6s de haberme presentado all6 como un amante en todo su derecho de poseerlo.

Ante su silencio y el alivio de que hubiese renunciado a empezar un discurso, volv6 a encontrarme con los enormes iris que me examinaban con la misma atenci6n que antes.

—No... No es por eso. —Brea sigui6 sin hablar. —No tiene nada que ver.

Qu6 inc6modo era aquello. Nunca hab6a tenido una conversaci6n con ese hombre, m6s all6 del examen o alguna duda en clases. Y ahora me met6a en su despacho de esa forma, hac6a todo eso y aun encima estaba obligado a hablarlo. 6C6mo no hab6a previsto que algo as6 pasar6a? 6Tan irresistible cre6a mi juventud, tan f6cil? 6Tan derrotado pensaba a ese hombre como para caer de una manera tan tonta, y m6s a6n por m6?

—¿Qué es lo que quieres? —me preguntó tras unos segundos en silencio donde había seguido mirándome con su cara divertida y hastiada a la vez. Sentado en su silla, parecía un magnate que calcula la cantidad de placeres que se le ofrecen por simple aburrimiento, sin intención de usarlos debido a un enorme desprecio. Como si estuviese dándole vueltas al sabor de mi aliento que había conocido hacía tan poco, lo analizaba y a la vez se burlaba de él. Jugando a pensar si me daba una oportunidad, porque mi cara de niño le hacía gracia, jugando a ver hasta dónde llegaba y qué le contaba, porque en esa hora muerta de tutorías nunca le había pasado algo tan entretenido. ¿Quién era yo? Un títere de una emoción que no se creía, una fachada que se lanzaba por algo que no lograba entender. Flotando en una dulcísima anécdota personal, haciendo delirar sus grandes ojos como si fuesen dos magnéticos cristales de pasión, encontraba miles de regalos a su amor propio, a sus recuerdos pasados de galán, que ahora encontraban el estúpido estuche de mi persona.

Y yo, ¿qué iba a decirle? Qué quería era algo demasiado complejo de explicar, algo que ni siquiera yo mismo entendía en ese momento, una especie de atracción destructora que no llegaba a comprender. Un hambre de locura, un hambre de un alma tan rota como la mía —pero la que tenía enfrente parecía mucho más estable que yo, y parecía que me había equivocado completamente—, para tener así un compañero con el que deshacerme de todo lo vivido. A pocos días de mi rechazo, con el dolor clavándose en las mejillas y martirizando mi día a día, estaba allí ante un hombre que me preguntaba qué quería. ¿Qué quería? Que Luis no se hubiese alejado de mí de esa manera, que aquella noche me hubiera querido como imaginaba que lo haría. Que no siguiera evitándome, esquivando mi conversación y mi cercanía. Pero no pensé en eso, no podía pensarlo, porque era demasiado sincero e íntimo y muy, muy reciente. Se quedaba ahí, como un fondo que me impulsaba a hacer tonterías, como la que había empezado esa mañana, después de mis clases. Un redoble de percusión, un ritmo interno que me nublaba y me hacía caminar sin ningún sentido, aunque he intentado encontrárselo. ¿Qué quería? Pues a él, seguramente, a él para un propósito, no por sí mismo. ¿Era muy cruel? ¿Era cruel si me ofrecía de la misma manera? Un acuerdo, un trato justo. Todas esas delicias de más que yo aportaba en la balanza de nuestra negociación no eran más que presentes que quería hacerle libremente, no los tendría en cuenta, no

se los echaría en cara en una discusión cualquiera. Un trato, sí, un trato... Un acuerdo.

Ante mi silencio, Brea abandonó su silla y se sentó directamente sobre la mesa. En una postura que utilizaba a veces en clase, después de haber dado vueltas sobre sí mismo enredándose en una bella explicación que acababa por cansarlo. Colocándose en el vértice, cruzaba una pierna detrás de la otra y todo su cuerpo se quedaba de lado. Su cara seguía con la misma expresión de antes, ésa de felicidad hastiada y de poderoso que calcula lo que hay a su alcance y desecha. Y en un momento su sonrisa se hizo más grande, sus cejas bajaron un poco, volvió a entregarse al comienzo de una risa que, en lugar de producirse, se desfiguró en palabras.

—¿Me vas a decir que te has enamorado de mí?

Qué agradable tenía que ser eso, un objeto tan lícito como el del amor. Podía haber fingido que sí, podía haber aceptado ese papel sólo para que al menos mis actos quedasen mejor justificados. Pero no lo pensé ni por un momento, no calibré sus ventajas ni sus inconvenientes. Sencillamente, como si hubiese sido yo el que me lo preguntaba en una noche a oscuras, pensando en la soledad y el secreto de mi cama, la respuesta brotó con un acento triste que, como en Brea, se acompañó del último hipo de una sonrisa.

—¡No! —suspiré, sacando en esa contestación toda la franqueza que conservaba.

El gesto de Brea se torció. Me arrepentí de haber sonado tan convincente, de haber acabado con ese orgullo en el que se creía capaz de enamorar a los jovencitos a los que les daba clases. Si antes guardaba un poco de consideración por mí, deleitándose con mi pobre táctica y decidiendo divertirse un poco, ahora podía echarme sin intentar siquiera que me explicase. Pero se repuso enseguida, hábil, y volvió a sonreírse. Quizás era un alivio que no le amasen, quizás lo volvía todo incluso más divertido, desde luego más curioso. ¿Adónde llegaría ese recuerdo con el que se entretendría tantas veces, que podría contar a un futuro amante cuando estuviese listo para volver a querer? Sus ojos brillantes, en los que se traducían todos esos pensamientos que yo intentaba descifrar pobremente, azorado y nervioso, se posaron en los míos.

—Entonces... ¿Te gusto?

No podía esperar que, al final de esa nueva pregunta, de ese enorme esfuerzo con el que intentaba sacarme información, no hubiese una nueva sonrisa redondeándolo. No cesaba de iluminar su rostro, y a ese chaval idiota que se había colado en su despacho para rozarle los labios no paraba de obsequiarle con un excelente humor.

Tuve que decir que sí, y en cierto sentido era verdad. Bueno, no me gustaba exactamente, no me había parado a pensar en sus miembros, en su cara, ni estos mismos me producían cosquilleo alguno. Me gustaba lo que guardaba para mí, lo que podía darme. Lo que yo podía darle también, la manera perfecta en la que podíamos complementarnos. Y en ese momento, en el que le confesaba que me gustaba sin saber si había algo de verdad ahí, dejé de pensar —como lo llevaba haciendo casi desde el momento en el que entré— lo fácil que habría sido buscar a otra persona cualquiera, a alguien de mi edad, a alguien más accesible y menos difícil, que no me afectase de la manera en la que me podía afectar si —qué vergüenza— mi profesor me sacaba a golpes de su despacho. No volví a repetirme que esa idea había sido del todo absurda, que sólo podía traerme problemas. Y no lo hice porque algo en la cara de Brea cambió, no la disposición de su boca ni sus ojos, no algo concreto, sino una sensación que la cubrió sin mover sus facciones pero dotándolas de una luz distinta. Una luz en la que ya no había cansancio ni ofensa, una luz en la que ahora sí empezaba a entretenerse de verdad, en la que sí encontraba algo agradable en lo que sumergirse. Algo pícaro como la mirada de Laura cuando pronunciaba el nombre de Daniela. Pero ese matiz no se quedó en él mucho tiempo, y en lugar de adueñarse de su persona como me había esperado, se evaporó casi tan rápido como había llegado. Seguía siendo el hombre que disfrutaba de su poder, que palpitaba bajo la camisa blanca por algo que no pasaba de ser una aventurilla tonta.

Al irse aquella sensación de su rostro, también se fue el rastro de la eterna sonrisa. Frunció un poco el ceño, y fue algo que, sin saber por qué, me dio esperanzas. Me gustaba esa contracción, esa cara confusa. Pensándolo ahora, creo que intuí algo que, de todos modos, no sé si fue verdad. Creo que con ese gesto intentaba frenar su disposición a que yo también le gustase, parar las ganas de divertirse con un niño curando viejas heridas y saboreándolo como un helado cremoso. Quizás yo, ya fuese por mi juventud sin más o por mi juventud junto a mis rasgos, sí le podía parecer atractivo. Y quizás hubo un

momento en el que, sin darse cuenta, dejó de divertirse para empezar a interesarse de verdad en algo tan excitante como tenerme sin precio alguno. ¿Sería eso? No podría responderlo nunca, pero teniendo en cuenta su repentino cambio y los hechos que después sucedieron, me inclino a pensar que sí.

Ya no tenía delante de mí al magnate poderoso. Tenía a un hombre que había visto una línea roja en su juego, y retrocedía por todas las razones en contra. Se había despistado, y puede que se imaginase, por un momento, cómo sería tomarme. A mi afirmación, a mi confesión de que me gustaba, había bajado la guardia y también a él le había gustado esa escena de pasión que el aburrimiento le había sugerido sin preverlo. Ahora llegaba la lucidez, llegaban las reservas, llegaba la lógica que también a mí me había gritado antes de penetrar en el despacho.

Brea se puso en pie y, moviendo su cabeza a un lado, pensando mientras la apoyaba en dedos que se iban sucediendo en el aire para acariciar su barbilla, volvió hacia la silla. Esa silla lo ayudaría a despejarse, le recordaría dónde estaba y de qué manera.

Por supuesto, lo más prudente sería mandarme salir y olvidar aquel asunto. Olvidar mi cara, mi disposición de niño inocente que no sabía lo que quería. Y creo que estuvo a punto de decidirlo, cuando se cruzó —esparciendo miradas sin orden alguno mientras pensaba— con mi persona todavía en pie, en el mismo sitio en el que me había acercado a sus labios. Esos labios que ahora se plegaron un instante, en el suave goce de caer en la tentación de retenerme todavía un poquito más, sólo un poco. Porque era una diversión cualquiera, una diversión donde no empeñaba más que un rato de esa tutoría a la que nadie acudiría. Así, sin permitirse que la sonrisa volviera a aflorar para que no lo engañase de nuevo, se contentó con un tema menos excitante.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte. Veintiuno en junio.

Se mordió un labio como si pensase algo, y de nuevo fue a consultar ese techo que lo relajaba. Veinte años, casi veintiuno. ¿Podía resultarle más entretenido? ¿Podía ser una escena más atractiva que ésta? Volvió a sonreír, volvió a entregarse a ese placer que había intentado parar. ¿Por qué habría de pararlo? Un niño de veinte años todo para él, diciéndole que le gustaba y que no lo amaba. ¿Había algo más que se pudiera añadir a ese espectáculo?

—Veinte años —susurró, haciéndolo para él mismo, perfilando cada sílaba con sus dientes tan blancos como ese techo en el que flotaban sus ojos, como esa camisa que tapaba los temblores de su pecho orgulloso. Tenía ante él un precioso juguete y podía preguntarle hasta hartarse para descubrir más y más delicadezas. Pero su delirio frenó un momento y volvió a encararse conmigo, con una expresión de felicidad tan solemne como un mafioso que de verdad disfruta su cruento oficio. —Y entonces, ¿qué? ¿Te gustan los hombres... —una preciosa coquetería eliminó la palabra en la que había pensado, y la cambió por otras —que ya son hombres?

Yo no era una persona tímida. Nunca lo había sido, ni con los chicos ni con las chicas, aun cuando pensaba que estas últimas me gustaban. No había sido tímido con Daniela, y sólo me había costado seguirla al final, por una especie de obstáculo que entonces no conocía y me murmuraba que aquello no iba a satisfacerme. En cualquier caso, había ligado con mujeres en situaciones muy distintas, había tenido una especie de novia, no me asustaba al mirarlas y guiñarles un ojo. Sin embargo, ¿era tan lanzado como para hacer algo así? ¿Tenía la suficiente entereza como para contestar a eso último de la manera que más me convenía, de la manera que más halagase a ese hombre cansado y —acababa de descubrirlo— amante de la risa? Ese hombre extravagante, lleno de ademanes deliciosos que perlaban ese ambiente seco de despacho, de mañana de invierno, de día gris. Nunca habría imaginado que sería capaz de algo así. Pero tampoco habría imaginado el dolor que me mordía, ni esas horribles sensaciones de asco y vergüenza por todo lo que había soñado. ¿Tanto me había cambiado ese odio de Luis? ¿Tan distinto era para que de mi natural carácter extrovertido aflorase una especie de depredador? E intuyendo la respuesta, o intuyendo que estaba dispuesto a aceptar esa terrible connotación con tal de lograr un objetivo que me parecía justo y perfecto, me hice otra pregunta: ¿Sería posible cambiarlo? ¿Sería así toda mi vida, al igual que si el rechazo hubiera sido un trauma tan grande como para no volver a ser el de antes, el hombre normal, completamente normal? Quizás, al irse el dolor, yo volvería a ser el de antes. Ojalá lo fuese, ojalá no tuviera más consecuencias que quizás una aventura tan rara como ésta. Y pensé precisamente eso, que ojalá fuera así, porque sabía que en ese momento tenía bastantes fuerzas, descaro y seguridad como para jugar a seguir las preguntas de Brea. A jugar con las respuestas y las reacciones de sus ojos. ¿Era algo más

que un juego? No, no lo era. Hablábamos a metros de distancia, con temas algo peligrosos, sí, pero separados. Ni el lugar ni nuestra disposición invitaban a que aquello superase los límites de una conversación inapropiada. Sí, era un juego, nada más. Y pensé que era un juego porque me asustó el arrojito que sabía que poseía, o puede que en aquel segundo no me diera cuenta, y sólo me asuste ahora. Porque, inmutable, de pie en mi sitio, no me tembló la voz.

—No lo sé. Pero tú sí.

Levantó las cejas sin que el resto de su cara cambiase ni un poco. Puede que su pregunta le pareciera demasiado complicada para responderla de la manera segura y tranquila con que lo había hecho. ¿Le gustó mi confianza? ¿Lo decepcionó? ¿Había querido algo un poco más dubitativo, o la confesión de una perversión que volviese más interesante mi persona? Un chaval perseguidor de lo que para él ya eran señores. Creo que sí, que habría querido un poco de eso. Más extravagancia, más luces circenses alrededor de nosotros. Quería una fiesta completa, quería algo demente, de sorpresas inagotables. Ahí supe que yo no le atraía por mí, sino por la sencilla excitación de la historia que le ofrecía. Hablar con un obseso de los señores le parecía más gracioso que hablar con un niño al que le había gustado por pura casualidad. De hecho, parecía que sólo vivía para lo gracioso, para poder sonreír y reírse, para la exageración que activase todas las diversiones de su cerebro. Era la primera vez que lo veía fuera de su elemento conocido — aunque no por ello estuviese ahora despojado de autoridad—, y observaba en él miles de matices luminosos y coloridos que nunca hubiera imaginado. Aunque caminase sin parar durante las clases, aunque diese medias vueltas y se sentase aquí y allá, no esperaba que su humor fuese tan magnífico, que tuviera tanta sed de locuras. De todos modos, en mis palabras había una contrapartida menos divertida pero más halagadora. Él como fin de mis atenciones, él en especial. Sus cejas bajaron y de nuevo se cruzaron con ese punto moral que aparecía de nuevo, que se colocaba entre ambos para recordarle que su disfrute interior estaba empezando a flaquear frente a un interés real. La genialidad de su mente era tan fuerte y lo dominaba de tal forma que podía llegar a hacerle perder el sentido, ese sentido que había pensado conservar a lo largo de nuestra particular entrevista, aquél que le decía que podía entretenerse un poco —al fin y al cabo, entretenerse no era

malo—, pero que no podía llegar más allá. Sus inmensas tentaciones se erigieron de nuevo, y me pareció ver pasar multitud de imágenes por la pantalla acuosa de sus pupilas.

El minuterero del reloj avanzó un poco, y de repente captó su mirada. Si no se hubiera dirigido a él, tampoco yo lo habría notado. En esa hora que se adelantaba, las reservas de Brea encontraron su mejor aliado. Ya se acercaba el momento de irse, de abandonar la universidad y volver a casa. Un momento agradable, todo para él, para que comenzase su vida, su otra vida de libertad llena de detalles que yo no conocía, como esa persistente sonrisa. Había que terminar con aquello, porque tendría que recoger sus cosas y prepararse para salir, salir incluso un poco antes, si no había nadie más en su puerta. El placer que yo le ofrecía era muy grande, pero también podía encontrar una buena dosis de placer en esos pocos minutos que faltaban antes de su salida incluso prematura. El aroma de la casa que esperaba, de las cosas que yo no sabía y para él componían su rutina. Una rutina llena de gracias, porque si no, no habría podido ser suya.

Me miró con cierta nostalgia, como si yo fuese ya algo pasado, algo que debía guardar en los recuerdos y se esfumaba para siempre. Como una anécdota que apenas respiraba ya. Pensaría en mí ese día, por supuesto, pensaría en mí muchas veces. Pero ya sólo quedaba aquello: pensar.

Me dedicó esa nostalgia, esa tristeza seria y franca.

—Venga, ya ha sido suficiente. Vete.

Lo dijo sin pestañear ni una vez, sin pensar las palabras, sin hacer huecos entre ellas donde se preguntase cuál era la mejor manera de invitarme a salir. Con las comisuras de sus labios todavía curvadas, pronunciaba aquello como si pronunciase una frase de lo más simple, una especie de “Está lloviendo”, o “Es invierno”. Esa manera de hablar, tan especial en una situación semejante, me pareció inteligente y atractiva. Ese personaje que tenía delante no sólo suponía una vía de escape para la belleza que había querido disfrutar, para los amores en los que me había empapado sin sacar nada más que daño. No era sólo algo animal y feo y destructivo. Era terriblemente curioso, fascinante, un verdadero objeto de estudio social. ¿Era tan listo como para escoger algo así de interesante sin haberme dado cuenta? No, no lo era. Se trataba de suerte, aunque a estas alturas ya no esperaba volver a

encontrarme a solas con él. Ni siquiera en el futuro examen de final de curso, donde también se sentaría Inma, con su papada blanca y su cuerpo vestido de dibujos de leopardo.

Me fui con la curiosa sensación de haber asistido a una obra de teatro que no entendía. En la que había participado, sí, sin lograr sacar nada en limpio más allá de un poco de vergüenza y futuras incomodidades. Veía a Brea inaccesible, y aquello me fastidió más que tranquilizarme, y no por tener que renunciar al primer seleccionado para mi —esperaba— próxima aventura sórdida, fría y falta de todo amor. Me fastidió por no tener más tiempo para contemplar cada uno de sus gestos, esa personalidad que me arrollaba y confundía a un tiempo. No pensaba en sus labios, pensaba en los motivos de sus risas y cómo llenaban su paladar. Sin duda, un hombre extravagante.

CAPÍTULO XII

Mi continua obsesión era Luis. Pensaba en él todo el tiempo, en su persona, en sus manos a punto de pegarme, en todos los detalles que me gustaban de él y ya no podía disfrutar siquiera como simple espectador. Y esos pensamientos me dolían aunque ya nunca pronunciaba lo que sentía por él, desterrando esa confesión al fondo de mi alma para que allí, si bien no podía desaparecer, se quedase muda y adormecida. A veces lograba adormecerla de verdad, y en lugar de individualizar a Luis mi cerebro me sugería otras cosas que irremediablemente conectaban con él, con mi beso frustrado, que flotaban hasta mi mente con una faceta oculta y dañina. Así, por ejemplo, recordaba el primer capítulo de la serie que habíamos visto, y me preguntaba si me podía interesar ver el segundo. Claro que, por mi salud y mi tranquilidad, era una idea descabellada. No quería volver a ver la cara de su protagonista, recuperar el hilo al que apenas había atendido aquella noche. Lo pensaba de una manera macabra, no por la serie en sí o por si de verdad podría interesarme, sino por invitarme a presenciar esa destrucción de mi calma, de mi aparente indiferencia hacia un conjunto de sentimientos que habían quedado rotos. Como si mi propio ser me retase, ya que era tan capaz de considerarlo, a dar un paso más. En otras ocasiones recordaba el sabor barbacoa de la pizza que habíamos cenado, un sabor demasiado dulzón para mí, pero que había pedido porque sabía que a Luis le gustaba. De repente, a pesar de lo que estuviera haciendo, me venía a la boca ese espesor de la salsa, casi podía olerlo también, y cuando me daba cuenta de qué era, un escalofrío me recorría la espalda. Un escalofrío que conectaba inmediatamente con un pinchazo en el vientre, en el centro de mi estómago, como si estuviese vacío desde aquel día, como si lo último que hubiese comido fuera aquello. Y no pensaba en Luis, no pensaba en su cara ni en sus labios huidizos, sino que mi cabeza sólo pedía repetir una y otra vez “salsa barbacoa”, siendo aquellas dos palabras el éxtasis de un dolor íntimo que ahora las escogía como su máxima expresión.

Los momentos de ataques de rabia o tristeza eran muy puntuales. Los había sentido al principio, sobre todo en los dos o tres días siguientes al desastre. Sin embargo, quizás por mi carácter poco pasional o porque odiaba la idea de llorar desconsolado como Bella cuando la aprisionaban en aquel castillo —y ella tenía mejores motivos para llorar—, se habían ido espaciando hasta

convertirse en algo que me avergonzaba un poco, en estallidos de una sensibilidad que bueno, sí poseía, pero no me gustaba. Aborrecía pensar que me había entregado a esos arranques emocionales, que en lugar de utilizar un poco de frialdad me había dejado llevar por las heridas. Sentía dolor, sentía ese desprecio que me dedicaba cada día, pero creía que al mismo tiempo debía mantener cierta serenidad por el mero hecho de cuidar de mí mismo, de no deformar mi cara con las congestiones del llanto ni hacer que mi pecho hipase mientras respiraba con ese acento entrecortado tan ridículo. Denostaba llorar así, denostaba apretar las manos y las mandíbulas como si estuviera dispuesto a romper todos mis muebles con tal de encontrar un poco de alivio. Por otro lado, me enorgullecía en mi discreta aceptación del nuevo orden de nuestra amistad pasada, aquél en el que no nos mirábamos ni nos dirigíamos la palabra a menos que estuviésemos incluidos en un grupo bastante nutrido. ¿Cuántas personas hacían falta para que se considerase suficiente? Más de dos, desde luego, porque entonces podía mirar únicamente a esa otra persona y excluirme. En cualquier caso aceptaba aquello, me sometía en silencio, con la fría convicción de que era imposible de cambiar. ¿Qué iba a hacer? ¿Exigirle que siguiera siendo mi amigo, aun sabiendo que me había abalanzado sobre él? ¿Pedirle que guardase las formas delante de los demás, sentándose de nuevo a mi lado y charlando entre clases? Por supuesto que no. Además, cuanto más dolor sentía menos me apetecía luchar contra aquello. Prefería aprender a convivir con esos cambios, prefería fingir que no me afectaba con tal de no exponer todo lo que sentía y no era posible solucionar de ningún modo. Me lo tomé como si fuese una muestra de madurez, la acogida de las consecuencias de mis actos, aunque mis actos no hubiesen sido malvados. Me llevaba un castigo doble, pero, ¿qué podía hacer? No quería seguir masticando aquello, quería serenarme y que esos pensamientos esporádicos y recurrentes fuesen desapareciendo poco a poco, como me decía de vez en cuando, con los vapores del verano que no tardaba en acercarse.

Bella lloraba en el castillo, sí, y podía aceptar y comprender que ella llorase. Al fin y al cabo, había perdido más cosas que yo, aunque para mí significase algo importantísimo. Era el personaje favorito de mi hermana, porque leía y era fuerte y valiente. Y lo había recordado al oírla entrar, al ver cómo se desplomaba sobre el sofá frotándose los ojos, dejando a un lado una cartera llena de currículums. Cuántas veces entraba en su habitación y me la había

encontrado viendo esa película.

—He hecho toda la calle Progreso, hasta la Alameda. No sabía que había tantísimos abogados. Todos muy simpáticos, aunque la mayoría ya notas que te cogen el currículum por educación. Algunos incluso son cubículos individuales. Pero hubo una que me dio buena impresión, no sé, a ver si hay suerte.

Con sus cabellos castaños recogidos en una coleta, miró mis apuntes escrupulosamente recogidos sobre la mesa. Había estado estudiando, aprovechando la mañana del viernes. Pero había tenido que parar al darme cuenta que, tras repetir el mismo párrafo cuatro veces, sólo pensaba en la salsa barbacoa. Y seguía pensándolo mientras tenía el móvil en la mano, bajando las noticias de Facebook sin enterarme casi de nada de lo que veía.

—Empieza a acostumbrarte a contestar a los números extraños —le dije, distraído, mientras ella volvía a frotarse los ojos y pestañeaba continuamente. Llevaba unos tenis de calle, unos pantalones negros, una camisa a rayas que se había comprado para exponer el Trabajo de Fin de Grado y el Trabajo de Fin de Máster. Estaba rara, con una camisa que no fuese ésa de cuadros blanca y negra, o la roja que mi madre llamaba de leñador. Tan formal, espojándose en su nueva posición de abogada para dar una buena impresión en los despachos, como una paloma gris que se pintaba las alas de blanco por pura necesidad. No me la imaginaba de traje, cuando tuviera que comprarse uno al empezar a trabajar. No me la imaginaba maquillándose por las mañanas, antes de ir al juzgado, para que sus clientes se sintieran más seguros, como si la preparación física estuviese ligada a la preparación profesional. No me la imaginaba siquiera con esa cartera de currículums, no me la imaginaba tan lejos de mí, despegando de aquella manera, pensando en un trabajo y un sueldo. Una angustia antigua, que había experimentado muchas veces antes de que la consciencia de mi amor nublase todo lo demás, volvió a mí con cierto paso lento y pesado, un poco ofendido por mi largo olvido, por mi inmensa abstracción. Aquello era otra de las cosas que mi fracaso no podía arrebatarme, y se presentaba después de haber recorrido la calle más prolífica (en cuanto a su oficio) de toda la ciudad. Mi hermana tan adulta, con una camisa que no tenía nada que ver con ella. Pestañeando de una forma maniática, apretando sus párpados una y otra vez.

—Hace mucho sol, me pican los ojos.

Parecía una dama antigua, por eso de los ojos que escocían a raíz de un sol excesivo. Sonaba tan cursi, tan delicado, las pupilas secas por ese sol de marzo, todavía marzo. Con una sonrisa a causa de estos pensamientos, de esta burla que pronuncié en alto con unas palabras que ya no recuerdo, volví los ojos a mi móvil para encontrar la nueva foto de perfil de mi primo. Él solo, en un *selfie* un poco cutre delante de su moto.

—Creo que Zoraida y el primo han roto.

“¿Qué?”, gritó Laura, divertida, olvidándose de la sequedad de sus ojos, dejando de pestañear para pegarse a mí y examinar a fondo el perfil de mi primo y el de Zoraida. Efectivamente, ambos habían borrado todas las fotos juntos, respetando sólo alguna en la que salía más gente.

—¡No me lo puedo creer! —decía, entre risas que se mezclaban con las mías
— ¡A la tía Gloria le va a dar un infarto!

—Tantas enseñanzas para la nueva mujer de la casa, y pasa esto.

—Qué desastre, ¿y qué van a hacer ahora?

Mi madre, atraída por nuestra risa, no tardó en enterarse de la noticia, y llamó a su hermana y ésta a su hermano y de nuevo a mi madre. Sí, la fatalidad era oficial: Zoraida había discutido con su novio y se habían separado, y aunque no sabíamos el motivo, parecía que era algo permanente. Quién podía imaginarse algo así, cuando la mirábamos en los ratos muertos de aquel fin de semana, cuando entretenía mis desayunos y me recogía el plato durante la sobremesa. La imagen que guardaba de esa parte de mi familia quedaba ahora coja, como si hubieran arrancado un pedazo de una fotografía. Había redescubierto entonces a mis primos y a mi tío, y ya no podían venir a mí sin las novedades que había observado, mi tío y su vejez prematura, mis primos y sus cuerpos adultos, las cosas distintas de la casa, Zoraida muy callada con los ojos pintados. ¿Qué era esa gente que ocupaba ahora un rincón especial de mi memoria, si tenía que borrarla a ella? Su nombre era el primero del que todos nos acordábamos cuando pensábamos en ellos, en la muerte de Ángeles, en el viaje de fin de semana. Lo hacíamos con burla, sí, con una sonrisa impecable, pero en cualquier caso nos costaba asumir que Zoraida desapareciese. Claro que a quien más le costaría sería a mi tía Gloria, que se

presentó en casa al final de la tarde deshaciéndose en ira. Ella, que le había enseñado tanto a esa chica tonta y sin ninguna instrucción, que había dedicado tantísimo tiempo y esfuerzo con la única condición de que utilizase todo lo aprendido para llevar la casa cuando se fuese. Y ahora, ¿qué tenía? Una desertora, que abandonaba el hogar con el jugoso fruto de sus enseñanzas. Al menos, por respeto a ella, podía haber intentado aguantar un poco más a su sobrino, ¿no? Y mi tía temblaba de rabia, no sólo por la falta de educación de Zoraida, sino también por otro motivo que callaba, que la asustaba enormemente. Se trataba del vacío que quedaba en la casa y si el botarate de su hermano sería capaz de llenarlo con la amante. Ya la veía entrando allí y ocupando la cocina de Ángeles, la cama del matrimonio, tocando todos aquellos muebles como si fuesen suyos y como si tuviera algún derecho a creerse digna de estar allí. Tratando a los hijos como pseudohijos suyos, como amiga íntima quizá, o a saber. ¿De qué forma se dirigiría a los niños? Pero no decía nada de esto para no preocupar a los demás —si es que no se nos había ocurrido aun—, lo guardaba en su interior, carcomiéndola y robándole el sueño. Con la misma abnegación que había empleado explicando a Zoraida cómo preparar un sofrito o poner una lavadora, acogía en su corazón a esos pobres niños de cuyas vidas no formaba parte y que no sentían por ella ningún tipo de amor familiar, los apretaba contra su pecho y sufría pensando en las atrocidades que se les meterían en la cabeza por vivir una situación así. Los veía como los pequeños de hace ya años, inocentes e influenciables, no como las personas ya responsables de sus actos que parecían no tener ningún problema con las aventuras de su padre. Víctimas de una educación concreta, puede que sí, pero con suficiente edad como para plantearse los valores que seguían y conforme a los que iban dirigiendo su vida. En cuanto a mí, si me asqueaba la posibilidad —que terminó siendo real— de que esa mujer ocupase el lugar de la anterior, en la misma casa y en el mismo puesto, no era desde luego por la manera en la que podía afectar a mis primos. Ya había reflexionado, en el camino de vuelta a casa, todo lo que tenía que reflexionar respecto a su actitud con ese tema. Me asqueaba porque me parecía triste, cruel e inapropiado.

Inapropiado. Fue esa palabra, arrojada por el azar de esos pensamientos que tenía mientras veía la impotencia de Gloria, la que me hizo encerrarme más en ellos. De ese término nació al momento mi estúpido roce con los labios de

Brea, el exacto tacto que tenían —muy suaves, impregnados por un cacao que los volvía resbaladizos—, todas las preguntas y respuestas y sus ojos delirantes. El olor a ambientador de su despacho, la sintonía clásica de su móvil cuando sonaba, vino a mi cabeza para separarla completamente de la conversación que estábamos teniendo, de los gemidos de mi tía, para trasladarme a ese lugar concreto del suelo, donde me había quedado de pie. Tal fue mi capacidad de volver a aquel sitio, que apenas recuerdo alguna frase de esa tarde que desaparecía, si habían llegado a nombrar a “la otra”, si habían hablado de mis primos como yo lo habría hecho. Sólo guardo alguna escena aislada, cuando mi padre llegó y se fue a cambiar tras informarse del tema de la reunión, la sonrisa contenida de Laura, que cogía con cariño la mano de la tía y ocultaba su opinión por no hacerla rabiarse, consciente de que nunca se entenderían y cediendo en esta ocasión por la verdadera angustia que estaba experimentando. Yo, mientras, pensaba en Brea. Pensaba tanto en él, con tanta fuerza, completamente obnubilado contando los detalles histriónicos que habían reinado en nuestra particular reunión, que incluso olvidé el sabor de esa salsa. Me dejó tranquilo durante esa tarde y esa noche, durante la mañana siguiente y modestos intermedios del fin de semana. En lugar de pensar en la serie, en esas manos a punto de cerrarse o lo último que me había dicho, repasaba la preciosa manera con la que él consultaba sus dudas al techo, intentando encontrar un obstáculo suficiente como para superar sus ganas de continuar hablando conmigo. Y a lo largo de esos minutos, mi dolor se doblaba y esperaba, para recordarlo de repente en tanto cualquier otra cosa me apartase la imagen de Brea. Me aguijoneaba los párpados con furia, porque haberlo olvidado aunque fuera por poco tiempo era una especie de aceptación de que no era demasiado importante, y yo mismo me veía obligado a evaluarme y pensar en cuánto había querido o seguía queriendo a Luis, en si realmente lo empezaba a olvidar tan rápido y gracias a algo tan sencillo como eso. Entonces, todo lo que había intentado reprimir y había tenido que buscar otros reductos para dañarme —por ejemplo, aquel sabor—, volvía con sus formas y contornos exactos, desde el beso de la ciervo hasta mi intento de beso, pasando por cada ocasión íntima con él en la que había disfrutado en secreto sus gestos y centímetros, por cada noche y mañana y tarde dándome razones para creer en algo que no existía. Las reservas de mi moralidad —aquello de no poder olvidar a alguien rápidamente si de verdad se amaba—, me tendía una trampa y caía de lleno en ella, asistiendo al horrible espectáculo

de presidir todas esas escenas que sólo deseaba dejar a un lado, esconderlas en un rincón de mi existencia para recuperarlas sólo cuando ya no pudieran significar lo que ahora significaban. Como un auténtico idiota, hacía algo que a nadie le importaba y sólo me dolía a mí en aras de defender a ese yo antiguo que se había declarado por primera vez completamente enamorado, y por esa persona muerta e ignorante debía sufrir aquél que era ahora, que ya sabía la verdad y aun así se empeñaba en cuestionarla. Era una tontería tan grande que, después de hacerlo, me volvía a preguntar por qué había accedido. Intentaba mediar entre dos personas que convivían dentro de mí, una retorcida y tan loca como para querer observar el morbo del dolor por el dolor, una que buscaba tranquilidad y estabilidad, superar ese tropiezo de mis emociones lo más rápido posible y con la menor cantidad de bajas. Y en esa negociación que nunca llegaba a ningún lado más que a mi cansancio y la decisión de dejarlo por el momento, no sabía responder si aquello tenía sentido y era normal.

En cualquier caso, lo de Luis era algo estancado. No iba a cambiar, y lo único que podía hacer era esperar —a pesar de que esperar supusiera pasar por esas crisis—. Lo de Brea, sin embargo, era algo que todavía vivía, que brillaba de una manera muy tenue, pero lo hacía. No podía saber si avanzaría en algún aspecto, si nos diríamos una palabra en relación a ello o si nos dedicaríamos un además discreto para recordarlo, para señalarnos cómplices secretos y únicos de eso que le había divertido. Así, no contaba con tenerlo de ninguna manera, pero sí con una expresión de sus nerviosos ojos cuando me viese, una chispa que no podría evitar por el sencillo hecho de dejar salir un poco de esa hilaridad que vivía dentro de él. Sí, haría algo, y esa seguridad me hacía sonreírme en situaciones que nada tenían que ver con la sonrisa, en cualquier parte y haciendo cualquier cosa. Mi cara, demasiado transparente, se movía al ritmo de esa bonita espera, trepidante y cálida, ofreciendo al que me viese el rostro de alguien que daba vueltas a un plan un poco sangriento pero magnífico, por mis ojos fijos y un punto excitante que se traducía en las comisuras de mi boca y la manera de enseñar sólo un pedazo de mis dientes. Al igual que si pensara en la silueta de mi última amante, recorriendo sus curvas y los rayos de su piel, a veces me repasaba los labios o la barbilla con una mano. Parecía que pensaba en una idea terriblemente excitante, y yo sólo esperaba un inocente movimiento diseñado para mí. Captar aquella atención que había agarrado de la manera más inadecuada como algo casual y

voluntario, surgiendo ahora del impulso de su dueño y no de mis estridentes actos, me resultaba el colmo del placer, el reflejo de que me había atrevido a hacer aquello en rebeldía ante mi amor agonizante y despreciado, ante fantasías que nunca habían dejado de serlo. Confiando en una especie de orgullo creado en esa anécdota, quería una muestra de su plasticidad tan obvia e inequívoca como para sonrojarme. No me sonrojaría, en realidad, sólo sentiría un potente pinchazo en el pecho que a su vez ascendería cogiendo mucho aire, soltándolo luego muy despacio, en esa misma cara que ponía cuando pensaba en ello. Pero me gustaba pensar que podría ruborizarme, y le daba un peso y unos matices que en verdad no se correspondían, exagerándolos para que ese cuerpo que la formaba me atrajera más, que me gustase como le había dicho sin saber cuáles eran los límites de gustar y si los objetivos finales podían considerarse como tal. Quería ponerme nervioso al verlo, temblar un poco y creer que ese deseo animal era tan cierto y poderoso como para desequilibrar mi calma, que ansiaba tanto aquello como un verdadero depredador y no al modo de alguien despechado.

No dudaba en este caso. Sabía que haría algo, porque no podría contenerse y porque la manera en la que me había dicho que me fuese, al final de todo, no era la de alguien que pretendía olvidarse fácilmente de un hecho así de atípico y que henchía su vanidad. Porque no le podía desagradar si me había tolerado durante tanto tiempo, zarandeando su sensibilidad para que se moviera de la silla a la mesa y de nuevo a la silla, para que tuviera que consolar su ardiente humor en el techo. Estaba convencido de conseguir aquello que, ahora mismo, era lo único que quería, un simple signo de mis atrevimientos que resultaban bien recibidos.

Mi intuición, en este caso, no se equivocó. El lunes siguiente, cuando entré en la universidad, Brea hablaba con Cati mientras le daba vueltas a una llave en sus manos que seguramente ella acababa de entregarle. Agradecí la casualidad de que tuviese que pedir un ordenador para mis clases, de modo que me coloqué dejando cierta distancia con mi profesor, esperando a que acabase. Creo que no me vio hasta que miró atrás, notando una presencia que, aunque lejana, esperaba un turno en la ventanilla que él estaba acaparando sin razón alguna. Al verme, sus cristales azules parecieron agrandarse un poco y su boca se desfiguró en una línea que en parte sonreía y en parte masticaba pura risa. Aquello, una reacción involuntaria a mi persona, fue sin embargo suficiente

para esas ansias que me agotaban desde el viernes. Pero por tratarse de un estímulo incontrolado y frente a una mirada ajena, enseguida adoptó una expresión más neutra para decirme, con su grave voz de actor, “Buenos días”. Y yo, que ya estaba contento con la demostración de haberme reconocido, alcancé el mayor deleite de mi orgullo por la manera en la que dijo aquello.

No estoy seguro de poder explicarlo bien. Aparentemente era una entonación normal, de cortesía cotidiana. No obstante, tenía también un eco profundo, como si no lo pronunciase con toda la capacidad de su voz para que rebotase de nuevo contra su paladar, algo así como queriendo apreciar el sabor de ese saludo, que era más ácido que cualquier otro sólo por ir dirigido a mí. Podía sonar engreído y puede que un poco cretino, pero realmente me pareció apreciar esos matices en esas dos palabras que repetiría tantas veces a lo largo de su jornada, aislando la pareja concreta que me hablaba a mí. “Buenos días”, contesté, entrecerrando un poco los ojos, porque no sabía si mi voz podía ser tan elocuente como la suya, utilizando aquello para responderle que había captado su particular saludo y estaba dispuesto a que todos nuestros saludos, de entonces en adelante, siguieran siendo igual de particulares. Corría el riesgo de ser impertinente, si me había imaginado esos ecos que no eran ciertos. Pero en ningún momento me planteé algo semejante, disfrutando por entero esa complicidad que aludía a una escena no muy halagadora para mí — claro que de eso no me daba cuenta y sólo la juzgaba con éxito—.

El “Buenos días” se convirtió en nuestra fórmula. Nos lo decíamos cuando nos encontrábamos, sin importar que ya nos hubiésemos visto ese día y ya nos lo hubiéramos dicho. Podríamos repetirlo hasta cien veces en una mañana, aunque era imposible que nos viésemos tanto. Así, si nos habíamos cruzado a primera hora nos dedicábamos nuestro especial “Buenos días”, y si después nos encontrábamos en la cafetería, él sentado con otros profesores y yo en una nube de alumnos, muy educadamente y abriendo los ojos volvíamos a pronunciar, con toda sorpresa por vernos tras una larga ausencia, “Buenos días”. Las repeticiones de los demás profesores y alumnos importaban poco, eran reacciones colaterales a las que no prestábamos atención, sobre todo al orondo y asqueroso saludo de Inma, que ahora también tenía que aguantar en la clase que antes impartía él.

Varias veces me he preguntado por qué había escogido algo tan infantil como ese magnífico “Buenos días”, y la única solución que encuentro a mi dilema es

que se debía a lo único que motivaba de verdad a ese hombre: el humor. Le hacía gracia que fuese así, extremadamente ridículo y tonto, y me parece que también le hacía gracia que yo reaccionase con tanta alegría a algo que él entendía como un absurdo. Era esa mezcla, la seña en sí y mis impulsos ante ella, lo que suponían el cóctel exacto de su diversión. Porque antes de cruzarnos, ya cuando lo veía todavía un poco lejos, empezaba a dibujar ese “Buenos días”, a entrecerrar o abrir demasiado los ojos, a esperar el suyo con una impaciencia de adolescente. Sí, me volví un adolescente bebiendo ese saludo como si fuera la razón de que asistiese a la facultad cada día, de que cogiese mi ordenador en conserjería y merodease por la cafetería. Me parecía perfecto por ser algo nuestro que, a la vez, se manifestaba ante muchísima gente, entendiéndolo sólo nosotros dos. Porque, por otra parte, no había habido ninguna ocasión en la que nos encontrásemos a solas, hasta una semana después.

Ocurrió cuando él salía de su despacho y yo esperaba frente a la puerta de mi profesora de Internacional Privado. Ella nos había dado la primera mitad de la asignatura, y ahora la relevaba un doctorando muy joven que levantaba pasiones entre mis compañeras. Con sus jerséis negros y sus vaqueros, paladeaba el contenido de los Bruselas II y Bruselas III bajo la extasiada atención de esas chicas a las que tendría que evaluar y quizás suspender en su parte. Intuía que hacia junio alguno de esos amores se extinguiría y ocuparía su lugar una decidida aversión. En cualquier caso, había encontrado una contradicción al principio de mis apuntes, y por eso había decidido aprovechar su tutoría para preguntársela. Sin embargo no estaba, y puesto que no había esperado la media hora correspondiente, creí que aquel tiempo perdido mirando su puerta de madera era culpa de mi prisa, que no había respetado los tácitos horarios que allí reinaban. Así, parado en mitad del pasillo y sin poder hacer nada para entretener aquellos minutos muertos, decidí sumergirme de una manera tan profunda en mis pensamientos que ni siquiera oyese cómo la puerta de Brea se abría y se cerraba sucesivamente. Ni el interno gorjeo de la llave accionando las vergüenzas de su mecanismo pudo llegar a mí, ni el tintineo de ésta justo antes de meterse en el bolsillo del profesor. Estaba como medio dormido, en ese lugar de colores cálidos que empezaban a vibrar ligeramente, batiendo contra mis párpados insinuándome la posibilidad de tumbarme allí mismo y descansar.

No percibí nada, ni sus ruidos ni su presencia que, desde un extremo, se acercaba. Seguro que, mientras me colocaba en el centro mismo de su visión, ya había adoptado esa cara discretamente alegre que utilizaba para pasearse por la zona de trabajo, donde su semblante real que yo sólo había podido disfrutar en una ocasión era un suavecísimo cosquilleo que apenas si podía desfigurar esa máscara. Su cabello negro a los lados, recortando todas sus capas sobre la forma de sus patillas y las orejas, caía con el mismo lastimoso de sus pocos pelos arrojados sobre el centro de su frente, rasurados casi a su nacimiento, con una pequeña curva que tendría que estirarse un poco más para alcanzar la pálida piel de su frente. Parecía que aquella piel obedecía al tiempo, y adoptaba ese color gélido durante el invierno y el comienzo de la primavera. Después, a medida que se fuesen acercando otras estaciones más cálidas, poco a poco iría consiguiendo un tono más anaranjado, como si sobre su cuerpo espolvoreasen algo de ese sabor marrón que tenía el verano, un punto de arena y calor. Luego, esa fina capa bronceada desaparecía casi al mismo tiempo que los días calurosos, y volvía aquella llanura blanquecina de la que se componían sus manos, su cara y su cuello, todo lo que mostraba durante las clases e incluso todo lo que me había mostrado en esa dudosa reunión.

—Buenos días —dijo, aún desde cierta distancia, justo en el lugar donde el pasillo se cortaba bien para continuarlo hasta donde yo estaba o bien para girar hacia los ascensores. Como siempre, su saludo fue risueño pero disimulado, con un disfraz de neutralidad que también se ponía vagamente sobre el rostro.

Cuando lo oí, mi cuerpo reaccionó con una sensación de placer. Era un placer superficial, que accionaba mi piel para dotarla de la misma imagen que cuando tenía frío. Elevada en sus miles de poros y volviéndolos puntiagudos y con relieve, mi persona entera era un vivo retrato de esa dulce expresión del placer sencillo, todavía sin terminar de estallar pero no por eso menos puro. Era el mismo que sentí, por ejemplo, justo antes de masturbarme pensando en Daniela, cuando tomé conciencia de que iba a hacerlo y aquellos instantes eran el preludio de una sensación mayor, más fuerte y completa. Es inevitable que no me pregunte, sabiendo la exactitud de esta comparación, si ver y estar cerca de Brea —algo anunciado por su brillante “Buenos días”— era algo parecido a una masturbación, si lo que me aportaba su cercanía era tan excitante y

finalmente satisfactorio como aquello. Puede que sí, quizás por ser mi azaroso objeto deseo —más emocional que físico—, o por ser lo único que distraía mis días y los dotaba de una meta sentimental totalmente distinta a ésta en la que había fracasado. En cualquier caso, mi cuerpo se activaba ante él como si sus palabras fuesen la caricia de un amante en el cuello. Respondía moviéndolo hacia él y siguiendo la estela que sus dedos dejaban primero en mi piel y después en el aire —su voz—, y bajaba un poco la mirada por si la reverberante tonalidad del pasillo pudiera distraer el absoluto goce de ese contacto —esas palabras— que nacía sólo para mí. “Buenos días”, había dicho, y yo me revolvía con todas las sensibilidades de mi piel, de modo que cada uno de mis actos inmediatamente posteriores fuesen escogidos con el único motivo de disfrutarlas todavía más. Duraban menos de un segundo, pero para mí eran muy concretas y claras. Entonces subía hacia esa presencia que ya me había dibujado en la mente, hacia esa cara que no era la suya, pero que me ofrecía mientras, con una discreción exquisita, que revisaba sin parar que nadie apareciese en ese mismo sitio, aunque simplemente me hubiese saludado. Pues su propio saludo, de por sí ya cuidado y comedido, se había vuelto en aquel juego algo que también para él significaba más que un simple “Buenos días”, quizás un “Te metiste en mi despacho y rozaste mis labios”. Ya tenía tintes de algo más atrayente que su victoria o su posición de autoridad, una posición que se iba mermando a medida que se prestaba a mantener esa reiterada cortesía y yo me atrevía a contestarla en los mismos términos. Le decía algo más, algo tan íntimo que no quería que nadie lo viese esta ocasión, justo cuando nos encontrábamos a solas, cuando quizás se había descuidado y en su saludo se había traducido un poco de esa agradable sorpresa por verme allí —a mí, sólo a mí—. Lo cierto es que no había así, y su último “Buenos días” no difería de los anteriores, al menos en mi opinión. Pero, ¿y si lo había hecho? ¿Y si sus palabras habían tenido un eco de seca desazón, porque no se esperaba una escena así, una escena sin nadie más? Era una alarma que se me antojaba deliciosa, mucho más que su hilaridad al sonsacarme información que regalaba sus oídos, que todas las delicadezas que me había ido mostrando, aunque no fuesen muchas. Esa posición de autoridad de la que hablaba antes terminó por arruinarse ahora, a pesar de que nuestros papeles no hubiesen cambiado y él siguiera siendo mi profesor de cuarenta y tantos.

No obstante, era una alarma bastante bien ocultada bajo todas las impolutas

capas de control propio. Se notaba en que había apretado su carpeta un poco más fuerte, con esquemas de sus clases. Se notaba también en esa incesante vigilancia de las entradas y salidas del pasillo, lo cual siguió haciendo cuando torció un poco su cabeza, señalando con ella los ascensores y levantando sus cejas en claro gesto de pregunta. “¿Vas a los ascensores? Porque yo sí.” Sólo volvió sus ojos a mí para constatar mi respuesta, después de un rato en esa postura y para volver a mirar, ahora definitivamente, las puertas bien cerradas de los despachos. Tampoco había nada raro en bajar o subir con un alumno que casualmente se encontraba allí. Pero para él sí, con este alumno, y eso me suponía otra nueva ventaja, otra nueva muestra de su fuerte posición derrotada.

Sí, bajaría en el ascensor, por supuesto. Por qué no hacerlo, si él me lo ofrecía y a su saludo ya prácticamente había olvidado qué hacía allí, sino esperar a que él apareciese. Me parecía que de verdad estaba allí para eso, y que mi plan había salido bien. Era inútil fingir que no me había planteado la posibilidad de verlo, claro que me la planteaba siempre que me acercaba a la universidad y a sus alrededores, y no lo había hecho de manera especial por subir a aquel piso. Ése era un giro de buena suerte, y la consciencia de que estaría dentro del estrecho ascensor —mi imaginación lo estrechó más hasta que casi tuviéramos que rozarnos y respirar el mismo aire de una boca a otra — era tan magnífica que ni siquiera pude sentir ese placer al que había aludido antes. Era otro tipo de placer, el del acto ya de por sí, el que preludiaba aquella caricia, el que deseaba y quería tener cuando todavía era el momento del saludo. Él siguió su marcha y esperó a que me pusiese a su lado para darle al botón. No quería perder los segundos de espera del ascensor dándole antes de que yo llegase, y en la comisura de su ligera sonrisa se retorció la sonrisa real, más grande y más viva. Miró de nuevo a los lados, mientras su dedo tocaba el frío sensor metálico que llamaba por uno de los ascensores, y volvió a hacerlo justo después, examinando tanto nuestro lado como el lado de ADE, donde también podían pasearse cientos de ojos.

—Qué casualidad —dijo, muy bajo, casi sin que pudiera oírlo, porque cada palabra escuchada por un tercero podía traicionarlo. Su nueva e intensa necesidad de discreción me sugirió que esa línea roja que él ya había advertido en el despacho, por la que le consultaba al techo intentando que lo frenase, ya era algo que había quedado atrás. Que la traspasaba, y lo hacía con tal decisión que no quería ni que nos viesan tomando el ascensor juntos,

aunque no le habría dado ninguna importancia tener a otro alumno cualquiera a su lado en ese momento. Su techo era bastante seductor, pero no había estado en todas las veces que ya nos habíamos saludado tocando nuestro secreto, ni cuando seguramente él notaba un pinchazo antes de dirigirse a mí, percibiendo sin tener que mirarme que cruzaba la entrada y todos los rayos de ese recibidor enorme y blanco se clavaban en mi cabellera castaña, volviéndola un poco dorada y desdibujando sus contornos.

—Sin duda —contesté, porque aunque habría querido decir algo más sugerente, me contagié de aquel pavor a que cualquier otra persona pudiera oírnos. Ya era bastante arriesgado decir incluso eso, como si tuviéramos una relación más importante que la de profesor (casi antiguo profesor) y alumno que de verdad volviese una casualidad reseñable el encontrarnos allí. Pero lo importante no era qué decir, sino aportar algo a ese intercambio de susurros frente a los etéreos sonidos del ascensor que, más que arrastrarse hasta nosotros, parecía levitar en un viaje blando y cómodo. Se abrió, y su interior mucho más extenso al que me había figurado no turbó mi felicidad. Viviendo cada impulso que iba experimentando, ya me había olvidado de eso de casi rozarnos allí dentro, y la manera en la que entrásemos y ocupásemos nuestro sitio era el nuevo pensamiento que me rondaba, para extinguirse enseguida.

Allí dentro había intimidad, había un espejo mudo y paredes metálicas con botones silenciosos. La careta de Brea se quebró al momento y me mostró ese humor radiante que yo sabía que escondía. Ya no guardaba las formas, ya no tenía miedo a ser descubierto, ya se destapaba su faceta divertida que, en dicha diversión, había perdido las nociones morales derrumbadas por una mezcla de otros deseos.

—¿Ya se ha enamorado usted o todavía no?

Volvía a tratarme de usted, como lo había hecho siempre —y como lo hacía con todos— hasta ese revés de nuestra entrevista. Y no debía buscarle ningún significado, porque no lo tenía, más allá de un valor estético que admiré sinceramente. Ese “usted” era perfecto, esa preciosa distinción para preguntarme si me había enamorado. Y yo, para delirio de sus portentosos ojos, tuve que responderle “No, desde luego que no”. Acompañando el movimiento circular de su iris azul dejó escapar un poco de risa, y yo también de me reí.

—¿Pero yo le sigo gustando? —dijo con una repentina y fingida entonación de preocupación, como un médico que pregunta a su paciente si, a pesar de seguir teniendo tos, su temperatura continúa estable.

—Sí, por supuesto —contesté, con el mismo acento cortés y de desenvuelta neutralidad con el que estábamos jugando.

—Bien, bien —terminó él, siguiendo con la comedia del médico que pasa consulta.

Nos reímos de nuevo, y el ascensor paró justo antes de abrirse en la segunda planta. Automáticamente, la cara de Brea volvió a desfigurarse para ponerse la fría careta —en él resultaba fría, aunque era más alegre que la del común de la gente— que utilizaba durante el trabajo.

—Buenos días —dijo, cuando el ascensor ya se hubo abierto y nos mostraba el ajetreo de una serie de alumnos que llegaban o salían de sus clases, con la claridad de aquel pasillo de cristal rebotando en nuestros ojos. Al mismo tiempo, hizo un ademán para que yo pasase antes, aunque no me bajase en esta planta, igual que tampoco pretendía tomar el ascensor.

—Gracias, buenos días —respondí, y salí para hacerme a un lado y mirar, simulando que consultaba mi móvil, cómo se encaminaba hacia un aula.

CAPÍTULO XIII

Ese jueves salí por la noche. Lo hice por aparentar normalidad, a pesar de que nadie se podía creer mi normalidad, y porque Julián me había pedido que fuese. Él no sabía nada de lo que había pasado, y cuando le preguntó a Luis, éste le respondió que habíamos tenido un problema y ya no éramos amigos. Lo sé porque él mismo me lo dijo, cuando intentó encontrar una respuesta en mí o, más bien, una posible forma de solucionarlo para que nuestro íntimo y principal grupo siguiese existiendo, para esas cervezas a media tarde entre nosotros tres no desaparecieran, ésas en las que ya no veíamos a Elvira subiendo hasta la pista de atletismo. Me pidió que saliera y me dijo, sin poder utilizar una naturalidad que hiciese su mensaje menos dañino, o menos importante, que Luis no iría. Algunos de clase iban a quedar en la Alameda como siempre, y Patricia, que ya de por sí estaba buena, iba a traer a dos amigas suyas del instituto. Lo dijo todo seguido, intentando enmascarar su información primera, aunque para él era realmente importante que Patricia se trajera a sus amigas, sin importar que a cambio quizás tuviéramos que aguantar —si éramos torpes y nos lo cruzábamos— algo de historia vikinga.

Quedé con él, con todos los demás, me presentaron a las amigas de mi compañera y me coloqué al margen mientras otros amigos nuestros se arremolinaban alrededor de sus bonitos ojos verdes y marrones. Esa noche Julián consiguió besarse con la primera de ellas. Dependiendo de los valores de Patricia, eso podía significar que no tuviera a esta segunda nunca, porque posiblemente le daría asco morrear con un hombre que ya había pasado por una de sus amigas. De todos modos, Julián no se detuvo ante esta apreciación, y posiblemente no se la imaginó ni por un momento, bien por su falta de capacidad para reflexionar ante una oportunidad así —esto era lo más probable— o bien porque no creía en un obstáculo semejante. Lo cierto es que varias chicas amigas de mi propia clase habían estado con un mismo chico, también a veces de nuestro curso. Normalmente no se consideraba algo desagradable, ni por ellos ni por ellas, en una camaradería unida por el mero placer, donde pasarse a una persona de unos a otros —o ser pasada— era algo que no merecía ni un solo pensamiento. Luego todos volvían a encontrarse, y se sonreían con el frío recuerdo de haberse besado, algo que no tenía más importancia que haberse tomado un café juntos. Así las noches eran una

bacanal de besos que, en la siguiente, se ordenaría de manera distinta dentro del mismo grupo. Por eso Julián, en su esporádica relación de las tres y media de la mañana, no renunciaba a Patricia de ningún modo. Claro que yo no sabía si ella pertenecía a esa opinión, o si un hombre tocado por su amiga era suficiente impedimento como para que le pudiera interesar.

Yo no estaba muy seguro de qué pensaba a este respecto. Bueno, pensar sí, me parecía asqueroso que una chica ya besada por un amigo fuese ahora mía. Podía imaginarlo con la ciervo, que aunque no me gustase por razones obvias, no sería capaz de estar con ella por haberla visto en brazos de Luis. Sin embargo, sabía de algún lío de otros amigos que después había pasado por mis manos. Quizás no se trataba de no tener una opinión clara, sino que en determinados momentos, a pesar de tenerla, no había sido nada íntegro. Me había valido más el placer de un encuentro cualquiera que el lógico reparo a unos labios ya impresos en la boca de mis amistades. Sí, era falta de integridad, era una tentación fácil ante la que sucumbía con la misma facilidad, sin ningún tipo de remordimiento posterior y la conciencia tranquila y feliz por esa bonita experiencia, por otra nueva celda a ocupar en mi detallada y excelsa tabla de besos. Mi falta de compromiso con esa idea era algo que debía enfadarme un poco conmigo mismo, pero entonces acudía al estúpido bálsamo de pensar que no pasaba nada, porque la mayoría de la gente lo hacía. Y así me sentía mejor, contento en esa cantidad de seres humanos que me acompañaban en la práctica. Por otro lado, por supuesto, confiaba en que todavía había mucha gente que pensaba como yo y cumplía con ello, donde colocaba necesariamente a mi hermana. Estaba seguro de que ella no podría acercarse a un hombre que ya hubiese estado con una de sus amigas —conocía a varias de ellas, podía representarme la escena exacta—, de que sentiría repugnancia y sí sería fiel a su opinión. Ella no era como yo, tan simple y vendida por la excitación de un beso ajeno.

Laura venía a mi mente porque, en la carencia de remordimientos que ya he comentado, necesitaba algo más que esa costumbre común y generalizada. Necesitaba saber que aunque yo accedía a esa cantidad justa de vicio en la que aceptaba negarme a mí mismo, mi interior podía estar tranquilo por una especie de sentimiento paternal que experimentaba hacia mi hermana en estos casos, en la materia de las relaciones adultas, de todos los contactos sexuales que pudieran existir. Me echaba en cara —bueno, en realidad no lo

llegaba a hacer— mis pocos valores, pero me sentía satisfecho con los de Laura. Como si su actitud participase en el equilibrio universal igualando una balanza donde se medía hasta qué punto podíamos llegar a ensuciarnos, creía que mis actos eran menos desagradables porque los suyos eran perfectos. Y no decía que ella no besase a nadie durante las noches, pero que no haría eso en concreto. Es algo de lo que entonces y ahora estoy seguro, por el sencillo hecho de conocerla. No obstante, de haberla encontrado colgada del cuello de alguien que antes hubiera visto con una amiga suya, habría sentido el peso de mis faltas —porque yo las consideraba faltas en tanto dejaban de estar delante de mí— mucho más grave. Que sus actos, para mí asquerosos, vendrían determinados por la existencia de los míos, y que ninguno de nosotros podía presumir siquiera de tener un hermano con algo de integridad en este punto. Nuestra balanza se caería, se rompería.

Lo cierto es que no podía entender el motivo de estas sensaciones, pero eran algo del todo lógico para mí, eran algo íntimamente ligado y que nadie, por muchas explicaciones que me diese, podría convencerme de lo contrario. Aun hoy, cuando pienso en ese momento, sigo sintiendo aquello como algo muy real, y sigo creyendo que ese orgullo hacia mi hermana mayor era lo que mantenía la violación de mis ideas en una paz constante.

Julián consiguió esa noche a la chica de ojos verdes, que tenía una barbilla prominente y era un poco más alta que él. Formaban una pareja extraña, ella con su mentón saliente y la boca pequeña llena de unos dientes que parecían escaparse del mundo. Él, con su barbilla huidiza de anfibio y toda una hilera de planchas blancas cubriéndole las palabras. Una especie de compensación en sus caras que no los volvía, a riesgo de lo que pudiera parecer por la simple descripción, graciosamente agradables. De hecho, a mí me parecían todo lo contrario, sugiriéndome dos tipos de seres distintos que, en contra de las normas de la naturaleza, se encontraban y se tomaban a ritmo de reggaetón. Pero ahora, tras unos treinta minutos en la Alameda, se contentaba con mirarla e intentar trabar conversación, olvidando sus ingentes y habituales esfuerzos por captar la atención de Patricia en esos momentos previos a ir a los locales.

Jaime no había aparecido, y en parte se echaba en falta su mirada azul buscando almas que formar en su mundo vikingo. Esa chispa que aportaba su presencia, riéndonos del idiota que hubiera caído en sus garras por un

desafortunado despiste, no estaba ahora y se notaba. Lo noté especialmente porque sabía que, esa noche, yo sería el más indicado para estar a su lado. Un poco apartado del grupo, hablando poco y bebiendo y riéndome menos, me habría venido bien esa charla pesada de acento uniforme, de discurso simplón y repetitivo cuyas introducciones sonaban igual que las conclusiones más importantes. Así no pensaría en lo raro que se me hacía estar allí sin Luis. Tampoco había ido Daniela, y no sabía qué me parecía aquello. No sabía si me habría gustado tenerla para rogarle un poco de conversación banal, por la agradable distracción de unas palabras ajenas que me apartasen de aquel vacío tan denso. Si habría aceptado su protagonismo en mis desventuras y su posición privilegiada —privilegiada incluso antes que la mía—, con tal de utilizar la imagen de esos dos ojos tan negros para poder perderme en su dibujo almendrado. Para excavar en ellos y encontrar ecos y ecos de verborrea que no me interesaba pero me distraía, que nacía para mí en su desinteresada bondad. Me parece que sí, que esa noche habríamos hecho las paces definitivamente, aunque el distanciamiento fuese sólo un capricho mío, de mi mal humor y el dolor de mi rechazo. Y por echarla de menos ya empecé a prender etapas de ese camino hacia nuestra amistad, una amistad que no conocíamos y tendría matices completamente nuevos, porque aquélla, la antigua, la que habíamos vivido, estaba demasiado adulterada por otros intereses. Pero no estaba aquí, no la encontraba en el suelo junto a las otras ni apoyada en un árbol o una farola. No estaba, sin más, y toda mi distracción era mirar los cortejos a esas dos chicas nuevas, decir una palabra aquí y allá, dar vueltas al vaso que tenía en la mano y no me acabaría en mucho tiempo. Tropecé, en estos movimientos involuntarios de mi mirada, mientras buscaba algo a lo que agarrarme y que no existía, con la cigarrillo de Elvira. Con una blusa blanca y falda oscura, se retorció en el suelo para que sus medias negras no enseñasen más que sus piernas. Se tapaba los secretos de su falda con las rodillas flexionadas y una postura de sirena varada, apoyada sobre un brazo muy recto y dejando el otro al ligero ademán de llevarse el tabaco a los labios para devolverlo al suelo. Esa noche su cigarro no me inspiró demasiada rabia, sino más bien algo de pena. Podría haberme sentado junto a ella, decirle que añoraba a Luis y que ella me dijese que odiaba fumar, y si seguía así acabaría gustándole en contra de sus deseos. Podríamos habernos dicho muchas cosas, muchísimas, podría haberse convertido en mi mejor amiga, en una simbiosis de tristezas que se colmaban en sí mismas y se transformaban creando algo

nuevo. El desahogo, el alivio, el compañerismo en nuestras respectivas batallas.

Me sonó el móvil. Noté su timbre con una nitidez extraña, que superaba todas las voces y el ronroneo de los coches. Nunca lo sentía cuando Laura me hablaba para volver a casa, pero ahora lo había percibido claramente, algo muy raro. Y esa rareza por sí misma, lo extraño que resultaba, me convenció al momento de la existencia de una serie de fuerzas mágicas en las que no creía, por estar en ese sitio y de ese modo y pensando esas cosas, buscando mi teléfono en el bolsillo seguro de que mi perfecto oído sólo había tenido lugar por tratarse de un mensaje de Luis. Conteniendo la respiración, imaginando una frase corta y sencilla pero en la que me propusiese volver a ser amigos, me encontré con un número desconocido que me ponía “No beba mucho esta noche, alumno”. Por supuesto, no había nadie más que, fuera de mis contactos, me pudiera hablar así y llamarme alumno. La desilusión por no ver un mensaje de Luis se disipó muy rápido. Se evaporaba porque, en realidad, no podía esperar que me hablase, y lo hizo también por la vergüenza de haber cogido mi móvil tan ansiosamente, figurándome respuestas a algo que jamás me habían enviado. Luego, estaba la sorpresa de Brea hablándome. Cuando ya me enfrentaba a la sucesión de tres días donde no podríamos encontrarnos, donde no podríamos darnos los buenos días ni tomar, por un nuevo azar, el ascensor juntos, superaba esa distancia hablándome. Que tuviera mi teléfono no era complicado. Al principio de cada asignatura o de cada profesor entregábamos una ficha con nuestra foto y nuestros datos, incluido el número de teléfono. Lo habría sacado de ahí sin dificultad alguna, no sin tener que acudir ya a la del año pasado, tenía una bastante reciente de finales de enero.

Yo me había presentado en su despacho, sí, había hecho eso y habíamos estado hablando —o me había estado interrogando— como consecuencia de mis actos. Pero ahora no era yo, no hacía nada que le incitase a guardar mi número y hablarme. Se trataba de algo descarado, de una clara persecución. ¿Qué hacía el jueves por la noche, a las dos menos diez de la mañana, mandándole el mensaje al depravado alumno del que se había burlado tanto? ¿Qué era eso que ya no podía contener, esa posición estable y segura que había empezado a romperse cuando señaló el ascensor? Ninguna de sus reservas había sobrevivido al prolongado contacto con algo que le divertía

demasiado, que le atraía demasiado, y en la diferencia entre el humor y el deseo él había estado trazando un tímido zigzag que ahora ya se arrojaba a uno de los dos lados.

Las dos menos diez, y ese hombre me hablaba con el hilarante motivo de que su alumno no se emborrachase. Un motivo que le traía sin cuidado, que venía a perturbar mi noche —ya fuese de fiesta o de descanso— para que lo tuviese presente durante esos días de separación. Para que, en ese floreciente viernes donde la universidad quedaba ya muy lejos, el circular devaneo de sus ojos no se apartase también de mí. Qué hacía despierto, si estaba en su casa, pensando en mí. Qué hacía mandándome un mensaje, si estaba fuera y con otra gente. Hasta qué punto nuestro juego le había arrebatado el sueño o la diversión que otros podían ofrecerle, esa burbujeante idea de que le gustaba a un alumno, de que le gustaba y accedía a su constante “Buenos días”. Y yo, origen de todo aquello, me encontraba con esas palabras frías y llenas de calor para él, que me mandaba en un instante que dedicaba a pensar en Luis, en su ausencia en esta Alameda fría y cubierta de nubes oscuras. ¿Cómo podía hacer para aceptar que mi primera intención, olvidada ante esa rara entrevista, empezaba a materializarse y caminaba hacia mí aunque yo no estuviese siquiera pensando en ella? Que mis nervios por algo que había considerado estúpido y vergonzoso ahora flotasen en otro cuerpo y en otra mente que sólo encontraba un alivio en hablarme. Llevaría un tiempo considerándolo, porque dudo mucho que guardase las fichas de sus alumnos en su casa. Habría guardado mi móvil hace días, al menos esta mañana, quizás ante la angustiada perspectiva del fin de semana o por el agradable delirio de ver mi contacto, el del niño que había acudido a él con intención de tenerlo.

Toda esa información, su desvelo nocturno y su decisión de hablarme, respondía al carácter de un enamorado. Pero no estaba enamorado, y yo lo sabía. Deseaba lo mismo que había deseado yo, aunque con un objetivo más lícito, con el simple sentimiento de querer tenerme sin que ello fuera tan solo un medio. Mi fin era extraño y bastante ridículo, estaba lleno de un romanticismo rancio, de un sacrificio que a nadie importaba y yo elevaba como una rebeldía contra un mundo que no se preocupaba por mí. Todo esto lo sabía en realidad, lo sabía en el fondo, pero era más fuerte ese primer impulso de destruir eso que había querido antes, en una estúpida ecuación donde esa destrucción conllevaba también la de mi amor por Luis. Yo era mezquino, era

egoísta, y aun así me había contagiado enormemente de esa idea, y pretendía llevarla a cabo. Se había marchitado, no obstante, mucho antes de conseguirla. Había dejado de obsesionarme, ya no me interesaba, ya no era para mí una meta ni mucho menos que importante. Justo entonces era cuando mi profesor cometía el resbalón de dejarse llevar, de haber pensado tanto en eso tan divertido y que tanto lo halagaba hasta que, sin darse cuenta, ese pensamiento se había convertido en algo muy distinto que lo devoraba y que le hacía cometer imprudencias como la de escribirme. Allí estaba él, con su número, mandándome un mensaje. Era un movimiento típico de alguien poco inteligente, que no tuviera la posición de la que él gozaba frente a mí y que, desde luego, no pudiera tener problemas por ello. Pero él sí podría tenerlos, y ahora que en mis manos estaban sus palabras escritas, su contacto con la fotografía de una playa, su franco acercamiento, yo gozaba de un arma contra él. ¿Era tan grande ese deseo que había plantado en su interior aquella mañana que ahora aceptaba correr un riesgo semejante a cambio de caminar hacia mí? ¿Iba arrastrado por su orgullo, por su humor, por atracción o por todas esas cosas a la vez? ¿Qué le ocurría para hacer tambalear de esa manera su mundo a cambio de un muchacho del que no sabía nada y que podía contar con los fines más perniciosos? El profesor maricón, abatido por su último novio, sin duda parecía una presa fácil. ¿No se había parado a pensarlo? Quizás sí, quizás no. Quizás sí pero no había podido resistirse, quizás no por haber creído fielmente mis palabras. ¿Hasta qué punto mi iniciativa tergiversaba así la prudencia de aquel hombre? Era terrible, era un acto horroroso, que lo hacía rodearse de peligros.

Cuanto más espantoso me parecía aquello, más sentía la culpa de haber tocado sus labios. Una culpa que no habría experimentado de ningún modo si de verdad me gustase, si de verdad hubiera acudido allí por una pasión indomable. Pero no era eso lo que yo sentía, no era nada parecido. ¿Qué podía hacer ahora, que él había llegado tan lejos? ¿Qué podía hacer, con mis fríos pensamientos gritando desde el fondo de mi espíritu, aplastados por fresquísimas sensaciones como ésa cuando entrecerraba los ojos para disfrutar más de la caricia de sus palabras? Me dominaba un mismo interés por tenerlo, y ni la conciencia de que era un error ni el espectáculo de posible autodestrucción de ese hombre llegaban a controlarme. Era una ilusión rara, que intentaba convencerme de que de verdad aquella persona me atraía. Sin

embargo, era algo distinto, mucho más oscuro y gélido, aunque yo lo sintiera cálido, espeso y turbulento. Se trataba de la perspectiva de esa aventura, de ser de alguien a pesar de que ese alguien no fuese quien yo quería, que no fuese siquiera alguien parecido. El impulso infantil de lanzarme a ello a cambio de una sensación, a cambio de un recuerdo erótico.

En su momento, había pensado cosas como que no quería saber lo que era un orgasmo si no lo tenía con Luis. Recuerdo aquella plenitud de mi alma, respirando fantasías y tejiendo confesiones hermosas. Pero ahora, sin la posibilidad de que Luis entrase en mi intimidad, sin la posibilidad de que mi herida se pudiese curar pronto, despojado de eso que me había imaginado, se descubría en mí en una cara diferente, secreta y que me costaba comprender incluso cuando se hacía con mi control. Era de una simplicidad increíble, llana y con una textura muy lisa, sincera, clara y sin una sola brecha. Puede que lujuriosa, aunque para ser lujuriosa quizás no debiera inspirarme tanto miedo. Porque no se trataba de sexo, sino de la experiencia en sí. Del cambio que llevaba tanto esperando, en el que pensaba y que me sugería frustraciones con los demás y sobre todo conmigo mismo. Una faceta triste, en verdad, que aceptaba tener a alguien que no quería tener ni me gustaba, sólo para obtener aquello. Una forma de prostitución, donde no sabría si llegaría a experimentar una excitación real, ni si la perspectiva de ese cuerpo desnudo terminaría atrayéndome o alejándome. No sabía si soportaría sus besos ni una caricia real más allá de la de sus palabras. Pero yo no me daba cuenta de eso, no sabía hasta qué punto me vendía y la manera en la que lo hacía. Que en mi balanza de prioridades, ponía por delante dejar de sentirme un niño antes de alcanzar esa intimidad con alguien que al menos me atrajese. ¿En qué nivel me dejaba eso? Esto no era aceptar una boca ya explorada por un amigo a cambio de un beso. Era mucho más serio, y mientras yo podía observar aquella falta, no era consciente de ésta. Me convencía de que había empezado a gustarme, de que todos esos pequeños rasgos que analizaba en nuestros encuentros formaban un conjunto magnífico, que de verdad me llamaba, que de verdad quería poseer. Que me había metido en ese juego porque había algo de ese hombre que me volvía loco, que descomponía mi interior para dejarlo a su merced, a los dementes movimientos de sus ojos y su risa. En ese momento, con su mensaje en las manos, pensé de verdad que me gustaba. Que tenía suerte, que había hecho algo alocado y salía ganando más de lo que pensaba

antes. Dejaba de crearme cínico por acercarme a él con la intención de cumplir otro propósito, y disfrutaba su repentina caída creyendo que era el deseo por él lo que me movía, en lugar de pasar un trámite que se me hacía engorroso.

Es curioso cómo podemos engañarnos. Por uno u otro motivo, podemos creer en un amor que no tiene ningún parecido con el real, y pensamos que de verdad gozamos al lado de alguien, que queremos su cariño y todo lo que nos pueda entregar, y en definitiva, que lo respetamos. Porque yo, en la franqueza de nuestra relación puramente física, me sentía respetado por él. En nuestro mutuo acuerdo que no habíamos ocultado ni disfrazado en ningún momento. Pero yo no lo respetaba, no lo veía como la persona que en sí misma colmaba una expectativa aunque fuese esporádica, no lo valoraba por ser él mismo, su cuerpo estrictamente, sus gestos o lo que fuera que podía gustarme.

Entonces, con todos esos reproches orbitando a mi alrededor, lo único que sentí fue una alegría nerviosa, un frenesí salpicado de un placer sensual que se movía entre el picor y el mareo. A ese número desconocido, algo dentro de mí se movía y se descolocaba. Era un desorden bello, que en su propio desastre me susurraba una melodía más que agradable, que no quería dejar de escuchar. Pensé al menos veinte respuestas posibles a ese mensaje, entre las que se incluían miedos como que alguien se hubiera puesto al tanto de nuestra particular relación y quisiera aprovecharse de ella para reírse de mí. Era posible, bueno, no resultaba fácil que alguien se hubiera enterado de eso, pero cabía dentro de las opciones, incluso que Brea se confabulase con alguien para llevar a cabo esa mofa. En cualquier caso, ninguna de aquellas dudas llegó a socavar mi confianza, mi segura percepción de que, en contra de todos los obstáculos morales a los que había intentado agarrarse, ese hombre no podía evitar pensar en mí. Lo hacía a las dos de la mañana, dándole vueltas a su móvil en las manos, con mi número guardado y una conversación vacía ya abierta. Sí, era él, despierto y pensando en mí. Y yo podía contestarle cosas ingeniosas, o seguir su delicadeza y escribir un sencillo “Usted tampoco, profesor”. Eso último era lo que más me convencía, pero no podía resistirme, ni siquiera en aras de la estética, a preguntarle cómo sabía dónde estaba. A su vez, esto tenía múltiples formulaciones distintas, más elegantes y más vulgares. Me temo que me decanté por esta última, escribiendo rápidamente en

un impulso de miedo, cuando vi que volvió a estar en línea, seguramente para comprobar si yo lo estaba y si me disponía a responder. Me entró un poco el pánico, como si sus dedos marcando mi conversación tuviesen sobre mí el mismo influjo que esos dos ojos grandes y llenos de cristales azules. Me parecía que me miraban ahora, que superaban las barreras del espacio y utilizaban mi teléfono para verme. Para ver si escribía, qué decía, si mi gesto era seguro o temblaba.

—Cómo sabe dónde estoy?

Se puso a escribir al instante. Si ya estaba seguro del poder que había empezado a ejercer sobre él, aquello lo corroboró definitivamente. Significaba que había vuelto a la conversación sólo para ver si yo estaba y le contestaba, que vigilaba mis movimientos y la recepción de su mensaje, descartando que, por ejemplo, se hubiera puesto a hablar con otra persona.

—No lo sabía, me he arriesgado.

Imaginé su sonrisa con la misma claridad con la que debió pintarse en su cara. Altiava y brillante, repleta de luces que iluminaban su madrugada solitaria, su casa oscura, vacía.

—No lo haga usted tampoco —puse, en un pobre intento de recuperar esas palabras que debían haber sido las primeras, que tan bien habrían quedado, que tanto habrían agradado a su humor.

—No lo haré.

Esa respuesta, seca y sencilla, me resultó extraña. Al igual que si lo conociese desde hacía mucho tiempo, me pareció algo que no tenía que ver con él, con su manera de ser, y que alguien le había quitado el teléfono para mandarme ese mensaje y obligarle a concluir el asunto. Si su conciencia tuviera poder absoluto sobre él, eso era lo que habría hecho. Pero, ¿cómo iba a presentarse ahora tan fuerte, si había llegado a hablarme? Ahí no había enfado, no había intención de zanzar nuestros juegos, nuestros “Buenos días”, aquellas cosas que nos unían. No, no podía ser eso, y se me hizo más claro cuando, justo después de enviarme aquello, dejó de estar en línea. Lo que ahí me expresaba era una sensación amarga, de amante solitario mientras el otro se divertía. Me echaba en cara su noche aburrida, insulsa, y mi otra noche de compañía y alcohol. Lo hacía como si tuviera derecho a que eso le doliese, y

como si yo debiera sentirme un poco culpable, o como si el vaso que tenía en la mano no me trajera ya un sabor dulce de los refrescos mezclados, sino un toque ácido. Con un ademán triste, hastiado de horas con las que no tenía nada que hacer más que desvelarse y hablarme, importunando mis aventuras, dejaba que el móvil cayese a un lado y hundía su cabeza en la almohada, en el respaldo de un sofá, con la mirada clavada en una oscuridad que se le hacía pesada, que le sugería formas y sensaciones que no tenía, que no era capaz de alcanzar ya, a las dos de la mañana. Lo hacía teatralmente, con una máscara griega para interpretar ese personaje que no era del todo cierto, porque nosotros no teníamos nada ni nos debíamos atención alguna, pero que escogía porque también tenía algo de verdad, pues bien, un tedioso momento al que no sabía cómo darle salida. Y en una casualidad que me colocaba en medio de esa farsa un poco real y un poco fingida, no encontraba a nadie mejor que yo, nadie al que dirigirse ahora mismo para dar salida a ese hastío con cierta lógica, que en una relación especial hubiera accedido a ese punto íntimo en el que guardaba su exacerbado humor y sus tibias atracciones. Yo era el otro personaje de la comedia, y mi papel era el de quedarme un poco estupefacto al leer algo tan árido y ver la manera en la que se iba, abandonándome a la suerte de mis impresiones. ¿Habría algo de risa en sus labios, justo ahora, después de hacer eso? Creo que no, a pesar de que sus dientes sí pudieran asomarse en una mueca de la boca medio abierta, quizás mientras la repasaba con los dedos.

No supe si debía responder, y como no se me ocurría nada —¿qué iba a decir? Un estúpido “Me parece bien”, un recargado “Lo celebro”—, decidí dejarlo así. Acepté ese fragmento lastimoso que me dedicaba por no encontrar mejor recipiente, con una frialdad a la que me empujaban nuestras relaciones. No me sentía cómodo, claro, pero yo no tenía la culpa de sus insatisfacciones o la eclosión de unos sentimientos que molestaban su noche. Sólo experimentaba una curiosidad intensa, las ganas de espíarlo ahora mismo para ver qué hacía, dónde había dejado su móvil, si volvía a mi conversación únicamente para hacer una comprobación, como lo había hecho antes. En parte deseaba que sí, y en parte prefería que no lo hiciese, para no volver a caer en algo como ese “No lo haré”. Era tan poco apropiado, manchaba de tal manera su posición, aquélla risueña y divertida que me zarandeaba a su radiante “Buenos días”.

CAPÍTULO XIV

No nos mandamos ningún mensaje más durante el resto del fin de semana. Me habría gustado decirle algo, empezar una conversación —un contoneo más de nuestras relaciones— utilizando ese timbre desenfadado y delicado de Brea. Sin embargo, no se me ocurría nada. Entraba a menudo en su conversación, para ver si esa fotografía y su número ya guardado me inspiraban. Pero no lo conseguía, y más bien surtía en mí el efecto contrario, pues según veía ese frío “No lo haré” tenía ganas de guardar el móvil y no volver a cogerlo. Esa plasticidad con la que me echaba en cara un sentimiento que no nacía de mí ni de aquello que había entre nosotros me producía cierto desasosiego, como si por la casualidad de mis caprichos ahora estuviese situado en un lugar peligroso, esto es, en el receptor de una serie de ataques de un alma herida por los actos de otra persona. Si Brea se sentía triste y su noche solitaria le dolía, no era por añorarme ni mucho menos por necesitarme. Era por alguna persona distinta que antes curaba aquel pánico a la soledad, que había entrado en su vida para ponerla a su servicio y luego abandonarlo. Lo entendía, entendía su paso en falso por la angustia de unas horas que antes resultaban mucho más felices. Entendía también que mi situación, el niño que coqueteaba con él, se le hacía un placer más que vulnerable a sus téticos cambios de ánimo, cuando llegaban los momentos difíciles. En esa compleja suma de diversión, deseo y un repentino dolor, yo me encontraba siendo el objetivo de sus frustraciones, porque pasar esa noche solo evocando otras muy distintas no era más que una frustración que pagaba con ese árido mensaje que, hasta ahora, seguía siendo el final de nuestra rara e inapropiada conversación de móvil. Y me parecía peligroso, sí, porque recibía aquel primer golpe sin merecerlo y sin ningún sentido, pudiendo recibir más adelante otros tantos más graves. Por ejemplo, que cualquier palabra o cualquier gesto diesen lugar a una discusión, a gritos o a histerias que no tendrían más lógica que sus emociones sin cicatrizar, pero que en cualquier caso me utilizarían a mí.

Me sentía ofendido por haber tenido que leer esa respuesta sin más culpa que la de haber salido con mis amigos mientras él se volvía nostálgico y taciturno. Si me hubiera quedado en casa y le hubiese contestado de manera distinta, intuyo que se habría sentido mejor y que no me habría llevado una respuesta incómoda. Creo que habríamos hablado bastante tiempo, que habría gastado

sus bromas y se habría dispuesto a dormir con la apacible sensación de no ser el único que debía soportar esa noche a solas. Resultaba egoísta y de una sensibilidad histriónica, por dirigirse precisamente a mí. Pero, ¿no era todo él histriónico? ¿Era posible que la parte más negativa de su persona no tuviese los crispados nervios de esa otra, más luminosa y que de verdad me había gustado? No podía mover los ojos de una manera tan delirante sólo para las cosas buenas, y dejarlos quietos y tranquilos para las malas. Igual que aquella entrevista había experimentado los ardores de una magnífica alegría llena de halagos y juegos, esa noche habrían acudido a él cargados de rencor, odio y una terrible certeza de no poder cambiar ese contexto que ahora mismo lo rodeaba, el del sueño que no acudía a él, el de los pensamientos recurrentes, el del corazón vacío que no encontraba nada con lo que llenarse ni consolarse. Yo, en mi fiesta ajena, no le traía ni un poco de alivio, y una nueva pena, aunque endeble y cuya existencia se debía sólo a las anteriores, se había unido a él.

He dicho que me sentía ofendido, pero creo que esa ofensa, que ese miedo a meterme en una situación quizás cargada de remolinos que no me correspondían, se debe más bien a mis pensamientos actuales, mientras recuerdo esos días y analizo cada paso que dábamos. Quiero ver que, en ese momento, había en mí la lucidez suficiente como para darme cuenta de ello, que era consciente a pesar de que fuese, quizás, de una manera indirecta, más débil y que caía un poco en el olvido. Pero me parece —y sólo me parece, porque no sé exactamente cuáles eran todos los pensamientos que durante ese tiempo cruzaban mi cabeza— que no fui capaz de llegar a ese nivel de reflexión, que no vi una huella ajena en aquel “No lo haré”, y que sólo vi una demostración nueva y más fuerte de su interés por mí. Sabía que había vivido un desengaño, que se había ido de la universidad durante un cuatrimestre, y ése fue el principal motivo por el que me había fijado en él. No obstante, en este punto de nuestra historia, a ratos lo olvidaba creyendo que el inicio y final de todas sus expresiones tenían que ver conmigo. Desde luego no era así, no era así en esa ocasión. Creí que era exagerado, que tenía el encanto dramático de un hombre que desea algo que no puede tener justo en ese momento, y por ello se le hacía complicado pasar las horas. En definitiva, lo que quiero decir es que no hubo nada que me animase a concluir aquello, o que al menos hubiese sembrado en mí cierta duda. En ninguna ocasión pensé que sería mejor

dejarlo en ese punto, en una curiosa anécdota que no llegaba a implicarme de una manera más seria. No, yo quería continuar, quería seguir explorando qué era lo que quedaba aun entre nosotros, como si ese “nosotros” fuese realmente algo por la unión de nuestros nombres y nuestros cuerpos y no de una idea atropellada. Nunca me pregunté si tenía sentido, y por supuesto tampoco si yo lo quería de verdad. No lo hice porque instintivamente conocía las respuestas, y me obligaban a abandonar algo que me distraía con una excitación fantástica, un nerviosismo hermoso como cuando había empezado a enrollarme con esa Paula del instituto, recobrando una vieja sensación por algo que en realidad no me llenaba pero que me aportaba una distracción física que terminaba desembocando en una cuestión puramente social. Me gustaba esa cuestión social, pero sobre todo me gustaba también seguir ese dulce hormigueo que me cubría el cuerpo cuando lo tenía cerca o sentía de algún modo esa presencia atenta a mí. No quería renunciar a eso, no lo quería hacer por pura terquedad, porque me gustaba algo que en definitiva no era él —una cuestión que se me escapaba, algo así como una sensación—, y estaba decidido y empeñado en perseguirlo. Puede que fuese ese empeño el que nublaba otras cuestiones, no ya las obvias —su posición y la mía, nuestra edad, nuestra absoluta falta de estética— sino otras como el motivo de esa contestación tan seca, o qué quería en realidad y por qué estaba satisfaciéndome con eso.

Estaba seguro de querer seguir, de no perder aquello que no tenía un nombre definido y que no sabía hasta dónde llegaría. Por eso, ese “No lo haré” en el que se habían terminado nuestras palabras me molestaba y a la vez me entristecía. Me parecía que podía ser una forma de despedirse, porque no existía ningún motivo para que fuese tan cortante conmigo. ¿Nada más hablarme, con la felicidad de mis respuestas, se había dado cuenta de que era un error? ¿O su extraña personalidad había obedecido al impulso de dejar allí la constancia de su pena con el mismo afán con el que me daba los buenos días, agotándose en sí mismos y constituyendo de por sí otra muestra más de que existía algo entre ambos? ¿Lo había hecho sólo para divertirse con mi estupefacción y con su brillante papel cargado de dramatismo? Qué sabía yo, más allá de querer superar ese obstáculo y volver a hablarnos.

No pude tranquilizarme hasta que el lunes. Cruzándonos en la cafetería, me dedicó un “Buenos días” mezclado con otros de otros profesores, pero acompañado por esa mirada que significaba mucho más que un saludo. Y me

sentí todavía mejor cuando lo repitió después, al irme allí mientras él recogía despacio una cartera que había apoyado en la mesa. Lo hizo en voz baja, articulando los labios más que hablando, a la espalda de sus colegas que se disponían a irse y ya habían cogido sus cosas.

El martes fue un día insulso. No nos vimos, ni siquiera de lejos, y tampoco me mandó ningún mensaje. La última y odiosa frase seguía allí, impoluta, riéndose de mí por haberme encontrado desprevenido, riéndose también de él — imagino— por recordarle un momento de patetismo que lo había seducido para caer en el ridículo. Pero ese ridículo podía no parecerle demasiado grave, porque al fin y al cabo yo era un crío y él estaba muy por encima, tenía autoridad moral para cometer determinadas faltas sin ser juzgado, sin sentirse siquiera responsable. Era igual que darle un empujón a un niño en una calle muy transitada. No estaba bien, pero si nadie más se había enterado, no pasaba nada. Al fin y al cabo, el niño no iba a tener ni la inteligencia ni el atrevimiento de reprenderte, así que esa mala acción se evaporaba por la incapacidad de la víctima.

El miércoles, a diferencia del anterior, resultó ser uno de los días más importantes. Ese “No lo haré” dejó de redondear nuestra despedida, y me mandó un mensaje muy simple. “Ven a las dos y cuarto a mi despacho”. No tenía nada de su humor, de la finura de sus palabras siempre tambaleándose entre sonrisas. Era algo claro, directo, que no jugaba ni siquiera con la belleza del “usted”, que no parecía propio de ese ser de rutilante alegría —el término rutilante era perfecto, porque el juego de sus letras me hacía evocar hadas y bosques vivos y encantados—. Realmente quería que fuese, sin tonterías ni adornos, con una necesidad que bien podía significar el inesperado gobierno de sus valores morales sobre las felicidades de su deseo, pero que me pareció más bien lo contrario. Sobre todo porque después de leer el mensaje guardé el móvil, saboreando esa inminente cita que me guardaba las eternas bellezas de su rostro inquieto. Cuando lo volví a coger, tenía un mensaje de un minuto después: “Puedes?”. Sí, podía. Y fui directo, con la sensación de haberme perdido todos los conceptos que habíamos dado en Civil, sin enterarme de las conversaciones de nuestro descanso de cuarenta y cinco minutos en la mesa más grande de la cafetería, tan distraído que ni siquiera me había parado a pensar un nuevo insulto para esa Inma torpe e ignorante que dictaba apuntes como si estuviera ante una clase de niños pequeños. No me molestó su cuerpo

desparramado bajo capas de leopardo naranja, ni su cara asquerosa cada vez que se dirigía a alguien que no le caía bien, o su sonrisa de suficiencia cuando le pedían una explicación. Yo sólo pensaba en esa hora, en las dos y cuarto, en qué era eso que quería decirme. No paré de preguntármelo hasta que al fin estuve allí, hasta que me lo encontré en su silla y mirando ese techo que le hacía respirar y le ayudaba a despejar las dudas de esa pasión. Me imaginó que lo consultaba para preguntarle cuál era la mejor manera de llevar a cabo sus propósitos, qué frases debía escoger y cómo sería mejor pronunciarlas. En cualquier caso, no se dirigía ya a él para calmar sus deseos, habiendo fracasado en esa respetable batalla por la moralidad. Su blancura limpia y lisa se había hundido en una clara derrota, y no podía hacer nada más que enseñarle la forma más sana de dar salida a sus deseos. Por eso tenía la mirada calmada, explorando las volutas blancas de esa superficie, aspirando una tranquilidad que extraía de su misma existencia, absorbiendo en cada respiración unas deliciosas motas de polvo que caían directamente de él. Yo, febril y ansioso, sin ese antídoto a mi alcance, entré sin llamar a la puerta. No lo hice por una explicación lógica, como mi posición privilegiada y la hora que marcaba mi permiso. Lo hice sin pensarlo, devorando esa puerta igual que habría devorado otras cien, como cien posibilidades distintas que recorrieron mi cerebro al tiempo que accionaba aquel pomo gris y veía a Brea un instante antes de darse cuenta de que yo había entrado.

Percibí el último segundo de sus cavilaciones, de sus preguntas a ese yeso recubierto de pintura. Después sus ojos descendieron hasta mí, un poco sorprendidos y alarmados por ese ruido que no esperaba. Seguramente mi cara revelaba esa larga espera y la angustia porque llegara aquel preciso momento. Puedo imaginar mis pupilas encendidas, comiéndome a ese hombre raramente sereno como me quería comer todos los secretos de esa cita. Y eso debió agradarle, o bien fue sólo mi presencia, porque me sonrió de una manera que antes no había visto. Era una sonrisa franca, de sencilla alegría por mi llegada. Una sonrisa que significaba que algo le hacía feliz, sin chispas de humor. Eso llegó justo después, al tiempo que con la cabeza me indicaba la silla que estaba ante él, al otro lado del escritorio. Pasó cuando dijo su primera frase, tan bien perfilada como si hubiera estado años acuñándola, dándole el tono perfecto para ese encuentro que ya veía acercándose.

—Estoy desesperado —suspiró, dejando que cada sílaba se desplomase con

un espíritu de cómico suicidio. Igual que si arrancase las plumas de un ave muerta, cayeron sobre la mesa a la rápida velocidad que las pronunciaba, con un hilo de voz bastante suave, y con una tranquilidad que no parecía desprender desesperación alguna. Su mensaje hablaba de horror, pero su tono hablaba de un sentimiento que soportaba con la misma facilidad con la que podía soportar un poco de calor. Puede que estuviese desesperado, sí, en cierto sentido. Pero la desesperación no era tan grande por confiar en sus posibilidades. —¿Tú no?

En su pregunta me pareció que no quería burlarse de mi incompreensión — como, por otro lado, sucedía muy a menudo—, sino que realmente pensaba y deseaba que yo compartiese esa emoción. Sin saber por qué la sentía, quería decirle que sí, para entrar en esos ademanes teatrales de las frases que volvían nuestras pocas conversaciones algo verdaderamente único.

—¿Desesperado por qué?

Fingió que yo no había hablado, porque mi pregunta no añadía nada al discurso que ya tenía preparado. Se explicaría, claro, pero no respondiendo sin más a una pregunta, prescindiendo de esa introducción que quizás ya había pensado, de unos pocos segundos más de indecisión mía en los que sus ojos darían una vuelta completa mientras trazaba su última consulta al techo.

—Estoy cansado de nuestros “Buenos días”. Cansado de cruzarnos tanto y repetirlo siempre. Estoy cansado de haber coincidido en el ascensor una vez y no haber coincidido ninguna más. Pero si lo hubiéramos hecho, también te diría que estoy cansado de coger el ascensor juntos. ¿No te parece desesperante? —Y en esa pregunta me miró de nuevo y sólo a mí. Empecé a entender lo que quería decirme, que bien era el final de nuestro juego o bien la intención de ir más allá.

—Sí, lo es.

—¿Y qué vamos a hacer? No podemos andar por ahí desesperados. A ver, tampoco sería tan horrible. Al fin y al cabo, sólo quedan dos días para Semana Santa. Tendríamos unas pequeñas vacaciones para olvidarnos el uno del otro y ocuparnos de otras cosas. Para desintoxicarnos, ¿sí? A la vuelta seguiríamos dándonos esos “Buenos días”, pero lo llevaríamos mejor. Sin embargo, ¿no volvería a ser desesperante unas pocas semanas después? No sé, ¿cuánto queda hasta que se corten las clases por los exámenes? ¿Y luego, en el examen

que tienes que hacer conmigo? ¿Y si suspendes y tienes que ir a la revisión y después a julio? Desesperante, desesperante.

Iba atendiendo a su atolondrado monólogo sin saber cómo iba a acabar. No sabía si quería dejar de verme o si quería verme más. De todos modos, estaba tan ocupado en seguirlo, en atender a cada giro de su voz y a los cambios de su cara, que no me paré a pensar en las posibilidades.

Tomó aire, y sus cejas se contrajeron. Había dicho ya la pregunta con la que en realidad quería terminar esta reflexión. Pero, por el interés de una conversación bien hilada, se encogió de hombros y lo repitió.

—¿Y qué vamos a hacer?

—¿Qué opciones hay? —Lo dije con seguridad, encarando su mirada y entrando en una dinámica que le gustaba, pues bien, dirigir la solución de nuestro dilema a su elocuencia. Me sonrió, halagado porque hiciese una pregunta y no una respuesta, por mi falta de brusquedad y los bellos dibujos de mis labios entreabiertos que, como más adelante me dijo, era algo que le encantaba.

—Como yo lo veo, no tenemos demasiadas. La primera es la más fácil, y consiste en no volver a dirigirnos la palabra y torcernos la cara cuando nos veamos. Eso quitaría tensiones y además no tendríamos que molestarnos en mirarnos fijamente cada vez que nos saludamos. —La forma en la que desnudaba nuestros secretos, que habíamos compartido con un elegante silencio, hacía que pareciesen ahora hermosamente tontos. —Bueno, habría excepciones. En el examen tienes que hablar, aunque puedes mirar sólo a Inma, total yo apenas te he dado nada.

Se detuvo aquí, a punto de empezar la frase siguiente. Se le ocurrió, de repente, si sería buena idea preguntarme qué opinaba de esta posibilidad. Así que, dando a sus ventanas azules un matiz algo más pícaro, se echó hacia atrás en el asiento y me dijo qué me parecía. Yo fruncí el ceño y apreté mucho la boca, torciendo el gesto, como si realmente lo pensase y el pensamiento fuese tan serio y pesado que no pudiese disimular un zumbido de duda, de cuestión que rumiaba y no llegaba a desechar pero tampoco terminaba de convencerme. Lo hice con la misma complicidad con la que había dicho “Sí, por supuesto”, cuando en el ascensor me preguntó si me seguía gustando.

Brea pareció satisfecho. Le gustaba la expresividad, los movimientos de todas las facciones a una, y las mías habían agarrado esa opción que me daba para dejarla caer, despacio y como si se tratase de un líquido muy espeso, que tiraba con miedo a que me hubiese manchado las manos sólo por haberlo tocado.

—La otra opción que tenemos es dar rienda suelta a lo que está ocurriendo. Lo que tú padeces seguramente tenga el nombre de algún síndrome, algo con un nombre mítico o de artista. Ya que no estás dispuesto a curarte, a hacer como que no me ves, sólo se me ocurre otra manera de que lo superes. ¿Sabes eso que dicen que cuando se te pega una canción tienes que ponértela para que se vaya? Es un remedio violento, darle a esa patología lo que tanto le gusta para que por fin deje de pensar en ello. ¿Qué hacemos, si tú me tienes pegado a mí? Me siento en el deber de ofrecerte para dejar de gustarte definitivamente.

Sonreí, porque las palabras de Brea, tan cuidadas como las que decía durante las clases, tintineaban como el cristal. Habría sido muy brusco reírse, podía haber roto el delgado recuerdo que dejaban según iban sonando y sustituyéndose por otras. Reverberaban una última vez en las paredes blancas del despacho, y luego se deshacían con la misma discreción con la que habían nacido.

Sonreí porque ese hombre ya no soportaba verme y no tenerme. Porque me quería a mí, necesitaba apagar ese deseo que se había plantado en él de una forma que no esperaba, de alguien que ni siquiera recordaba, de una cara que a fuerza de una extravagancia y mil encuentros se le había quedado grabada. Ese cosquilleo, esa cálida excitación que me invadía durante nuestros saludos, se transformó ahora en una felicidad que estallaba sólo dentro de mí, en las murallas de mi cuerpo y aflorando sólo en esa sonrisa que también se sumergía en la bonita traducción de ese deber tan particular. Claro que, si de verdad quería compartir mi intimidad, no podía mantener esa divertida máscara sin ninguna fisura. Así, su voz se volvió todavía más grave y su acento fue más ronco, algo que en él significaba sinceridad.

—Tú también tienes ese deber. Has sido tan pesado que al final también tengo tu canción pegada.

Era el momento perfecto para levantarme, apoyarme sobre el escritorio

y salvar con mi tronco todo el espacio que nos separaba para darle un beso. Pero eso habría sido demasiado romántico para nosotros dos. En su lugar, me quedé mirándolo con esa misma expresión de la boca entreabierta y los ojos un poco arrugados.

Se hizo un silencio que no era incómodo. Más bien era bastante agradable. Se trataba de la primera vez que nuestros intereses estaban claros, expuestos sin ninguna posición de autoridad, sin nada que los estorbase más que su propia verdad.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, sin hablarnos y sin dejar de mirarnos, paladeando por primera vez la tranquilidad de habernos despojado de todos esos adornos con los que habíamos cubierto nuestros encuentros. Las intenciones equívocas por su parte, que si bien se iban descubriendo no terminaban de mostrarse, fingiendo a veces que sólo jugaban conmigo y otras que se alejaban de mí. Mis confesiones que después no acababan de coincidir con sus anhelos, como que quisiera tomar ese ascensor por mí mismo, o que hubiese respondido algo rotundo y fuerte a su “No lo haré”.

Estábamos bien, así, cómodos en nuestras sillas acolchadas, en mis vaqueros oscuros y en su traje negro de cinturón brillante. No nos repasamos, sino que nuestros ojos sostuvieron los del otro como si también aquello fuese el mejor asiento posible. Tomamos aire y lo soltamos cuantas veces quisimos, respirando en absoluta confianza, con un silencio que llenaba mi cerebro y lo colmaba sin permitirle ningún pensamiento que no estuviera conectado con esa preciosa calma. Por ejemplo, que la hora avanzaba y mi familia me esperaría para comer, teniendo que inventarme que ese día habíamos salido más tarde por la cerda de Inma. “Otra vez se ha enrollado la imbécil esa”, diría mi hermana, que también la odiaba.

—¿Quieres pasar este fin de semana conmigo? Así podemos hartarnos el uno del otro y utilizar las vacaciones para olvidarnos.

Sonrió de una manera más suave que la habitual, porque en esa última frase había humor y verdad mezclados de una manera que, en cierto sentido, le parecía terriblemente estética. Juntaba algo de esa frialdad de nuestra relación, donde ni siquiera necesitábamos tanto tiempo para olvidarnos. Juntaba también una ensoñación donde estábamos obligados a forzar ese olvido para mantener nuestra salud mental, como si no pudiera venir solo tras

haber satisfecho nuestros apetitos. Y en ese inicio, en el precioso “hartarnos el uno del otro”, flotaban toda clase de bellezas ideales que quizás pudiéramos llegar a creernos. Algo como una ironía, por si no fuésemos capaces, y la mágica mentira que había en ese mismo efecto, o las distintas acepciones de ese hartazgo, que podía hablar de verdadero hastío o de ingentes esfuerzos por aprovechar todo lo que guardábamos. No lo sabíamos, la verdad, ni él ni yo. Desconocíamos si la enorme estética que cubría cada uno de nuestros acercamientos era capaz de soportar tantas horas seguidas. Si la capacidad de escoger nuestras palabras y nuestros gestos podían llevar fácilmente ese fin de semana que me proponía, dotándolo de miles de detalles que nos proporcionaran un alivio al vacío que quedaría entre nosotros después de hacer el amor. Pero creo que él confiaba en su humor, y quizás en aventurillas de dos días que habría tenido con otras personas donde el proyecto de un amor espontáneo y efímero había salido bien. Esa experiencia de la que no conocía nada y nunca lo haría, que rodeaban a ese hombre de amantes innombrados y me hacían confiar en él, en que sí podíamos engullir todo un fin de semana juntos sin aburrirnos, sin desear que las horas pasasen más rápido y dejar por fin de vernos. Me dejé seducir por esa fe ciega, y por el respeto a una inteligencia que siempre había observado en ese profesor. No se quedaría callado, sin nada que decir, con esas ideas que hervían en su interior sin parar. Me pareció que siempre tendría algo que contarme, y que yo, dejando que la herida de mi rechazo se fuese consolando poco a poco —guardaba la esperanza de que lo hiciese de repente en tanto ese hombre me tuviese—, podría quedarme escuchándolo otros tantos fines de semana. Pero esto era una bonita manera de dibujar mi decisión, que venía ya tomada al primer aliento, por todo aquello que ya he contado de mi empeño y mi terquedad. No me habría parado a debatirlo de ninguna manera, sino que tomaba la decisión enseguida, pensando luego en qué decir a mis padres o cómo resolvería los detalles. Así pues, acepté al momento, sin ningún rastro de duda.

—Tengo un piso en la ría de Aldán. Dicen que va a hacer frío, pero eso me gusta. No nos veo yendo juntos a la playa y tomando el sol. Además, allí estaremos bien. No me relaciono con nadie y nadie se relaciona conmigo. Nadie se ocupará de nosotros.

Discreción, la eterna alarma y la discreción. ¿Cuántos hombres habrían pasado ya por ese piso, lejos de aquel otro en el que se desarrollaba su vida

real, la vida sería que todos podían observar sin tacha, ésa en la que habría participado aquel novio que yo veía venir a recogerlo? Recordaba su pelo rubio, muy corto, su piel blanca y un poco rojiza, el duro mentón cuadrado que señalaba impasible la entrada del edificio, bajo un sol que hacía brillar todavía más esa exigua capa dorada de sus diminutos cabellos. ¿Estaría su aroma aún en ese otro lugar que yo también iba a conocer, o la huella de su rubia cabeza sólo se había marcado en el sitio prohibido, el que no podía conocer alguien como yo, un alumno demasiado atrevido y, en realidad, completamente descarriado? Me intimidaban las escenas que allí habría vivido, y ese hombre venía a mi mente como un símbolo de otros muchos. No sabía qué le habrían ofrecido esas personas, fuesen muchas o pocas —me inclinaba a pensar que eran muchísimas, no sé por qué—, y mi prudencia, que se iba hundiendo cada vez más por la fuerza de otras impresiones, intentaba rescatar ahí algo que me diese miedo y me hiciese rechazar su invitación. Y sí, tenía miedo, pero no tanto como para resistirme. Tenía una absoluta confianza en mi juventud, y ése era mi regalo. Un precioso cáliz que le entregaba para llevarse a los labios, tan magnífico que compensaría todas mis torpezas. Mi juventud por sí sola, o mi juventud mezclada con mis rasgos, si es que estos en concreto habían tenido un peso importante en la decisión de Brea. Por otro lado, él también me los daba, pensando que me había acercado a su despacho arrastrado por una pasión que, sí, existía, pero de un modo diferente. Que ahora se había asentado en mi interior y ya lo individualizaba a él, pero que seguía utilizándolo de una manera distinta. El uso que le daba a ese hombre, mis ansias por embarcarme en aquel viaje, han hecho que muchas veces me pregunte si, en caso de haber vivido ya el amor, habría caído igualmente en esa aventura. Independientemente de cómo hubiese surgido todo, ¿habría seguido a mi profesor si yo no fuese un chico virgen y desengañado que sólo deseaba dejar de serlo? La lógica se inclina hacia el no, la estricta razón en la sucesión de los hechos, en esa suma de infantilismo y dolor que me habían colocado frente a frente con Brea. Sin embargo, estoy casi seguro de que sí. En un momento posterior de mi vida, con otras experiencias y amores y desamores sobre mi espalda, habría respondido exactamente lo mismo. Porque tenía la fuerza suficiente como para hacer algo del todo inapropiado en el peor momento, pero era muy débil en cuanto me ofrecían con una sonrisa un placer tan fácil. Irme todo un fin de semana, dormir con alguien a mi lado. Porque a cambio de esos premios, estaba dispuesto a creerme que esos ojos me

seducían, que transformaban algo dentro de mí, y verdaderamente durante un segundo —durante muchos— llegué a pensar que no lo amaba, pero sí lo quería un poco, que las bellezas que me mostraba eran suficientes para gustarme incluso mucho más de lo que necesitaba.

Era justo eso. Irme un fin de semana y dormir con él. Pasar dos noches fuera, llenas de placeres. Eso era lo que quería, lo que me movía a aceptar y arrojarme a ese paréntesis del que no sabía nada. Pero me bastaba esa bonita perspectiva que se abría ante mí, ante mi corazón enamorado que quería relativizar el amor para pensar que eso podría parecerse un poco, o que podría colmar mis penas a cambio de una historia que me aceleraba el pulso.

En casa dije que Julián me había invitado a su casa de la playa. Mis padres conocían su nombre, pero nunca habían estado con él. Como mucho lo habrían visto alguna vez, de casualidad, pero dudo que se hubiesen fijado. Podrían cruzárselo por la calle y ni siquiera enterarse, pero además él vivía fuera de la ciudad. Y aunque Luis habría inspirado mucha más confianza, no podía arriesgarme a que se encontrasen con él. Mi hermana, que escuchó nuestra conversación desde su cuarto, me salió al pasillo mientras iba hacia el mío. Se apoyó en la pared con los brazos cruzados y me miró con esos ojos entrecerrados idénticos a los míos. Me horrorizó ver en ella esa expresión, la misma que yo adoptaba cuando Brea me saludaba. En su cara de mujer, mis ojos se arrugaban bajo los párpados para recibir una fría excitación. Me quedé parado junto a ella, examinándola como si examinase algo asqueroso, un cuadro horrible que mezclaba una sensación sólo suya —una que yo aún no conocía y resultó ser la mofa— con una imagen sólo mía. Quería que se quitase esos ojos, que dejase de entrecerrarlos de esa manera.

—¿Cómo se llama tu amigo? —dijo, hablando despacio, redondeando tanto las sílabas que cada una de ellas parecía contener todo el acento de una frase completa. —¿Julián o Daniela?

Abrió sus ojos enteramente, y mi angustia se pudo disipar en dos direcciones. Por una parte, ya no veía eso de mí que en parte me avergonzaba y me asustaba sobre el rostro de Laura. Por otra, tuve la agradable sensación de que ella no se dejaba engañar. Bien, se equivocaba por completo con la otra persona, y estoy seguro de que no habría reaccionado con esa bonita burla de haber sabido la verdad. Pero al menos no se había creído mi mentira, mi

inocente fin de semana con un amigo, sino que ya me imaginaba viviendo una intimidad que ella conocía, mintiendo como un niño para vivir como un adulto. Eso me tranquilizaba, me hacía sentirme menos malo. Que ella supiese que no me iba con Julián era una especie de bendición para mi aventura, y mi rubor cuando me preguntase qué tal me lo había pasado a mi vuelta tendría un significado lleno de franqueza para ella. Era una franqueza exigua y pobre, pero me bastaba. Sería mi secreto, y ella compartiría sólo el envoltorio.

CAPÍTULO XV

Brea me dio instrucciones precisas de dónde me recogería. Sería el viernes, a las cuatro de la tarde, orillando en una zona inmediata a la rotonda que llevaba a la salida de la ciudad. Con la autovía ya visible desde nuestro saludo, abandonaríamos nuestro pequeño y hermoso hogar de la manera más discreta, sin tener que recorrer ninguna calle conmigo como copiloto y él conduciendo.

Yo no llevaba más que una mochila, la misma que utilizaba cuando íbamos a las piscinas en verano o al río. Un par de camisetas, ropa interior, una sudadera y, sólo por si acaso, un bañador. No íbamos a pisar la playa, eso ya me lo había dicho, pero no quería quedar como un idiota si salía el sol y cambiábamos de planes. Así pues, allí tenía todo lo que necesitaba, el cargador del móvil, gafas de sol, dinero, desodorante. Había escogido con sumo cuidado cada prenda que llevaba, y lo había repasado todo unas cincuenta veces. Había puesto tanto empeño en esa mochila que colgármela ahora sólo de un asa, dejando que pendiese sobre el suelo confiando sólo en uno de mis brazos, era un verdadero insulto. Parecía que me preparaba, en ese reducido espacio, para una larga travesía llena de misterios. Y quizás no fuese larga, pero sí estaba repleta de enigmas y mi obsesa atención por el equipaje no era más que la muestra externa de mil nervios carcomiéndome día y noche. Pero ahora al fin llegaba el momento, el inicio de mi aventura, y me contentaba con sostener todo cuanto tenía con mi hombro izquierdo, metiendo las manos en los bolsillos y mirando distraídamente los coches que pasaban. Me había dicho la marca y el color del suyo, pero había tantos desbocándose en ese inicio de la Semana Santa que no era capaz de analizarlos. Para mí sólo eran manchas negras, rojas o plateadas, que tomaban rápidamente la rotonda antes de lanzarse a esa subida que coronaba sus vacaciones. Alguno reducía un poco la velocidad al verme allí parado, mirando al frente, por si quisiera atravesar los dos carriles para ir al paseo fluvial, que estaba junto delante de mí. Otras personas, vestidas de deporte, esperaban a mi lado para cruzar, y echaban a correr al primer hueco que encontraban.

Una chica, vestida de mallas y con un soberbio top negro que recogía y aplastaba su abundante pecho, se quedó a mi lado mientras observaba la terrible falta de compasión de los coches, que la hacían esperar y esperar.

Creyendo que encontraba en mí un compañero de martirio, me miró de reojo y levantó las cejas mientras apretaba los labios, como si con ese gesto me estuviera diciendo “Menudo fastidio, que no haya un paso de peatones y tener que esperar”. Yo también levanté las cejas, pero su significado era distinto al que ella debió interpretar. Contemplaba y me compadecía de su situación, de su eterna espera con los cabellos ya recogidos y lista para echarse a correr, pero no existía ningún tipo de compañerismo entre nosotros. Por eso quizás se quedó un tanto turbada, cuando un coche frenó junto a nosotros y fui corriendo a su puerta. Sin embargo, tuvo suficientes reflejos como para aprovechar la oportunidad y cruzar.

Brea arrancó nada más haberme sentado, mientras ponía la mochila en el asiento trasero y me colocaba el cinturón. La chica de los senos comprimidos por su top de deporte se internaba trotando en el paseo del río, y nosotros, dejándola enseguida atrás, empezábamos el ascenso de la autovía. Salíamos del valle en el que se asentaba nuestra ciudad, que se quedaba un tanto inquieta y trastornada, viendo nuestra salida, brillando bajo la intensa luz del sol, haciendo que todos sus puentes vibrasen en una última despedida, en nuestro último vistazo antes de alejarnos definitivamente. Ya quedaba atrás, y nosotros nos quedábamos solos. El uno con el otro, sin la máscara del trabajo ni la prudencia, sin roles de profesor y alumno, en el mismo coche y encaminándonos a un mismo destino. Un poco nerviosos, bien, yo quizás histérico, con la refrescante imagen de esa chica que me había tomado por un peatón más, con las piernas preparadas para arrojararse a aquel paseo que ya no podíamos ver. Su nutrida coleta, su ropa negra que le repasaba el cuerpo como una segunda piel, reverberaban en mi mente y estorbaban la sucesión de paisajes que se iban desvelando, feamente cortados por la ancha carretera, de montañas llenas de árboles quemados. Y de nuevo, esa conciencia de aquel curioso “nosotros”, del “él y yo” juntos y solos, en una armonía moderna, ajena al gusto y llena de notas extrañas, la cual parecía otorgar un sentido distinto a esa imagen de muerte que se iba renovando sin parar. Los montes, humeantes y de caras marrones y oscuras, me dolían y a la vez me distraían. Me alejaban de esas preguntas que se agitaban en mi interior, las sustituían por una horrible postal de mi hogar devastado, que lloraba lágrimas secas de humo, como si los poros mismos de su piel se abrieran para dejar escapar unos suspiros oscuros que seguían tiñendo de ceniza aquellos restos de los

troncos. ¿Qué había pasado con mi tierra verde, de naturaleza gloriosa y perfecta, tocada por innumerables y frondosas diademas que recorrían su cara? ¿Qué había sido de ese paisaje del verano pasado, cuando fuimos a la playa y nos despedíamos del hogar entre laderas llenas de vida, que respiraban en su bello contraste con ese cielo surcado de nubes muy blancas, inflamadas en miles de protuberancias como si se tratase de auténtica espuma? Ya no estaba, se había ido y no sabía cuándo volvería a verlo. Se había desvanecido en cuestión de segundos, y ahora su cadáver se mostraba sin pudor alguno, completamente desnudo, cayendo despreocupado y desmadejado sobre esos recuerdos de unos meses atrás, como un cuadro que hubiesen pintado por encima. Incluso los modestos brotes que antes poblaban la mediana de la autovía estaban quemados, y en su lugar había un fondo árido con pequeñas ramitas muy oscuras. Era inquietante, esa cara de muerte que rodeaba mi preciosa ciudad. Ese aliento de una tortura que no había cicatrizado aún, y como si todavía sintiese sus llamas, siguiera aullando y pidiendo auxilio. Qué triste, sus preciosas cabelleras cortadas, la asfixiante atmósfera de humo que me había hecho vomitar.

Sentí justo aquello, la náusea que había subido a mi garganta, cuando ese lunes por la mañana salí hacia la universidad y no se podía respirar. Recordé una señora con mascarilla, el clima gris que rodeaba los semáforos, que mezclaba motas de ceniza con un aroma de corteza chamuscada. En la costa ya había empezado a llover, pero nosotros seguíamos con ese aire seco, y la oscuridad de la noche no lo había limpiado, sino que lo había mantenido lleno de esos horribles vapores, guardado y listo para desplegarse a la primera luz del día.

No había salido de la ciudad hasta entonces. Mis pensamientos, a medida que nos internábamos en la carretera, estaban muy lejos de ese paisaje que, por simple costumbre, había esperado ver tan hermoso como en realidad lo era. Por eso me encontró desprevenido, con toda mi sensibilidad dando vueltas a un mismo tema, rasgándose de repente por algo que no me esperaba. Así me subió esa arcada de un lunes ya lejano, porque ver mi tierra marchita era un espectáculo tan triste y desalmado que sólo podía producir una sensación semejante. Esa hermosísima esquina verde, que el Miño surcaba con una cara distinta a la que yo conocía, no ésa de profundidades voluptuosas y belleza exuberante, sino una más pálida, como si su corriente, su interminable

fluir, obedeciese ahora a una ley de la geografía y no a la ley de la resplandeciente estética que yo siempre le había concedido. Caminaba entre las montañas porque debía hacerlo, y éstas se sumergían en sus profundidades también por el deber, por guardar un poco de decoro y mojar sus faldas ardientes, bebiendo un poco de esa fría agua dulce que, aunque sólo fuese de manera puntual, calmaba ligeramente sus dolores.

Brea me había preguntado, nada más subirme al coche, qué tal estaba y si había tenido que esperar mucho. Me parece que también miró un momento a la chica de mallas negras, siguiendo mis ojos que se despedían en silencio de ella, mientras corría hacia nuestro extremo opuesto. Pero nuestra conversación no había ido más allá, se había sumido en el completo silencio, y entre nosotros sólo estaban mis pensamientos, abruptamente cortados por las estampas de mi hogar destruido, y una música que llenaba toda la cavidad del coche. Triste, con la tristeza de un niño que no entiende lo que ocurre y se pregunta por qué demonios ha pasado, le lancé una mirada angustiada. Mi mirada transportaba el amargo olor que deberían tener esas mimosas que crecían entre la tierra yerma, de esa fecundidad horriblemente arrebatada. ¿Cómo olerían esas flores, cómo tenían el ánimo de salir y mostrar sus ropas amarillas, sobre un fondo ocre de bellezas sesgadas que antes le ofrecían el marco más vivo que jamás podría verse?

—Es Chopin, su concierto número dos para piano y orquesta.

Su respuesta trastocó la pena que, suponía, se había traducido a mis ojos. El concierto número dos, con su bonito discurso colisionando con esa agobiante melodía que había empezado a sonar en mi cabeza, una torcida marcha dodecafónica, que hablaba de destrucción y miseria y asaltaba mis nervios erizándolos y tensándolos. Pero sus palabras habían neutralizado ese efecto que yo pretendía, y lo habían derrotado dejándolo caer al suelo. El concierto número dos, y esas palabras flotaban en mi cabeza relajándome. Eran palabras sin sentido, un título que tan solo demostraba un orden, que nada tenía que ver con ese piano que trazaba una cantidad de perfecciones imposibles de percibir en esa primera audición mía, mezclada con los sonidos del coche y los zumbidos de mis últimas impresiones que ya iban desapareciendo. Se evaporaban bajo mi egoísmo, que volvía a esos pensamientos anteriores, los de nuestra unión, ese “nosotros”, ese “él y yo”, ahora arrojado por una música cuyo nombre ya conocía, su orden en los

conciertos de piano y orquesta. Era egoísta, sí, y no pude evitar murmurar “Me encanta”, porque de verdad me encantaba y ahora cerraba un momento los ojos para poder oírlo mejor, para hundirme en esa cara amable del arte nacido de una naturaleza hermosa y sana, para acallar esa náusea y que mi interior dejase de retorcerse bajo esa otra fuente de inspiración derrotada.

—Cómo no te va a encantar Chopin. Pero además este concierto, en su segundo movimiento, es lo más precioso que vas a oír en tu vida.

Sonrió con ese gesto que no significaba burla, pero sí brillaba con su habitual humor. No sabría decir por qué aparecía ahora, si era por la manía de su uso o por un impulso real. En cualquier caso, me pareció que concederme aquel presente, “lo más precioso que iba a oír en mi vida”, le pareció simplemente el comienzo de una serie de succulentos presentes que me aguardaban, que asaltarían la inocencia de mi ser, como si en sus manos estuviesen otros tantos “más preciosos” que estaba pronto a conocer.

El viaje, a diferencia de lo que esperaba, me pareció corto. Brea me habló un rato de música clásica, pero al ver que yo era un auténtico ignorante en ese tema, y como no tenía ningún espíritu de pedagogo fuera de las clases —no había nada divertido en instruir sin venir a cuento en una situación tan concreta como ésa—, lo dejó enseguida. Sin embargo, yo apunté aquello del concierto, y me prometí escucharlo atentamente cuando hubiese vuelto a casa.

Me preguntó si conocía a esa chica que iba a correr cuando él paró a recogerme.

—No —dije, recordando ese estallido de felicidad y pánico a la vez, cuando identifiqué su cara tras el volante. Pero animado porque me preguntase algo así, quise respirar un poco de ese modo de vida suyo, el del humor, y como si ya fuésemos viejos amantes, como si ya hubiésemos compartido horas y horas de coche juntos, y me hundí más en el asiento y sonreí mientras seguía. —Pero era guapa, y por eso la estaba mirando.

Brea puso los ojos en blanco un instante. Pretendía no creérselo, coger mi broma y tirarla por ese ademán que significaba “Niño, a mí no me vas a poner celoso”. Pero había conseguido molestarlo un poquito, clavar un delgado alfiler en ese orgullo inflado por los amores de un alumno, en mi faceta de devorador que se quedaba mirando a una chica bonita cuando mi actual aventura venía a buscarme. Así, se mordió el labio y apretó un poco los

nudillos.

—Eres un crío impertinente —me respondió, y sus ventanas azules toparon con las mías castañas. Me reí, y él también. Con esa risa sentía que las asperezas que quedaban entre nosotros, la falta de confianza y las tensiones, se borraban y se disipaban entre aquellas notas que eran, por supuesto, las más preciosas que iba a oír en mi vida.

Seguimos hablando hasta el final del camino, riéndonos a ratos y a ratos esperando las repentinas interrupciones de Brea, que se callaba para escuchar un giro musical que le gustaba especialmente, que de ningún modo habría consentido ensuciar con su voz grave y mundana, aunque por necesidad arrastrase los feos dejes del vehículo.

Llegamos al fin, y trasportando yo mi mochila y él una bolsa de viaje, entramos en su piso con vistas directas a la playa. Había una bruma tibia, y contra las ventanas rozaba un viento frío, cargado de una humedad que se me hacía extraña, como siempre que llegaba a la costa tras una larga separación. Ya notaba su olor a mar, ese aroma fresco y salado que, tan pronto se percibía, también podía casi saborearse. El mar sabía, sí, sabía a los labios mojados, a las gaviotas revoloteando alrededor de los barcos, a la espuma blanca que lo cruzaba trazando la dirección del viento. Sabía a arena caliente y dorada, a redes que emitían un suave y doloroso chillido cuando las recogían, a cormoranes que extendían sus alas sobre las rocas esperando a secarlas. Esos aromas del verano, de rocas golpeadas por miles de gotas, venían a mí y se descubrían ahora bajo una cara que me resultaba poco frecuente, la del invierno tardío, esa primavera aún fría que no había descubierto sus flores, donde todavía podían surgir temporales y largas lluvias. Pero la lluvia allí era distinta, era una lluvia que no regaba las calles con el acento irregular de mi casa, naciendo y parando y a intervalos más fuertes y más débiles. Era una lluvia continua, arremolinada por las corrientes de viento que la volvían casi horizontal, que la desbocaba rociándola en muchísimas direcciones, que podía aguantar horas y días enteros sin parar un segundo. Una lluvia llena de cuerpo, de gotas finas pero innumerables e incansables, que tomaba las calles proclamándose única soberana de esos espacios que le pertenecían.

Odiaba la lluvia, pero habría deseado que empezase justo ahora, cuando Brea y yo entrábamos en su casa, cuando abría una ventana para

ventilar ese aire viciado de meses cerrada. La quería porque esas capas de luz que cubrían la playa me intimidaban un poco. Habría querido un ambiente oscuro y turbulento, lo suficientemente desapacible para invitar a que nos refugiásemos debajo de las sábanas, en lugar de descubrirnos con esa ligera y perfumada niebla que servía como guía para aquellos rayos de sol que penetraban hasta las mismas paredes. Muy blancas, muy limpias, como las paredes de su despacho, brillaban y nos daban una bienvenida que me pareció un tanto sórdida, como si el perfecto orden de todas sus cosas se debiera a la costumbre de recibir a su dueño con los acompañantes más variopintos. ¿En qué escala estaba yo? Un chico tan joven, con una mochila gris que me hacía parecer más niño, a la sombra de la esbelta altura de Brea y sus cabellos muy negros. Me habría esperado un poco de asombro, un libro que se caía al suelo, una concha que se movía y dejaba sonar un pequeño murmullo. Pero sus jarrones de orejas de mar seguían quietos, y todo guardaba la misma y pulcra cara que habría tenido a la última visita de su amo.

Era un piso pequeño, de dos habitaciones. La primera se utilizaba como dormitorio, y la segunda tenía un sofá—cama que nunca se había abierto y un escritorio. Si nos peleábamos, si mi compañía se le hacía insufrible, podía destinarme a ese sofá. Y de hecho me lo dijo, aunque con una fórmula más infantil. “Si te portas mal, duermes aquí”. Dormir allí, en su sofá—cama, me parecía un sufrimiento absurdo, porque la agradable perspectiva de pasar una noche adulta —esto era, dormir con otra persona en perfecta intimidad— era lo que más deseaba hacer. Así pues, mostré toda mi oposición a esa posibilidad y dejé la mochila en una esquina de su cuarto, hecho que hizo contraer las oscuras cejas de mi anfitrión.

—Aquí tienes el armario, hay perchas de sobra, y también tienes libres los dos primeros cajones de la cómoda. Guarda todo lo que quieras.

—Da igual, es un fin de semana, no voy a sacarlo todo para guardarlo tan pronto— dije, a un nuevo gesto de fastidio de ese hombre que, ahora lo descubriría, tenía un estricto sentido de la limpieza y del orden.

—Al menos métela en el armario, no voy a andar esquivándola todo el tiempo.

Aquella mochila le molestaba realmente, y tuve que ponerla en uno de los estantes para que dejase de dañar su habitación tan bien organizada. Así

pues, con mi equipaje completo ya guardado, me senté con total confianza en esa cama de colores pálidos, un blanco algo tostado, casi igual que el de las paredes, pero que contrastaba con el marrón chocolate de sus alfombras. Suspendido sobre mi cabeza, había un faro al más puro estilo marinero, que imitaba el metal oxidado y cuya enorme bombilla estaba cruzada por líneas igualmente desgastadas. Y se oía el mar, que extendía sus olas sobre la playa desierta y helada, y su olor entraba directamente por la ventana abierta, tocando los estores claros y recogidos, perfilando esa cómoda de cajones abiertos, ese espejo de cuerpo entero que estaba junto a la puerta, reflejando a su vez los dibujos del océano. No había, pues, manera de escapar del mar. A un lado tenías sus vistas, claras y hermosas, y al otro tenías su fiel copia en esa lámina brillante que también ofrecía un cielo pálido lleno de esa bruma cargada de aromas. Era una habitación muy romántica. Ese faro que adornaba el cuarto, como el camarote de un íntimo barco, pareció corroborar mis palabras, y estuvo a punto de moverse hacia un lado y después a otro, simulando los vaivenes de las olas, las resacas de las mareas arrastrando ese dormitorio donde finalmente nos tendríamos. Era romántica, sí, por su mar inmediato sin edificios que lo cubrieran, por los sonidos que desde el exterior pintaban sus ojos alcanzando el clímax de ese placer puramente sensual de mis oídos ya llenos de regalos desde el primer segundo del viaje, primero por los sonidos más preciosos que el arte humano podía ofrecerme, y ahora por el inquebrantable suspiro de ese mar enmarcando nuestra llegada.

Cómo me gustaría estar allí con Luis. Haber ido con él, pasar cuarenta y ocho horas en ese dormitorio, juntos y sólo acompañados por la niebla costera, por los aleteos de alguna gaviota y sus graznidos de mañana. De qué manera habría disfrutado llegar allí juntos, tirar nuestras respectivas mochilas al suelo y amarnos sin límites, tomados por ese aire de libertad que compartíamos. Dormir juntos, congelados por no querer cerrar la ventana, bien apretados bajo nuestro nórdico casi blanco, escuchando las olas que no cesaban siquiera por la noche, cuando todo se apagaba y miles de diminutas luces poblaban los brazos de la ría. Cómo me habría gustado tener allí a Luis, estar ahora mismo con él, en ese sitio tan precioso que parecía diseñado para las escapadas de amor, para los acentos de nuestros placeres mezclados y formando uno mismo.

No pude evitar esas imágenes, como si yo no controlase mi cerebro y

éste me las hubiera arrojado en un momento de absoluto enfado, de absoluta crispación por esa historia que cojeaba, que se alejaba mucho de lo que tanto me había prometido y que por eso mismo escogía y deseaba culminar. Y esas mismas imágenes dolían tanto que tuve que apartar los ojos de la ventana y del espejo, del faro lleno de falso óxido, centrándome en la espalda de Brea, que ajeno a mí doblaba con toda pulcritud su ropa y la iba guardando en los cajones. Era como un aguijón en el centro de mi ser, en el medio mismo de mis entrañas, recordándome no sólo que no tenía a Luis, sino que era imposible tenerlo, y ese viaje que hacía alocadamente con mi profesor no podría repetirlo nunca con él, que de este amante mayor y que no terminaba de gustarme no podría saltar hacia ese otro más joven y que me tenía completamente enamorado. Porque lo amaba, lo amaba ahora mismo, y mientras proclamaba su amor me sentaba sobre la cama de otro hombre, esperando a que terminase sus preparativos para saber si sólo íbamos a hablar hasta la noche o si ya había llegado el momento de desnudarnos. ¿Cómo podía quererlo, pensar que ojalá estuviese allí conmigo, y a la vez estar dispuesto a que Brea me besase? Podía recibir su beso incluso en ese mismo segundo, cuando pensaba en nuestras narices congeladas por la ventana que no queríamos cerrar, porque seguíamos escuchando el mar y teníamos que abrazarnos más para no notar tanto el frío. Sin embargo, Brea no pensaba así, y corrió el cristal casi por completo, dejando sólo una pequeña rendija para que siguiera ventilando.

—Hace demasiado frío para tener esto abierto.

Su voz, su voz única y que ya sería capaz de distinguir entre miles, en cientos y cientos de “Buenos días”, que en mi mente dibujaba también el contorno de esos grandes ojos azules y aquellos rebeldes pelos que nacían de un remolino sobre su frente, me ayudó a guardarme dentro esa otra cara de Luis, ese otro rostro de labios finos y ojos castaños. La guardé allí, donde siempre estaba, donde algún día dejaría de estar. La guardé y pensé que efectivamente hacía frío, demasiado como para dejar la ventana abierta, y que aun estando cerrada —o casi cerrada— se podía oír el fuerte sonido del mar.

Yo seguía sentado en un borde de la cama, con las manos hacia atrás apoyadas en el nórdico, con mi espalda curvada. Brea, por su parte, se quedó de pie mirando esa playa que ya debía ser tan conocida. Con sus vaqueros, con una camiseta de manga larga, se destruían los últimos restos de esa persona

que era en la universidad, que miraba a los lados por si alguien veía cómo me invitaba a coger el ascensor. Ahora era él, sin más, ese hombre que había conducido conmigo al lado, que había querido tener una conversación de música tropezándose con mis pobres conocimientos, que miraba el mar llevado por unos pensamientos que no podía conocer, porque hacía muy poco que había empezado a examinar sus expresiones y no tenía la menor idea de qué sentimientos le asaltaban cuando se quedaba así, callado y mirando a un punto indefinido de una gran explanada, que tanto podía ser el mar como ese maldito techo. Y siempre pensaba en un pasado que lo azotaba, que renovaba sus buenos momentos en situaciones como ésta, pensando en aquél del pelo muy rubio y muy corto igual que yo había cometido la imprudencia de pensar en Luis. Éramos dos estúpidos con el corazón roto, y eso me gustaba. Pero ahora mismo, cuando acababa de sentir la profunda herida del mío, me sentía un poco desconsolado. Como si siguiera en mí la huella de mi hogar quemado, todavía sucediéndose despiadadamente ante mis ojos, estaba triste y cansado. Por suerte, la voz de Brea consiguió despistar mis atenciones, y ese hormigueo que llevaba teniendo dos días en las piernas se reanudaba al sonido de sus frases.

—¿Sabes? He olvidado tu nombre.

Lo dijo sin mirarme, ocultando su cara que seguía mirando el paisaje. Sin duda, pretendía devolverme la rabia por aquella chica que había estado mirando.

—No me lo creo.

Y por supuesto no me lo creía, y Brea se dio la vuelta para mirarme directamente, para mirar a ese alumno que ahora no parecía un alumno, sino un chico muy joven que ardía bajo un deseo que se había inventado y ahora de verdad lo ahogaba. Sonrió de una manera muy suave, con esa mentira que era arriesgada y no esperaba que fuese a engañarme.

—No, no podría olvidarlo. Tienes el mismo nombre que el del primer niño al que besé.

Me sorprendí, y abrí más los ojos mientras las comisuras de mis labios, divertidas, se elevaban un poco.

—Sí, el mismo nombre, el de mi primer beso.

Miró hacia arriba, como si se transportase a aquel momento muy lejano de esa infancia en la que despertaban ya sus instintos adultos, de ese primer beso enteramente inocente y que había encabezado esos encuentros que todavía no habían terminado, que no terminarían hasta el final de su vida. Uno entre miles y millones, pero único por haber sido el primero, eterno en su memoria, perfectamente definido. Lo primero siempre se guarda con un cariño especial, por esa seña tan significativa que nuestro cerebro le imprime. Así recordaría yo a Brea.

—¿Te gustaba mucho ese niño? —No estaba muy seguro de por qué le preguntaba esto. Quizás porque me había enternecido la casualidad y también que me contase algo tan suyo y que no tenía ninguna obligación de compartirme. Debió haber sido lo que se le venía a la cabeza un minuto antes, cuando miraba el mar y yo pensaba en el hombre que lo había abandonado, volviendo a ese patio de colegio o al lugar que fuese donde había descubierto por primera vez una boca ajena.

—¿Si me gustaba? Bueno, no me importaría teneros aquí a los dos. —Hizo una pausa para reírse, dejando que sus hombros botasen un poco con un humor relajado, mucho más tranquilo que ese que me había demostrado en otras ocasiones. —Yo qué sé, tenía diez años y él también. ¿Me gustaba? Bueno, sí, un poco, en fin, me planté delante de él, sin más noticias que su nombre y su cara, y lo besé. Pero, ¿quién sabe cómo será ahora? Entonces era el niño guapo de la clase de enfrente, yo iba en A y él en B. Era castaño pero un poco pelirrojo, y tenía los ojos muy oscuros, mucho, los más oscuros que he visto en mi vida. Sí, me gustaba, pero como le puede gustar alguien a un niño. Era mi Pribislav Hippe, supongo. ¿No sabes lo que es? Bueno, da igual. Pensaba en él continuamente, lo perseguía en los recreos, intentaba meterme en su grupo de amigos, pero los de A no debían mezclarse con los de B, así que dejé de intentarlo por si los demás se enfadaban conmigo. Como puedes ver, no tengo un espíritu muy revolucionario. No soy un rebelde, qué le vamos a hacer, soy tan poco rebelde que me dedico a estudiar Hacienda por el gusto de hacerlo, y no para saber cómo robarle. Pero un día estaba harto de pensar en él, de espiar cada uno de sus pasos e intentar captar una mirada de esos ojos tan negros, tan distintos de los míos. Así que, cuando iba al baño del patio, me metí detrás de él, le di en la espalda para que se diera la vuelta y le planté un beso.

—¿Y qué hizo él?

—Meterme la lengua.

Hizo una pausa, apretando los dientes y mirando hacia a un lado, con los brazos cruzados, al igual que si ahora mismo estuviese observando a ese niño que, queriendo sólo el puro roce de unos labios, veía de esa manera violados sus cándidos intereses.

—¿Te metió la lengua? ¿Así, sin más, a la primera?

—Sí, sin más, con todo el arrojito, muy convencido. A ver, tampoco fue un gran morreo, no me metió toda la lengua, sólo un poco, seguro que lo habría oído en algún lado y dijo “Pues vamos allá”. O igual es que a sus diez años ya tenía mucha más experiencia que yo.

—¿Y después de eso qué pasó? ¿Os hicisteis novios?

—¿Novios? Dios mío, no. Me dio tanto asco que salí corriendo y no volví a mirarlo. Empecé a odiar esos ojos que tanto me habían fascinado antes, su pelo marrón que se volvía rojizo cuando hacía sol, todo lo que él era. Cuando lo veía cerca de mí, sentía un escalofrío. —Nos reímos, y seguimos riendo mientras continuaba, interrumpiendo sus palabras. —Cada vez que lo pienso... ¡Qué asco! ¡Teníamos diez años! Ese crío era un degenerado.

—Me habría gustado verte echando a correr, escapando del depravado de la lengua.

—¡Oh, qué cruel es eso! Te burlas de un niño traumatizado, ¿sabes? No volví a besar a nadie hasta después de dos años. Ahí ya no me dio tanto asco lo de la lengua. Claro, ya venía advertido.

Volvimos a reírnos, y por una vez su humor no se condensaba sólo en él, en sus bromas individuales, que nacían en él y únicamente podía él entender. Paramos un poco después, y yo seguía sobre su cama y él apoyado contra la ventana. Su figura, recortada por la playa y el mar, se volvía un tanto oscura por la luz de esa bruma blanca. Animado por esa confianza, cómodo en el tono que empleábamos ahora, quise extraer un poco más de él.

—¿Has besado a alguna mujer?

Frunció el ceño suavemente, como si a pesar de conocer la respuesta su expresivo rostro se sometiese a un bonito ademán de reflexión.

—No, nunca. Bueno, sí, una vez. A mi prima Estefanía, en las Navidades de hace unos cuatro años. Nos dimos un beso por el año nuevo, iba a ser en la mejilla, pero como venía de las manos de su madre, no calculó bien y nos dimos un beso muy desagradable y muy embarazoso. Sólo nos vemos ese día, y ahora medimos muy bien nuestros movimientos.

—Pobre prima Estefanía.

—¿Y tú? —me preguntó tomando también parte en mis confidencias.

—Yo sí. A muchas, me parece que demasiadas. La mayoría por las noches, y ni siquiera me acuerdo de cómo se llamaban.

—¿Y a esa chica que iba a correr al río? ¿La habrías besado?

Su amor propio, que contaba con esa atracción ciega por mi parte, quería que también fuese única. Que, a pesar de que se tratase de algo esporádico, utilizado y finado en este fin de semana que ya había empezado, fuese estrictamente fiel mientras durase. Quizás se trataba de una costumbre romántica, por los años que había durado su última relación, o quizás de una manía del decoro, donde no se imaginaba teniendo un amante y a la vez a otro. O puede que sólo se tratase de una norma que quería imponerme a mí, es decir, al otro. ¿Cómo podía saber yo que no había besado a nadie desde los inicios de nuestro mutuo interés, aquel día en su despacho? ¿O sólo se trataba de una norma ahora mismo, desde que me había propuesto su viaje y ya de por sí nos convertíamos en amantes por dos días? No lo sé, pero me inclino a pensar que era ese orgullo el que se envenenaba, el que ya se había fijado en ella nada más recogerme, espiando mis movimientos desde que me había visto esperando frente a la desembocadura de la rotonda. En cualquier caso me gustaba, porque dotaba nuestro burdo y frívolo encuentro de algo más interesante, más profundo, que a pesar de su ordinariez no estaba desprovisto de los celos más estrictos.

—Puede, seguramente lo habría intentado, hace un año.

Esa respuesta, enormemente sincera, se me escapó sin querer. La pronuncié como si la pronunciase para mí mismo, porque en verdad era una chica guapa, y sin duda habría querido incluirla en mi tabla clasificadora. Y Brea, que alzó su frente surcada de arrugas por sus expresiones implacables, captó mi secreto sin que yo pudiera inventarme ya una mentira, demasiado sumergido en mi

irresponsable franqueza como para tener ahora la sangre fría de despegarme de ella. Me tembló un momento la voz, balbuceé un “Es decir...”, y aunque quería mantener aquello oculto, sentí que las riendas de mis secretos se escapaban de mis manos.

—¿Te has dado cuenta hace un año? ¿Tan tarde? ¿Cuántos años me has dicho que tienes, veinte? ¡Es demasiado!

—Ya, bueno, no sé, en fin.

—¡Hace un año! ¡Con diecinueve!

—En realidad con veinte —dije, dejando que saliese de mí lo poco que quedaba de aquella intimidad. Total, ya había dicho bastante, y los ojos de Brea parecían tener el poder de extraer de mí todo lo que querían e incluso lo que no querían o no se esperaban.

—¡Por favor! —Contuvo su exageración, supongo que por miedo a ofenderme, aunque en los giros de sus iris azules todavía se notaba la incredulidad. Él, que ya con diez años había besado a un niño, que nunca había querido a una mujer, no parecía comprender mi lentitud en ese conocimiento de lo que yo era. —Bueno, y, ¿cómo lo llevas?

¿Cómo lo llevaba? Lo había descubierto al mismo tiempo que descubría mi amor por mi mejor amigo. Según había sabido eso me había engañado con un montón de tonterías imaginadas sólo por mí, y poco después me habían roto el corazón y había ido a por un profesor que creía tan desolado y rabioso como yo. Nada más llegar a esta habitación, había pensado en escenas idílicas con Luis. ¿Cómo lo llevaba?

—Bien. No se lo he contado a nadie —menos a Luis y a Daniela, tácitamente —, pero lo llevo bien.

—Mejor. Odio esas crisis de identidad cuando alguien se entera de que es gay. Son estúpidas y antinaturales.

Una crisis de identidad. Habría preferido tenerla antes que saber que estaba enamorado de Luis. Sin embargo, la impresión de esto último había sido tan fuerte para mí y tan decisiva que no me había parado a pensar en la trascendencia de que me gustasen los hombres. Al fin y al cabo me gustaban, y no había nada más. Mi tormenta había sido otra, y se había solucionado de la peor manera.

—¿Y qué tal te ha ido este año? ¿Ya has besado a muchos hombres? ¿Has tenido ese primer beso que yo tuve a los diez años?

Lo dijo recuperando ese humor extravagante y suyo cuya existencia tenía la única meta de divertirlo a él. Se burlaba de mí, de nuestra comparación, de esa incredulidad que seguía haciendo delirar sus miradas. Pero yo ya había abierto mi sinceridad, y aunque nunca habría confesado algo como mi amor por Luis —eso me pertenecía sólo a mí, bueno, también a Daniela—, sí podía dejar que supiese eso. De todos modos, habría sido muy torpe mintiendo e inventando una historia que de ningún modo sería tan divertida como la suya.

—¿En serio? ¿Soy el primero? ¿En serio? Oh, Dios mío, esto me está superando, es demasiado... Demasiado encantador.

De verdad se lo pareció, y vi en él los mismos gestos de puro goce que cuando me presenté allí para decirle que no lo amaba pero sí me gustaba.

—Sí, en fin, no tengo a nadie con tu nombre en mi lista. No puedo compararte con ningún otro Arturo ni decir que me gustaría teneros a los dos aquí.

—Ah, no uses mi nombre, lo odio. Todos me llaman Brea. ¿Hay alguna Brea en tu... cómo has dicho, lista?

—No lo sé. ¿Por qué no te gusta tu nombre?

—Porque era el nombre de mi abuelo, y me lo pusieron por él. Cada vez que me lo dicen recuerdo ese pomposo “Don Arturo”. También era el nombre de mi padre, pero él era un buen hombre. Sin embargo mi abuelo era un cabrón, y la mala suerte quiso que viviese hasta hace bien poco.

La aspereza con la que hablaba de su abuelo, algo tan habitual en sus sentimientos como para destaparlos conmigo, me sorprendió y me hirió un poco. Había disfrutado de su abuelo hasta los cuarenta, igual algo más. Yo había perdido al mío hace mucho, apenas tenía recuerdos suyos. Si lo hubiera podido tener tanto tiempo, si lo hubiese tenido en ese mismo instante, con mis veinte años, me habría sentido muy afortunado. Lo quería tanto, y se había ido tan rápido. ¿Cómo era posible que una persona odiada como el abuelo de Brea hubiese vivido tanto tiempo, y el mío, al que todos queríamos, se hubiese ido tan pronto?

El recuerdo de su abuelo había ensombrecido un poco su rostro. Pero se sacudió aquel pensamiento, girando la cara a un lado y luego a otro, y me miró con unos ojos que no intentaban disculparse —puede que no se imaginase lo incómodo que era llamar cabrón a su abuelo—, sino centrar en mí todas sus atenciones, todos esos sentidos que se habían ido dispersando a lo largo de la conversación.

—Pero el tuyo sí que me gusta.

—¿Por qué te recuerda al niño de la lengua?

—Oh, no, por favor, no me hagas recordar otra vez eso. Me gusta porque sí. Porque es el tuyo, y es bonito.

Mientras decía eso, se acercó a mí y, todavía de pie, apoyó también sus manos en la cama, de modo que su cara y la mía quedasen a la misma altura, tan cerca la una de la otra que podía sentir su respiración.

—Me gusta mucho tu nombre.

—Pues dímelo, no vaya a ser que te hayas olvidado.

Rebasando los límites de mi rostro, abandonando su respiración ese aire que también respiraba yo, colocó sus labios contra mi oreja. Ese contacto me hizo cosquillas. Pero eran unas cosquillas de placer, que me recorrían como ese hormigueo cuando estaba a punto de sentir sus “Buenos días”, esa caricia que ahora verdaderamente me acariciaba, aunque de una manera distinta a la que había imaginado. Igual que en esas ocasiones, igual que había hecho Laura cuando pensaba que me iba con Daniela, entrecerré los ojos para sentir con toda su pureza ese placer de su boca susurrándome al oído, diciendo mi nombre como si pronunciase la palabra más bella que podía imaginar, la que más entretenía esos labios húmedos como el aire del mar.

—Andrés.

Me besó debajo la oreja y trazó una línea que llegaba hasta la punta de mi barbilla.

“Andrés” susurró de nuevo, subiendo ya hasta mi boca, besándola de una manera un tanto violenta, volviéndola a besar con otro murmullo de esa voz grave y gutural —“Andrés, Andrés”—, estableciendo un ritmo monótono, un acompañamiento a los movimientos que iba tejiendo, que se mezclaba con los suspiros del mar, con las briznas de viento que entraban por la pequeña

abertura que había dejado en la ventana, filtrándose en un silbido que a ratos me parecía demasiado estridente —“Andrés, Andrés”—, que casi tapaba su voz, que casi tapaba los sonidos de la playa.

El faro que tocaba la habitación con sus viejos colores siguió allí, erguido y un poco torcido, pero por momentos me parecía que volvía a moverse, que la habitación misma se movía como si de verdad estuviésemos en el mar, y las ondulaciones de las olas —percibía su olor y podía oírlas— nos elevaban y bajaban. Esos reflejos oxidados volvían el techo más oscuro, recibiendo ese aliento de un océano revuelto y lejano, un océano que corroía con sus salpicaduras de sal. Y como manchas marrones y rojas, salía de esa superficie muy blanca y muy cuidada un destello enrarecido por su mezcla. Un destello intenso, sin embargo, que llegaba entrecortadamente a mis pupilas y las trastornaba un momento, perdiéndose en esas intermitencias de su visión, de su sabor exótico de profundidades desconocidas.

Esa tarde hice el amor por primera vez en mi vida. A mis veinte años, ya casi veintiuno, recibí el primer beso de un hombre, el mismo hombre que después me tomó entregándose a sí mismo también. Fue una experiencia extraña, única, diría que apasionada. Sí, fue apasionado, físicamente intenso y frío en cuanto a los sentimientos que nos unían, algo que se compensó sobradamente por las innumerables emociones que me sacudieron una vez hubo terminado, una vez pude decirme que, ahora sí, aquello había quedado atrás. Y me sentí feliz, agradecido a las tortuosas circunstancias que me habían llevado hasta ese lugar, hasta ese preciso segundo en el que me encontraba. Al igual que si entre mis manos tuviera un tesoro, las apreté como si dentro de ellas estuviera condensada esa escena que acababa de expirar, que respiraba por última vez y se grababa en mi mente y allí quedaría para siempre.

No pensé en Luis. Todo mi ser se concentró en explotar y mantener esa alegría nerviosa, quizás algo histérica, que recorría cada uno de mis miembros. Extenuados, con la vaga sensación de haberse conocido por primera vez, pensaba únicamente en mí. Yo, adulto, viviendo y disfrutándolo. Sin un desagradable vacío en aquellos recuerdos que quería imaginar una mañana en la cafetería, un miércoles durante nuestros cuarenta y cinco minutos libres. Sin esa frustración que había manchado tantas cosas, que había ensuciado tantos momentos, dejando que me abandonase y se destruyese en ese mismo gesto. Como una pompa, se deshacía dejando el borroso recuerdo de lo

que había sido. Ya no estaba, se había ido. Se había ido y era imposible que volviese. Y a mi lado, Brea miraba ese faro que se me antojaba tan enigmático, que ahora estaba muy quieto, bien anclado en su lugar en el techo. Tenía una sonrisa muy suave, con la boca medio curvada y medio abierta. Una expresión de satisfacción, con los ojos perdidos en un pensamiento que no llegaba a alcanzar. Puede que fuese ese Andrés de la infancia, o algo muy distinto. Pero no me paré a pensarlo demasiado. Fue una observación fugaz, muy rápida, justo antes de volver a concentrarme en mí. ¿Qué había sido de esa fantasía de Luis y yo? La había olvidado durante un segundo. La había violado, acababa de matarla. Se deshacía en un yo antiguo, que calculaba mil cosas que había olvidado, grados de felicidad y ventajas personales, como ésa de concederle mi piel limpia de otras personas, única para él.

Pero no pensé en eso. En Luis, en los montes quemados que me habían desgarrado durante el camino, en mi ciudad que quedaba allá abajo, en su valle surcado por el río, con esa chica de mallas corriendo. No pensé en nada excepto en mí, y que de esa aventura vulgar acababa de extraer una idea que tanto me había seducido, la que me había convencido para llegar exactamente donde estaba ahora.

CAPÍTULO XVI

Brea, en su calidad de anfitrión experimentado y artífice de aquel fin de semana, dirigía todo lo que hacíamos. Lo decidía todo, a veces como una auténtica orden —“Salimos a cenar”— y otras como una idea espontánea —“¿Vamos a dar una vuelta a la playa?”—. Le gustaba controlar cada detalle, incluso los que no eran asunto suyo, como indicarme cuándo era mejor que me duchase o si me había lavado los dientes. Me sorprendió cuando me dijo que “era buen momento para ducharse”, y creyendo que me insinuaba algo mucho más íntimo, esperé debajo del agua como un auténtico idiota. En cualquier caso, todavía no llevábamos ni veinticuatro horas juntos, y yo ya había hecho una averiguación de su carácter cuya utilidad no me quedaba muy clara. La había encontrado y, con ella deslizándose entre mis dedos, no estaba seguro de si me serviría más adelante, en otras ocasiones, pues aunque la naturaleza de nuestras relaciones fuese obvia, a veces me costaba trabajo entenderla. Pero sí, había descubierto algo nuevo de su carácter, reuniendo en mi mente la cantidad exacta de directrices que había ido diciendo en sus diversas formas. Se trataba de una extrema necesidad de control, querer guardar esa perfecta pulcritud que afectaba a todos sus movimientos, a todas sus decisiones, de modo que la misma y perfecta limpieza que existía en su casa debía trasladarse de idéntica manera a su vida. No obstante, no fue a esta manía en concreto a lo que le estuve dando vueltas mientras me dormía o cuando desayunábamos. Me pregunté, en su lugar, si esto era algo que hacía sólo conmigo o también con el resto de amantes que habían podido protagonizar encuentros semejantes. Igual me dirigía estos esfuerzos sólo a mí, por ser joven y no querer sacar mi pobre equipaje, por si, con mis casi veintiún años, era desorganizado y sucio y desastroso. Escuchaba sus instrucciones, soltadas al aire como una frase cualquiera pero seguidas por una intensa mirada que examinaba la rapidez con la que acataba la nueva orden, y era inevitable preguntarme si había un pánico a esa juventud de la que disfrutaba, y si ese pánico se había traducido en parte en un hacer paternal. Si sus ojos, en cuanto dejaban de poseerme, veían a un niño que no sabía manejarse, que necesitaba la bendición de su voz para emprender algo tan simple como una ducha. Por otro lado, era posible que no me tratase de una manera especial, y que ese rasgo suyo se repitiese con cualquiera que pudiera cometer un sacrilegio

semejante como utilizar su pálida y bellísima cama antes de haberse duchado.

Resultaba chocante, colisionaba directamente con ese humor de sus expresiones, con esos gestos que parecían volar y soñar y envolverlo a veces como un genio y otras como un chiflado, en cualquier caso como un vividor, como un amante de las casualidades que le podían arrancar una sonrisa, un nuevo giro de sus preciosos cristales azules, que llegaban a abrirse tanto que casi parecían borrar el resto de sus facciones. ¿Quién podía decir que ese hombre que reía y sonreía sin parar, que consultaba a extensiones inanimadas para calmar los vuelcos de su corazón, se volvía luego un auténtico maniático del orden? Cada hecho en el riguroso momento que para él era el indicado, uno tras otro y sin saltarse ninguno. ¿Qué pasaba con él?, ¿qué pasaba con el loco que se desencajaba en risas y había guardado mi número de teléfono? Puede que tuviera sentido, sí, pero me costaba encontrárselo. Sólo veía una tremenda contradicción, un engaño.

Entonces recordé algo que sucedió en su despacho, la primera vez que fui. Recordé cuando le empezó a sonar el móvil y, después de quitarle el sonido o colgar, lo dejó caer en su bolsillo sin cremallera ni botones, apretando tela con tela como si así lo cerrase, como si así protegiese aquel interior que estaba en perpetuo contacto con el aire. ¿Era ése un ejemplo de su manía? ¿Podía ser aquél uno de esos momentos en los que al mago se le escapaba la punta de una carta asomando por el puño de su chaqueta? ¿Debería ese gesto cuidadoso y lleno de un celo inútil haberme descubierto esa faceta oculta, secundaria y que ahora afloraba y no se iba? No lo sé, no estaba seguro, creo que sólo eran cosas completamente diferentes y que no tenían nada que ver, pero que durante ese fin de semana me otorgaron cierta tranquilidad. Porque, si en aquello se podía entender ya aquella obsesión, eso significaba que no me controlaba sólo a mí. Que lo quería controlar todo, y esa necesidad se extendía a cuanto estuviese a su alcance, siendo yo ahora mismo. ¿Por qué comparaba cosas tan absurdas como ese gesto con su abrigo y que me mandase lavarme los dientes? Bueno, lo cierto es que molestaba pensar que se creía en la obligación de dirigirme, porque yo sólo era un crío que no sabía lo que debía hacer, ni siquiera con algo tan propio como la higiene. Me exasperaba, me ponía nervioso y me entraban ganas de gritar, de rebelarme contra esa opinión que me trataba como si fuese estúpido, cuando mi mayor estupidez había sido pensar que quería encontrarme bajo los vapores del baño.

Y allí debajo, con el agua rebotando sobre mis hombros y mi pelo, me pareció entender que esa excentricidad suya también se manifestaba ahora, bajo otro prisma, sí, pero tan exagerada y colorida como lo había hecho en todas las otras circunstancias.

Sin embargo, esta sorpresa y esta incompreensión no llegaron a enfadarme. Lo habrían hecho en otro contexto, o puede que en el mismo pero meses o años después, posiblemente. Pero ahora no lo habían conseguido, no eran capaces, porque no poseían la fuerza de otras tantas emociones mías que me habitaban casi por entero. Si los sentimientos ocupasen un sitio real y nos llenasen el cuerpo con la misma plasticidad con la que parecen hacerlo, de haberme abierto en cualquier instante de aquel fin de semana —quitando mi tapa y dejándola a un lado, ofreciendo una imagen de mí completamente fantásica y desprovista de todas las asquerosidades que forman un cuerpo humano—, se habría visto una completa felicidad, una felicidad limpia y brillante ocupando casi la totalidad de mi silueta, y en una esquina, en un rincón diminuto, un punto negro que se preguntaba qué demonios le pasaba a Brea. Así, cuando esa mañana, después de desayunar, soltó un ligero “¿Vamos a dar una vuelta a la playa?”, lo cual quería significar lo mismo pero sin esas amables interrogaciones, accedí con la misma docilidad que había mostrado desde el principio. Cómo iba a negarme o perder el tiempo y las fuerzas cuestionando su disposición de nuestro tiempo juntos, si me sentía tan feliz. Aceptaba su voz capitaneando el fin de semana, aceptaba incluso la falta de sentido de la que adolecía a menudo. Con ese pequeño rasguño, me levantaba y miraba hacia la playa, callada y esperándonos, desplegando todas sus bellezas a nuestros ojos, como si acabase de desenrollar su arena blanca y la parte de mar que la humedecía, quizás por haber oído justo ahora a Brea, por saber que, bajo su mando, nos disponíamos a pisarla.

Me sentía feliz, por supuesto. Ya lo había notado el día anterior, durante la tarde, después de cenar, justo antes de quedarme dormido. Pero sobre todo lo había sentido al despertarme.

Como era normal, pensé que estaba en mi cama. En esa cama individual rodeada por mis cosas, en la que había llorado por Luis y en la que había planeado algo que no creía que se cumpliera. Sin abrir los ojos, sentí la mesilla a mi lado, con el móvil encima y las luces rojas de mi reloj. Pero entonces ocurrió eso que lo trastoca todo, que hace que ese decorado

imaginario y que está muy lejos de nosotros se evapore dejando lugar a unos instantes vacíos, unos instantes de desasosiego donde no se sabe qué tenemos al lado, qué es eso que ha sustituido nuestra mesilla de noche, nuestras llaves ahí tiradas y desordenadas. Puede suceder porque la perspectiva no es la misma, o porque los recuerdos se empiezan a activar y nos murmuran que nos hemos ido, o por un sonido o un movimiento externo que no cuadra con nuestro dormitorio. Así, podía haberme dado cuenta por la huella de Brea a mi lado, o por el impacto de una ola. Pero sucedió por lo primero, porque esa cama grande y completamente distinta de la mía estaba orientada de una manera diferente, de modo que nunca, en mi habitación, habría tenido la cabeza en el sitio que ahora estaba. Por eso me asusté, intentando averiguar —todavía con los ojos cerrados— dónde estaba, por qué mis piernas se encontraban colocadas de ese modo, donde debía estar mi almohada. En un nervioso latido de mi corazón, ése donde la angustia se vuelve más real justo antes de relajarse, de comprender dónde estamos y por qué, me despistó una sensación que odiaba, distrayendo mi miedo casi del todo. Era la luz que entraba por la persiana medio levantada, que penetraba por sus huecos con los primeros rayos de luz —me parecía que era tempranísimo, aunque no lo era tanto—, interrumpiendo mi sueño de una manera que no soportaba. Abrí los ojos casi incorporándome, mirando directamente a esa ventana culpable de mi desvelo, despejando esa pregunta que debía responder en el extraño mundo donde el sueño y la realidad acaban de encontrarse y no terminan de entenderse. En vez de seguir el orden, como Brea me habría exigido, rompí los últimos retazos de mi inconsciencia para contemplar esa fuente de luz tan inoportuna. No hubo más dudas, no hubo ningún otro agobio por no comprender qué ocurría. Mirar hacia la ventana y acordarme de mi nueva ubicación fue un mismo impulso, uno externo y otro interno completándose y uniéndose, haciendo que a la vez me girase para ver el cuerpo de Brea que, todavía dormido, ocultaba su cara y me ofrecía sólo ese pelo negro y su cuello desnudo. Fue en ese segundo cuando sentí toda la magnitud de mi felicidad, una felicidad que ahora me parece ridícula, pero que me hizo sonreír cuando nadie podía verlo, tomando como confidente de mi alegría ese faro oxidado que ya no ondeaba. La felicidad por haber hecho el amor, por haber dormido con otra persona. ¿Cómo podía sentirme tan bien, con ese hombre demasiado mayor para mí al lado, con las emociones todavía devastadas por Luis, y con el cargo de conciencia de no ser capaz de acordarme de él? Pero me sentía así, y tuve toda

clase de pensamientos absurdos. Por ejemplo, confesaba que no querría pasar mi vida junto a Brea, pero habría querido que ese fin de semana durase lo mismo que una vida entera. Que sus horas tardasen tanto como un mes, y que lo que restaba al año no ocupase más espacio que ese tiempo allí, con él, durmiendo a su lado, explorando su cuerpo y sobre todo el mío. Pensé también que no teníamos que querernos, que bastaba con compartir esas anécdotas como la que me había contado de su primer beso, y que era suficiente para repetir infinitas veces noches como ésa, para vernos al menos una vez al mes y después volver al mundo real, pasearnos por él con nuestro secreto y con mi nueva rutina exenta de frustraciones.

La luz se sumergía en el mar, y desde él viajaba justo hasta la habitación, jaspeando el techo con destellos del océano, con reverberaciones ondulantes que se volvían tan inquietas como el agua que reflejaban. Era un mar de luz, y ocupaba sólo un fragmento de aquella capa lisa y blanca en la que se entretuvieron mis ojos, mientras seguía saboreando eso que a la vez no me creía y a la vez me parecía algo ya antiguo. Porque primero pensaba que no podía ser cierto, que no podía haber sucedido ya, aquello que tanto me agobiaba antes. Después me parecía que había ocurrido hacía mucho tiempo, y que esas horas que me separaban de mi primera vez eran días con otras tantas veces en ellos condensadas. Que ya conocía el sexo con una profundidad de experto, que ya formaba parte de mí, tanto como cualquier otra experiencia, como la libertad misma de salir de noche cuando quisiera y hasta la hora que me apeteciese. Que era un rasgo más en mi vida, que desde luego no me sorprendía ya ni acababa de descubrirlo. Familiarizado con aquellos estallidos del placer, respiraba tranquilamente en esa cama ajena, en esa cama con huellas de otros tantos cuerpos, de ese rubio muy serio que lo esperaba a la salida de la universidad.

¿Por qué no me enfadaba? ¿Por qué no tenía celos de esos que habían estado antes que yo, y por qué no terminaba de ofenderme que yo fuese, en realidad, sólo uno más? Tampoco había sentido celos de Luis, cuando pensaba en él con Raquel o con esa estúpida ciervo, cuando estaba seguro de nuestro amor mutuo. Pero en ese caso lo justificaba por ese sentimiento, era suficiente amarnos para que esos otros alientos condensados en su memoria no me importasen más que mis propios recuerdos. Ahora, se debía justo a lo contrario. A la falta de emociones, a una aventura puramente sensual en la que

había caído casi sin darme cuenta, arrastrado por impaciencias de niño y por impulsos nerviosos, ávido de sensaciones, seguro en esa coraza que mantenía mis sentimientos bajo llave, cerrados a esos otros ojos tan azules, porque seguían gimiendo por otros más bien castaños. No, no estaba celoso cuando imaginaba a ese hombre tumbado en el sitio que ahora mismo ocupaba yo, y estaba en paz sobre aquella almohada grisácea, bajo la atenta complicidad del faro. ¿Sería una cordialidad de camaradas? Quizás fuese algo así, por vulgar que pareciese, como clientes de una misma prostituta que sin ensombrecerse su ceño aceptaban el perfume de otros hombres sobre ella. Mi falta de celos era tan fría como podría serlo en una situación semejante, y contento en mi fantástica estabilidad emocional, tranquilo y feliz, sólo me quedaba disfrutar de aquella situación.

Antes de que Brea se despertase, cogí el móvil. Lo hice por inercia, sofocando mi mirada con unos destellos de luz para los que todavía no estaba preparada, a pesar de esos rayos que hacían vibrar las paredes blancas. Y no me di cuenta de que estaba saltando de pantalla en pantalla, de red social en red social, moviendo mi pulgar rápido y sin prestar atención a nada, hasta que me llegó un mensaje de Laura. “Lo estás pasando bien con Daniela? Perdón, con Julián”. Me reí, con una risa sin sonido que más bien parecía un suspiro ronco y apenas audible, para no molestar a mi compañero de cama. Me reí como si de verdad tuviera a Daniela al lado, como si mi hermana estuviese participando de mi secreto y sus inoportunas bromas me acercasen más a ella. En cualquier caso, esa apacible sensación duró apenas unos segundos, y empecé a experimentar una ansiedad que no había tenido antes. Por supuesto, no iba a decirle a Laura con quién estaba, porque aunque estuviese viviendo aquello sin el más mínimo remordimiento, sabía que contárselo a mi hermana haría que se incomodase y que todas sus reservas morales —las que consideraba y sigo considerando generales y extendidas— la angustiarían. Intentaría hablar conmigo, explicarme que lo que había hecho estaba mal. Sufriría por mí, se encontraría en el debate de quererme y fingir que eso le parecía bien y, por otro lado, no ser capaz de comprender que hubiera llegado a algo así. Con mi profesor, con el que había sido su profesor. Con ese señor cuyo novio venía a buscarlo, con el que vivía desde hacía ya tiempo, con el que llevaba una vida más que adulta, acorde a su edad tan distante de la mía, con miles de vivencias que arrasaban de un plumazo las pocas que yo podía

tener. Se convencería de que ese hombre me había convencido, estaría segura de esa farsa del alumno acosado en la que yo también había pensado cuando estaba en su despacho. ¿Llegaría a contárselo a mis padres con tal de intentar hundir por todos los medios a Brea? ¿Querría algún tipo de venganza para resarcir el daño de ese perverso que había perseguido a su hermano de veinte años? No lo sé, no lo creo, o quizás sí. Era algo tan delicado, que no podía enredar a Laura en ello. Porque si de algo estaba seguro, era de que no aceptaría mi visión de los hechos, ni siquiera aunque le detallase cómo me había metido en su despacho para rozar sus labios. Al fin y al cabo, él era el adulto, y su deber estaba muy claro. “¡Qué asco!”, diría, con la imagen de los ojos de Brea dándole vueltas en la cabeza, de esas arrugas que se le formaban en los extremos, de esa sonrisa que, brillante y magnífica, se caía ligeramente por el paso de los años. Además, ni siquiera habíamos intentado jugar al amor. Era sórdido, vulgar, horrible.

No, de ninguna manera le contaría a Laura lo que estaba ocurriendo. Era hacerle algo espantoso, era regalarle un sufrimiento que nunca podría resolver, aunque poco a poco fuese quedando en la distancia —pero no olvidado—. Mi ansiedad se debía a que mi hermana, recitando una y otra vez el nombre de Daniela, no era consciente de mi identidad. De quién era yo, de eso que —me daba algo de vergüenza— había sabido hacía poco y no me permitiría jamás tener una Daniela. Que yo era gay, y que mi fin de semana no había sido compartido con esa chica, pero tampoco con ninguna otra. Era obvio que mi hermana no se lo imaginaba siquiera, que nunca lo había pensado. Su espontánea intervención en aquella mañana no se equivocaba con mi secreto, pero sí con quién era yo. Tenía ganas de contárselo, porque aunque sabía que a ella le iba a dar exactamente igual —bueno, se sorprendería al principio—, en ese mismo momento estaba sintiendo un enorme dolor. No sé por qué me hacía tanto daño, pero pensar que ella, mi compañera de juegos de la infancia, mi chófer y copiloto las noches de fiesta, ese pilar tan importante de mi vida, era ajena a mi propia identidad. A algo que me definía, que ya sentía tan dentro de mí como si siempre lo hubiese sabido, quizás ignorado por la terrible consecuencia de estar enamorado de mi mejor amigo. ¿Por qué Laura no me conocía completamente? ¿Por qué me hablaba de Daniela, si no había sido capaz de besarla una segunda vez? Esa crisis de la que hablaba Brea, no la había sentido cuando supe la verdad. Claro que había tenido otra

distinta. Al igual que si se tratase de una balanza, ahora correspondía a ese vacío con una ansiedad distinta, y la zozobra por saber que era gay la cambiaba porque mi hermana no lo supiera aún. De una forma estúpida, no me había parado a pensar en ello, ocupado en mis avances con ése que ahora dormía. De otra forma también estúpida, me parecía que ella debía haberlo sabido al mismo tiempo que yo, y cuando me encontró en el pasillo burlándose de mi escapada con ese supuesto Julián —si Julián supiera para qué había utilizado su nombre—, encontré alivio en que sencillamente no se creyera mi mentira.

Me prometí, al tiempo que dejaba el móvil a un lado sin haberle contestado, que en cuanto llegase a casa se lo contaría. No desvelaría quién era mi amante —eso quedaba totalmente descartado—, pero sí le diría que me gustaban los hombres, y que tenía que olvidarse de esa bonita colombiana que tanto se empeñaba en colocarme al lado. Entonces, creí de verdad que era una invención suya, una manía de su mente que ya quería verme con una novia, y no que todas sus noticias sobre Daniela habían provenido de mí, y que no habría sabido su nombre de no ser porque yo lo había repetido demasiadas veces como para que fuese sólo una compañera cualquiera.

El nombre de esa Daniela que había querido amar se fue diluyendo a medida que daba vueltas a mi café, mientras desayunábamos en una cafetería muy cerca del piso. Y nada más terminar, con los cristales del azúcar llenando el platillo que sostenía mi taza —había rasgado por el medio el sobre del azúcar, manchándolo todo y aprovechando una pequeña parte—, Brea quiso ir a la playa. Pálida, preciosa, con la arena virgen de pisadas en esa mañana fría, toda su arena se desplegaba para nosotros envuelta en bostezos de viento, ese mismo viento que ayer se filtraba por una rendija de la ventana, lanzando estridentes gritos mientras yo hacía el amor por primera vez.

Dejamos los zapatos y los calcetines en la parte de arriba y empezamos a caminar por ella. Era pequeña, y sus granos tostados no paraban de murmurar bajo esas brisas del norte, deslizándose entre nuestros pies descalzos, siguiendo la misma corriente de las olas que, alterando esa imagen apacible del mar azul y en calma, le daban ahora un color oscuro salpicado de espumas blancas. Entre el verde y el negro, hermoso y lleno aromas, se deshacía a nuestro lado y una y otra vez, trayendo a mi cabeza un recuerdo de sal que adulteraba esos sabores amargos del café —el mío demasiado amargo

— que acabábamos de tomar. Brea perdía sus ojos en la ría de enfrente, en ese brazo adornado de árboles y casas que se interponía entre nosotros y el horizonte. Aspiraba el olor del mar y, en silencio, caminaba despacio sumergido en algo que no me incluía a mí. Me sentía lejos de él, apartado de esos pensamientos que a veces lo raptaban y eliminaban esa extravagancia de sus gestos, haciendo que sus cejas se juntasen un poco y más bien ofreciese una imagen taciturna. De repente se sentó en la arena, y me hizo una señal con la cabeza para que yo también me sentase. ¿Cómo habría de negarme? Él quería que lo hiciese, en su sentido del orden no cabía otra opción más que sentarnos justo ahora y justo ahí. Pasó una señora con una copia exacta de ella pero unos años más joven. Ambas se quedaron mirándonos, sus cuatro ojos con el mismo descaro y con una misma idea que retumbaba de manera idéntica a pesar de los veinte años que las separaban. En la cafetería también nos habían mirado así, y había ocurrido a su vez la noche anterior, cuando salimos a cenar. No podía hacerle eso a Laura, y que todo su autocontrol tuviera que funcionar a un mismo grito para evitar una mirada que habría sido igual que las otras. Por segunda vez en el día, me prometí que mi sinceridad llegaría sólo hasta ese punto.

—¿Por qué no te gustan los chicos de tu edad?

Brea recuperaba una conversación que habíamos empezado durante el desayuno. Me había preguntado el motivo de haberme fijado en él. Resultaba un poco pesado, y creo que lo único que buscaba era redundar sobre algo que lo hacía feliz, sobre esa conquista de la que ni siquiera se había enterado. Yo le había contestado con bastante vaguedad, diciendo cosas como “Yo qué sé”, o “Porque sí”, o “Eso no es algo que se elija”. Me molestaba que volviese a sacar un tema que me cansaba y me hacía sentir inseguro, pues las fantasías que podía tejer alrededor de esa idea no eran más que mentiras. No le iba a contar mi desengaño ni las razones que me condujeron a él, y de verdad me fastidiaba que quisiera hablar otra vez de ello, tratándome como un sujeto digno de estudio por el mero placer de repetirse una y otra vez que se había ligado a un crío sin hacer nada para ello.

—¿Y por qué no iban a gustarme?

Le contesté sin esa intención que había utilizado para la chica que iba a correr al río, cuando me recogió para venir hasta aquí. Entonces había sido

gracioso, había sido una broma casi cariñosa. Ahora lo dije con el tono más neutro y franco posible, sin que cupiera ya ningún resquicio de ese inflado ego que quería colar en todas nuestras conversaciones.

—¿Te gustan? —respondió, tras una breve pausa en la que digería mi contestación, en la que esa seguridad de seductor se quebraba y abría abismos alrededor de él. Quizás no era tan único, quizás esa noche que me había hablado por móvil yo estaba fijándome en otros, quizás estaba esperando a que lo que quedaba de fin de semana pasase rápido para poder hacer planes con otras personas.

—Sí, claro.

Lo dije como si no fuese consciente de que eso le hacía daño. Al igual que si se tratara de algo lógico, y en realidad lo era. El hecho de que estuviese ahí no significaba que no pudiera gustarme nadie más, y menos aún la gente joven como yo. No sé si Bea apartó la mirada de mí, o si siguió fija en mi perfil. Estaba enfadado, y por algún motivo tenía ganas de molestarle, de abrir esa herida que se había aliviado por el bálsamo de esta magnífica anécdota, volviéndola menos magnífica y enturbiando esa bella fachada que él se había creído.

—¿Te gusta algún chico de tu edad ahora mismo?

Ése era un terreno que no quería explorar con él, y la verdad es que con nadie. No quería acercarme a ese tema, que en un resbalón pensase en alto y le confesase algo que no deseaba, o que por mis respuestas él mismo pudiera averiguarlo. Mis ganas de saciar ese enfado donde me sentía como un niño continuamente estudiado, al que hacían hablar sólo para que otros se divirtieran y se sintieran bien, tuvieron que hacer una cesión a cambio de mantener intacto ese rincón de mi intimidad.

—No, ahora no. Quiero decir, no pienso en ninguno, no estoy interesado en ninguno. Pero claro que me gustan, si uno es guapo, ¿cómo no iba a gustarme?

—Bueno —dijo Brea, algo más tranquilo, sellando esos abismos con una mano temblorosa —me refería a gustar de otra manera. Como para llegar a presentarte delante de uno y... En fin, lo que hiciste conmigo.

No sabría decir de qué manera había pronunciado aquello. Si lo hacía

como un grito de auxilio, para que ese orgullo perforado por otro no empezase a sangrar al ver que su conquista de un niño no era tan especial como él pensaba. Si lo hacía de una manera ya más relajada, dejando a un lado esas ganas de volver a hablar sobre cuánto me había gustado ese profesor mío, y si ahora estaba hablando con toda la naturalidad, teniendo una conversación quizás íntima, sí, pero de la misma manera en la que habíamos hablado de mi inexperiencia con los hombres y de ese primer amor suyo que tenía mi mismo nombre. Creo que era más bien lo segundo, y la relajación de sus facciones, fijándose a ratos en el mar y a ratos en mí, hizo desaparecer esa irritación de hacía unos segundos. Me tranquilicé, y el viento mismo pareció amainar y convertirse en finos hilos que nos acercaban el delicioso sabor del mar. Con las piernas cruzadas y un brazo en cada una de mis rodillas, la silueta de la ría vecina recortando el cielo, sentí una punzada en el corazón al mismo tiempo que mentía.

—No. Al menos ahora no. —No me gustaba estar siempre bajo el foco de sus preguntas. Bajo esa autoridad que no sólo dirigía nuestros actos, sino también nuestras conversaciones. Y si había tenido la entereza de llegar a su despacho, también tenía la entereza de preguntarle. —¿Y a ti? ¿Te gustan los de mi edad?

Brea sonrió, y esa sonrisa era la muestra de su humor dando un salto, un salto que no se esperaba, porque la estética del momento y una pregunta tan irreverente le resultó algo demasiado atractivo.

—¿Por qué no iban a gustarme? —interrumpió ligeramente su frase, calcando mis palabras pero sin poder adoptar esa postura seria que yo había empleado. —Me he traído a uno a mi casa, ¿a ti qué te parece? —Nos reímos un momento, y Brea lanzó un suspiro. —La verdad es que no estaba con un chaval de tu edad desde que yo la tenía. —Hizo una pausa. —Es normal, ¿no? Eso te convierte en algo muy especial, único.

—Así que eso me hace el más especial de todos los que te has traído aquí.

—Yo no he dicho eso, pero bueno, un poco sí. Y, ¿cómo que todos? Tratas mi casa como si fuera un picadero. ¿Crees que ando coleccionando ligues? ¿Que tengo una lista donde voy apuntando todos los tíos que me traigo?

La verdad es que sí, aquello era exactamente lo que yo pensaba. Había

reflexionado sobre ello varias veces desde que habíamos venido, y no lo hacía desde la duda, sino desde la más absoluta seguridad. No sé, puede que se debiera a la forma tan desenvuelta con la que Brea había actuado conmigo, cuando me propuso esta escapada. ¿No había ya experiencia en sus palabras, cuando me lo había dicho? ¿No había una completa tranquilidad, cuando llegamos y se puso a retirar su equipaje?

—Sí, es justo lo que creo.

—Y tú eres uno más de ellos.

—El más especial.

Brea se rio, dejándose caer hacia atrás un poco, para que en la amplia abertura de su boca, a la vez que salían las explosiones de su humor, entrase también el salado acento del mar y ese maravilloso rumor del norte.

—Vale, el más especial. Pero ten cuidado o se te subirá a la cabeza. Pero en cuanto a lo otro, no, yo no soy así. Te equivocas sólo porque he cedido ante ti. Pero, ¿cómo no iba a ceder con el más especial?

—Ya... seguro.

Discutíamos con una sonrisa, sin que ninguno le importase en realidad las conclusiones que podíamos extraer de aquel cúmulo de juicios y confesiones. La verdad es que me daba igual si Brea se traía o no a sus amantes, aunque estaba rotundamente seguro de que así era. Por eso seguía la discusión, por el placer de hablar y los brotes de risa que nacían en ella, con la misma apacibilidad como si hablásemos de cualquier otro tema.

—Bueno, vale, un poco sí. Pero eso era antes, hace ya un tiempo. Tú eres el primero que rompe mi última racha de... —Tardó un poco en encontrar la palabra. Ese vocabulario que fluía con perfecta corrección en él cuando daba clases, se estancaba ahora para hablar de una época sin amantes. — ¿Virtuosismo? Qué palabra tan fea.

—Así que virtuosismo. ¿Y cuánto tiempo fuiste virtuoso?

—Tres años, casi cuatro.

Brea volvió a poner esa cara un poco seria igual que cuando pensaba y se alejaba de mí y del sitio que pisaba.

—¿Viste alguna vez a un tipo muy rubio y blanco que me esperaba a

veces en el campus?

Qué incómodo. ¿Por qué le había preguntado por el tiempo? ¿Por qué me hablaba de ese novio cuya cara cuadrada y firme había evocado en tantas ocasiones desde que estaba allí?

—No lo sé. Igual sí, pero no me fijo demasiado en la gente.

Miré hacia otro mientras decía esto, dibujando formas en la arena, intentando por todos los medios demostrar que no atendía a la conversación y que así terminase. Además, no era capaz de mentir en esto si notaba esos ojos sobre mí, aunque ahora mismo estuviesen concentrados en un lugar indefinido del mar.

—Da igual. Pero ése es el culpable de mis tres o cuatro años. El muy cabrón se los llevó uno tras otro. Y esta casa, pobre, tan vacía. —En lugar de sonreír ante esta frase, se mordió los labios. Y me dio la impresión de que no me hablaba a mí, sino que tenía una conversación consigo mismo que ya conocía, sin importar mi presencia a su lado o no. Que decía las palabras en alto igual que las había murmurado para su interior a saber cuántas veces. — ¿Sabes que yo fui el primero de mi promoción? Premio extraordinario de carrera. Mi padre lloró el día que me lo entregaron. Estaban muy orgullosos de mí. Y luego clavé la tesis. Mi padre volvió a llorar, y también mi madre. Organizaron una comida familiar y se pusieron a dar discursos sobre mí. Con esto quiero decir que soy una máquina, que siempre he destacado en los estudios, que voy sobrado de inteligencia. La cuestión es... ¿Cómo alguien tan listo puede pasar casi cuatro años dejando que lo engañen? Sí, yo, premio extraordinario de carrera, encaprichándome de un imbécil y sin darme cuenta de que me la pegaba. Desde el principio, además. Era un colgado, uno de esos mochileros sin estudios ni trabajo que van cayendo en distintas partes del mundo. Cayó aquí, ya ves, y me volví loco por él. Se llamaba Glev. Era ruso, y estaba aquí de pasada, buscándose un poco la vida, como se la había buscado ya en otras partes. Había estado en Italia, en Grecia, en Alemania, en Argentina... A saber cuántos lugares más, me habré olvidado de la mayoría. Lo conocí de pura casualidad, y ese mismo día me lo llevé a mi casa y ya no salió. Podría contarte muchas más cosas de él, pero lo importante es que yo, el premio extraordinario, el que hizo llorar a su padre de orgullo por sus éxitos, me dediqué a mantenerlo a cambio de que estuviera conmigo. Sí, lo mantuve

mientras él no trabajaba y hacía de todo a mis espaldas. Yo sospechaba, claro, había cosas que no eran normales, le obligaba a enseñarme el móvil y, como no sabía su contraseña, se lo rompí dos veces de pura rabia. No fue tan terrible, yo le compré otros dos móviles, igual que le compraba todo lo demás. En fin, la cuestión es que no sólo me engañaba con otros, sino también con otras. No sé si fingía ser maricón y hacía el esfuerzo conmigo, o si le daba a todo. La cuestión es que un día volví algo antes, y lo encontré enrollándose en la puerta de nuestro portal con una fulana. Hay que ser tonto, ¿verdad?, en la misma puerta de nuestro portal. No le daba ni para pensar un sitio mejor. Y ese tipo tan tonto, tan estúpido, fue el que tuvo a este otro tan listo durante casi cuatro años pagándole todos los vicios y enamorándose de él.

Sentía que yo no estaba ahí. Que estaba Brea con sus pensamientos, con sus batallas del pasado que seguían atormentándolo, y que yo observaba por una mala casualidad. Lo veía desde un lugar distinto al de mi cuerpo, desde un plano más lejos y que me mostraba la pálida lámina de su frente llena de líneas que la atravesaban. Parecía que ese recuerdo lo envejecía, la sensación de fracaso y humillación, la vergüenza que lo abrasaba y esos actos que había prolongado tanto tiempo sin sentido alguno. Su frente se arrugaba, y las comisuras de su boca y la parte inferior de la barbilla, como si en lugar del Brea que yo conocía, ése con los graciosos mechones que caían salidos de un remolino, hubiese un hombre mucho mayor y lleno de amarguras. Repetía aquello por el placer de hacerlo, quizás buscando un dolor que necesitaba para intentar comprender el motivo de aquella relación, quizás repasándolo porque, a día de hoy, todavía no entendía que se había terminado. Ese Glev, tan rubio y serio, se presentaba ahora en mi mente con una colección inmensa de detalles, con una información que lo cambiaba por completo, eliminando esa postura de novio serio e inteligente que yo había imaginado por la simple razón de estar con Brea.

Puede que yo, en aquel momento y durante todo el fin de semana, estuviese cometiendo un error. Pero, ¿era posible cometer errores así con la edad de Brea, y que durasen tanto tiempo? ¿Un hombre tan listo y que yo respetaba podía dejarse engañar de esa manera con tal de tener a ese indeseable? La magnitud de esta confesión fue la que me hizo separarme de nuestro sitio y verlo todo desde un lugar distinto, que me ofrecía la oblicua imagen de Brea apretando los puños y mirando al mar como si en él estuviese

aquel hombre del que hablaba, el que seguía clavado en su corazón y sólo deseaba odiar. ¿Cómo asumir ese fracaso tan tonto de su dignidad, él, que me dejaba boquiabierto cuando empezaba una clase y hablaba de una manera brillante? ¿Quién era esta persona que me indicaba incluso cuándo debía ducharme, pero aceptaba los cuernos de un vividor?

Orbitando sobre nuestros dos cuerpos, con los colores del mar y la arena mezclándose, la lejana perspectiva de nuestros zapatos allá arriba, los sonidos y sabores de la playa, Brea me pareció más humano, más cercano a mí, una persona que a pesar de sus logros y su edad no estaba en un plano distinto al mío. Porque, aun formando parte de la comunidad humana donde se dan por supuesto actos y emociones generalizados, yo le había colocado un velo especial, una seda traslúcida que lo dotaba de algo distinto, lejano, algo inalcanzable de su loca inteligencia, la esencia de un mito que se iba formando a su alrededor y se volvía más y más opaca a medida que sus ojos deliraban y describían círculos sobre el cielo. Incluso cuando lo había despojado de su mando como profesor, incluso cuando hacíamos el amor, seguía teniendo ese manto especial que yo no me atrevía a cuestionar. Ahora se había desvanecido, y su verdadera cara se mostraba con líneas de vejez temprana, de la profunda amargura que le inspiraban esos pensamientos y recitaba en voz alta con tal de oírlos de nuevo. Era él, que tan escrupuloso en sus costumbres, tan valiente como para besar a un niño del que no sabía más que su nombre, tan mágico como para colorear su despacho de miles de ademanes y miles de expresiones, también cometía una estupidez que no sólo era ridícula, sino que además duraba más de tres años. Ese hombre que había sentido pasión y amor por alguien que lo engañaba sin el menor escrúpulo, llegando a romper un teléfono de pura rabia e impotencia, se quitaba todas sus ropas para enseñar su verdadera piel justo en ese instante, frente al mar que la bañaba con sus rumores fríos y salados, junto a alguien que había decidido tener para calmar un deseo puramente físico y para olvidar unas profundas heridas. Y me pareció que éstas ya no sangraban, ni siquiera ahora cuando repetía la peor historia de su vida, insultándose y sin comprenderse a sí mismo. Me pareció que se habían derramado tantas veces que ahora, secas pero abiertas, sólo lanzaban un tenue gemido de dolor.

Nos quedamos en silencio durante bastante rato, no sabría decir cuánto. Brea miraba a la ría vecina y se detenía en cada uno de sus árboles.

Intentaba quitarles la membrana de niebla que los envolvía, uno por uno y con toda cautela, para ver sus cortezas desnudas y que se expusieran a ese frío como él también se había expuesto.

No sé si se olvidó de mí durante un minuto, o si me tuvo presente todo ese tiempo. En cualquier caso, cuando las líneas de su piel se relajaron y desaparecieron, me miró de una manera extraña. Era una mirada dulce, donde sus cristales azules reflejaban una luz cálida, acercándome esa estela pálida que quería posarse sobre mis manos, para que la recogiera y bañase en ella mi rostro incómodo, por no saber qué hacía allí y si debía haber escuchado esa historia. Me ofreció sus ojos tranquilos, y parecía que con ellos me proponía un instante de amistad. Pero, ¿amistad? ¿Qué era eso, qué consecuencias tenía lo que acababa de ocurrir? Sin embargo la acepté, porque él me la daba y él decidía todo lo que se debía hacer. Recobrando poco a poco ese velo que ni siquiera sus tristezas podían arrancarle, esa momentánea amistad no duraría más que nuestro paseo por la playa. Era un agradecimiento por haber sido el recipiente de sus penas, y a pesar de aquella escena, en cuanto volviésemos a calzarnos y a ejecutar la siguiente orden, volveríamos a estar destinados a hartarnos durante ese fin de semana y olvidarnos durante las vacaciones.

CAPÍTULO XVII

Volvimos el domingo por la tarde, sobre las seis. Yo no necesité más que sacar mi mochila del armario y, con ella a un lado, me senté en el mismo sitio de la cama que la última vez, viendo ahora cómo Brea sacaba su ropa y la guardaba cuidadosamente en su bolsa de viaje. Con los pies cruzados sobre el suelo, con la ventana dibujando ese mar que se reflejaba también en el espejo, no sabía qué debía sentir ante ese final de nuestra aventura. Para empezar, no estaba del todo seguro de que ése fuese el final, y no podía parar de preguntarme qué era lo que quería sin saber cómo responder. Era una sensación rara, porque ese intermedio de nuestras vidas se acababa y volvía a reanudarse. Me parecía que había estado lejísimos, en otro planeta, en un lugar donde era imposible que contactasen conmigo y que me encontrasen, en un sitio donde sólo estábamos nosotros dos entre personas desconocidas que no sabían nuestros nombres ni los sabrían nunca. Ahora volvía, y me enfrentaba a todas las cosas que había dejado allí, en mi rutina, en mi casa. Me enfrentaba a los estudios, porque los finales estaban cada vez más cerca y tenía que prepararme ya. Me enfrentaba a volver a las clases y ver de nuevo a Luis, que me ignoraba y despreciaba. Ver los ojos negros de Daniela, que era consciente de una parte de mi vida, esa chica con la que se suponía que, según Laura, había pasado el fin de semana. Y Laura, que estaría en casa con sus currículums en una mano y su teléfono esperando entrevistas de trabajo, sin saber que necesitaba hablar con ella y contarle algo que no podía callarme por más tiempo, que quería compartir cuanto antes. ¿Cómo viviría aquello, esas escenas que ya podía esperar e imaginar, con mi nuevo secreto? ¿De qué manera vería ahora a Luis, con otras huellas sobre mi piel cuando había creído que sólo tendría las suyas y, desde luego, que jamás querría otras? Cómo reaccionaría ese amor que aún llevaba dentro, si lo había vendido por dormir con otra persona. No lo sabía, no podía saber nada de ello.

Sí, eso era lo que me esperaba a la vuelta. Pero, ¿qué me llevaba de aquí? Me llevaba mil sensaciones del cuerpo de Brea y otras tantas confesiones. Me llevaba la imagen de un hombre que no era tan fuerte como yo creía, que se podía volver un auténtico idiota a cambio de algo que ni siquiera llegaba a hacerlo feliz, pero que en cualquier caso seguía pareciéndome enigmático y magnífico. Me llevaba un largo repertorio de caras y gestos, de brotes de

humor y distintos tipos de risa. ¿Me daba pena esto? ¿Le daba pena a él?

Despacio, de una manera ininterrumpida y exquisitamente pulcra, Brea seguía recogiendo su ropa. Y a mi cabeza un tanto angustiada llegaban fragmentos de ese fin de semana, escenas sueltas de las que recordaba una palabra o un gesto concreto. Por ejemplo, la tensión que hubo entre nosotros cuando Brea terminó su historia llena de despecho. Cómo se evaporó esa tensión al llegar la noche, cuando volvimos a tomarnos y la ventana batía sin parar. Aquellos aires del norte que habían endulzado nuestro paseo haciéndonos más fácil percibir el aroma del mar, se habían convertido en ráfagas furiosas, tan fuertes y enloquecidas que parecía que iban a romper los cristales. Encolerizadas, pegaban contra ese hueco de nuestra intimidad, contrastando su arranque violento con nuestras palabras tranquilas, ya cansadas. No era una escena de amor en la que nos abrazábamos, y de hecho no habíamos tenido ninguna parecida a lo largo de esos días. Brea, mirando el techo y tapado hasta la parte inferior de su pecho, con los dedos martilleando suavemente el nórdico, caía en esos segundos de abstracción donde no estaba seguro de lo que pensaba. Yo, bocabajo y con la cara hundida casi del todo en la almohada, recuperaba un poco de mi hogar, de esa cama mía donde dormía en esa postura, aunque con las piernas más separadas, con los brazos rodeando mi cabeza como un muñeco inerte que hubiesen arrojado, desmadejado y roto. Ahora me contenía, sacrificaba algo de comodidad a la vez que conectaba tímidamente con ese rasgo de mis noches solitarias. No era una escena de amor, desde luego, aun a pesar de que después empezamos a hablar y lo hicimos hasta quedarnos dormidos. Entre nosotros no había ninguna señal de afecto por sí misma, no existía ningún beso que surgiera por el placer de darlo, sino que todos ellos nacían con la misión de conducir nuestro deseo, un primer impulso para volver a acostarnos. Nunca nos cogimos las manos ni nos acariciamos fuera de ese contexto, y me habría parecido raro de no ser así. No me imaginaba caminando por la playa y que de repente me besase, sólo porque le apetecía hacerlo. Y, no obstante, me había entregado pedazos de su interior tan importantes como la historia de ese rubio que lo esperaba en la universidad. Brea no me amaba, pero me había dicho que era especial, y él también era especial para mí. En la frialdad de nuestros sentimientos había puntos cálidos, de absoluta confianza y abnegación a esos dos espíritus que sin quererse se encontraban, como que yo supiese que la única mujer que había besado en su vida era su prima

Nosé cuánta en un Fin de Año. ¿Cuántas personas de su entorno lo sabían? ¿Cuántas veces habría contado esa historia, o la del niño que le metía lengua y había bautizado como su propio Pribislav Hippe? Lo había buscado en internet, y ya sabía lo que era. Una búsqueda un tanto fatídica, porque me había destripado una parte que me parecía importante de *La montaña mágica*, y cuando me llegase el momento de leer ese libro, inevitablemente pensaría en Brea, en estos días juntos, en esa anécdota suya, en un primer amor que compartía mi nombre. ¿No era eso importante? ¿No era eso único? Único, porque nadie más podía pensar en esto al abrir esa novela. Lo mismo pasaría cuando volviese a escuchar ese concierto de Chopin.

No nos amábamos, pero habíamos cruzado mil fronteras que, se suponía, debían definir nuestra relación estrictamente sexual, casi diría sensual, por incluir las bellezas de esos ademanes suyos, que entretenían mi vista y la abocaban a enigmas que me encantaba descifrar. Por incluir también los sonidos de esas risas que vibraban de manera distinta en cada situación, los aromas del océano, esas gotas que me golpeaban la espalda mientras esperaba una visita bajo la ducha que no apareció. Sí, habíamos rebasado los límites, y no sabía el motivo. Quizás porque cuando dejábamos de devorarnos nos dirigíamos una amistad que era tan finita como nuestros apetitos, o porque arrasados por un sentido estético —y pasear por la playa con un nuevo amante era terriblemente estético— nos invitaba a llegar más lejos.

No pude saber si ese final le daba pena o no. En su cara, siempre brillante y expresiva, seguía la expresión apacible y alegre de la mañana, inmutable mientras arreglaba su equipaje y nos íbamos. Digo que no pude saberlo, porque quise pensar que sí. Necesitaba creerlo para que mis propias inquietudes encontrasen en él un compañero, una solidaridad en nuestro enfrentamiento a una rutina que ya no tenía esos pedazos excitantes de nuestros acercamientos. Hoy, cuando pienso en ello, sigo buscando algún deje de ansiedad en su mirada, como si los intentos de aquella tarde fuesen tan profundos que continuasen todavía trabajando sobre mis recuerdos. De todos modos, y sin poder resolver esa duda, las horas fueron pasando y comenzamos ese viaje hacia nuestra ciudad, hacia todo eso en lo que había pensado sentado en su cama, hacia mi conversación con Laura, principalmente.

Brea me dejó en el mismo sitio en el que me recogió. Tuve que prepararme antes de llegar, porque no era un lugar donde podía pararse, ni siquiera orillar

para que el resto de coches pudiesen seguir circulando. Así, con la mochila sobre el regazo y sin el cinturón, abrí la puerta en el mismo instante en el que frenó, y según la cerré echó a andar sin que pudiera ver esos grandes ojos despidiéndose, una última mirada para descifrar. Supongo que fue práctico, y que en ese caso resultaba más importante que una bonita frase antes de separarnos. Con una música clásica cuyo nombre no me contó esta vez, Brea me había dicho “Prepárate, te dejo donde el otro día”, y nada más. “Vale”, contesté yo, antes de irme a toda velocidad, nervioso por si los demás coches empezaban a pitarnos. Así que ésas fueron las últimas frases que nos dijimos, el final de ese fin de semana, de ese estallido al que habían conducido todos nuestros “Buenos días”. “Prepárate, te dejo donde el otro día”, “Vale”. Nada más, ni siquiera un gesto que lo redondease un poco, que añadiese algo que mereciese la pena comentar, un detalle que renovase ese aire tan atractivo que había acompañado nuestra extraña relación. Pero atractivo no era la palabra adecuada. Aunque me repita, debo decir estético.

Llegué a casa sin enterarme demasiado bien de lo que hacía. Había caminado por inercia, siguiendo un trayecto que conocía perfectamente. Pero no era consciente de que ya estaba en mi ciudad, de que abría la puerta y ésta se cerraba detrás de mí ofreciéndome la imagen del recibidor, exacto a como cuando lo había dejado, al igual que si esos días no hubiesen existido. Tenía la mente tan repleta de experiencias que no quería olvidar, repasaba tantas escenas que no podía comprender que se hubiesen terminado, que no podía despertarme. El ruido de la puerta sonó en mi interior de una manera lejana, amortiguado por mil palabras que se reiteraban en mi cabeza, ésas de “Cenamos fuera”, ese aliento que pronunciaba una y otra vez mi nombre contra mi oreja, repasando la línea de mi barbilla, echándome hacia atrás sobre la cama. Esa cama orientada de manera distinta que la mía, sobre la que tiré la mochila.

Todo estaba en silencio. Creí que no había nadie, y me tumbé para dejar que esos pensamientos siguiesen fluyendo en mi interior, alejándome y distorsionando el rostro de mi casa, que me recibía ignorando lo que había vivido. Eso era justo lo que necesitaba, quedarme allí y asumir una transición que no era tan excitante como la que había vivido el viernes. Sin embargo, noté casi al momento un ruido en la cama de mi hermana. Un desconocido podía hacer cientos de movimientos sin que yo fuese capaz de identificar

ninguno de ellos por su sonido. Pero al tratarse de Laura, que había pasado una vida entera al otro lado de la pared, distinguí perfectamente cómo se incorporaba, movía algo —seguro que se trataba de su ordenador—, se levantaba y, un poco bruta en sus pasos, echaba a andar hacia mí. En pijama, con el pelo sujeto por una coleta destrozada, me sonrió desde la pared que tenía justo enfrente.

—¿Qué? ¡Por fin has vuelto!

Sabía que iba a mencionar a Daniela, antes o después. Pero en ese momento, cuando en mi cabeza flotaban con completa incomprensión esas últimas palabras —“Prepárate, te dejo donde el otro día”, “Vale”—, agradecí que su sincera alegría lo retrasase al menos unos segundos.

—Pensaba que no había nadie.

—Papá y mamá se han ido al río, y yo estaba en otro mundo. Por eso tardé un poco en enterarme de que habías llegado.

—¿En qué mundo?

—En el de West Side Story. ¿Quieres ver el final conmigo? Así igual me da corte y no lloro tanto.

Mis padres no estaban. La casa vacía para nosotros dos, y mi conversación pendiente esperando a que la destapase. Mis promesas de contárselo, mis verdaderas ganas por hacerlo. Pero, ¿quería hacerlo ahora? Era el momento perfecto, sí, y de todos modos seguía queriendo dedicarme a esa soledad tan magnífica, intensa y lista para que la llenase con mis recuerdos de Brea, con las sensaciones que enrarecían mi vuelta e incluso la cara de Laura mientras me decía que iba a llorar con su película. ¿Quería hacerlo ahora? No, lo cierto es que no.

—Me duele mucho la cabeza. Me parece que me voy a tomar un ibuprofeno y quedarme aquí, con las persianas bajadas. Además, me aburren los musicales.

Había esperado una de sus respuestas bordes. Por ejemplo, otras cosas que a ella le aburrían y que había tolerado por mí, sobre todo después de haberme largado. Pero se había creído mi excusa del dolor de cabeza, y la verdad es que no existía ningún motivo para que no se la creyera. Sólo a mí me podía sorprender, porque no había ni un poco de dolor en mi cuerpo. Así, dejé que la ocasión idónea se fuese, y mis padres llegaron una hora y algo después. Me

arrepentí al día siguiente, cuando quise hacerlo de una vez por todas, y también al otro, y así hasta cinco días después, cuando de nuevo coincidí a solas con Laura en casa, con suficiente tiempo como para tener nuestra larga conversación —intuía que debía ser larga, seguramente llena de silencios— sin que nos interrumpiesen. Tenía pánico a que nos interrumpieran, y por eso me costó volver a encontrar las condiciones perfectas.

Fue un viernes por la mañana. Podría demorarme describiendo que esa noche había soñado con Brea y su piso donde había desaparecido el faro de la habitación, o que hacía frío y había parado de llover. Pero sería absurdo, porque en realidad nada de eso me importó ni volví a dedicarle un solo instante de reflexión en cuanto supe que mis padres se iban. En cuanto esa nueva posibilidad se posó en mis manos, apretándola con los dedos infinitamente nerviosos, nada más oír cómo cerraban al irse, me colé en la habitación de Laura interrumpiendo un ritual bastante lamentable. Sentada en su escritorio, comparaba dos documentos en el ordenador. En uno, tenía apuntados los despachos de abogados en los que había dejado su currículum. En el otro repasaba los nombres que aparecían en internet, intentando encontrar alguno que se hubiese saltado, una puerta más a la que llamar. Demasiado cerca de la pantalla, por si pegando más sus ojos pudiera fijarse con mayor detalle, iba señalando a un lado y a otro, sin encontrar fisuras en ese esquema de bufetes que ya había diseñado antes de lanzarse a la calle.

Se sobresaltó con mi entrada, y obcecada en su objetivo, me contempló sólo un instante antes de volver al ordenador, como si mi presencia allí pudiese tener otro motivo aparte de verla. Y entre las distintas maneras en las que había intentado encontrar la mejor forma para empezar a hablarle, escogí un precipitado “¿Puedes hacerme caso un segundo?”. Lo dije al ver que me ignoraba, que seguía indagando en sus listas cuando yo tenía algo tan importante que contarle. Laura, medio atontada aún por su vista fija en la pantalla, se dio la vuelta en su silla, mientras yo esperaba y deseaba su atención sentado en la cama.

—Sí, dime —contestó, frotándose los párpados.

Esperé un poco, porque quería que se centrara en mí, y de verdad necesitaba que lo hiciera. Pero también esperé porque me costaba empezar, y no entendía a qué se debía ese nerviosismo. No me asustaba la reacción de

Laura. Sabía que sería dulce, cariñosa, pero aun así me resultaba difícil confesarle algo que no se esperaba, que le supondría un primer momento de sorpresa en el que se quedaría callada. Temía ese momento, y no sabía explicarlo. Lo temía porque me sentiría un poco solo justo después de revelar algo que yo mismo había descubierto hacía poco, porque aunque tenía plena confianza en ella sería imposible que no me alarmase. Lo haría de una manera absurda y sin sentido, pero lo haría de todos modos. Y me aterraba acercarme a ese silencio, a ese primer impacto.

Pasaron unos instantes, y la pantalla del ordenador ya se había oscurecido, aunque no del todo. Una luz muy tenue, azul y blanca, salía de ella enmarcando la silueta de Laura, que ya enteramente enfocada en mí, había dejado sus frustraciones en un lugar aparte. Suspendidas, olvidadas al menos unos segundos por la mano de su dueña, se sentaba sobre una de sus piernas y me miraba esperando a que yo hablase. No sé por qué no interrumpió mi debate interior sobre cómo empezar, no sé por qué no me metió prisa con un “¿Qué pasa?”, o algo parecido. Igual por esa intuición, o por esa sensibilidad donde mis nervios no podían pasarle desapercibidos.

—Tengo que contarte una cosa —dije, al fin. Ella entreabrió sus labios, pero no iba a pronunciar nada. Respetó mi siguiente indecisión, en la que de nuevo me preguntaba cómo seguir o casi cómo empezar, quedándome otra vez callado. Ahora la pantalla del ordenador se volvió completamente negra —Tengo que decirte algo de mí. Tengo que contarte algo de mí.

De nuevo, entre la bruma de esa frase que repetía y apenas cambiaba, buscaba las palabras exactas.

—Eh... —Laura me interrumpió. Interrumpió mi intensa búsqueda, y la miré ofendido para ver cómo ella se dirigía al suelo, a su alfombra a cachos gris y a cachos roja, a sus manos arrojadas al azar sobre las piernas retorcidas. —Esto... —dudaba, y puso una expresión extraña. Se quedó seria y pensativa a la vez que sonreía ligeramente. Era una mezcla que adulteraba su cara de una manera que muy pocas veces antes había visto. Parecía que un lado de su rostro se dedicaba con gran solemnidad a una reflexión y el otro se burlaba de la misma. Se ensombrecía y se reía a un tiempo, y lo hacía delante de mí, en la conversación más sincera que yo había empezado jamás.

Se tomó un momento, algo menos que un segundo y que a mí me

pareció más de un minuto.

—Andrés —dijo entonces, con un tono duro, fuerte, que cortaba por completo ese brote de la sonrisa, al tiempo que subía sus ojos (esos ojos que también eran los míos, esa mirada que me dirigía como yo lo habría hecho) directamente a los míos. Mi nombre, rudo y áspero en su voz algo grave, en sus pupilas intensas que reclamaban las mías sin que pudiesen huir, con una seriedad penetrante y fría, sonó como un reclamo que se hacía a sí misma, para ordenar algo que flotaba en su interior y debía aprehender ahora. Y nada más hacerlo, con aquello bien sujeto y preparado, su expresión se ablandó y se volvió casi risueña. —Ya lo sé.

Tenía pánico a enfrentarme a un silencio donde mi hermana asimilaba lo que durante un tiempo había sido mi secreto. En su lugar, descendía en un silencio propio donde no había más sorpresa que la mía, y la tranquilidad de mi hermana colisionaba con esa crispación de mi fuero interno. “Ya lo sé”, y entraba en mi mente y neutralizaba mil fórmulas que ya había imaginado y escrito, volviéndolas polvo y haciendo que las olvidase con la misma rapidez con las que había pronunciado todas sus sílabas. “Ya lo sé”, y mi inquietud y mi zozobra se transformaban con un nuevo contexto. ¿Cómo era posible? ¿Estábamos hablando de lo mismo?

—¿Qué sabes?

Laura miró hacia arriba y luego a los lados, pensando en si era ella quien debía decirlo, y supongo que calculando las probabilidades que tenía de equivocarse, es decir, si era aquello lo que yo quería contarle.

—Que eres gay.

Lo dijo con una naturalidad sencilla, en perfecta calma, al igual que si acabase de decir algo de lo más cotidiano. De modo que sí, era posible y hablábamos de lo mismo. Sonrió justo después de decirlo, porque comprobó —algo de mi cara habría ayudado— que efectivamente era eso lo que yo venía a confesarle.

Me sentí ridículo, por supuesto. Ridículo y un poco enfadado, a decir verdad, pues mis ejercicios de franqueza, mi desazón al meterme en ese dormitorio y empezar esa charla, me ofrecían ahora una cara bastante estúpida, de las emociones inútiles y sin sentido. Sí, ridículo y enfadado, pero también

sorprendido. Y por esto último pude contener un primer impulso de taparme la cara, de salir allí y hundirla en un cojín para intentar recordar todos esos veinte años —casi veintiuno— y saber en qué momento mi hermana había penetrado en mi alma con más destreza que yo mismo. La vergüenza y la ofensa se relativizaban y se calmaban por satisfacer esa sorpresa que batía contra mis sienes.

—¿Cómo lo sabes? ¿Desde cuándo? ¿Por qué?

—No lo sé. No sabría decirte, simplemente lo sé, creo que desde siempre. Bueno, desde que no soy una niña, supongo.

—Pero, ¿por qué?

—No lo sé, de verdad. No puedo explicarlo. Estoy segura desde hace muchísimo tiempo. Creo que incluso antes que tú.

Laura me miraba sin ninguna reserva. Me ofrecía su sinceridad y su rostro en un mismo gesto, acercándose a mí enormemente a pesar de no moverse de su silla. Yo no podía hacer más que preguntarme por qué lo sabía y por qué no era capaz de explicármelo. Como si no entendiese sus palabras y la imposibilidad de encontrar algún ejemplo —pedía al menos uno— en el que se hubiese dado cuenta de mi homosexualidad. Y volví a preguntárselo varias veces y ella me respondió lo mismo. Un diálogo absurdo, sin avance, que se prolongó sin que yo dejase de darme golpes con esa incompreensión que no hacía más que vibrar en una confusión estridente y que se enredaba sobre sí misma, una confusión de mis últimos nervios agonizando y un asombro que no asimilaba.

—¿Cómo puede ser?

—Y yo qué sé. Pero es así, ya está. ¿No lo hace todo más fácil?

Mi hermana estaba tranquila, sonreía y se encogía de hombros continuamente, casi divirtiéndose.

—Espera, espera. Si tanto lo sabías, ¿por qué no parabas con lo de Daniela?

—Pues... Quería picarte con ella. Quería molestarte para que me lo contaras de una vez. —Esto lo dijo sin el menor rastro de risa. Lo hizo con un semblante algo desolado, como si le diese pena volver a esa situación que acababa de quedarse atrás, en la que deseaba una noticia que no llegaba,

aunque no conociese los motivos. —Además, también lo hacía para saber si era cierto. Si estabas con ella.

—¿Cómo iba a estar con ella? —dije, convenciéndome de esa imposibilidad, como si no hubiese fantaseado tantas veces con esa idea presentándomela como algo verdaderamente serio, como algo que quería y casi amaba. Ahora me parecía una tontería, y olvidaba esos días en los que Laura me conocía mejor que yo mismo. Había logrado engañarme, en aras de mi orgullo, creyendo que jamás había pretendido nada con Daniela, y que sólo me había enfrentado a sus infundados y tenaces intereses.

—¡Ni que fuera la primera vez que un gay está con una chica! —Hizo una pausa, mirando al suelo por si su explosión había sido demasiado brusca, sin saber todavía el grado de delicadeza que debía utilizar conmigo en ese tema. —Me daba miedo, ¿sabes? Tenía miedo de que estuvieses con ella de verdad. Es tu amiga, pero como nunca habíamos hablado de esto y la nombrabas tanto...

—Así que te daba miedo.

—Claro, ¿cómo no me lo iba a dar? Sería algo muy triste. Quería saberlo, me asustaba y, si pasaba, yo tampoco podía hacer nada para cambiarlo. Pero aun así necesitaba saberlo. Ahora me he quedado muy tranquila. Cuando te mandé ese mensaje el fin de semana, lo de qué tal lo pasabas con Daniela, era para molestarle un poco, pero estaba realmente preocupada. Por momentos pensaba que sí estabas con ella.

Nos callamos otra vez, cada uno sumido en sus pensamientos, que en realidad eran un eco de los del otro. Laura había reconocido muchas más cosas que yo, y eso seguía confundiéndome. ¿Qué había pasado, y cómo había cambiado tanto la situación? Pero estábamos tranquilos, estábamos a gusto, vaciando esos secretos que habíamos guardado durante demasiado tiempo.

Laura volvió a mirarme y a sonreír.

—Entonces, ¿se llama Julián? ¿Es el mismo Julián amigo tuyo?

Claro, mi excusa. Mi ficticia escapada con Julián.

—No, no se llama Julián. Pero da igual. Ya se ha acabado.

—Vaya —respondió Laura, y miró hacia otro lado. No sé si estaba incómoda por arrancarme una ruptura que quizás no quería contar todavía, o

por intuir que ese viaje, dadas las circunstancias, no había tenido nada de romántico.

Se quedó así durante un tiempo, quizás examinando el nuevo orden de cosas entre nosotros, quizás pensando en ese innombrado que no le había dado tiempo a conocer. Y ese innombrado se había ido ya, estaría hundiéndose en su vida real, en esa rutina que nos esperaba inmutable tras nuestro fin de semana, lista para desintoxicar ese aburrimiento de tantas horas juntos. Ése era el plan, al fin y al cabo. Estábamos en ese momento, en el de la separación, en el del paréntesis que nos serviría para aceptar que ya no volveríamos a hablarnos del mismo modo, y que nuestros privilegios quedaban encerrados en un lugar distinto, un lugar que ya parecía no existir, como si hubiese sido en un sueño un poco largo y un poco revoltoso. ¿Qué me quedaba de aquello? Un “Prepárate, te dejo donde el otro día”, un “Vale”. El fin de nuestras relaciones, en fin de nuestra intimidad. Los ojos de Brea, fijos en el cristal delantero, me repetían esa frase sin hacer sus particulares giros, sin deleitarse en los rincones que estaban a su alcance. Pero Laura pensaba en ese Julián que no se llamaba Julián, aquél que aniquilaba a Daniela, aquél que me había raptado de su compañía durante dos días enteros para hacerme vivir una escapada que se figuraba, seguramente, como algo romántico. ¿Y si hubiera sido con Luis? ¿Se esperaba algo con él? ¿Habría percibido mi amor antes de que hubiese estallado al beso de una extraña? No tenía fuerzas para preguntárselo, y no lo haría nunca. Sobre ese tema, cerraría una puerta pesada y metálica donde quedaba también aquella serie, aquel sabor a barbacoa que me murmuraba tantas cosas que odiaba. No, no se lo diría. Y aun así no podía evitar preguntarme si lo sabría, y si habría una última palabra después de aquel “Prepárate, te dejo donde el otro día”, que hiciese más liviano el peso de aquel rechazo, de aquel amor que quizás ella ya conociese.

CAPÍTULO XVIII

Las clases se reanudaron, continuaron durante el mes de abril, durante el principio de mayo, y se suspendieron inmediatamente antes de los exámenes finales. Fue la época de estudio por excelencia, ésa de la biblioteca abarrotada y abierta hasta las dos de la madrugada, o hasta las dos y media. Días de calor sofocante, de lugares cerrados con el sol golpeando sus ventanas, volviendo más verde aquella hierba hermosa del campus, con los cerezos rojizos coronando sus caminos. Hacía calor, sí, y las mujeres iban a estudiar con faldas y vestidos, con sandalias abiertas que dejaban en el suelo mientras una pierna colgaba descalza cruzándose sobre la otra, porque ni siquiera aguantaban ese fino contacto de sus suelas. El río, repleto de personas que tomaban el sol y se mojaban los pies en su orilla, el camino a las termas inundado de coches y toallas. Pero yo estudiaba, me tiraba en la cama con los apuntes y algunas tardes iba a la biblioteca, sólo algunas, porque allí sacrificaba demasiado tiempo tomando un café en el descanso. Así llegó el momento de los exámenes, sin que en todas esas semanas Brea y yo hubiésemos cruzado una mirada especial, siquiera una frase que no llevase el timbre neutro y gutural de aquella última despedida. Nos encontrábamos en conserjería, nos veíamos en la cafetería envueltos en nuestros respectivos círculos de profesores y alumnos, y nos dedicábamos un sencillo “Buenos días”. No tenía ya nada que ver con nuestros “Buenos días”, brillantes y lustrosos, cuajados de luces. Estos otros, los nuevos, eran tan simples como si saludásemos a cualquier otra persona.

Es imposible fingir que yo no deseé algo más. Repetir aquel plan, o que al menos hubiésemos respetado el recuerdo, que hubiésemos ejercido una especie de lealtad a aquel privilegio, permitiendo que aquel saludo siguiese siendo tan particular como antes. En verdad lo deseaba, y había intentado extraer esa señal de Brea, la primera vez que lo encontré y ya desde lejos clavé en él mi mirada, intentando demostrar por todos los medios posibles que estaba dispuesto a recibir esas miradas suyas y responderlas con la misma cordialidad, aunque ello no significase nada. Sin embargo, fue un deseo que no se cumplió. Brea, serio y consecuente, hizo exactamente lo que había prometido. Aburrirse de mí y olvidarme durante las vacaciones. Volver a ser ese simple profesor que era entonces, cuando todavía no se me había ocurrido

aquella aventura tan descabellada. Que yo fuese ese alumno que no reconocía, cuyo nombre tenía que preguntar para encontrarme en su ordenador, aunque fuese el mismo que el de su primer beso. ¿Era triste? No estoy muy seguro. Me parecía triste porque ya no me ofrecía esa vía de escape, ya no tenía otra historia a la que aferrarme para evitar pensar en Luis, que seguía ignorándome y rehuyendo mi compañía. ¿Eso lo volvía triste? Puede que sí, de una tristeza egoísta, tan egoísta como esa manera en la que había perseguido a Brea, la misma en la que él hartaba sus apetitos para ahora volver a esa vida tranquila e intachable, esa vida seria y colmada de humor en la que yo había dejado de ser bienvenido. Supongo que estaba bien, que era lo mejor y que no podía pretender otra cosa, aunque el escozor de una herida antigua no encontrase ya más bálsamos que la cercanía del verano, de esos días en los que confiaba para ayudarme a olvidarlo de una vez por todas.

Vi a Brea en varias ocasiones, y lo vi finalmente en el examen de Tributario. Con la afectada y amarga hosquedad de Inma a su lado, había estado presente mientras hacíamos el examen práctico, y después habían subido al despacho para evaluarnos oralmente. Y ese pasillo, repleto de alumnos, tomado por apuntes que se repasaban tontamente a última hora, con una lista alfabética de una letra escogida al azar, me engullía con el mismo calor con el que esperaba nuestro último encuentro antes de las vacaciones. Un encuentro determinado por horas y horas de estudio, por temas que tintineaban en mi cabeza peligrosamente mezclados, un poco borrosos en ciertos puntos, sucediéndose en mi mente y preguntándose qué números sacaría de aquel saquito rojo en el que metían a saber cuántos dados. Y, ¿quién sujetaría el saco? ¿Quién le daría una sacudida antes de que yo aventurase la mano que determinaría mi examen? De todos modos, ya no esperaba nada. Ya no tenía intención de redondear nuestras conversaciones, de extraer un nuevo guiño que tensase mis miembros y me susurrase una nueva promesa. Se había acabado allí, mientras descendíamos por el final de la autovía, cuando yo buscaba mi mochila en el asiento trasero y me preparaba para saltar del coche.

Llegó su examen, y en el práctico se presentaron unas cuantas personas que yo no había visto en mi vida, que también fueron las primeras en irse. Se dispersaron rápido, bien para fumar o para volver a sus casas, sin intención ya de asistir a la parte oral. Lo sé porque yo fui el primero en salir de mi clase, después de una hora y cuarto. No había nadie fuera, en el banco de enfrente de

la puerta, en los pasillos inmediatos. Todos se habían ido, y yo, con mi carpeta repleta de apuntes, decidí darles un rápido repaso antes de que saliese más gente. Pero apenas tuve tiempo, porque en menos de dos minutos la puerta se abrió y apareció Luis.

Sólo miré hacia él un momento. Lo miré como habría mirado a cualquiera que saliese, cerrándome enseguida en mi correspondiente desprecio, en esa casaca dura y rígida que debía utilizar cerca de él, porque ya no podía esperar a recibir ni una sola de sus palabras, ni tan siquiera el más frío gesto que indicase que me conocía de algo.

No se sentó en el banco en el que yo estaba, sino que se quedó de pie a un par de metros de mí. Él también llevaba una carpeta con apuntes, ese destartado clasificador que nos habían regalado en primero de carrera donde metía todas sus cosas a presión en una sola de las rendijas. Desordenado, apretaba esos flamantes apuntes muy pulcros, de letras electrónicas que yo había tomado para ambos al principio, y los arrugaba entre las listas de la carpeta. Sus gomas, un poco estiradas, eran un símbolo más de esa dejadez nerviosa que le afectaba en las épocas de exámenes, la misma que había hecho que su pelo estuviera un poco más largo de la cuenta, despeinado y abandonado. No podía evitar que todos estos detalles vibrasen en mi cabeza. Cuanto conocía de él, la cantidad de información que mi cerebro almacenaba tras años y años de amistad y que ahora ya no servía para nada. Ni siquiera para una palabra de cortesía, para un saludo. Que guardaba sus apuntes —y mis apuntes— maltratándolos, que se ponía histérico con los exámenes y ni siquiera se peinaba un poco. Que esa sombra de la barba, que le nacía sólo en el bigote y por zonas aisladas, se debía a los mismos síntomas. ¿Por qué no podía olvidar estas cosas? ¿Por qué tardaba tanto mi desapego, por qué mi cerebro se empeñaba en mantener estos datos sin una sombra de duda? ¿Cuánto tiempo haría falta para lograrlo? No quería saber esto, no quería saber nada de él. Quería que me pareciese un extraño, no conocer ninguno de sus rasgos.

—¿Qué tal te ha salido?

Esa voz, la voz de Luis, sonó como un timbre lejano, como un eco de un pasado que volvía ahora, al igual que si me representase un recuerdo porque esta realidad se volvía demasiado dura para mí. Demasiado dolorosa, o de un dolor ya conocido pero que aborrecía, que no quería seguir experimentando,

que mataba un segundo con tal de obtener un momento de paz, de fría cordialidad.

Pero no era un recuerdo, tampoco mi excitada imaginación lanzándome palabras que no existían y utilizaba sólo para calmarme. No, era la voz de Luis, nítida y clara dirigiéndose a mí, al único que estaba allí sentado, a una distancia lógica como para poder oírlo. “¿Qué tal te ha salido?”, decía, con el ronco acento de un duro trámite, igual que antes lo habría dicho con total confianza, en una fórmula repetitiva e inquieta.

No fui capaz de contestarle rápido, de hecho no fui capaz de contestarle en un plazo razonable. Me quedé mirándolo, preguntando si de verdad eso era cierto, que ahora que se acercaba mi periodo de curación —eso esperaba— ésta encontraba un primer alivio en ese perdón dulce e incluso desenfadado. Un perdón que lo arreglaba todo, que quizás volviese mi amor algo recurrente e insuperable, pero que me permitiría tener a ese amigo que había extrañado durante demasiado tiempo, cuyos puños a punto de cerrarse me habían convencido para hacer algo que todavía no era capaz de creerme.

—Bien —dije tras tanto tiempo que la pregunta ya se había perdido, que se había resuelto como algo sin respuesta, que quizás Luis ya había olvidado. Mi “Bien” tardío, tortuoso, con una voz ridículamente cortada, porque no llegaba a entender lo que estaba pasando ni lo que pretendía. —¿Y a ti?

Él no contestó. Miró hacia arriba, hacia sus apuntes, resopló una vez volviendo a clavar sus ojos en puntos indefinidos y que cambiaba sin parar, en un frenesí de miradas que no soportaban tenerme a mí como objeto, aunque su interminable danza viniese definida por mi presencia.

—¿Sigues sintiendo eso por mí?

Sí, era una declaración de paz. Era un intento por enterrar algo que nos había alejado. Era la súplica por acordar que aquello no había pasado nunca, y que podíamos matarlo y volver a esa relación que teníamos antes. Pero, ¿era aquello posible? ¿Quién era ese hombre que se quedaba de pie a mi lado, que movía nervioso su desastrosa carpeta y que me pedía una mentira para tranquilizarse? Porque él debía saber que era una mentira. O quizás estuviese tan empeñado en recuperarme, en poseer mi amistad y las comodidades de antes, que podía convencerse de mi actual indiferencia. Que yo no sentía nada, y que nada me decían esos labios finos y huidizos que había deseado besar, a

los que me había arrojado encontrándome directamente con esas manos crispadas, petrificadas en el último gesto, en ése definitivo que se revolvía contra mí y me empujaba a otro lado. ¿Era así? ¿Pensaba que yo podía haber dejado de amarlo? ¿Y cuánto había durado ese amor? Ya me parecía que se tambaleaba, que se había evaporado sin darme cuenta, igual que se había plantado en mi interior sin que pudiese verlo. Se tambaleaba por esos ojos castaños que deseaba a mi lado, a los que había renunciado durante meses, ya no recordaba cuántos, me parecían interminables. Se movía a los lados a punto de derrumbarse, para caer en un fondo donde guarecerse y adormecerse, donde formar parte de mí de una manera tan silenciosa como entonces, cuando ni siquiera lo conocía. Para mantenerse oculto a mis propios ojos, que ya querían pensar que no existía, que nunca había existido, que había sido una confusión, una fantasía de un instante ya remoto. Sí, me abandonaba ya, se abandonaba a sí mismo por un poder que lo aplastaba y a la vez terminaría desmoronándose al mismo tiempo que resurgiera. Porque debía resurgir, quizás dentro de otros veinte años, casi veintiuno. Volvería a aflorar, y destruiría eso que habíamos salvado poniendo una tupida y fuerte venda, algo que lo envolviese para que no tuviera ya más fisuras, ni una sola. Pero era tan difícil olvidarlo, era tan difícil callarlo, cuando las lágrimas de ese Carnaval seguían salando mis mejillas, haciendo que me pareciera ridículo mi disfraz, mi pelo rapado a juego con el suyo.

Luis me pedía una mentira, me pedía una negación salvaje, violenta, tan apasionada que en sí misma se desgarrase con tal de poder mantener ese amor en secreto durante unos días más, todos los que me fuera posible, para que preguntarnos cómo nos había salido un examen no volviera a tener las incómodas connotaciones de ahora. Sí, deseaba mi mentira, y yo deseaba dársela. Ofrecerle el sacrificio de mis sentimientos a cambio de algo que antes tenía gratuitamente, a cambio de disfrutar con el deslustrado prisma de estos meses perdidos una amistad que siempre había poseído por la mera casualidad de habernos encontrado muchos años atrás. Algo fácil, sencillo, que se posaba en mis manos sin exigirme ningún esfuerzo, y ahora requería uno inmenso. ¿Hasta qué punto era capaz de mentir en eso? ¿Hasta qué punto era capaz de convencerme de una indiferencia que palpitaba ante esos labios casi inexistentes, que se escapaban de mí como su nombre, que se consumía en un único soplo de voz? Y por qué, por qué demonios era tan complicado, por qué

se había vuelto tan difícil, si antes era tan fácil.

Tenía que sacrificar aquello, esa parte de mí que se retorció y lanzaba destellos rojos y negros. Tenía que romperla y dejar que se hundiese, que me carcomiera sólo a mí durante un tiempo que no sabía calcular, a cambio de esa amistad que, de todos modos, no tendría el mismo aspecto que la antigua. Era una deuda arriesgada y dolorosa, pero que estaba dispuesto a hacer aunque ahora me temblasen las manos, aunque ahora sostuviera esa terrible incógnita en la que mis fuerzas se preguntaban si serían capaces de soportarlo. Sí, serían capaces, aquello era posible. Era posible recuperar lo que antes tenía por un azar magnífico y simple. Obtener eso que necesitaba, que deseaba más que cualquier otra cosa, aunque pudiera destruirme un poco, jugar un poco con esa estabilidad mía, en la que el daño al menos me había enseñado una franqueza que ahora intentaba callar. Una realidad triste, desgraciada, que había nacido de aquel beso de Daniela. De un beso dado una noche cualquiera, en un local cualquiera, durante las frías noches de enero. Sí, todo venía de ahí. Del beso de Daniela que yo había buscado, del que no podía escapar, que como forma hueca había estallado en mis labios y en mi boca entera, dejándola fría y marchita, llena de incongruencias. ¿Sabía ella cuánto me había afectado ese contacto esporádico, único, incapaz de repetirse? Ese beso aislado, que resonaba en nuestra memoria de una manera atropellada, sin un sentido claro, sin contornos estrictos, sino vanos y emborronados que se traducían en miles de mensajes difíciles de descifrar, como aquello que nos había arrastrado a esa situación, o eso otro que nos impedía ya dirigirnos a él, porque en cierto sentido no queríamos recordarlo. Ese beso que lo había cambiado todo, que había despertado algo que no debía ser despertado. Que ahora debía sacrificar, por mantener junto a mí a ese amigo que había perdido. Por una amistad que no me llenaba, pero deseaba y codiciaba como si fuese el único antídoto de ese dolor que algún día debía desvanecerse.

—Por supuesto que no —dije, sellando un crimen que sólo a mí me atañía, que no dañaría a nadie más. “Por supuesto que no”, fueron las palabras exactas, y no sé si sentí alivio o reconciliación, al mismo tiempo que mi secreto, eso que volvía a ser un secreto, caía en unas tinieblas que ya le resultaban conocidas.

Habría sido bonito. Un poco cruel, algo triste, pero bonito. Habría vuelto mis semanas más felices, y quizás habría permitido que esa amistad durase hasta este día, que siguiera hasta a saber cuándo. Puede que lo hubiésemos

soportado, a medida que él olvidaba un desafortunado encuentro y a medida que yo superaba mis sentimientos. Porque tendría que superarlos, por mucho que me costase, y tendría que hacerlo sin permitirme caer en una nueva atracción, en una nueva mentira donde me convencía de un amor ajeno que nunca se produciría.

Quizás hubiéramos sido capaces, aunque las posibilidades estuviesen más bien en nuestra contra. Sin embargo, me ha gustado imaginarlo. No sé si lo merezco, pero me ha gustado, y por un momento he estado a punto de creer que fue real. Porque la verdad es que Luis salió de su examen, se quedó de pie a un par de metros de mí, con sus pelos despeinados y un poco largos, con su mediana barba asomando, con su desastrosa carpeta de primero de carrera. Y la verdad también es que no me dirigió la palabra, como había hecho desde que salté a sus labios. No, Luis no me habló y no volvió a hacerlo. ¿Por qué iba a intentarlo? Una amistad que se había torcido no era motivo suficiente como para arreglarse conmigo. Así que esta última escena no ocurrió, por más que la deseé y la diseñé en mi cabeza, igual que la he escrito ahora.

Ese curso, el de tercero de Derecho, acabó sin que pudiera hablarle. Lo cierto es que ya no teníamos nada que decirnos, y el verano me esperaba con la promesa de curar mis heridas, una promesa que yo mismo me hacía. Me esperaba sonriente, con un sol limpio y brillante que enmarcaba mi ciudad entera, mi precioso valle surcado por el río, el recipiente de mis dudas, amores y rechazos. ¿Qué me esperaba ahora, más que olvidar? Quizás había estado bien, que fuese este año y no otro, más tarde, que no hubiera continuado con esa mentira en la que creía que mis sentimientos eran algo muy distinto a lo que de verdad significaban. Quizás también por eso debía agradecerle a Daniela que me hubiese besado, que se hubiese colgado de mi cuello a pesar de la vergüenza que había pasado después. Sí, debería agradecersele. De no haberlo hecho, sólo habría pospuesto esta cantidad de escenas, ese viaje que parecía sumido en un sueño, esa conversación que nunca existió, pero que repetí y corregí durante noches enteras, allá en el verano que me esperaba ahora para curarme.

